



número 35 (primer semestre 2017) - number 35 (first semester 2017)

Revista THEOMAI / THEOMAI Journal

Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo / Critical Studies about Society and Development

Director / Executive Editor

Guido Galafassi (CONICET - GEDIACH)

Consejo Asesor Internacional / International Advisory Board

Alfredo Alietti (Università degli Studi di Ferrara, Italia)

Gennaro Avallone (Università degli Studi di Salerno)

Rosilene Alvim (UFRJ, Brasil)

Ian Angus (Simon Fraser University, Canada)

Pastor Arenas Rodriguez (CONICET y Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Carlos Antonio Aguirre Rojas (Universidad Nacional Autónoma de México, México)

Werner Bonefeld (University of York, United Kingdom)

† **John Brohman** (Simon Fraser University, Canada)

Gilberto Cabrera Trimiño (Universidad de La Habana, Cuba)

Horacio Capel (Universitat de Barcelona, España)

Ana Esther Ceceña (Universidad Nacional Autónoma de México, México)

Judith A. Cherni (Imperial College of Science Technology and Medicine, United Kingdom)

Aad Correljé (Delt University & Erasmus University Rotterdam, Netherlands)

Arturo Escobar (North Carolina University, USA e Instituto Colombiano de Antropología)

Roberto Fernandez (Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina)

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

- Floreal Forni** (*Universidad de Buenos Aires y CONICET, Argentina*)
Takis Fotopoulos (*North London University, United Kingdom*)
† **Feliciano García Aguirre** (*Universidad Veracruzana, México*)
Arran Gare (*Swinburne University, Australia*)
Marco Giovagnoli (*Università degli Studi di Camerino, Italia*)
Noemi Girbal (*CONICET y Universidad Nacional de Quilmes, Argentina*)
Donna Guy (*Ohio State University, USA*)
Pat Howard (*Simon Fraser University, Canada*)
Philipp Klaus (*University of Zurich and INURA, Switzerland*)
Marta Kollman (*Universidad de Buenos Aires, Argentina*)
Serge Latouche (*Université de Paris Sud, France*)
Enrique Leff (*Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México*)
Silvia Lazzaro (*CONICET y Universidad Nacional de La Plata, Argentina*)
Sergio Leite Lopes (*Museu Nacional, UFRJ, Brasil*)
Ligia Osorio (*Unicamp, Brasil*)
Dario Padovan (*Università degli Studi di Torino, Italia*)
† **Jorge Próspero Roze** (*CONICET y Universidad Nacional de Misiones*)
Lucía Sala de Tourón (*Universidad de La República, Uruguay*)
Robinson Salazar Pérez (*Universidad Autónoma de Sinaloa, México*)
Adrián Smith (*University of Sussex, United Kingdom*)
Ercoli Sori (*Università degli Studi di Ancona, Italia*)
Alberto Tarozzi (*Università degli Studi di Bologna, Italia*)
Victor Manuel Toledo (*Universidad Nacional Autónoma de México, México*)
Ileana Valenzuela (*ECAO, Guatemala*)
† **José Gabriel Vazeilles** (*Universidad de Buenos Aires, Argentina*)
† **Jose María Vidal Villa** (*Universitat de Barcelona, España*)
Henry Veltmeyer (*St Mary's University, Halifax, Canada*)
Bas van Vliet (*University of Wageningen, Netherlands*)
Immanuel Wallerstein (*Yale University and Fernand Braudel Center, USA*)
Ann Whitehead (*Sussex University, United Kingdom*)
Raúl Delgado Wise (*Universidad Autónoma de Zacatecas, México*)
Philip James Woodhouse (*University of Manchester, United Kingdom*)



Conflictividad Social y Política en el capitalismo contemporáneo.
Antagonismos y resistencias (I)



número 35 (primer semestre 2017) - number 35 (first semester 2017)

Revista THEOMAI / THEOMAI Journal
Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo / Critical Studies about Society and Development

Índice Theomai 35

Conflictividad social: categorías, concepciones y debate
Conflictividad Social y Política en el capitalismo contemporáneo. Antagonismos y resistencias (I)

Número especial coordinado por Guido Galafassi, Laura Huertas y Sonia Puricelli

Presentación

I. Categorías para conceptualizar la conflictividad

1.- How to be an Anti-capitalist for the 21st Century

Erik Olin Wright

2.- Arregladitas como para ir de boda. Nuevo ropaje para las viejas derechas

Waldo Ansaldi

3.- Resistance, Class Struggle and Social Movements in Latin America: Contemporary Dynamics

Henry Veltmeyer

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

4.- Class Politics as the Unity of Theory and Practice and the Criticism of Epistemology

Siyaves Azeri

5.- La clase mutilada. Un debate con las visiones reduccionistas de la clase obrera y su concepción de los movimientos de masas

Marina Kabat y Julia Egan

6.- Institutions, movements and local development. Participatory processes in the neo-liberal society

Alfredo Alietti

*II. Categorías y conflictividad para el debate***7.- Reading Neoliberalism as a Social Movement From Above**

Laurence Cox and Alf Gunvald Nilsen

8.- La contribution du néozapatisme mexicain au développement de la pensée critique contemporaine

Carlos Antonio Aguirre Rojas

9.- Hacia un nuevo horizonte emancipatorio: contribuciones del zapatismo a la teoría y práctica revolucionarias

Raúl Delgado Wise y Aída Martínez Olivares

*III. Categorías para debatir la conflictividad estatal***10.- La disputa por la hegemonía civil. Sociedad y Estado en el Brasil**

Lucio Oliver

11.- Acumulación de capital y lucha de clase(s) en y a través del Estado en la Argentina neodesarrollista

Mariano Félix

12.- Estado y régimen político en Latinoamérica contemporánea

Verónica Baudino

13.- Discutir el Estado. Dilemas estratégicos a la luz de los procesos políticos latinoamericanos

Martín Cortés y Andrés Tzeiman

Conflictividad Social y Política en el capitalismo contemporáneo.
Antagonismos y resistencias (I)



número 35 (primer semestre 2017) - number 35 (first semester 2017)

Conflictividad social: categorías, concepciones y debate

Revista THEOMAI/ THEOMAI Journal
Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo / Critical Studies about Society and Development

Presentación

Conflictividad social: categorías, concepciones y debate

Guido Galafassi¹, Laura Huertas² y Sonia Puricelli

Estos números especiales de la Revista Theomai son el resultado de una convocatoria internacional y multidisciplinaria sobre el conflicto contemporáneo. La entusiasta respuesta de investigadores de todo el mundo nos ha permitido organizar los trabajos recibidos en tres grupos, siendo este el primero de la serie sobre dicha temática.

Decíamos en aquella convocatoria que el debate sobre la conflictividad social y política se ha reavivado en las últimas décadas, ante la aparición de múltiples sujetos colectivos que

¹ Investigador Independiente CONICET, Profesor Titular UNQui. Director del Grupo de Estudios sobre Acumulación, Conflictos y Hegemonía, Director *Revista Theomai, Estudios Críticos sobre Sociedad y Desarrollo*

² Doctoranda en Ciencias Sociales y Humanidades, UNQ. Investigadora del Grupo de Estudios sobre Acumulación, Conflictos y Hegemonía (GEACH).

en apariencia no se encuadran en la clásica definición de clase social. Habitualmente la categoría clase social, asociada con lucha de clases, hacía referencia en forma mayoritaria a la conflictividad obrera en tanto antagonista de la burguesía y al conflicto inscripto en la contradicción capital-trabajo. Cambios en las estrategias de producción, en las formas de organización del trabajo, en las tecnologías de comunicación e información y en perspectivas político-culturales e ideológicas, han diversificado las formas de conflictividad multiplicando sus expresiones. En el ámbito académico comenzó a circular la categoría *movimiento social*, haciendo referencia a toda una gama de conflictos protagonizados por sujetos que no aparecían como “clase obrera”, y que eran analizados desconociendo la lucha de clases y apelando a otras categorías, tales como identidad y acción colectiva. Es que la conflictividad social y política adquiere una complejidad en donde las relaciones de poder, las definiciones culturales, los procesos políticos y económicos y los procesos de estructuración social se entrecruzan con las relaciones de clase, las relaciones de la producción y el trabajo y/o con los procesos de movilización, resistencia y lucha a partir de una diversidad de sujetos que exceden largamente la definición clásica de obrero industrial.

En el caso de América Latina, aunque no exclusivamente, que se ha caracterizado por altos niveles de conflictividad social y política a lo largo de toda su historia, en las últimas décadas asistimos a nuevos o renovados fenómenos de conflicto, avivados por profundas transformaciones en el marco de una lucha entre la imposición de modelos neoconservadores y el intento de superación de los mismos. Esto implicó profundas transformaciones estructurales que incluyeron privatizaciones masivas, reforma del Estado, desregulación, financiarización, reprimarización de las economías nacionales y alta precarización del trabajo, junto al crecimiento del desempleo, en un fuerte contexto de ruptura de los lazos comunitarios y la emergencia de prácticas y conciencias intensamente individualistas. Esto fue generando, sin dudas, una serie de conflictos en casi todos los ámbitos, tanto a nivel de las prácticas cotidianas, como en las relaciones sociopolíticas y culturales, las relaciones con el territorio, o en el mundo de la producción y del trabajo. De esta manera se fue gestando un complejo desafío a las organizaciones que representan los intereses de las clases populares, surgiendo nuevos o renovados procesos de asociación, protesta y resistencia, que en muchos casos continuaron su estrategia de cuestionamiento de la lógica capitalista per se y su dominio en el ámbito del trabajo industrial y la producción agraria, pero en muchos otros casos, se enfocaron en reivindicaciones puntuales frente al crecimiento de las desigualdades, levantándose contras las severas consecuencias que dejaban a su paso las reformas estructurales (crecimiento exponencial del desempleo, la pobreza, la marginalidad y el despojo de los bienes comunes). Este incremento de la conflictividad y de los procesos de organización popular y de clase, llegó a desgastar parcialmente la legitimidad del modelo neoconservador, revirtiendo la correlación de fuerzas sociales en varios países de la región, pero con características e intensidades diferentes según los contextos nacionales.

A esta complejidad y diversidad es a la que queremos interpelar al proponer este número temático de la Revista *Theomai* junto al GEACH, problematizando las diversas categorías y procesos socio-históricos.

Se convocó a autores de diversas disciplinas y geografías, invitándolos a contribuir con textos que aborden libremente la genealogía de esta compleja discusión, tanto teóricamente, como desde estudios socio-históricos y empíricos sobre la conflictividad social, del trabajo, política y/o cultural; ante la cantidad y variedad de enfoques, hemos dividido los trabajos recibidos en tres grupos, presentándoles aquí el primero de ellos formado por los artículos centrados en cuestiones de índole básicamente teórica.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

Esperamos que esta serie de números temáticos resulte un aporte al debate ineludible sobre el lugar del conflicto social en los procesos de cambio y transformación, con el inquebrantable objetivo de contribuir al conocimiento de la totalidad social y en la construcción colectiva de un proyecto superador de las desigualdades e injusticias del capitalismo contemporáneo.

Los autores reunidos en este número -con sus miradas desde Italia, Turquía, Noruega, Irlanda, Canadá, Estados Unidos, México y Argentina- convergen con la preocupación de discutir la problemática desde perspectivas teóricas críticas. Aportan análisis que conceptualizan problemas tanto abstractos como reales. Izquierdas, derechas, clase, cambio social, relaciones sociales y Estado son las principales categorías aquí debatidas, en confrontación con el capitalismo y sus contradicciones. Enmarcan no solo pensamiento dialéctico en general, sino también los dos posteriores números temáticos sobre la conflictividad social y política en particular.

Conflictividad Social y Política en el capitalismo contemporáneo.
Antagonismos y resistencias (I)



número 35 (primer semestre 2017) - number 35 (first semester 2017)

Conflictividad social: categorías, concepciones y debate

Revista THEOMAI/ THEOMAI Journal
Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo / Critical Studies about Society and Development

How to be an Anti-capitalist for the 21st Century¹

Erik Olin Wright²

We live in a world where capitalism, as a system of class relations and economic dynamics, creates enormous harms in the lives of people. The list of such harms is familiar: poverty and precariousness in the midst of plenty; concentrations of power and wealth that undermine democracy; a culture of intense competition and individualism that undermines community and solidarity; forms of domination within work that violate ideals of individual self-

¹ This article draws on a previous essay "How to Be an Anticapitalist Today", published in *Jacobin*, <https://www.jacobinmag.com/2015/12/erik-olin-wright-real-utopias-anticapitalism-democracy>

² Professor of Sociology at the University of Wisconsin – Madison, USA. Director of A. E. Havens Center for Social Justice, University of Wisconsin-Madison.

determination; imperatives of profit-making, consumerism and growth that propel us towards environmental disaster; and on and on.³ While there is widespread recognition of these problems, nevertheless the idea of a viable alternative to capitalism that would avoid these harms and make life genuinely better seems quite far-fetched to most people. In part the issue is simply skepticism that an alternative – even if it can be imagined – would actually work in practice. But even among people who do believe in the viability and desirability of a democratic, egalitarian, solidaristic alternative to capitalism, there is little confidence that an emancipatory alternative to capitalism is politically achievable.⁴ The problem here is not mainly the ability to imagine the goal of an emancipatory social transformation; the problem is imagining a strategy to realize that goal – how to get from here to there.

Of course, there is no inherent reason why for every desirable social goal there is a plausible strategy. This is an especially acute issue where the goal is the radical transformation of the basic structure of a social system. It is one thing to envision improvements in particular institutional settings, and quite another to want to refashion the foundations of a social order. It may simply be impossible to have a coherent strategy for the emancipatory transformation of something as complex as capitalism as a socioeconomic system. This is what Frederick Hayek claimed in his strident attack on socialism, *The Fatal Conceit*.⁵ Intellectuals, he argued, believed in the fantasy that they could imagine a radical alternative to the existing social system and bring it about through deliberate political action. This was a fantasy because the negative unintended consequences of such massive social engineering inevitably would overwhelm the intended outcomes.⁶ If Hayek is right, the answer to the question “What is to be Done?” to create a democratic, egalitarian alternative to capitalism is “nothing.”

Hayek’s criticism should not be dismissed out of hand simply because he used it in defense of conservative political positions. Any project of deep social change has to worry about unintended consequences. And yet, it remains the case that capitalism is immensely destructive, obstructing the prospects for broad human flourishing. What we need is an understanding of anti-capitalist strategies that avoids both the false optimism of wishful thinking and the disabling pessimism that emancipatory social transformation is beyond strategic reach. Clarifying this possibility is the objective of this essay.

Four Strategies

Four strategic logics have historically been particularly important in anti-capitalist struggles: *smashing*, *taming*, *resisting*, and *escaping*. Even though in practice these strategies intermingle, each of them constitutes a distinct way of responding to the harms of capitalism. We will begin by examining each of these in turn and then look at various ways in which they can be combined. I will then argue that a particular way of combining these strategies – which I will

³ For an extended discussion of the harms of capitalism that underlies the analysis here, see Erik Olin Wright, *Envisioning real Utopias* (Verso, 2010), chapter 3.

⁴ Any proposal for social transformation must satisfy three criteria: *desirability*, *viability*, and *achievability*. A desirable alternative to the world as it is may be perfectly viable – it would work if you could get there – but unachievable because the power of elites that oppose the alternative create insurmountable obstacles. The interconnection of these criteria is discussed in *Envisioning Real Utopias*, pp. 20-25.

⁵ Frederick Hayek, *The Fatal Conceit* (London: Routledge: 1988).

⁶ Hayek’s argument can be summed up in what might be termed Hayek’s two laws of unintended consequences: 1. The negative unintended effects of deliberate attempts at social change are generally greater than the positive unintended effects. 2. The bigger the deliberately engineered social change, the bigger the negative unintended consequences. Taken together this predicts that strategic attempts at the transformation of the foundations of a social system will produce social disasters.

refer to as *eroding capitalism* – offers the most plausible strategic vision for transcending capitalism in the 21st century.

Smashing

This is the classic strategic logic of revolutionaries. The rationale goes something like this:

The system is rotten. All efforts to make life tolerable within capitalism will eventually fail. From time to time small reforms that improve the lives of people may be possible when popular forces are strong, but such improvements will always be fragile, vulnerable to attack and reversible. Ultimately it is an illusion that capitalism can be rendered a benign social order in which ordinary people can live flourishing, meaningful lives. At its core, capitalism is unreformable. The only hope is to destroy it, sweep away the rubble and then build an alternative. As the closing words of the early twentieth century song *Solidarity Forever* proclaim, “We can bring to birth a new world from the ashes of the old.” The full realization of the emancipatory alternative may be gradual, but the necessary condition for such a gradual transition is a ruptural break in the existing system of power.

But how to do this? How is it possible for anti-capitalist forces to amass sufficient power to destroy capitalism and replace it with a better alternative? This is indeed a daunting task, for the power of dominant classes that makes reform an illusion also blocks the revolutionary goal of a rupture in the system. Anti-capitalist revolutionary theory, informed by the writings of Marx and extended by Lenin, Gramsci and others, offered an attractive argument about how this could take place:

While it is true that much of the time capitalism seems unassailable, it is also a deeply contradictory system, prone to disruptions and crises. Sometimes those crises reach an intensity which makes the system as a whole fragile, vulnerable to challenge. In the strongest versions of the theory, there are even underlying tendencies in the “laws of motion” of capitalism for the intensity of such system-weakening crises to increase over time, so that in the long-term capitalism becomes unsustainable; it destroys its own conditions of existence. But even if there is no systematic tendency for crises to become ever-worse, what can be predicted is that periodically there will be intense capitalist economic crises in which the system becomes vulnerable and ruptures become possible. The problem for a revolutionary party, therefore, is to be in a position to take advantage of the opportunity created by such system-level crises to lead a mass mobilization to seize state power, either through elections or through an insurrectionary overthrow of the existing regime. Once in control of the state, the first task is to rapidly refashion the state itself to make it a suitable weapon of ruptural transformation, and then use that power to repress the opposition of the dominant classes and their allies, dismantle the pivotal power structures of capitalism, and build the necessary institutions for the long-term development of an alternative economic system.

In the 20th century, various versions of this general line of reasoning animated the imagination of revolutionaries around the world. Revolutionary Marxism infused struggles with hope and optimism, for it not only provided a potent indictment of the world as it

existed, but also provided a plausible scenario for how an emancipatory alternative could be realized. This gave people courage, sustaining the belief that they were on the side of history and that the enormous commitment and sacrifices they were called on to make in their struggles against capitalism had real prospects of eventually succeeding. And sometimes, if rarely, such struggles did culminate in the revolutionary seizure of state power.

The results of such revolutionary seizures of power, however, were never the creation of a democratic, egalitarian, emancipatory alternative to capitalism. While revolutions in the name of socialism and communism did demonstrate that it was possible “to build a new world from the ashes of the old,” and in certain specific ways they may have improved the material conditions of life of most people for a period of time, the evidence of the heroic attempts at rupture in the 20th century is that they do not produce the kind of new world envisioned in revolutionary ideology. It is one thing to burn down old institutions and social structures; it is quite another to build emancipatory new institutions from the ashes.

Why the revolutions of the 20th century never resulted in robust, sustainable human emancipation is, of course, a hotly debated matter. Some people argue that this was just because of the historically specific, unfavorable circumstances of the attempts at system-wide ruptures. Revolutions occurred in economically backward societies, surrounded by powerful enemies. Some argue it was because of strategic errors of the leadership of those revolutions. Others indict the motives of leadership: the leaders that triumphed in the course of these revolutions were motivated by desires for status and power rather than the empowerment and wellbeing of the masses. And still others argue that failure is intrinsic to any attempt at radical rupture in a social system. There are too many moving parts, too much complexity and too many unintended consequences. As a result, attempts at system-rupture will inevitably tend to unravel into such chaos that revolutionary elites, regardless of their motives, will be compelled to resort to pervasive violence and repression to sustain social order. Such violence, in turn, destroys the possibility for a genuinely democratic, participatory process of building a new society.

Regardless of which (if any) of these explanations are correct, the evidence from the revolutionary tragedies of the 20th century is that *system-level* rupture doesn't work as a strategy for social emancipation.⁷ This doesn't imply rejecting the idea of an emancipatory alternative to capitalism, organized around qualitatively different principles, as the fundamental goal of social transformation; what it calls into question is the plausibility of a strategy that attempts to destroy in a ruptural manner the dominance of capitalism.⁸ Nevertheless, the idea of a revolutionary rupture with capitalism has not completely disappeared. Even if it no longer constitutes a coherent strategy of any significant political force, it speaks to the frustration and anger of living in a world of such sharp inequalities and unrealized potentials for human flourishing, and in a political system that seems increasingly undemocratic and unresponsive. If, however, one wants to actually transform capitalism in an emancipatory direction, visions that resonate with anger are not enough; what is needed is a strategic logic that has some chance of working in practice.

⁷ The issue here is the possibility of a ruptural break in the fundamental structures of a socio-economic system. Ruptural breaks with particular institutional arrangements and policies, of course, can still be part of an overall strategy of transformation. It is one thing to have a revolution that overthrows an authoritarian political regime and quite another to try to rapidly dismantle the foundations of capitalism as an economic system.

⁸ In a sense, therefore, the goal remains ruptural – a qualitatively different kind of socioeconomic system – but the strategy for achieving this is not.

Taming capitalism

The major alternative to the idea of a revolutionary rupture with capitalism in the 20th century was *taming capitalism* through reform. This is the central idea behind the anti-capitalist currents within the left of social democratic parties and non-revolutionary socialist parties.⁹ Here is the basic argument:

Capitalism, when left to its own devices, creates great harms. It generates levels of inequality that are destructive to social cohesion; it destroys traditional jobs and leaves people to fend for themselves; it creates uncertainty and risk in the lives of individuals and whole communities; it harms the environment. These are all consequences of the inherent dynamics of a capitalist economy. Nevertheless, it is possible to build counteracting institutions capable of significantly neutralizing these harms. Capitalism does not need to be left to its own devices; it can be tamed by well-crafted state policies. To be sure, this may involve sharp struggles since it involves reducing the autonomy and power of the capitalist class, and there are no guarantees of success in such struggles. The capitalist class and its political allies will claim that the regulations and redistribution designed to neutralize these “alleged” harms of capitalism will destroy its dynamism, cripple competitiveness, and undermine incentives. Such arguments, however, are simply self-serving rationalizations for privilege and power. Capitalism can be subjected to significant regulation and redistribution to counteract its harms and still provide adequate profits for it to function. To accomplish this requires popular mobilization and political will; one can never rely on the enlightened benevolence of elites. But in the right circumstances, it is possible to win these battles and impose the constraints needed for a more benign form of capitalism. The result is capitalism with significantly modified rules of the game.

The idea of taming capitalism does not eliminate the underlying tendency for capitalism to generate harms; it simply counteracts their effects. This is like a medicine which effectively deals with symptoms rather than with the underlying causes of a health problem. Sometimes that is good enough. Parents of newborn babies are often sleep-deprived and prone to headaches. One solution is to take an aspirin and cope; another is to get rid of the baby. Sometimes neutralizing the symptom is better than trying to get rid of the underlying cause.

Of course, not every reform of the rules governing capitalism, even those that are intended to neutralize some of the harms of capitalism, can be thought of as anti-capitalist. Banking regulation that is designed to prevent insider trading or system-disrupting speculative risk-taking are better thought of as simply helping to stabilize capitalism, protecting capitalism from its own internal self-destructive tendencies. Or regulation of fishing to prevent the collapse of fishing stocks simply solves a collective action problem faced by large-scale capitalist fishing. Anti-capitalist reforms are reforms that introduce in one way or another egalitarian, democratic and solidaristic values and principles into the operation of

⁹ In recent decades, the terms “social democracy” and even “socialist” have, in some places, lost their anti-capitalist connotations as a result of the embrace of significant elements of the neoliberal agenda by some social democratic and socialist parties. I am using the term social democracy in the traditional sense of a political orientation that recognizes the systemic harms of capitalism and seeks to ameliorate them through interventions by the state promoting equality, democracy and solidarity.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

capitalism. Such reforms may also help stabilize capitalism – indeed, this is partially what makes them possible – but they do so in ways which also make capitalism less capitalistic.¹⁰

In what is sometimes called the “Golden Age of Capitalism” – roughly the three decades following World War II – social democratic policies, especially in those places where they were most thoroughly implemented, did a fairly good job at moving in the direction of a more humane economic system. More specifically, three clusters of state policies created new rules in which capitalism operated in ways that counteracted the harms of capitalism and, to a variable degree, embodied egalitarian, democratic and solidaristic values:

1. Some of the most serious risks people experience in their lives – especially around health, employment, and income – were reduced through a fairly comprehensive system of publicly mandated and funded social insurance.
2. The state assumed responsibility for the provision of an expansive set of public goods paid for through a robust system of relatively high taxation. These public goods included basic and higher education, vocational skill formation, public transportation, cultural activities, recreational facilities, research and development. Some of these mostly benefited capitalists, but many provided for broad benefits for people in general.
3. The state also created a regulatory regime designed to deal with the most serious negative externalities of the behavior of investors and firms in capitalist markets: pollution, product and workplace hazards, predatory market behavior, asset market volatility, etc. Again, some of these regulations were strictly in the service of the interests of capitalists, but some also protected the welfare of workers and the broader population.

These policies did not mean that the economy ceased to be capitalist: capitalists were still basically left free to allocate capital on the basis of profit-making opportunities in the market, and aside from taxes, they appropriated the profits generated by those investments to use as they wished. What had changed was that the state took responsibility for correcting the three principle failures of capitalist markets: individual vulnerability to risks, under-provision of public goods, and negative externalities of private profit-maximizing economic activity. The result was a reasonably well-functioning form of capitalism with muted inequalities and muted conflicts. Capitalists may not have preferred this, but it worked well enough. Capitalism had, at least partially, been tamed. Capitalism continued to exist, but in certain critical ways it was a less capitalistic form of capitalism.

That was the Golden Age. The world in the first decades of the 21st century looks very different. Everywhere, even in the strongholds of social democracy in Northern Europe, there have been calls for rollbacks of the “entitlements” connected to social insurance, reductions of taxes and the associated provision of public goods, deregulation of many aspects of capitalist production and markets, and the privatization of many state services. Taken as a whole, these transformations go under the name of “neoliberalism.”

A variety of forces have contributed to this reduction of the willingness and apparent capacity of the state to neutralize the harms of capitalism. The globalization of capitalism has made it much easier for capitalist firms to move investments to places in the world with less regulation and cheaper labor. The threat of such movement of capital, along with a variety of technological and demographic changes, has fragmented and weakened the labor movement, making it less capable of resistance and political mobilization. Combined with globalization, the financialization of capital has led to massive increases in wealth and income inequality,

¹⁰ This is similar to the idea of “non-reformist reforms” put forward by André Gorz in *A Strategy for Labor* (Boston, Beacon Press: 1967).

which in turn has increased the political leverage of opponents of the social democratic state. Instead of being tamed, capitalism has been unleashed.

Perhaps the three decades or so of the Golden Age were just an historical anomaly, a brief period in which favorable structural conditions and robust popular power opened up the possibility for the relatively egalitarian, social democratic model. Before that time capitalism was a rapacious system, and under neoliberalism it has become rapacious once again, returning to the normal state of affairs for capitalist systems. Perhaps in the long run capitalism is not tamable. Defenders of the idea of revolutionary ruptures with capitalism have always claimed that taming capitalism was an illusion, a diversion from the task of building a political movement to overthrow capitalism.

But perhaps things are not so dire. The claim that globalization imposes powerful constraints on the capacity of states to raise taxes, regulate capitalism and redistribute income is a politically effective claim in part because people believe it, not because the constraints are actually that narrow. In politics, the limits of possibility are always in part created by beliefs in the limits of possibility. Neoliberalism is an ideology, backed by powerful political forces, rather than a scientifically accurate account of the actual limits we face in making the world a better place. While it may be the case that the specific policies that constituted the menu of social democracy in the Golden Age have become less effective and need rethinking, taming capitalism through rules that neutralize some of the worst harms of capitalism remains a viable expression of anti-capitalism. The political obstacles to a reinvigorated progressive social democracy may be considerable, but this does not mean that the nature of capitalism no longer makes it possible for its harms to be mitigated by state action.¹¹

Resisting capitalism

Both taming and smashing capitalism require high levels of sustained collective action by coherent organizations, especially political parties, attempting to exercise state power. Taming capitalism hopes to use state power to neutralize the harms of capitalism; smashing capitalism imagines turning state power against capitalism itself. A third strategy, *resisting* capitalism, operates outside of the state:

Resisting capitalism seeks to alleviate the harms of the system, but does not attempt to capture state power. Rather, it seeks to affect the behavior of capitalists and political elites through protest and other forms of resistance outside of the state. We may not be able to transform capitalism, but we can defend ourselves from its harms by causing trouble, protesting, raising the costs to elites of their actions. This is the strategy of many grass-roots activists of various sorts: environmentalists who protest toxic dumps and environmentally destructive development; consumer movements that organize boycotts of predatory corporations; activist lawyers who defend the rights of immigrants, the poor, sexual minorities. It is also the basic strategic logic of unions which organize strikes for better pay and working conditions.

¹¹ For a discussion of the continuing viability of progressive social democratic policies in spite of globalization and financialization of capitalism, see Lane Kenworthy, *Social Democratic America* (Oxford: Oxford University Press, 2014) and Jonas Pontusson, "Once Again a Model: Nordic Social Democracy in a Globalized World," in *What's Left of the Left*. Eds. James Cronin, George Ross and James Schoch. Durham, NC and London: Duke University, 2011, pp. 89-115. For a discussion of how a reconstructed version of social democracy could once again tame capitalism, see Joel Rogers, "Productive Democracy," *The Nation (150th Anniversary Issue)* 400 (April 6, 2015), pp. 206-210.

In one form or another, resisting capitalism is probably the most ubiquitous response to the harms of capitalism. It is rooted in civil society, connected to solidarities of work and community. Often the agenda of resistance to capitalism is animated by a diverse range of identities beyond class: ethnicity, religion, race, gender. In its more organized forms, resisting capitalism is largely carried by social movements and the labor movement. But even when unions are weak and a hostile political environment makes collective social protest difficult, workers on the shop floor resist the oppression of the capitalist labor process and the exploitation of capitalist class relations. An intrinsic feature of exploitation is that exploiters depend on the effort of the exploited. And since human beings are not robots, this means that in one way or another people are able to withhold their maximum effort and diligence. This is the most basic form of resisting capitalism.

Escaping Capitalism

One of the oldest responses to the depredations of capitalism has been escape. Escaping capitalism may not have generally been crystallized into systematic anti-capitalist ideologies, but nevertheless it has a coherent logic:

Capitalism is too powerful a system to destroy. Truly taming capitalism would require a level of sustained collective action that is unrealistic, and anyway, the system as a whole is too large and complex to control effectively. The powers-that-be are too strong to dislodge and they will always co-opt opposition and defend their privileges. You can't fight city hall. *Le plus ça change le plus c'est le même chose*. The best we can do is to try to insulate ourselves from the damaging effects of capitalism, and perhaps escape altogether its ravages in some sheltered environment. We may not be able to change the world at large, but we can remove ourselves from its web of domination and create our own micro-alternative in which to live and flourish.

This impulse to escape is reflected in many familiar responses to the harms of capitalism. The movement of poor farmers to the western frontier in 19th century United States was, for many, an aspiration for stable, self-sufficient subsistence farming rather than production mainly for the market. The utopian communities of the 19th century attempted to create largely self-sufficient communities that would function on principles of equality and reciprocity. Workers cooperatives attempt to create workplaces organized around principles of democracy and equality, free of the alienation and exploitation of capitalist firms. Escaping capitalism is implicit in the hippie motto of the 1960s, "turn on, tune in, drop out." The efforts by certain religious communities, such as the Amish, to create strong barriers between themselves and the rest of the society involves removing themselves as much as possible from the pressures of the capitalist market. The characterization of the family as a "haven in a heartless world" expresses the ideal of family as a noncompetitive social space of reciprocity and caring in which one can find refuge from the heartless competitive world of capitalism.

Escaping capitalism typically involves an avoidance of political engagement and certainly of collectively organized efforts at changing the world. Especially in the world today, escape is often an individualistic lifestyle strategy. And sometimes it is an individualistic strategy dependent on capitalist wealth, as in the stereotype of the successful Wall Street banker who decides to "give up the rat race" and move to Vermont to embrace a life of voluntary simplicity while living off of a trust fund amassed from capitalist investments.

Because of the absence of politics, it is easy to dismiss escaping capitalism as a form of anti-capitalism, especially when it reflects privileges achieved within capitalism itself. It is hard to treat the wilderness hiker who flies into a remote region with expensive hiking gear in order “to get away from it all,” as a meaningful expression of opposition to capitalism. Still, there are many examples of escaping capitalism which do bear on the broader problem of anti-capitalism. Intentional communities may be motivated by the desire to escape the pressures of capitalism, but sometimes they can also serve as models for more collective, egalitarian and democratic ways of living. Certainly cooperatives, which are often motivated mainly by a desire to escape the authoritarian workplaces and exploitation of capitalist firms, can also become elements of a broader challenge to capitalism and building blocks of an alternative form of economy. The D.I.Y. (Do It Yourself) movement may be motivated by stagnant individual incomes during a period of economic austerity, but it can also point to ways of organizing economic activity that is less dependent on market exchange. And more generally, the “life style” of voluntary simplicity can contribute to broader rejection of the consumerism and preoccupation with economic growth in capitalism.¹²

Strategic Configurations

These four forms of anti-capitalism can be thought of as varying along two dimensions. One concerns the *goal of strategies* responding to the harms of capitalism: strategies can either envision *transcending the structures* of capitalism or simply *neutralizing the worst harms* of capitalism. The second dimension concerns the *primary locus of strategies*: strategies can either be primarily directed at gaining access to state power, or located in civil society. Taking these two dimensions together gives us the typology in Figure 1.

Figure 1. Typology of Anti-Capitalist Strategies

		<i>Goal of Strategy</i>	
		Neutralizing harms	Transcending structures
<i>Primary locus of strategy</i>	The state	<i>Taming capitalism</i>	<i>Smashing capitalism</i>
	Civil Society	<i>Resisting capitalism</i>	<i>Escaping capitalism</i>

Actual struggles responding to capitalism often combine these different strategic logics in different configurations. Three of these are specified in Figures 2.

¹² For a discussion of the transformative potential of voluntary simplicity, see Juliet Schor, *Plenitude: The New Economics of True Wealth*, (New York: Penguin, 2010).

Figure 2. Strategic configurations

	Neutralizing harms	Transcending structures
The state	Taming capitalism	Smashing capitalism
Civil Society	Resisting capitalism	Escaping capitalism

Communist movement

	Neutralizing harms	Transcending structures
The state	Taming capitalism + Social Democracy	Smashing capitalism
Civil Society	Resisting capitalism + labor Movement	Escaping capitalism

	Neutralizing harms	Transcending structures
The state	Taming capitalism	Smashing capitalism
Civil Society	Resisting capitalism	Escaping capitalism

Social movements

In the twentieth century, Communist Parties often explicitly advocated combining resisting capitalism with smashing capitalism. Communist militants were encouraged to participate actively within the labor movement on the belief that this was an essential part of building working class solidarity and transforming working class consciousness. The strategy was still ultimately directed towards a system-rupture organized through the control of state power, but an essential part of the process through which this was thought to become eventually possible “when the time was ripe,” was vigorous Communist Party involvement in militant resistance to capitalism within the labor movement.

Progressive social democracy also involves resisting capitalism, but in this instance combining it with taming capitalism. Here the labor movement was organizationally closely connected to social democratic parties. Sometimes, indeed, this connection took the form of social democratic parties being in practice the political arm of the labor movement. Much of

the progressive reformism of social democracy came from the influence of the labor movement on social democratic politics, and one of the reasons for the decline of anti-capitalism within social democracy is the decay of labor militancy in resisting capitalism.

Social movements responding to the harms of capitalism often only resist capitalism in a defensive response to its depredations, but sometimes this is combined with practices that attempt to build alternatives to capitalist relations. In the 19th century, cooperatives and mutual societies often emerged in the context of resistance to capitalism, and in contemporary times the social and solidarity economy has also often been fostered by social movements. In some cases, such as the landless peasant movement in Brazil, invading unused land and building alternative forms of economic structures becomes the central tool of resistance itself.

These three configurations were the main strategic responses to injustice and oppression in capitalist societies in the twentieth century. By the end of the century, the first of these had all but disappeared because of the apparent failure of the idea of smashing capitalism. Social democracy in developed capitalist countries too has declined, if not disappeared, and largely lost its connection to labor militancy. The most dynamic form of anti-capitalism in the first decades of the 21st century has thus been anchored in social movements that continue to pronounce that “another world is possible”. Mostly such resistance to capitalism has been disconnected from an overarching political project directed at state power and thus from political parties. However, in at least some of the movements opposing capitalism in Latin America and Southern Europe, the beginnings of a new strategic idea may be emerging that combines the bottom-up, civil society centered initiatives of resisting and escaping capitalism with the top-down, state-centered strategy of taming capitalism. This new strategic configuration, shown in Figure 3, could be termed *eroding capitalism*.

Figure 3. Eroding Capitalism

		Goal of Strategy	
		Neutralizing harms	Transcending structures
Primary locus of strategy	The state	Taming capitalism	Smashing capitalism
	Civil Society	Resisting capitalism	Escaping capitalism

Eroding Capitalism

Eroding Capitalism

While the strategic idea of eroding capitalism is sometimes implicit in social and political struggles, it is not generally foregrounded as the central organizing principle of a response to social injustice. Here is the underling reasoning:

The strategy of erosion is grounded in a particular understanding of the concept of “social system”. Consider capitalism as an economic system. No economy has ever

been – or ever could be – purely capitalist. Capitalism is defined by the combination of market exchange with private ownership of the means of production and the employment of wage-earners recruited through a labor market. Existing economic systems combine capitalism with a whole host of other ways of organizing the production and distribution of goods and services: directly by states; within the intimate relations of families to meet the needs of its members; through community-based networks and organizations in what is often called the social and solidarity economy; by cooperatives owned and governed democratically by their members; through nonprofit market-oriented organizations; through peer-to-peer networks engaged in collaborative production processes; and many other possibilities. Some of these ways of organizing economic activities can be thought of as hybrids, combining capitalist and noncapitalist elements; some are entirely noncapitalist; and some are anti-capitalist. We call such a complex economic system “capitalist” when it is the case that capitalism is dominant in determining the economic conditions of life and access to livelihood for most people. That dominance is immensely destructive. One way to challenge capitalism is to build more democratic, egalitarian, participatory economic relations in the spaces and cracks within this complex system where this is possible. The idea of eroding capitalism imagines that these alternatives have the potential, in the long run, of becoming sufficiently prominent in the lives of individuals and communities that capitalism could eventually be displaced from this dominant role in the system as a whole.

A loose analogy with an ecosystem in nature might help clarify this idea. Think of a lake. A lake consists of water in a landscape, with particular kinds of soil, terrain, water sources and climate. An array of fish and other creatures live in its water and various kinds of plants grow in and around it. Collectively, all of these elements constitute the natural ecosystem of the lake. This is a “system” in that everything affects everything else within it, but it is not like the system of a single organism in which all of the parts are functionally connected in a coherent, tightly integrated whole. Social systems, in general, are better thought of as ecosystems of loosely connected interacting parts rather than as organisms in which all of the parts serve a function. In such an ecosystem it is possible to introduce an alien species of fish not “naturally” found in the lake. Some alien species will instantly get gobbled up. Others may survive in some small niche in the lake, but not change much about daily life in the ecosystem. But occasionally an alien species may thrive and eventually displace the dominant species. The strategic vision of eroding capitalism imagines introducing the most vigorous varieties of emancipatory species of noncapitalist economic activity into the ecosystem of capitalism, nurturing their development by protecting their niches, and figuring out ways of expanding their habitats. The ultimate hope is that eventually these alien species can spill out of their narrow niches and transform the character of the ecosystem as a whole.

This way of thinking about the process of transcending capitalism is rather like the typical stylized story told about the transition from pre-capitalist feudal societies in Europe to capitalism. Within feudal economies in the late medieval period, proto-capitalist relations and practices emerged, especially in the cities. Initially this involved merchant trading, artisanal production under the regulation of guilds, and banking. These forms of economic activity filled niches and were often quite useful for feudal elites. As the scope of these market activities expanded they gradually became more capitalist in character and, in some places, more corrosive of the established feudal domination of the economy as a whole. Through a long, meandering process over several centuries, feudal structures ceased to dominate the economic life of some corners of Europe; feudalism had eroded. This process may have been punctuated by political upheavals and even revolutions, but rather than constituting a rupture

in economic structures, these political events generally served more to ratify and rationalize changes that had already taken place within the socioeconomic structure.

The strategic vision of eroding capitalism sees the process of displacing capitalism from its dominant role in the economy in a similar way. Alternative, noncapitalist economic activities, embodying democratic and egalitarian relations, emerge in the niches where this is possible within an economy dominated by capitalism. These activities grow over time, both spontaneously and as a result of deliberate strategy. Some of these emerge as adaptations and initiatives from below within communities. Others are actively organized or sponsored by the state from above to solve practical problems. These alternative economic relations constitute the building blocks of socialism, understood as an economic structure whose relations of production are characterized by democracy, equality, and solidarity. Struggles involving the state take place, sometimes to protect these spaces, other times to facilitate new possibilities. Periodically what seems to be structural “limits of possibility” are encountered, and to go beyond such limits may require more intense political mobilization directed at changing critical features of the “rules of the game” within which capitalism functions. Often such mobilizations fail, but at least sometimes conditions are ripe for such changes, and the limits of possibility expand. Eventually, the cumulative effect of this interplay between changes from above and initiatives from below may reach a point where the socialist relations created within the economic ecosystem become sufficiently prominent in the lives of individuals and communities that capitalism can no longer be said to dominate the system as a whole.

This strategic complex combines the progressive social democratic vision of changing, from above, the rules of the game within which capitalism operates in order to neutralize its worst harms, with more anarchist visions of creating, from below, new economic relations that embody emancipatory aspirations. No political movement explicitly embraces this strategic complex of resisting, taming and escaping capitalism in order to erode, in the long term, its dominance. But impulses in this direction can be found in political parties that have close ties to progressive social movements, such as Syriza in Greece and Podemos in Spain. Eroding capitalism might also resonate with youthful currents within some established center-left parties – for example, Bernie Sanders supporters in the Democratic Party within the 2016 American presidential election or the Corbyn forces within the British Labor Party.

There are, of course, many reasons to be skeptical. Three issues are particularly vexing.

First, there is the problem of the state. The idea of eroding capitalism depends in significant ways on initiatives by the state. But the state in capitalist society is not simply a neutral apparatus that can be readily used by social forces opposed to capitalism. It is a particular kind of state – a capitalist state – designed in such a way as to systematically protect capitalism from threats. Eroding capitalism, therefore, is only possible if, in spite of the in-built class biases of the capitalist state, it is nevertheless possible use the state to create new rules of the game that can facilitate the expansion of emancipatory noncapitalist relations that point beyond capitalism. Just as in feudal society, in spite of its feudal character the state enabled new rules of the game that ultimately undermined feudalism, so too in capitalism it may be possible for a capitalist state to enable rules that ultimately undermine capitalism. The fact that the capitalist state is not an instrument ideally suited to the erosion of capitalism does not mean it cannot be used imperfectly for that purpose.

However, for the capitalist state to be used even imperfectly to erode capitalism, there must be political forces mobilized to use it for these purposes. Eroding capitalism, like any strategy, needs collective actors. Strategies don’t just happen; they are adopted by people in organizations, parties, and movements. This is the second vexing issue. Where are the collective actors for eroding capitalism? In classical Marxism “the working class” was seen as the collective actor capable of challenging capitalism. Few people today see the working class as sufficiently homogeneous to readily become what used to be called the “Subject of history”.

Rather, the formation of a politically coherent collective actor for a potent anticapitalism of the 21st century will require bringing together people from a much more heterogeneous set of structural locations in the economy and society. Class remains at the center of such collective action, since, after all, the objective of struggle is the transformation of the class structure; this is what eroding capitalism means. But the political identity of the collective actor must be forged around the values of democracy, equality and solidarity rather than simply class as such, and this means constructing such a collective actor with people from a much more heterogeneous set of locations in the social structure. This is a daunting task. Figuring out how to do it as a central problem for the left in world today.

Finally, even if there was a robust coalition of people with diverse identities connected through the belief in the desirability and possibility of a democratic, egalitarian alternative to capitalism, there is the problem of the time horizon for a strategy of eroding capitalism. There is little prospect of the dominance of capitalism being seriously eroded in the short-run. Eroding capitalism depends upon the significant expansion of diverse forms of non-capitalist economic organization capable of meeting needs and generating livelihoods, and this takes time. Effective political mobilization, however, almost always focuses on immediate grievances and seeks solutions that bring improvements in people's lives in the relative short run. The possibility of combining sustained struggles for immediate improvements with a longer-term vision of social transformation is one of the things which energized social democratic politics in the middle of the 20th century. Eroding capitalism is only likely to become a sustainable strategy if this combination can be recreated in a new way the 21st century. This requires a concentrated struggle against the ideological hold of neoliberalism on center-left politics, especially the neoliberal claim that only by intensifying competition and reducing the constraints on capitalist investment can the lives of most people be improved. The upsurge of what has been termed "populist discontent" on both the left and the right in recent years offers some hope that a genuine break with neoliberalism within social-democratic parties may be possible.

*

So, how to be an anti-capitalist in the 21st century? The fantasy of a revolutionary rupture in which the dominance of capitalism is smashed has little credibility. Some individuals may personally be able to escape capitalism by moving off the grid and minimizing their involvement with money and the market, but this is hardly an attractive option for most people, especially those with children, and certainly has little potential by itself to foster a broader process of social emancipation. Eroding capitalism by connecting the strategic logics of taming, resisting and escaping is the only plausible option for a strategy of challenging capitalism that points beyond capitalism. This means fostering political projects of taming capitalism through public policies and fostering socio-economic projects of escaping capitalism through the expansion of emancipatory forms of economic activity. Both of these efforts need to be anchored in forms of resistance by organized collectivities - social movements and labor unions above all, but also community organizations and sometimes even NGOs. We need a renewal of an energetic progressive social democracy to neutralize the harms of capitalism in ways that also facilitate initiatives to build emancipatory alternatives with the potential to erode the dominance of capitalism. This is an anticapitalism for the 21st century

Conflictividad Social y Política en el capitalismo contemporáneo.
Antagonismos y resistencias (I)



número 35 (primer semestre 2017) - number 35 (first semester 2017)

Conflictividad social: categorías, concepciones y debate

Revista THEOMAI / THEOMAI Journal
Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo / Critical Studies about Society and Development

Arregladitas como para ir de boda. Nuevo ropaje para las viejas derechas¹

Waldo Ansaldi²

*A Manuelita Giusti e Lino Gambacorta,
cari amice nella Toscana rossa.*

¹ Este artículo expone resultados parciales alcanzados en la investigación colectiva *Nuevas derechas y democracia en América Latina, c. 1980-2010*, dirigida por Verónica Giordano y Lorena Soler, con sede en el Instituto de Estudios de América Latina (IEALC), Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. La primera parte del título (al que he pluralizado) está tomado del poema *De cartón piedra*, de Joan Manuel Serrat

² Profesor titular consulto, investigador del Grupo de Estudios de Sociología Histórica de América Latina (GESHAL) en el IEALC, Director de la Maestría en Estudios Sociales Latinoamericanos en la Facultad citada en la nota anterior.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

Yo no sé muchas cosas, es verdad,
pero me han dormido con todos los cuentos...
y sé todos los cuentos.
(...)
Pero yo no quiero cuentos...
No me contéis más cuentos.
León Felipe, *Un signo... ¡quiero un signo!*

Desapariciones en las ciencias sociales

En las últimas décadas -tras la caída de las dictaduras institucionales de las Fuerzas Armadas en América Latina y, *pari passu*, del llamado “socialismo real” en Europa-, muchos científicos sociales han dejado de pensar no sólo en los términos del materialismo histórico, sino también sociológicamente, desplazándose hacia una ciencia de la política institucionalista, formal y ahistórica. El clima de época, que algunos han llamado posmoderno, puso en cuestión las teorías generales y las explicaciones en términos de totalidad y de historicidad.

Las dictaduras institucionales de las Fuerzas Armadas -dictaduras burguesas, todas ellas- asesinaron y/o hicieron desaparecer a no pocos hombres y mujeres de las ciencias sociales. Luego, los procesos de transición a la democracia -dentro de un cuadro a escala global- y la posmodernidad produjeron otras desapariciones, no terribles como aquellas, pero no por ello carentes de importancia. Me refiero a la desaparición de conceptos, categorías, teoría y, quizás, sobre todo, de la historia. No de la Historia como sujeto inmaterial -por tanto, abstracción metafísica- que parece que hace todo, cuando en realidad no hace nada, y tiene un tribunal que, por ende, juzga, condena y/o absuelve, en tanto sujeto inmaterial, sino la historia como proceso ininterrumpido por el cual los hombres y las mujeres realizan, en el tiempo y en el espacio, acciones de diferente tipo en pos de alcanzar los diferentes objetivos que se proponen. Y cuando desaparece la historia, quienes desaparecen, en rigor, son los sujetos -los hombres y las mujeres- que la construyen en un movimiento permanente. Al desaparecer el análisis sociológico y las clases sociales, los sujetos sociales dejan de ser los agentes de la acción social y su lugar es ocupado por categorías más difusas, en el mejor de los casos, descriptivas, casi nunca explicativas. Es cierto que se nombran a los trabajadores y a los campesinos, pero son muy pocos quienes aluden a burguesía y burgueses, a menudo devenidos en meramente empresarios. Y aunque se los mente, en los análisis desaparecen el conflicto entre clases y la conceptualización misma de esos sujetos. Las palabras no son inocentes. Como escribía el gran Simón Rodríguez, el maestro de Simón Bolívar, “[e]l conocimiento de las palabras es obligación del que escribe, como... del que lee”.

La desaparición de la historia es, además de la de los sujetos, la del tiempo y la temporalidad. Es así como se ocluye la capacidad explicativa de los procesos históricos. Un buen ejemplo -al que me he referido en otra ocasión (Ansaldi, 2014)- es denominar dictadura cívico-militar a las dictaduras institucionales de las Fuerzas Armadas (la expresión, empleada primero para el caso argentino, ha tenido alguna proyección allende sus fronteras). Cívico involucra a todo el campo civil, sin distinción de clases, lo cual es una aberración lógica e histórica. Como es obvio para quienes la expresión resulta familiar, el autor de la denominación acota el campo civil a los empresarios, es decir, a los burgueses. Hubiese sido más ajustado a la realidad, a la lógica y a la historia, llamarla dictadura militar-empresaria (o empresario-militar, si se prefiere), si se quería y quiere evitar llamarla burguesa. Porque, vamos, *las dictaduras institucionales de las Fuerzas Armadas fueron tales por su forma, pero burguesas*

por su contenido. También son burguesas casi todas las democracias realmente existentes. Digo casi todas para poner en sordina los casos de Bolivia, Ecuador y Venezuela, cuyo tratamiento es más complicado de lo que puedo acometer aquí y ahora. Otra vez: las palabras no son inocentes.

Además de la historia, desaparecieron en buena medida las clases sociales, el imperialismo, la dependencia, los modos de producción, las formaciones sociales, entre otros tantos conceptos y/o categorías analíticas utilizados para tornar inteligibles (por lo tanto, para *explicar*) a las sociedades y a las acciones humanas. Es decir, desapareció la teoría, que es la *condicio sine qua non* para que el conocimiento sea científico, desaparición que ayuda a entender por qué tantas tesis de maestría y doctorado y tantos artículos y libros tratan de *temas* y no de *problemas*. Es una cuestión fundamental que requiere un buen tratamiento.

A menudo se arguye que el abandono de la teoría -y muy especialmente las fundadas en el materialismo histórico- se justifica por tratarse de elaboraciones antiguas, endeble "argumento" que soslaya dos cuestiones: una, que no todo lo antiguo es anticuado (confundiendo ambas expresiones al considerarlas sinónimos): dos, si por antiguas son también anticuadas, entonces de lo que se trata es de crear nuevas teorías capaces de explicar el mundo y las sociedades de hoy. Pero tirar el bebé y el agua sucia al mismo tiempo no es la mejor manera.

Los sujetos que hacen la historia son hombres y mujeres que, en términos puramente analíticos, pueden ser sujetos *sociales* o sujetos *políticos*. *Qua* sujetos sociales se organizan en clases, por lo general contradictorias, opuestas y antagónicas, mientras en tanto sujetos políticos lo hacen en partidos, sindicatos, asociaciones de interés, movimientos y otras formas. A menudo, pero no necesariamente siempre, hay correspondencia entre una condición y la otra, como en el caso de los partidos políticos de clase, o los sindicatos y las organizaciones patronales. Esos son, como suele decirse, los *actores* (yo prefiero los sujetos) de la política. El italiano Umberto Cerroni señala que hay sujetos políticos *primarios* (las ciudadanas y los ciudadanos, el pueblo) y sujetos políticos *secundarios* (las recién mencionadas formas organizativas). Y agrega; en una cita que me permito reproducir en su extensión:

En una teoría general de los sujetos políticos, se podría distinguir entre los sujetos sociales, que inciden en las tendencias profundas de la política y en los cuales entran también los movimientos no organizados de manera estable, los sujetos políticos propiamente dichos, que manejan las elecciones políticas con relación a la acción social, y los sujetos jurídicos que asumen, en las instituciones delegadas para esto, las decisiones formalmente vinculantes para todos. *Pero esta estratificación no puede borrar el papel primario y fundamental desarrollado por los individuos que, por lo demás, estructuran los niveles de la actividad social y jurídico-política como productores, como ciudadanos, como militantes, como electores, como electos y como funcionarios públicos* (Cerroni, 1992: 97; itálicas mías).

Hoy se escribe, se lee, se dice, se escuchan palabras como derecha(s), nueva(s) derecha(s), centro-derecha, y se las emplea *como si* fueran sujetos de la acción política. En realidad, tal como se las emplea a menudo, son palabras sin sujeto. Porque esas expresiones políticas y/o ideológicas son sólo una de las formas que adquiere el pensar y el hacer de sujetos sociales, se expresen o no a través de sujetos políticos, sean primarios o secundarios. He aquí a la mamá del borrego.

Es cierto que muchas palabras (no todas) del lenguaje clásico de las ciencias sociales persisten. Pero sólo como meras palabras, que ya no son conceptos y/o categorías analíticas. Al dejar de ser conceptos, quienes las utilizan no se preocupan por definir qué entienden por tales y cuando las invocan, dan por sobreentendido que quienes las reciben saben de qué se trata. Pero, ¿es así? ¿Todos quienes usan, por ejemplo, la expresión derecha, entienden por tal lo mismo?

La historia sin sujetos no es historia, ni hace posible, por ende, *explicar* la realidad. Dicho de otra manera: la historia sin sujetos no permite ninguna lectura ni, muchos menos, explicación de procesos y construcciones sociales. Bien lo dice Gabriela Barrueta Ruiz, "al no incorporar la *historia* como movimiento y construcción, no hay *sujeto* que la construya; así, la ausencia de sujeto como potencialidad niega al futuro como alternativa y posibilidad" (2004: 36). No es un dato menor: el pasado no puede cambiarse, el futuro, sí. Y uno y otro, como el presente, son construcciones realizadas por hombres y mujeres dentro de un abanico de posibilidades. Como construcción, el futuro no está predeterminada, no es una fatalidad: siempre hay un número indeterminado de salidas, de opciones posibles.

"Nuevas derechas": ¿moda o pereza intelectual?

Si bien en Italia, por ejemplo, el tema fue objeto de importantes trabajos de Norberto Bobbio, Dino Cofrancesco, Elisabeta Galeotti, Marco Revelli, entre otros (Bobbio, 1995: cap. V), ya en los años noventa del siglo pasado, en América Latina sólo recientemente se ha puesto de moda entre científicos sociales, periodistas e incluso, aunque en menor medida, entre políticos, hablar de, y escribir sobre, las *nuevas derechas*, así, casi siempre en plural. Empero, acoto, Sandra McGee Deutsch (2005; edición en castellano del original en inglés publicado en 1999), señalaba la existencia de "nuevas derechas" en los primeros años de la segunda posguerra, es decir, en los comienzos de la *guerra fría*. Entonces, ¿las de hoy serían las "nuevas derechas" de las "nuevas derechas" de mediados del siglo pasado?

No tengo un prejuicio *a priori* sobre las modas, pero cuando se trata del campo científico dedicado a analizar las sociedades, en especial desde el campo del pensamiento crítico, tengo al menos una reticencia epistemológica, si cabe la expresión, o, para decirlo más llanamente, una fuerte desconfianza, frente a ellas. Es que, en este punto, estoy totalmente de acuerdo con el historiador británico Alan Knight: "la moda es una pobre guía hacia la verdad". Pero no sólo eso: a menudo nos priva de la perspectiva. Se puede plantear la cuestión en otros términos, menos duros, y hablar de un "clima" coyuntural, sin olvidar que también los climas son variables, y más en estos tiempos..."

Por añadidura, tengo una segunda resistencia, cargada de desconfianza, a la utilización alegre e irreflexiva de los vocablos nuevo/a(s) y neo. Esa resistencia deriva de una profunda convicción: su uso y abuso no son más que una de las expresiones de la pereza intelectual, esa que lleva a prestar atención a las formas más que a los contenidos, que observa más las acciones del sujeto que al sujeto mismo, en una variante de la postura de mirar el árbol prescindiendo del bosque. Ya se sabe: si no vemos el bosque todo, no vemos el paisaje completo. No digo que las *formas* de la acción sean irrelevantes, digo que hay que analizarlas en relación con el sujeto que las realiza.

La proliferación de estudios sobre las supuestas "nuevas derechas" muestra en ellos un común denominador: son análisis de una coyuntura en curso enfocados casi siempre sin conexión alguna con la estructura (en el doble sentido braudeliano y gramsciano de la palabra, es decir, como duración), con la temporalidad ni, mucho menos, la historicidad. Antonio Gramsci nos enseñó que todo análisis de coyuntura requiere superar el error frecuente de "no saber encontrar la relación justa entre lo que es orgánico y lo que es ocasional", esto es, entre los movimientos y hechos orgánicos -que son más o menos permanentes, de larga duración o, utilizando el concepto introducido por Piotr Sztompka, parte del coeficiente histórico de una sociedad- y los coyunturales u ocasionales. En otros términos: es necesario -para no incurrir en un serio, grave error de explicación- saber diferenciar lo que es importante de lo que es accesorio. Gramsci sostenía que tal distinción "debe ser aplicada a todos los tipos de

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

situaciones” y que, si ese error es grave en la historiografía, lo es aún más en la política, “cuando no se trata de reconstruir la historia sino de construir la presente y la futura”. Caer en dicho error implica “exponer como inmediatamente operantes causas que en cambio lo son mediatamente, o a afirmar que las causas inmediatas son las únicas eficientes”. De ese modo se zafa de caer en los errores del economicismo, del doctrinarismo pedante o del exceso de ideologismo. El nexo entre ambos órdenes del movimiento y, por tanto, en la investigación, es dialéctico y difícil de ser establecido, tarea que requiere un fino análisis. (Gramsci, 1975: III, 1580).

Así, no es lo mismo decir las “nuevas” derechas, que lo que tienen de nuevo las derechas. No es un juego de palabras, es una distinción fundamental. En el pensamiento y la concepción de derechas hay un núcleo duro que es permanente u orgánico: su posición respecto de la díada igualdad / desigualdad. En cambio, lo que tienen de nuevo es puramente ocasional, accesorio, si bien es necesario prestar atención a algunas manifestaciones que bien podrían llegar a ser más o menos permanentes.

Este artículo pretende, por tanto, ser un alegato contra una mala praxis de nuestro oficio de científicos sociales. Está escrito “con método analítico y no con espíritu partidista” (Bobbio *dixit*), pero sin ocultar una definición política, que no es igual a partidista, aunque no pocos confunden una y otra.

Aquí tan sólo expongo un conjunto de nudos problemáticos que entiendo nodales para una explicación comprensible del proceso que nos ocupa. A medida que la investigación avanza, dichos núcleos serán objeto de mayor desarrollo y profundidad analítica y se articularán lógicamente de una manera que todavía no se encontrará en las páginas siguientes. No esperen, eventuales lectoras y lectores, más de lo que se enuncia y del modo en que se lo enuncia.

El origen de una división

Uno de los tantos legados de la primera Revolución Francesa fue la división política dicotómica entre izquierda y derecha, perdurable de manera inequívoca a lo largo de dos siglos. La fractura original -producida en la sesión del 11 de septiembre de 1789 de la primera *Assemblée Nationale Constituante* (formada el 9 de julio de ese mismo año a partir de la Asamblea Nacional creada el 17 de junio del mismo año, heredera de los Estados Generales, que no se reunían desde 1614)- fue, según la versión más difundida, resultado de la casual distribución espacial de los unos 1.100 a 1.200 miembros que sesionaban en la Gran Sala de Versalles. Los constituyentes representaban a los tres colectivos estamentales: el clero (Primer Estado), la nobleza (Segundo Estado) y los comunes (Tercer Estado, básicamente burgueses y profesionales). Clero y nobleza tenían un cuarto cada uno del total de los miembros, y los comunes, la mitad. En dicha sesión se trató -dentro de una amplia agenda sobre el régimen político a establecer tras la toma de la Bastilla- un artículo de la Constitución en debate, relativo a la cuestión del alcance y/o los límites del poder del rey. Una de las propuestas disponía concederle el poder de veto absoluto de las leyes sancionadas por la futura Asamblea Legislativa. Los partidarios de ella -que lo eran de la conservación de la monarquía absolutista y los privilegios, es decir, del Antiguo Régimen- se ubicaron a la derecha del presidente y de la tribuna del orador, en tanto que los opositores -que propiciaban reducir el veto real al carácter suspensivo y limitado temporalmente, enfatizando la soberanía nacional, se situaron a la izquierda de uno y otra.

Es posible que la ubicación haya sido casual, aunque también es posible pensar que, aun inconscientemente, unos y otros se ubicaran conforme un protocolo de los Estados

Generales, según el cual el clero y la nobleza se sentaban a la derecha del rey, y el Tercer Estado, a la izquierda. Si fue casual, bien podría haber ocurrido que la distribución espacial hubiese sido a la inversa: los conservadores a la izquierda; los reformistas y radicales a la derecha. Si no lo fue y los representantes se ubicaron según el viejo protocolo, habría habido una continuidad en la ruptura. Cualquiera sea el caso, lo cierto es que desde entonces *gauche* y *droit*, izquierda y derecha, fueron y son expresiones de la polarización de fuerzas políticas. La primera, republicana, radical, laica, internacionalista, partidaria de la libertad, la igualdad y la fraternidad. La segunda, monárquica, conservadora, opuesta a los cambios, particularmente a los más o menos radicales. Las derechas se han pronunciado y se pronuncian siempre por el pasado (aunque a veces invoquen a un futuro impreciso e indefinido), por el *statu quo* -en el mejor de los casos, andando el tiempo, por cambios moderados y aceptables dentro de él- y en sus versiones más reaccionarias por el *statu quo ante*. Para las izquierdas, en cambio, el *desiderátum* ha estado y está siempre en el futuro, coherente con la idea moderna, iluminista, del progreso como una línea ascendente. Desde esa perspectiva, cambio era sinónimo de avance. Frente a ella, las derechas fueron, históricamente, restauracionistas. De ahí que, cuando eran más sinceras que ahora, llamaban a los retornos al pasado *restauración* o *regeneración*. Hoy, a despecho de esa tradición, las llamadas "nuevas derechas" lo llaman cambio, pero, como analizaré más adelante, se trata de una engañifa. Y es una engañifa porque las derechas de hoy, como las de ayer, siguen siendo tributarias, herederas del pensamiento de Edmund Burke, quien postulaba la condena a recibir el mundo donado por nuestros mayores y el deber de conservarlo lo más armónicamente posible. De allí que Karl Marx escribiera, en el primer párrafo de *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, la muy conocida frase "La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos." Mas no siempre se recuerda la que le sigue inmediatamente: "Y cuando éstos [los vivos] aparentan dedicarse precisamente a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionarias es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal". Antes que Marx, en contraposición a Burke, Tom Paine, el feroz crítico contemporáneo del conservador inglés, defendía los derechos de los vivos, oponiéndose a su arrebató y control en virtud de una "supuesta autoridad manuscrita de los muertos".

Pero no se trata sólo del cambio como clave diferenciadora entre ser de izquierda y ser de derecha. "Ser de izquierda es, desde que esa clasificación surgió con la Revolución Francesa, optar por los pobres, indignarse ante la exclusión social, inconformarse con toda forma de injusticia o, como decía Bobbio, considerar una aberración la desigualdad social."

"Ser de derechas es tolerar injusticias, considerar los imperativos del mercado por encima de los derechos humanos, encarar la pobreza como tacha incurable, creer que existen personas y pueblos intrínsecamente superiores a los demás" (Beto, 2012).

Más tarde apareció una tercera identidad política: centro. Y luego, híbridos como centro-izquierda y centro-derecha, y ubicaciones más radicales aún: extrema izquierda y extrema derecha. De hecho, aunque estas últimas expresiones no fueran creadas durante la Revolución Francesa, las denominaciones *gauche* y *droit* no referían a grupos políticos homogéneos, pues dentro de ellos había una variedad de posiciones, incluso cambiantes, como suele ocurrir en los procesos revolucionarios, cuando la intensidad y aceleración del tiempo es mucho mayor. No viene al caso ocuparse aquí de las distintas fracciones y facciones que compartían uno u otro de esos universos políticos.

Un estudio exhaustivo del pensamiento de las derechas -algo que excede a los marcos de este artículo- no es una tarea sencilla, pues fue constituyéndose, a partir del núcleo inicial

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

definido por Edmund Burke, Joseph de Maistre y Louis de Bonald, entre otros. Una importante fuente de fundamentación ideológica, incluso doctrinaria, para las derechas ha sido la teoría política vaticana. En el siglo XIX y en la primera mitad del XX, las encíclicas y documentos papales -tales como *Mirari vos* (1832), de Gregorio XVI, *Syllabus errorum. Complectens praecipuos nostrae aetatis errores* (1864), de Pío IX, *Quod apostolici muneris* (1878), *Diuturnum illud* (1881), *Inmortale Dei* (1884), *Libertas praestantissimum* (1888), *Rerum novarum* (1891), *Au milieu des sollicitudes* (1892), *Graves de Communi Re* (1901), entre otros, de León XIII- dieron sustento a las derechas conservadoras. En la segunda mitad del XX, en cambio, en una situación mundial de radicalización y perspectiva de revoluciones socialistas, algunas encíclicas papales, entre ellas las pioneras de Juan XXIII, *Mater et Magistra* y *Pacem in terris*, expresaban mejores simpatías con los explotados. Las primeras eran partidarias del *statu quo ante* (retornar al orden del pasado), explícitamente restauracionistas; las segundas, del *statu quo* (conservar y mantener el orden existente en el momento), cuando no del gatopardismo. Es toda literatura pesada, incluso aburrida, pero es imprescindible.

Conceptualización del término

Una de las características de los análisis sociológicos de procesos históricos -o de sociología histórica, si se prefiere- es la de precisar los conceptos que se utilizarán en cada de ellos. De allí esta necesaria sección.

En el muy conocido *Diccionario de política*, dirigido por Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino, no figura la expresión "derecha". La más próxima es "conservadurismo", entrada redactada por Tiziano Bonazzi. Tampoco se encuentra "izquierda". Acoto: individualmente, el primero de ellos dedicó un breve e incisivo libro a la dicotomía (Bobbio, 1995).

Está igualmente ausente en el *Diccionario de ciencias sociales y políticas*, supervisado por Torcuato S. Di Tella, Hugo Chumbita, Paz Gajardo y Susana Gamba (2004), pero allí se consigna la entrada "Derecha", la cual, sin desarrollar, remite a otra: "Conservadurismo" (pág. 120), y el final de ésta a "Fascismo". A su vez, la entrada "Izquierda", igualmente sin desarrollar, remite a otras tres: "Socialismo", "Marxismo", "Revolución".

En cambio, sí encontramos ambos términos en el *Léxico de la política*, un libro colectivo compilado por Laura Baca Olamendi y otros. Allí, "Derecha" es conceptualizada por Mario Constantino Toto (2000), e "Izquierda" por Isidro H. Cisneros (2000).

La de Constantino Toto -profesor e investigador de la Universidad Veracruzana Intercultural- es una proposición bien interesante. Su punto de partida es doble: el primero, el énfasis en el carácter relacional de derecha *qua* concepto. Es decir, acoto, como toda identidad, la *derecha* se define en oposición a otra identidad, en este caso, la *izquierda*. No se entiende la una sin la relación con la otra, como alteridad. Y ambas, a su vez, sólo son comprensibles y explicables dentro de una totalidad que es un campo de confrontación entre opuestos, antagónicos y contradictorios. En tanto concepto, como todos, está cargado de historicidad, por tanto, de duración, con continuidades y rupturas. Consecuentemente, no siempre designa necesariamente a *todos* los mismos sujetos portadores de ideas de uno u otro signo. (Retomaré esta cuestión más adelante). Vuelvo a Constantino Toto, quien señala que, precisamente por ese carácter relacional, es necesario añadir atributos temporales que la distinguen de su *alter*: costumbres, tradición, conservación, frente a revolución, razón, actualidad, por ejemplo.

El segundo punto de partida del colega mexicano se inspira en Edmund Burke, el pionero teórico del pensamiento conservador, en tanto él "señaló la mayor parte de las premisas" de dicho pensamiento, fuente ideológica decisiva para la "definición primaria" del

concepto derecha. Así, es posible realzar cuatro pares de relaciones claves, las establecidas entre: 1) historia y tradición; 2) autoridad y poder; 3) prejuicio y razón; 4) libertad e igualdad. Cada una de esas relaciones define los núcleos duros del pensamiento de derecha, tal como lo enunciara antes Robert Nisbet (1995).

De esos cuatro pares de relaciones me interesan aquí el segundo y el cuarto. No es que los otros no sean relevantes: sólo quiero poner el énfasis en esos dos, que son -me parece- los más permanentes (no necesariamente inmutables). Respecto de la díada autoridad y poder, Constantino Toto señala que, para la derecha, la premisa originaria de la constitución del principio de autoridad se basa, sustancialmente, en la preservación del orden. De aquí, apostillo, el esfuerzo (exitoso) del pensamiento de derecha por hacer creer que lo contrario del orden es el desorden, el caos, la anarquía -lo que es cierto en algunos casos, pero no en todos-, y no una propuesta de orden alternativo opuesto al existente.

En las sociedades capitalistas, que son las sociedades en las cuales ha surgido y se desarrolla el pensamiento de derecha, autoridad está ligada a propiedad (individual, privada), en tanto, justamente, el orden existente es el garante de ésta. Es por eso que, en dichas sociedades, el poder se instituye, como recuerda Constantino, en una multiplicidad de organizaciones sociales y políticas portadoras, “en general, [de] autonomía relativa unas respecto de las otras: la familia, grupos y asociaciones, el gobierno, la iglesia, entre otras”.

La apelación a la familia es particularmente significativa, en tanto asegura la continuidad de la propiedad, si es posible tomando medidas que disminuyan el gravamen sobre los activos sucesorios (impuesto a la herencia), como ocurrió en Argentina durante la dictadura militar-burguesa de 1976-1983. Pero lo es, también, porque define un modelo de relaciones de dominación básicamente patriarcal que se proyecta a la dimensión macrosocial.

No obstante lo anterior, coincido con Constantino Toto (y otros, comenzando con Norberto Bobbio) en que la díada libertad-igualdad “especifica de mejor manera el pensamiento conservador”, el cual considera como incompatible, de manera inherente y absoluta, a la una con la otra. Así, la libertad se concibe. 1) como “protección constante de la propiedad individual y familiar, particularmente frente a las acciones de Estado o gobierno”, y 2) garantía de “desarrollo de las capacidades individuales y/o grupales, doble objetivo que contrasta con que el que se le asigna a la igualdad, el de tender “a pervertir el desarrollo ‘natural’ de las comunidades al introducir una variable compensatoria en la evolución de las cualidades ‘innatas’ de los individuos” (Constantino Toto, 2000: 152-153).

En cuanto a historia y tradición, debe prestarse atención a un hecho reciente, acaecido mientras este artículo es escrito. Me refiero a la actitud del gobierno de derecha de Argentina con motivo del bicentenario de la declaración de la independencia. Tal vez sea una expresión personal del presidente Mauricio Macri, quien no se destaca, precisamente, por su versación. Se sabe: el acto central de la conmemoración, en la ciudad de San Miguel de Tucumán, donde un congreso conservador decidió el 9 de julio de 1816 que el país pasaba a ser “una nación libre e independiente del rey Fernando séptimo, sus sucesores y metrópoli, y toda otra dominación extranjera”, se caracterizó, entre otras cosas, por la presencia del abdicado rey borbón Juan Carlos I, emparentado con aquél, y la total ausencia de presidentes de los países americanos que fueron colonias españolas. En ese acto central, el presidente argentino imaginó que los congresales “[c]laramente deberían [sic] tener angustia de tomar la decisión, querido rey, de separarse de España”, expresión que ofende a quienes tomaron semejante decisión. No sé si el presidente conoce -y si conoce, cuánta- historia de Argentina. Sí sé que su posición es inequívocamente antihistórica, y este es un rasgo novedoso en las culturas políticas de derechas. En todo caso, es bien curioso -amén de sintomático- que el gobierno derechista de Argentina no reflexione ni invite a reflexionar sobre un momento fundacional de nuestro pasado, justamente en ocasión de una conmemoración bicentenaria. Conmemoración es la

acción de conmemorar. Es obvio, pero -aquí y ahora, en Argentina- no trivial, señalar que conmemorar es, según el Diccionario de la Real Academia Española -por ser del *querido rey*, debería gustarle al actual presidente de los argentinos- “[r]ecordar solemnemente algo o a alguien, es especial con un acto o monumento”, en su primera acepción, y “[c]elebrar una fecha importante”, en la segunda. Es decir, remite a algo que ocurrió en el pasado, por lo tanto, es un registro de la memoria. Memoria del futuro sólo existe en la ficción: en la literatura, *Erinnerungen an die Zukunft*, del suizo Erich von Däniken (1968); en el cine, el muy conocido filme de Robert Zemeckis *Back to the Future* (1985), que aquí se tituló *Volver al futuro*. Significativamente, en ambos, la remisión al pasado es parte fundamental del respectivo argumento.

¿Hay que reiterar que, según ha planteado Immanuel Wallerstein, el pasado no es lo que fue, sino lo que es? Como escribimos con Verónica Giordano: “En una línea que recuerda a Walter Benjamin (en *Tesis de filosofía de la historia*), Wallerstein acota: «Solo se puede narrar verdaderamente el pasado como es, no como era. Ya que recordar el pasado es un acto social del presente hecho por hombres del presente y que afecta al sistema social del presente»” (Ansaldi y Giordano, 2016: I, 63). Es por eso que el pasado es siempre objeto de confrontación, de controversias. Es parte de la construcción de los imaginarios sociales, de las representaciones colectivas, del campo de la violencia simbólica. Para Macri, para la Pro, el pasado ni fue, ni es.

Bien lo dice Nathalie Goldwaser:

la eliminación a las referencias históricas no sólo es una cuestión de ignorancia y desinterés por nuestra herencia cultural y política; es también una estrategia ideológica, porque generar olvido y denostar el pasado reciente permite reinstalar un modelo de vaciamiento material, simbólico y discursivo a través de palabras fallidas que finalmente permitieron atraer a los votantes (ahora devenidos en público) que hicieron posible revivir los muertos de la felicidad.

Adicionalmente, el tratamiento *querido rey* es ofensivo para los hombres y mujeres republicanos de un país republicano- ¡Y nada menos que dedicado a un miembro de la dinastía de la cual los congresales de 1816 decidieron independizarse! Obvio, también sería inexcusable si lo fuera de otra monarquía.³

Permítaseme una extensión en esta digresión. Que el presidente de una república trate de querido al rey perteneciente a la familia de la cual nos independizamos, me hizo recordar un pasaje bíblico, que le hubiera venido como anillo al dedo:

Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá *las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda*. Entonces dirá el Rey

³ Este hecho amerita un tratamiento más extenso, que no puedo hacer aquí y ahora. Un/a analista del discurso (también, un/a psicoanalista) tiene abundante material en los pobres discursos de Macri, en los cuales no sólo se destaca la ausencia argumentación y, *contrario sensu*, la proliferación de lugares comunes, frases y apalabras vacías, sino muy especialmente lo que silencia: por ejemplo, la apelación a *nosotros*, tan común entre quienes niegan las divisiones de clases (él prefiere “ustedes, los argentinos...” (¿Será por eso que Juan Carlos I fue tratado con tanto afecto?) y la palabra *pueblo*. Estas y otras omisiones no son imputables a su pobre lenguaje. Una breve e inteligente reflexión sobre la escuálida conmemoración oficial puede verse en Nathalie Goldwaser Yankelevich, “La celebración del bicentenario de la Independencia...un tarifazo de sentimientos políticos”, *Cuadernos de Coyuntura*, GESHAL-IEALC, <http://coyuntura.sociales.uba.ar/la-celebracion-del-bicentenario-de-la-independencia-un-tarifazo-de-sentimientos-politicos>. Acceso: 19 de julio 2016.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

a los de su derecha: «Venid, *benditos* de mi Padre, *recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo*». (...) Entonces dirá también a los de su izquierda: «Apartaos de mí, *malditos*, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles» (*Evangelio de San Mateo*, capítulo 25; *itálicas mías*).

Ovejas, a la derecha; cabritos, a la izquierda: ¿es necesario acotar algo?

Cierro la digresión y retomo el hilo argumental. La expresión *derecha(s)* no designa a un sujeto político, ni primario, ni secundario. Refiere, sí, a una posición política -más que a una doctrina concreta- cuya base social, históricamente, ha ido ampliándose, ganando a no pocos contingentes de las clases subalternas. Derecha es la posición política de la burguesía, en primer lugar, pero una parte importante de la base social y política de derecha no ha sido ni es burguesa. En otros términos: el pensamiento y las prácticas de derechas se han expandido históricamente entre, e incluso ganado a, importantes contingentes de las clases subalternas. Este no es un dato nuevo, tiene una larga tradición, como ilustran la *Guerra de la Vendée*, en la Francia revolucionaria, la *Cristiada* mexicana, también dentro de un proceso revolucionario, pero igualmente en situaciones no violentas.

Derecha e izquierda son expresiones que designan contenidos no inmutables, cambiantes según tiempo y situaciones, aunque manteniendo invariable la oposición entre una y otra (Bobbio, 1995: 129). No olvidemos que, alguna vez, la burguesía estuvo situada en la izquierda del espectro político. Cuando finalizó la revolución -donde la hubo, o alcanzó el poder, donde no la hubo- y comenzó el orden, la burguesía fue desplazándose hacia la derecha y allí se instaló cómodamente. También la posición de izquierda fue cambiando, pasando, como ha señalado Marco Revelli, desde el movimiento liberal al democrático y al socialista e incluso, agrego, a las varias redefiniciones que algunos proponen en el siglo XXI.

Más allá de las mudas, hay un núcleo duro del pensamiento, la concepción y las prácticas políticas de la(s) derecha(s) que permanece invariable y define exactamente qué es ella, que son ellas: la cuestión de la relación igualdad / desigualdad o, si prefiere, la opción por el mantenimiento de la desigualdad. Las derechas pueden cambiar en varias cuestiones, pero en ese punto son inmutables.

La cuestión de la igualdad / desigualdad -mejor formulación que la de equidad / inequidad con la que algunos esquivan el meollo de la misma- ha sido y es objeto de numerosísimos abordajes. Imposible desarrollarlos aquí. No obstante, porque la argumentación lo exige, he de plantear algunos nudos fundamentales, que no son más que los expuestos en otras ocasiones (la última, de donde tomo, con algunas modificaciones, los cuatro párrafos siguientes, en Ansaldi, 2015).

Principio fundamental: en las sociedades capitalistas la desigualdad es un dato estructural. Las sociedades de hoy son brutalmente desiguales, a escalas nacionales y mundial, quizás más desiguales socialmente que nunca antes en la historia de la humanidad, precisamente cuanto mayor es el grado de desarrollo alcanzado por ésta. El sociólogo español Salvador Giner señalaba, en los primeros años de la década de 1990, que no era nueva la percepción de "una verdadera mundialización de la desigualdad, y ello a un doble nivel: entre países (ricos/pobres; poderosos/subordinados) así como dentro de ellos (creación de pautas interiores de dominación dependientes de las transnacionales)", Sí lo era "su consolidación a escala mundial (...), un rasgo sin precedente" (Giner, 1993: 133).

La igualdad debe ser analizada, siempre, en relación a su antítesis, la desigualdad. Es cierto que ambas palabras son polisémicas y que hay igualdad-desigualdad naturales e igualdad-desigualdad sociales, como argumenta Norberto Bobbio (1995). En pocas palabras:

igualdad, en su sentido moral es un hecho fundamental de la condición humana: todos poseemos, en principio, la misma dignidad por el hecho de existir. [...]. Hay varias formas de igualdad: la material, la de oportunidades, la de género, la legal. La desigualdad, en cambio, es la distribución asimétrica de poder, bienes y recursos entre los seres humanos. La desigualdad social es aquella que se ha desunido de la natural, según criterios valorativos de autoridad, propiedad, privilegio, honores, prejuicios y creencias (Giner, 1993: 127-128).

Un aspecto singular de la desigualdad social contemporánea estriba en su derivación de una previa creación de igualdad, paradoja que Giner llama "forja igualitaria de la desigualdad", resultado del desarrollo del proceso histórico de la humanidad a lo largo de los dos últimos siglos. Sorteando -por limitaciones espaciales- la tentación de desplegar algunos argumentos sobre el mismo, aquí sólo recordaré que la demanda de igualdad social define una de las notas distintivas de posiciones de izquierda, tanto como la defensa de la desigualdad caracteriza a la derecha, Bobbio *dixit*. Éste sostiene que el principio igualitario -o igualitarista- se expresa como *lo mismo para todos*. Está claro que *igualdad* no puede ni debe ser confundida, como de hecho suele ocurrir, con *uniformidad*. La cuestión remite, a su vez, a otra, la de la alteridad, cuyo reconocimiento se sintetiza en la proposición que considera al *otro como un igual, pero diferente*.

En el marco de sociedades capitalistas, la "mayor verosimilitud de la idea" de igualdad se ha alcanzado en aquellos países "que han emprendido y sostenido largos procesos de redistribución progresiva de la riqueza social" (Tapia, 2001: 127). De allí el énfasis, la insistencia de los liberales y de conservadores, nuevos o añejos, en la promoción de políticas antiigualitarias o, como añade el mismo autor una página después, "de reducción del grado de universalización histórica producida por las luchas y reformas democráticas". La igualdad es, entonces, el *quid* de la cuestión.

Con diferencias, las corrientes racionalista, socialista, liberal democrática y social cristiana han defendido posiciones más o menos igualitarias o, al menos, tendentes a disminuir las desigualdades. De todas ellas, la más igualitaria ha sido, históricamente, la del socialismo, quien la concibió, al menos originariamente, asociada inextricablemente a la libertad. Conviene recordar que la demanda de igualdad formó parte -con libertad y fraternidad- del ideario filosófico-político del liberalismo cuando éste era una posición de izquierda. En ese sentido, el socialismo ha sido considerado la continuidad radical y superadora del liberalismo revolucionario francés, en alguna medida deriva de los movimientos igualitarios ingleses del siglo XVII, los *levellers* (niveladores) y los *diggers* (cavadores). *Contrario sensu*, el llamado neoliberalismo rechaza la concepción de la igualdad entre los seres humanos, en tanto los considera naturalmente desiguales, excepto en el plano de la ley ("una exigencia política", como dice Karl Popper) y en el del mercado (los hombres y las mujeres son igualmente libres para la adquisición o disfrute de sus propiedades). El fundamento del carácter irrestricto del derecho de propiedad exige la igualdad ante el mercado y afirma la desigualdad económica y social. En el plano político, ello se traduce en una concepción puramente instrumental del Estado: la defensa de la propiedad privada y del mercado. De allí que se le asigne a él la exclusiva satisfacción de las necesidades de la seguridad y de la justicia. Los llamados neoliberales -siguiendo las posiciones de los utilitaristas- afirman la necesidad de asegurar la persistencia de las desigualdades: la lucha por reducir éstas implica la expansión de la libertad de las mayorías y de las potencialidades y capacidades humanas como puede apreciarse en el Estado Benefactor y en la democracia social, igualando así (al menos tendencialmente) a quienes son naturalmente desiguales, de donde las "teorías" de la dictadura del número o de la distinción entre masas y elites.

En una célebre polémica con Luigi Einaudi, Benedetto Croce inventó el neologismo *liberismo* para establecer una distinción entre éste -considerado manifestación de los aspectos exclusivamente económicos- y el *liberalismo*, expresión de los aspectos filosóficos, políticos y éticos de la corriente. Esta distinción, prácticamente reducida a su empleo por los italianos, me parece notable y he de reivindicarla. Como muchos en las últimas décadas, he utilizado el término neoliberalismo (a veces, también el de neoconservadurismo) para aludir a la corriente que encuentra sus expresiones ideológicas más notorias en Friedrich von Hayek y Milton Friedman y en las propuestas de política económicas condensadas en el llamado Consenso de Washington. Mi proposición, ahora, es denominarlos *liberistas fundamentalistas*, acotando que, a diferencia de Croce, estos de hoy no sólo privilegian los aspectos puramente económicos, sino que también han abandonado buena parte de los principios éticos, filosóficos y políticos del mejor liberalismo. En su lugar, han farfullado extravagantes -aunque exitosas- posiciones que por comodidad llamaré culturales e ideológicas, porque, a diferencia del liberalismo original, filosóficas le queda excesivamente grande.

Los liberistas fundamentalistas han creado nuevas y mayores desigualdades, tanto como han reforzado las de antaño, mediante el *cierre social*, esto es, el proceso mediante el cual determinados grupos sociales se apropian de y reservan para sí mismos -o bien para otros, generalmente allegados a ellos- ciertas posiciones sociales. El cierre social se aprecia tanto en niveles microsociológicos -atribuir una posición a una persona dada, y no a otras, por razones de discriminación, por ejemplo- cuanto en el nivel macrosociológico, en el cual se produce una distribución discriminatoria de propiedad, poder, privilegios y empleo a ciertos y específicos individuos con total o parcial exclusión de otros.

En el contexto actual, un aspecto especialmente relevante es el de la relación -nada nueva- entre democracia y exclusión. Es la forma de referir la relación, clásica ella, entre democracia y capitalismo. Si se quiere ser claros y precisos, tal cuestión debe plantearse en términos de la relación entre las consecuencias de las políticas de ajuste estructural y los derechos humanos. Va de suyo que pobreza, indigencia y exclusión son violatorias de los derechos fundamentales.

La pretensión de los liberistas fundamentalistas era y es conjugar lo que llaman ajuste estructural con estabilidad democrática, pretensión inconsistente, pues el ajuste tiende a crear inestabilidad política. Por añadidura, transferir al mercado el protagonismo en la organización de las relaciones sociales, desplazando a los Estados y a la política, torna más grave la situación porque, como si fuera poco, los mercados latinoamericanos, insuficientemente dinámicos, son incapaces de integrar socialmente. Más aún: la exclusión de sectores mayoritarios de la sociedad conspira contra el propio desarrollo, e incluso el mero crecimiento, del capitalismo, y fabrica una verdadera bomba de tiempo. Los liberistas fundamentalistas -convencidos del "fin de la historia"- son incapaces de advertir lo que ésta podría enseñarles: el sistema capitalista requiere, para desarrollarse en el mediano plazo, que la mayoría de la población sea partícipe del crecimiento, que no es lo mismo que el *derrame*. Una sociedad polarizada -a veces extremadamente polarizada-, donde las mayorías son excluidas del acceso a bienes, servicios y al propio mercado, marca un límite material al desarrollo, e incluso al crecimiento, económico, que se torna más rígido aún si esa exclusión se reproduce -tal como sucede actualmente- a nivel mundial, exacerbando la desigualdad, en el interior de cada sociedad y entre los países del planeta.

Los atributos señalados de la concepción y la práctica políticas de las derechas son inequívocos cuando ellas detentan el poder y el gobierno, pero, ¿qué ocurre cuando pierden uno u otro, o ambos? He ahí todo un programa de investigación. Adelanto una hipótesis de trabajo: las fuerzas de derecha pueden tolerar el ejercicio del gobierno -que no es lo mismo que detentar el poder- por fuerzas "progresistas", de izquierda reformista o "nacional-populares"

hasta el punto en que sus acciones rocen el núcleo duro de sus intereses. En el ínterin, pueden conspirar, sabotear de diferentes maneras (una, el desabastecimiento de productos básicos para la alimentación y la salud), estar expectantes, y, en el límite, apelar a formas de violencia armada civil (como las Ligas Patrióticas, las Legiones, las Milicias o similares de Argentina, Chile, Colombia y Brasil, entre otros países) y, más recientemente, utilizando resortes constitucionales que son violentados para promover la judicialización de la política y el golpe de Estado legislativo. Las derechas pueden estar fuera del gobierno -de hecho, así ha ocurrido en buena parte de la región en los cinco primeros lustros de este siglo, y en unos pocos casos se mantiene aún-, pero no han perdido poder: las burguesías son dueñas de los medios de producción y de los de comunicación de masas, del sistema bancario y de las conexiones internacionales. Por ende, disponen de ingentes recursos económicos y comunicacionales (éstos, formidable arma para crear sentido común, valores hegemónicos, etc., instrumento que ha sido reforzado por la más reciente tecnología de las redes sociales, muy eficazmente utilizadas). No han dejado, ni dejan de utilizar todos y cada uno de esos poderosos recursos. Hay mucha evidencia empírica en nuestros países.

Mirada en una perspectiva de larga duración, un buen ejemplo lo constituyen las fuerzas políticas de derecha de la burguesía chilena frente a los gobiernos del Frente Popular, en un caso, y al de la Unidad Popular, en el otro. Tomás Moulian e Isabel Torres Dujisin (2011) analizan, de manera brillante, el comportamiento político interno y externo de las fuerzas de derecha de su país a lo largo de un período cuasi secular que va desde *circa* 1930 hasta fines de la década de 2010. Su enfoque es esclarecedor y modelo para analizar otros casos nacionales. Moulian y Torres Dujisin (2011: 219) señalan que los partidos de derecha chilenos “que, mientras funciona un sistema democrático, logran mantener la representación de las clases propietarias, tienen una debilidad originaria” que reside en “su dificultad para proponer un programa modernizador y desarrollista”. Tal dificultad es explicable por la composición social de dichas clases, una “combinación de sectores terratenientes y burgueses”. Es interesante comparar la posición de las fuerzas de derecha chilena ante los gobiernos del Frente Popular, en buena medida fautor de algún grado de industrialización, pero que no atacó el sistema de hacienda, por tanto, la propiedad de la tierra y el poder terrateniente, y ante el de la Unidad Popular -e incluso el previo de la Democracia Cristiana- que sí afectó esos intereses mediante sendas leyes de reforma agraria.

¿El cambio ya no es lo que era, o el estereotipo se imponía?

Históricamente, la posición política de derecha estuvo asociada a resistencia al cambio, es decir, al conservadurismo, con independencia de la base social que la sustentara, como bien lo había advertido José Luis Romero (1970: 16). Sin embargo, como lo prueban diferentes experiencias recientes y/o en curso, un buen número de partidos, organizaciones y políticos de derecha han hecho de la palabra *cambio* el núcleo duro de sus propuestas. Así, Mauricio Macri y la Propuesta Republicana (Pro) y su acuerdo político con la Unión Cívica Radical y la Coalición Cívica para generar *Cambiamos*, en Argentina; Pedro Pablo Kuczynky y *Peruanos Por el Cambio* (PPK, sigla que, de paso, exalta el personalismo del dirigente); y antes que él, en el mismo país, Alberto Fujimori y *Cambio 90*; es igualmente el caso de *Cambio Democrático*, embrión de la coalición *Alianza para el Cambio* que llevó al gobierno de Panamá a Ricardo Martinelli. O bien se metamorfosea, en una muestra más de la capacidad de alterar el significado de las palabras, como ilustra la peruana *Fuerza Popular*, liderada por Keiko Fujimori.

Histórica, clásicamente, sobre todo en los imaginarios sociales, la expresión *cambio* aludía a un paso adelante, a una situación de progreso, evolución y/o desarrollo, impronta fuerte y duradera del positivismo decimonónico y la idea de la marcha de la historia de las sociedades y de la humanidad como una línea verticalmente ascendente, cuando, en rigor, es una línea espiralada, es decir, con marchas y contramarchas, avances y retrocesos, como planteaba Giambattista Vico con su proposición de *corsi e ricorsi*. Podía ser revolucionario o reformista, pero no conservador. Era un salto cualitativo. En el abanico de cambios posibles, la revolución era considerada -para usar la expresión del sociólogo polaco Piotr Sztompka- la cumbre del cambio social. No obstante, los científicos sociales tenían bien presente que los cambios podían ser progresivos o regresivos. Esa percepción está acorde con la certeza de la historia de las sociedades como horizonte de posibilidades, no de fatalidades. Por tanto, su marcha puede orientarse en diferentes direcciones. Recuérdese, además, que en la década de 1930 Walter Benjamin cuestionó fuertemente el mito de la historia como cambio progresista.

Desde Auguste Comte en adelante, las ciencias sociales -la sociología, en particular- generaron numerosas teorías sobre el cambio (predominantemente social) y parte importante de la confrontación entre ellas radicaba en el peso que se le daba, como agentes del cambio, a los llamados factores externos y factores internos, al conflicto y al consenso. En general, el pensamiento conservador ha optado por el consenso, por la ausencia de conflicto como eje principio organizador de las sociedades, mientras las distintas variantes del pensamiento crítico, por el contrario, parten de él.

Viene al caso aquí recordar al economista heterodoxo alemán Albert Otto Hirschman, en uno de sus estimulantes libros.⁴ En *Retóricas de la intransigencia* se ocupa del pensamiento conservador o reaccionario (que yo consideraré sinónimos de pensamiento de derecha), al cual analiza en perspectiva histórica, centrándose en el discurso de los conservadores y los neoconservadores -que demuele- a lo largo de doscientos años, dimensión temporal en la cual se produjeron tres olas reaccionarias que él vinculaba con las sucesivas olas de ampliación de derechos de ciudadanía tal como los formulara Thomas Marshall. Así, la primera ola reaccionaria, aparecida en las etapas iniciales de la Revolución Francesa, expuso su oposición a la afirmación de la igualdad ante la ley y los derechos civiles en general, es decir, a la dimensión civil de la ciudadanía, según la concebía Marshall. Según Hirschman, esa oposición, por el momento histórico en que se produjo, era también una oposición a la Revolución. La segunda ola fue la de la oposición a la extensión del sufragio universal, o sea, a la dimensión política de la ciudadanía. Esta ola produjo entre el último tercio del siglo XIX y la Primera Guerra Mundial e incluso más allá,

una vasta y difusa bibliografía que abarcaba la filosofía, la psicología, la política y las letras acumuló todos los argumentos imaginables para desprestigiar a las 'masas', a la mayoría, al régimen parlamentario y al gobierno democrático. Aunque hizo pocas propuestas de instituciones optativas, gran parte de esta bibliografía advertía explícita o implícitamente contra los tenebrosos peligros que amenazaban a la sociedad como resultado de la tendencia a la democratización.

La tercera ola fue la de la oposición al Estado de Bienestar y "las tentativas de deshacer o 'reformular' algunas de sus medidas", esto es, a los derechos establecidos por la ciudadanía social (Hirschman, 1991: capítulo 1; sección "Tres reacciones y tres tesis reaccionarias").

⁴ Agradezco a Alberto Martín Álvarez, querido colega del Instituto Mora, haberme señalado la conveniencia de considerar las apreciaciones de Hirschman. Seguir su sugerencia me ha permitido abrir un frente de análisis más, al margen de no poder desarrollarlo aquí y ahora. *Retóricas de la intransigencia* es un libro bien pertinente para el debate.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

Hirschman postulaba, así, la existencia de “tres tesis reactivo-reaccionarias principales”, a las que llamó *tesis de la perversidad* o del efecto perverso, *tesis de la futilidad* y *tesis del riesgo*.

Según la tesis de la *perversidad*, toda acción deliberada para mejorar algún rasgo del orden político, social o económico sólo sirve para exacerbar la condición que se desea remediar. La tesis de la *futilidad* sostiene que las tentativas de transformación social serán inválidas, que simplemente no logran ‘hacer mella’. Finalmente, la tesis del *riesgo* arguye que el costo del cambio o reforma propuesto es demasiado alto, dado que pone en peligro algún logro previo y apreciado.

Cabe señalar que, a su juicio, esos argumentos no son exclusivos de los reaccionarios y

[p]ueden ser invocados por cualquier grupo que se opone o hace críticas a nuevas proposiciones de política o a políticas recién adoptadas. Siempre que los conservadores o reaccionarios se encuentran en el poder y están en situación de proponer y llevar a cabo sus propios programas y políticas, pueden ser atacados a su vez por los llamados liberales o progresistas según la línea de las tesis de la perversidad, la futilidad y el riesgo. Sin embargo, los argumentos son en especial típicos de los ataques conservadores contra las políticas progresistas existentes o propuestas, y sus principales protagonistas han sido pensadores conservadores.⁵

Dejo a Hirschman no sin antes retomar la consideración que él hizo de la tesis reaccionaria de la futilidad, que levantó su oposición al sufragio universal que, en rigor, no era (no es) más que una postura antidemocrática, en tanto, según el pensamiento conservador, la democracia de masas debe ser combatida a partir del supuesto de la carencia de sabiduría de las masas (“embrutecidas”, dirá Gustave Le Bon, para quien “la muchedumbre” era poco apta para el razonamiento y muy apta para la acción, eufemismo para decir soldados para la guerra), cuya mentalidad era concebida como similar a las de niños dependientes y/o mujeres histéricas (Le Bon *dixit*). Así, la formulación de las políticas sólo puede ser exclusividad de “la minoría que sabe”. Los principios democráticos eran (y son) considerados fútiles, triviales, por ignorar que el talento político es privativo de unos pocos. O si se prefiere, añadido por mi cuenta, de los *expertos*, como prefieren decir hoy los liberistas fundamentalistas y los partidarios de la pospolítica. En ese lenguaje, la palabra experto me recuerda la aguda observación de Pierre Bourdieu respecto de lo que llamaba *racismo de la inteligencia*.

El estereotipo, devenido incluso sentido común, del cambio como salto adelante ha impedido -impide- a no pocos explicar cabalmente los vaivenes de las fuerzas de derecha. Las burguesías tienen una formidable capacidad de apropiarse de conceptos elaborados por sus antagonistas y de invertir su significado primigenio en las controversias ideológicas (que no son las mismas que las científico-sociales). Aprendieron la capacidad movilizadora de la palabra cambio, se apropiaron de ella y la impulsaron para darle el sentido que la sociología supo siempre que tenía, pero que el discurso político y/o el ideológico olvidaba: el cambio puede ser regresivo. Pero no debemos equivocarnos: la regresión no implica retorno al pasado, una acción imposible hasta tanto no funcione la Máquina del Tiempo. Sí hay, en cambio, un

⁵ Para la redacción de este artículo he podido contar sólo con la versión digitalizada no fascimular de este libro de Hirschman que se encuentra en [http://assets.esppdf.com/b/Albert%20Hirschman/Retoricas%20de%20la%20intransigencia%20\(3018\)/Retoricas%20de%20la%20intransigencia%20-%20Albert%20Hirschman.pdf](http://assets.esppdf.com/b/Albert%20Hirschman/Retoricas%20de%20la%20intransigencia%20(3018)/Retoricas%20de%20la%20intransigencia%20-%20Albert%20Hirschman.pdf). (Descargado el 5 de septiembre de 2016). Por esa razón, las citas que reproduzco no tienen indicación de página.

retorno del pasado al presente, de políticas del pasado que vuelven a aplicarse en el presente. Y, aun así, no necesariamente del mismo modo y/o con el mismo exacto contenido.

Los derechistas heredaron de Edmund Burke la revulsión a la mera idea de revolución -principio fundamental de las propuestas de izquierda, en tanto expresión máxima del cambio estructural- y el temor al deseo de cambios radicales como vía al desastre. Quienquiera que haya seguido la política española a lo largo del último año y medio encontrará en ella ejemplo clarísimo en la postura del Partido Popular frente a una izquierda moderada, no revolucionaria, como Podemos, a la cual imputa precisamente, llevar al país, de triunfar, a la debacle. Pero no es el único caso. Sobran los ejemplos.

Hoy, la propuesta de una revolución no está en la agenda política en casi ningún lugar del mundo. Y donde está, dista de tener el contenido radical del pasado, es decir, pasaje del capitalismo al socialismo. Tal vez por eso, los derechistas no se apropiaron de la expresión para bastardearla, vaciarla del contenido original. Pero con cambio, lograron mudar la aceptación estereotipada de cambio como salto hacia adelante.

Las ciencias sociales han sido y son proclives a convertir en conceptos aptos para explicar a las sociedades a no pocos creados originariamente por las ciencias físico-naturales (por ejemplo: estructura, evolución, revolución, entre otras). ¡Ahora hasta hay ADN de las sociedades, de partidos políticos y de dirigentes!

Personalmente, preferiría que fuese de otro modo, pero es difícil revertir la historia de nuestro campo. Apelaré, entonces, a esa tradición y recurriré a dos expresiones: muda y metamorfosis. En el reino animal, *muda* denomina al proceso mediante el cual los artrópodos y los hongos (entre otros seres vivos), a medida que crecen, se desprenden de la quitina exterior, que no acompaña el crecimiento, y por lo tanto necesitan desprenderse de ella y generar una nueva, apta para el nuevo tamaño. Mientras ese proceso dura, el artrópodo o el hongo se encuentra en estado de indefensión. *Metamorfosis* -del griego μετα (meta), que indica *alteración*, y μορφή (forma)- tiene una doble acepción: la más antigua, pertenece al campo de la mitología, en el cual refería a episodios mediante los cuales ciertos personajes se transformaban en animales. No casualmente, el romano Apuleyo utilizó la expresión, en el siglo II, para relatar en su novela picaresca *El asno de oro*, la transformación, mediante un fallido hechizo, del joven Lucio en tal animal, aunque sin perder sus facultades intelectuales, excepto el lenguaje y, en el siglo XX, Franz Kafka la retomó para dar cuenta de la transformación del comerciante Gregor Samsa en un gigantesco insecto, aunque sin dejar de conservar facultades humanas). Posteriormente, la biología se apropió de la expresión para referirse al proceso experimentado por algunos animales antes de devenir adultos.

¿A cuento de qué traigo esto a colación? Lo hago porque funciona como excelente metáfora de lo acontecido con las posiciones y proposiciones de los hombres y mujeres de derechas. No obstante, si las queridas lectoras y los estimados lectores tienen resistencia a la biología (y puede que por ello hayan optado por las ciencias sociales) y todo este asunto de mudas y metamorfosis les resulta más incomprensible que las matemáticas antes de Adrián Paenza, tienen también la opción de observar el campo de las derechas desde el menos complicado ángulo del ropaje, de la moda, si prefieren, tal como haré al final del artículo. En cualquier caso, cambia el aspecto exterior, la forma en la que se presentan, pero su estructura, su ADN, si quieren, es el mismo. Es entonces cuando recuerdo a Giuseppe Tomasi di Lampedusa y su *Il gatopardo: Se vogliamo che tutto rimanga come è, bisogna che tutto cambi*. (“Si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie”). Y lo que debe seguir como es o como está es la desigualdad, el poder de la burguesía, particularmente de sus sectores más concentrados.

Las derechas en la historia de América Latina

Ignoro cuándo, en los lenguajes políticos latinoamericanos, comenzaron a utilizarse las palabras "derecha" e "izquierda" como expresiones de sendas posiciones políticas. A diferencia de otras generadas también por la Revolución Francesa, aparecidas y empleadas tempranamente en las antiguas colonias, esas dos lo hicieron morosamente. Al menos hasta la aparición de anarquistas y socialistas, las grandes fracturas se daban entre liberales y conservadores. No obstante -y sin caer en anacronismo-, es fácil encontrar posiciones inequívocamente de derecha. Más difícil es encontrar las de izquierda (excepto la obviedad que en ese campo se encontraban todos los que eran lo contrario de los conservadores, lo que durante algún tiempo el sayo les cupo a los liberales), aunque sin duda allí podríamos ubicar a Mariano Moreno, Juan José Castelli, Bernardo Monteagudo (en sus primeros años de acción política) y, más radicalmente, José Gervasio Artigas, en el Río de la Plata. Pero también, a despecho de su condición sacerdotal, Miguel Hidalgo y Costilla y José María Morelos y Pavón, en la primera revolución mexicana. Y si me apuran un poco, teniendo bien presente la historicidad de los términos, incluiría a los liberales radicales colombianos de la segunda mitad del siglo XIX.

El pensamiento y las políticas de derecha, de contenido conservador y a menudo ultramontano, tuvieron varios exponentes en la América Latina decimonónica. No siendo del caso abundar aquí sobre la cuestión, señalo unos pocos ejemplos. Así, Diego de Portales no vaciló en considerar a la Constitución como una mujer a la cual, llegado el caso, podía violarse; Juan Manuel de Rosas se pronunció en favor de un gobierno universal regido por el papa, mientras Gabriel García Moreno impuso en la Constitución ecuatoriana de 1869 la cláusula restrictiva del derecho de ciudadanía, reservado exclusivamente a quienes profesaran la religión católica, apostólica, romana. José Manuel Estrada repudiaba el matrimonio civil, al que consideraba "ignominia del concubinato legal", contrario a la ley de Dios y la conciencia nacional.

En esta cuestión -como en muchas otras, si no en todas-, es necesario tener en cuenta lo que Antonio Gramsci llamaba la traductibilidad de las categorías o, más precisamente, traductibilidad de los lenguajes científicos-filosóficos. Si la distinción izquierda-derecha tiene, para el estudio de las posiciones político-ideológicas en la América Latina del siglo XIX, alguna utilidad, es claro que no se expresaba de la misma manera ni con los mismos sujetos que en Europa occidental. No es esta una cuestión, teórico-metodológica, menor.

En el siglo XX, cuando el enfrentamiento político e ideológico fue más claro que en el anterior -y también más parecido (pero no igual) al europeo-, no escasearon políticos e intelectuales inequívocamente de derecha, ni tampoco los de izquierda.

Sin duda, la expresión más alta de políticos de derecha fueron los dictadores, pero no todos ellos pueden ser filiados en una misma derecha. Es evidente que entre los dictadores "clásicos" de la primera mitad del siglo XX, jefes militares autócratas (los *patriarcas*, para decirlo a lo García Márquez), y los de las dictaduras institucionales de las Fuerzas Armadas hay más diferencias que coincidencias, aunque entre éstas dos se imponen: su férreo anticomunismo y el *dictum* conservador "No pienses, obedece". Es decir, la sacralidad del orden. Así, por caso y para citar sólo un único ejemplo, los generales Jorge Ubico Castañeda y Efraín Ríos Montt gobernaron dictatorialmente Guatemala con cuatro o cinco décadas de diferencia (1931-1944 y 1982-1983, respectivamente), pero sería erróneo ubicarlos en un mismo plano.

Por otra parte, no debe descuidarse un hecho de significativa importancia: las posiciones de derecha no son siempre conservadoras a ultranza. Puede que, como planteaba Georg Wilhelm Friedrich Hegel, los pueblos y los gobiernos no aprenden nada de la historia; pero la burguesía o, mejor, sus exponentes más lúcidos, sí lo hacen y muy rápido. De allí que,

ya en el siglo XIX aparecieron proposiciones de lo que solía llamarse reformismo social, del que era posible observar una corriente liberal y otra, católica. En este asunto, el papel del Vaticano fue crucial. Furibundo antianarquista, antisocialista y anticomunista, defensor del orden capitalista -sin mengua de proponer acciones que atenuaran la desigualdad estructural propia del capitalismo- el Papado -y una parte del clero- fue una punta de lanza en el giro hacia posiciones favorables a morigerar las duras condiciones de trabajo y de vida de la clase obrera. El llamado catolicismo social planteó la necesidad de políticas destinadas a disputarle a los movimientos, sindicatos y partidos anticapitalistas, esto es, de izquierda la hegemonía sobre el proletariado. Los más lúcidos pensadores católicos advirtieron que no podía seguir la monserga dirigida a los pobres, a los cuales se les pedía paciencia y resignación. Entre el *Syllabus Errorum* de Pío IX (1864), y la *Rerum novarum* de León XIII (1891), mediaron apenas veintisiete años (menos de una generación biológica), pero las diferencias cualitativas entre uno y otra son extraordinarias. Esas proposiciones fueron parte de la confrontación política e ideológica de la bisagra de los siglos XIX y XX.

El pensamiento de derecha tuvo en América Latina algunas expresiones bien relevantes, particularmente en la conflictiva década de 1930. Algunos estudios sobre los casos argentino, brasileño y chileno ilustran muy bien. Por ejemplo: Ansaldi (2000b y 2003), Beired (1999), McGee Deutsche (2005), Moulian y Torres Dujisin (2011).

Los derechistas han sido siempre muy antiestatistas. Los de hoy siguen siéndolo, pero se expresan en términos más cautos, más hipócritas, al menos en el lenguaje inicial en campañas electorales o en decisiones tomadas durante los primeros meses de gobierno, como bien ilustra el caso argentino. Pero no hay que engañarse: los liberistas fundamentalistas irán, en este punto, más despacio, desmantelando más o menos paulatinamente políticas sociales de inclusión -allí donde las ha habido en los marcos del capitalismo, sin alterarlo-, y la velocidad de ello dependerá de las reacciones populares. En algún momento se plantearán también la privatización total o parcial o la reprivatización de empresas estatales, acciones que en buena medida dependerá de la coyuntura económica internacional, hoy no tan favorable para ello como en la década de 1990. Los liberistas fundamentalistas de los años 2010 han aprendido mucho y rápido de las experiencias de sus antecesores que gobernaron en aquella.

Bien lo ha dicho el brasileño Miguel Rosseto, quien fuera Ministro de Desarrollo Agrario y estratega de Dilma Rousseff: “durante la campaña, Aécio Neves [el candidato del Partido da Social Democracia Brasileira, PSDB] nunca hablaba de privatizar ni de afectar los derechos sociales, porque la derecha es incapaz de presentar claramente cuál es su proyecto. *La derecha tiene un programa clandestino*, porque si lo muestra sería defenestrada”.⁶ Algo muy parecido ocurrió en Argentina con la campaña de Mauricio Macri, y veintiséis años antes con la de Carlos Menem.

Otra concepción cara a los derechistas es la de los gobiernos como malos administradores, aquí y en todas partes. Traigo a colación un ejemplo local, de antaño, y otro externo, actual. En 1887, cuando se discutía en el Congreso Nacional argentino la cuestión de las obras de salubridad de la ciudad de Buenos Aires, Eduardo Wilde, ministro del Interior - el mismo que alguna vez proclamó que “el sufragio universal es el triunfo de la ignorancia universal”)- defendiendo el otorgamiento de la concesión a capitales privados, sostenía:

Ahora, señor presidente, se preguntará por qué el gobierno ha pensado en la entrega de la provisión de agua y el servicio de cloacas a una empresa particular; y yo contesto: ha pensado en esto, porque esto emana de la teoría y del principio que la actual administración sostiene; esto emana de la convicción que tiene el Poder Ejecutivo de

⁶ *Página/12*, CABA, 2 de noviembre de 2015, p. 25; itálicas mías.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

que los gobiernos son malos administradores. Esto está íntimamente ligado con otros propósitos que tiene el Poder Ejecutivo.

Que son malos administradores, es una idea que ya en política tiene los caracteres de un axioma; que los gobiernos son siempre, con relación a los progresos, un elemento de retardo, es un axioma que nadie niega [...].

Cabe señalar que su antagonista en el debate, el senador Aristóbulo del Valle, no le iba a la zaga. También para él “los gobiernos suelen ser malos administradores”.⁷

En abril del año en curso, Joan Ribó, alcalde de Valencia por la *Coalició Compromís* (PSPV-PSOE y *València en Comú*), reveló que en sus primeros seis meses de su gobierno el presupuesto del año 2015 -que había sido confeccionado por su antecesor, del Partido Popular (PP)- arrojaba un superávit de € 25 millones, contrastando con la ejecución del presupuesto 2014 por el PP, cuyo resultado final fue un déficit de € 10 millones. Un periodista preguntó: - “¿Pero los buenos gestores no eran los de la derecha?”

La precisa respuesta del alcalde Ribó exime de todo comentario: “Eso es un mito. La derecha solo gestiona muy bien sus propios intereses y recursos, pero gestiona muy mal los recursos de todos”.⁸

Como se sabe, un latiguillo de los derechistas no es sólo que el Estado y/o los gobiernos son malos administradores, sino que los empresarios capitalistas son mucho más eficaces, postura ésta que suele tener su cara popular: “un gobierno de los ricos es mejor, porque como tienen mucho dinero no necesitan robar”. La ingenuidad del aserto, frente a tanta evidencia empírica en sentido absolutamente inverso, exime de todo comentario. No obstante, no resisto a la tentación de dos observaciones, una clásica, remota; la otra, más contemporánea. Comienzo por ésta: Escribió Nicholas Blake en su novela policial *La bestia debe morir* (que en Argentina publicó Emecé editores, en la célebre colección pergeñada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, *El Séptimo Círculo*): “El poder [debió decir, mejor: el gobierno] está siempre a la defensiva: contra las clases superiores porque pueden dañarlo si da un paso en falso, contra las clases inferiores porque es el representante de la ley y del orden, que éstas parecen considerar, con toda razón, como sus enemigos naturales”.

La otra, de más larga data, es la del padre de la ciencia de la política, Niccolò Machiavelli. Se trata de una enseñanza que los recientes gobiernos “progresistas” de América Latina no tuvieron en cuenta. El *fiorentino* estaba convencido de que por más concesiones que se le den a los ricos y poderosos, éstos jamás dejarán de considerar a los gobernantes como intrusos entrometidos en sus negocios y en el disfrute de sus bienes. Los ricos y los poderosos son -hoy, como eran ayer- insaciables, por siempre inconformistas, propensos a la obstrucción, la sedición y la conspiración, de manera tal que si un gobierno decide apelar a la política de ceder a sus demandas para apaciguar su beligerante oposición, no hace más que cometer un yerro fenomenal. Lectoras y lectores saben bien que el pensamiento de Machiavelli no data de semanas o días atrás, sino del entresiglos XV y XVI, cuando en las ciudades del norte italiano estaban conformándose la burguesía, el capitalismo y el Estado.

Primer ex cursus: las derechas en Argentina

⁷ Congreso de la Nación, Cámara de Senadores, *Diario de Sesiones*, sesión del 15 de julio de 1887, pág. 160. Pese a su posición de principios, en el punto específico de las obras objeto del debate, del Valle defendió la continuidad de la gestión estatal.

⁸ En <http://www.publico.es/politica/joan-ribo-derecha-gestiona-propios.html>. Descargado el 11 de abril de 2016. PSPV es la sigla de Partido Socialista del País Valenciano; PSOE, del Partido Socialista Obrero Español.

Treinta años atrás, en mi primer artículo sobre la democracia (Ansaldi, 1986-1987), sostuve el carácter “ontológicamente antidemocrático de la burguesía argentina”. En el contexto del proceso de transición de la dictadura a la democracia, del entusiasmo y esperanzas boyantes, la expresión pareció dura a algunos. Recuerdo, sobre todo, amistosas discusiones no públicas con mi querido amigo Ricardo Falcón, ese fino historiador social, francamente convencido de considerar que ella era una exageración mía. No sé qué pensaría Ricardo hoy, si viviera. En lo que a mí respecta, estoy ahora más seguro que entonces de la validez del aserto.

Llegar al gobierno mediante el voto de la mayoría en elecciones libres no significa necesariamente ser demócrata. ¿Es necesario recordar que también Hitler llegó al gobierno (y de ahí al poder) mediante elecciones democráticas? Digo, para no desperdiciar espacio en lo que no necesita argumentación.

La burguesía argentina, en tanto base social principal de las fuerzas de derecha, ejerció el gobierno de modo oligárquico entre 1880 y 1912-1916. Fue desplazado del mismo por la sustantiva reforma política impulsada por el presidente Roque Sáenz Peña, uno de los hombres más lúcidos de aquellas, cuyo proyecto fue boicoteado por las clases propietarias. La ley que lleva su nombre fue un intento *transformista* (en el sentido gramsciano del término) de ese lúcido sector. Los gobiernos de la Unión Cívica Radical -en el arco político de esos años ubicado en el centro- no lograron consolidar la primera transición a la democracia en Argentina y el golpe militar de 1930 cerró la breve coyuntura de los dieciocho años que mediaron entre el triunfo radical en la provincia de Santa Fe (abril de 1912) y el derrocamiento del presidente Hipólito Yrigoyen, transición de la que me he ocupado en Ansaldi (2000a).

A diferencia de Chile y Colombia, en Argentina las fuerzas políticas y sociales y los hombres y mujeres enrolados en posiciones de derecha, no se asumen como tales. En el mejor de los casos, apenas como de centro-derecha, mentira que no pocos analistas repiten acríticamente, contribuyendo con el error a impedir cualquier intento de explicación correcta.

En Argentina, hasta donde sé, en una sola ocasión los partidos políticos de derecha se reconocieron como tales: fue para las elecciones presidenciales de 1928, cuando lo hicieron bajo la explícita denominación de Confederación de las Derechas. Ella fue una alianza de partidos provinciales constituida en Córdoba a partir de una invitación formulada, en abril de 1927, por Julio Argentino Roca (h), presidente del Partido Demócrata de esa provincia, a dirigentes de formaciones afines de otras provincias. Al encuentro concurrieron representantes de los Partidos Liberal de Corrientes, Mendoza, San Juan, San Luis, Santiago del Estero y Tucumán; Demócrata de Córdoba; Conservador de Buenos Aires y La Rioja; Autonomista, de Corrientes; Concentración, de Catamarca, y Unión Provincial, de Salta. El cónclave no llegó a constituir un único partido a escala nacional, pero alcanzó a formar una alianza para disputarle la presidencia al radicalismo, sin éxito.

La alianza de derecha no llevó candidatos propios, optando por apoyar la fórmula propuesta por la Unión Cívica Radical Antipersonalista, el ala derecha e inequívocamente burguesa de la Unión Cívica Radical, de la cual se desprendió en 1924 por fuertes discrepancias con lo que llamaban el “personalismo” de Hipólito Yrigoyen. La fórmula Leopoldo Melo-Vicente Gallo era ajena a la Confederación, pero en términos ideológicos y de clase coincidentes con los suyos.

Después, nunca más. En general, derechistas argentinos prefirieron, en el mejor de los casos, denominarse conservadores (sobre todo en la provincia de Buenos Aires). Incluso uno de los intentos más serios por constituir un partido orgánico de derecha, el encabezado por el liberista Álvaro Alsogaray, no se atrevió a definirse como tal y prefirió el eufemismo, de donde la denominación Unión del Centro Democrático (UCD).

Tras el golpe militar de 1930, las derechas llegaron al gobierno mediante elecciones celebradas en 1931 y 1937, con proscripción de la Unión Cívica Radical en las primeras, con el

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

llamado *fraude patriótico* en ambas. De ahí en más, nunca mediante elecciones hasta diciembre de 2015, aunque habría que prestar particular atención a las de 1989, cuando se impuso Carlos Saúl Menem. Es cierto que lo hizo con el sello del Partido Justicialista, con propuestas que apenas asumió la presidencia violentó para impulsar un inequívoco programa de políticas de derechas, liberistas fundamentalistas. Salvando el rótulo partidario, no muy diferente de lo hecho por la alianza Cambiemos en 2015. Es evidente que ambos triunfaron en elecciones libres, sin fraudes ni proscripciones, con una legitimidad de origen incuestionable, mayor en el caso de Menem (48 % de votos en 1989, 50 % en 1995), toda vez que el verdadero grado de legitimidad de Macri es el 34 % obtenido en la primera vuelta (resultado de la *elección* ciudadana) y no el 51 % de la segunda vuelta (resultado de la *opción*).⁹ Ni Menem ni Macri (aunque en el caso de éste era mucho más evidente la falsedad) hicieron campaña con políticas explícitamente de derecha, al menos para el grueso de la ciudadanía. Lo novedoso de la Propuesta Republicana es haber resuelto el problema que tuvo el penúltimo gran proyecto partidario “democrático” de la derecha argentina, el de la Unión del Centro Democrático (UCeDe): construyó una base popular de masas, al menos electoralmente. En este sentido, la Pro está más cerca del menemismo que de la UCeDe.

Al respecto cabe citar una observación de Sandra McGee. Según esta historiadora norteamericana, la ausencia de un partido conservador, es decir, de derecha, unido y de base popular, llevó a “las clases altas” (eufemismo por burguesía o, al menos, dominantes) a valerse

de grupos civiles autoritarios y de los militares para lograr sus designios, en vez de hacerlo por medio del sistema democrático. La fundación de Unión del Centro Democrático (UCEDE) en 1983 pareció romper con el pasado. Sus dirigentes rechazaban las soluciones de corte militar y abogaban por el liberalismo tanto político como económico y algunos miembros del contingente juvenil del partido promovieron un atrayente estilo popular. [...] *Al esforzarse por llegar al poder mediante un acuerdo de cúpulas [con el menemismo], la UCEDE descuidó el desarrollo de una base popular de masas y repitió así los errores de sus predecesores* (McGee, 2005: 407; *itálicas mías*).

Ahí es donde la Pro, reitero, ha tenido, al menos hasta ahora, un sonado éxito, primero circunscripto a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, luego, en 2015, extendido a todo el país. Es un cambio cualitativo, al que hay que prestar atención. Implica capacidad de ganar hegemonía sobre las clases populares, a despecho de políticas que, más temprano que tarde, las perjudicarán o, más exactamente, están ya perjudicando. El espejito de colores de una gestión municipal eficiente -desmentida con sólo transitar por el sur de la ciudad capital, sur donde viven los sectores menos favorecidos económicamente, con algunas villas miserias significativas por volumen demográfico, sur que, no hay que olvidar, dio el triunfo a la Pro en todas las comunas en que se divide la ciudad-, fue vendido exitosamente más allá de los límites de la Avenida General Paz. Este es, entiendo, un núcleo duro que requiere más análisis y un seguimiento estricto y cuidadoso de la coyuntura, pues habrá que ver -y las elecciones de medio término de 2017 pueden ser un indicador significativo-, el punto en el que se dirimirá la capacidad de la derecha argentina de construir y mantener hegemonía.¹⁰

La organización política de la burguesía argentina no logró plasmarse bajo la forma de un partido político orgánico, ni siquiera cuando tuvo condiciones favorables para ello. Durante

⁹ La diferencia entre *elección* y *opción* no es un dato menor, y debe ser tenido muy en cuenta a la hora del análisis coyuntural y sus proyecciones.

¹⁰ De paso: para explicar los procesos históricos (pasados y presentes) de construcción y mantenimiento de hegemonía en términos teóricos, y para construirla y mantenerla en términos de prácticas políticas, Antonio Gramsci es más eficaz que Ernesto Laclau.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

la dominación oligárquica utilizó el control del Estado y privilegió la mediación corporativa por sobre la partidaria, práctica de larga duración. En el límite, su partido fue el llamado *partido militar*, y su expresión más terrible la segunda dictadura institucional de las Fuerzas Armadas y su Estado Terrorista de Seguridad Nacional (1976-1983) La democracia, ni siquiera en su forma liberal, no estuvo ni está entre sus preferencias para ejercer el gobierno. La manifestación más desnuda y elocuente se observa hoy, precisamente durante el período más largo de vigencia de una institucionalidad política formalmente democrática vivido por la sociedad argentina.

Lo nuevo en las derechas de siempre

Ya he dicho antes que no debemos confundir nuevas derechas con lo nuevo de las derechas. Lo nuevo de las derechas, en todo el mundo, es peor que lo viejo. No cambiaron para mejor, todo lo contrario. Para los explotados y los dominados, se entiende. Sí para los explotadores y los dominantes.

Lo nuevo se advierte en el lenguaje, en el tipo de campaña, en lo desvaído de las propuestas programáticas o de principios. Son datos relevantes, pero a mi juicio lo más significativo e importante de los cambios en las formas de hacer política y ejercer el poder desde el gobierno se encuentra en el formato de representación.

Un dato epocal que atraviesa, por lo menos a todo Occidente, es la llamada *pospolítica*, según la cual, *inter alia*, deben dejarse de lado las históricas divisiones político-ideológicas entre izquierda y derecha y la concepción de la lucha de clases, a las cuales se consideran superadas, cosas del pasado. Los desafíos del presente, dicen, son otros y ellos remiten a necesidades y demandas específicas, puntuales, de cada sociedad, cuya satisfacción se confía a diferentes clases de expertos, técnicos, gerentes o directivos (CEOs) de empresas, cuanto más grandes y transnacionales, mejor. Como dice el esloveno Slavoj Žižek, la pospolítica considera "la gestión de los asuntos sociales como algo técnico". De lo que se trata es de reconocer los diferentes estilos de vida particulares, individuales, de tolerar las diferencias propias del multiculturalismo (hasta que llegan las oleadas de inmigrantes y todo se va al diablo, la solidaridad y la fraternidad se disuelven porque de lo que se trata no son bellas huecas palabras, sino de salvarse cada quien individualmente y como sea). Es la exaltación del egoísmo en su máxima potencia y acción. Así, según Žižek (2011),

[y]a no existe una jerarquía de grupos sociales dentro de la misma nación; los residentes de esta ciudad viven en un universo para el cual, dentro de su imaginario ideológico, el mundo de «clase inferior» que lo rodea simplemente *no existe*. ¿No son estos 'ciudadanos globales' que viven en áreas aisladas el auténtico polo opuesto de aquellos que viven en ciudades de miseria y otros 'puntos negros' de la esfera pública? Realmente son las dos caras de la misma moneda, los dos extremos de la nueva división de clases. La ciudad que mejor personifica esa división es São Paulo, en el Brasil de Lula, que presume de 250 helipuertos en su área central. Para protegerse de los peligros de mezclarse con la gente común, los ricos de São Paulo prefieren utilizar helicópteros, de manera que, viendo el horizonte de la ciudad, uno realmente se siente como si estuviera en una megalópolis futurista de la clase que se imagina en películas como *Blade Runner* o *El quinto elemento*; la gente común pululando abajo, por las peligrosas calles, mientras los ricos circulan por el aire en un nivel superior.

El liberismo fundamentalista ha licuado la política y, con ella, la condición ciudadana. La pospolítica, que es parte fundamental de aquél, reniega de la política en tanto ésta es ámbito de libertad por excelencia, ese en el cual hombres y mujeres deciden, de consuno, asociativa, solidariamente, luchar por cambiar el mundo, incluso para cambiarlo regresivamente. Lo colectivo y los proyectos colectivos son desplazados y reemplazados por la exaltación de lo individual. En palabras de Žižek,

“toda esa proliferación de nuevas formas políticas en torno a cuestiones particulares (derechos de los gays, ecología, minorías étnicas...), toda esa incesante actividad de las identidades fluidas y mutables, de la construcción de múltiples coaliciones *ad hoc*, etc.: todo eso tiene algo de falso y se acaba pareciendo al neurótico obsesivo que habla sin parar y se agita continuamente precisamente para asegurarse que algo *-lo que de verdad importa-* no se manifieste. De ahí que, en lugar de celebrar las nuevas libertades y responsabilidades hechas posibles por la ‘segunda modernidad’, resulte mucho más decisivo centrarse en lo que *sigue siendo igual* en toda esta fluida y global reflexividad, en la que funciona como verdadero motor de este continuo fluir: la lógica inexorable del capital” (Žižek, 2001: 111; itálicas del autor).

El surcoreano Byung-Chul Han caracteriza acertadamente el clima epocal al que he aludido:

La psicopolítica neoliberal está dominada por la *positividad*. En lugar de operar con amenazas, opera con estímulos positivos. No emplea la ‘medicina amarga’, sino el *me gusta*. Lisonjea el alma en lugar de sacudirla y paralizarla mediante *shocks*. La seduce en lugar de oponerse a ella. Le toma la delantera. Con mucha atención toma nota de los anhelos, las necesidades y los deseos en lugar de desimpregnarlos. Con la ayuda de pronósticos se anticipa a las acciones, incluso actúa antes que ellas en lugar de entorpecerlas. La psicopolítica neoliberal es una *política inteligente* que busca agradar en lugar de someter” (Byung-Chul Han, 2014: 31-32).

Esa forma de hacer política ayuda a entender por qué los derechistas de hoy en lugar de ideas, que siempre son objeto de confrontación con otras, utilizan un lenguaje carente de contenido, inocente, casi como en el *mundo Heidi*. Esa inocencia se pierde, empero, a la hora de caracterizar a quienes piensan diferente y ocupan posiciones políticas.

Segundo *ex cursus*: el nuevo lenguaje de los derechistas de hoy

Los derechistas de antaño -al menos los cuadros y dirigentes políticos de cierto rango-solían ser cultos y usaban, cuando hacían políticas, modales y palabras cuidadas. Calzaban guantes de seda para encubrir manos de hierro, pero en el escenario de la política actuaban como caballeros. Los de hoy son o tienden a ser, por regla general, incultos, groseros, en buena medida porque carecen de ideas y de argumentos. Entonces, la descalificación de quienes piensan diferente se expresa en términos tales que no hay ni diálogo, ni debate, ni confrontación de ideas posibles. Expondré aquí unos pocos ejemplos.

En las últimas elecciones presidenciales en Uruguay, Luis Lacalle Pou se presentó “como ‘lo nuevo’, apelando a las virtudes de la ‘gestión eficiente’, pragmática y desideologizada”, a tono con el lenguaje renovado de las derechas regionales: “discursos notoriamente antipolíticos, donde las tensiones aparecen diluidas y se insiste con un vacío llamado al diálogo y al consenso. ‘No hablemos más de giros ideológicos. La nueva ideología

es la gestión', declaró hace poco".¹¹ Colegas mexicanos me han dicho que palabras casi textuales a esas fueron dichas por el actual presidente Enrique Peña Nieto.

Otra muestra del lenguaje supuestamente desideologizado de la "nueva" derecha fue el brulote de Pedro Bordaberry, candidato del Partido Colorado uruguayo, al concurrir a saludar a la dirigencia del Partido Nacional, después de conocerse los resultados de la primera vuelta de las elecciones presidenciales, que el Frente Amplio ganó con holgura (aunque numéricamente insuficiente para consagrarse sin necesidad de balotaje). En la ocasión, tal como quedó registrado, le dijo a Pablo Da Silveira, asesor y ministro de Educación si su jefe, Luis Lacalle Pou, hubiese sido tocado por el milagro de ganar la presidencia en la segunda vuelta: "Vine para que hagan mierda a Tabaré Vázquez". Expresión sincera, sin duda, pero políticamente reveladora de la falta de propuesta para construir, para dialogar. Es, en tanto violencia simbólica, una manifestación de primacía de la lógica de la guerra sobre la lógica de la política. El receptor del brulote no fue, precisamente, un dechado de demócrata: "Sabés que sos un tipo que adoro".

La degradación del lenguaje político alcanza uno de sus máximos picos en el tratamiento dado a las mujeres, por el sólo hecho de serlo, que ocupan cargos políticos. En la España del *querido rey*, por ejemplo, en febrero pasado, mujeres de la *Candidatura d'Unitat Popular* (CUP) en Catalunya, denunciaron ser sistemáticamente insultadas, tildándolas de *putas, amargadas, mal folladas, feas, viejas...*, por buena parte de hombres de la política tradicional y de no pocos comentaristas en periódicos y radios. Fueron insultadas por el solo hecho de ser mujeres con ideas políticas propias, diferentes a las del sistema dominante. Insultos asociados directamente a su condición de mujeres y no al hecho de su ser o hacer político.¹²

Un potro desbocado ¿que no sabe adónde va?

Retomo la cuestión de lo nuevo en las derechas de siempre para plantear uno de los puntos nodales, según mi parecer, que presentan las derechas hoy o, más exactamente, las burguesías: el formato de representación.

Publicado en castellano en Madrid, en 1979 (reeditado recientemente), el todavía estimulante libro del sociólogo sueco Göran Therborn no tuvo oportunidad de ser conocido en Argentina, sometida a la dictadura institucional de las Fuerzas Armadas. Therborn analiza allí los modos en que las clases dominantes dominan en el feudalismo, el capitalismo y el socialismo. Aquí me interesa recuperar su propuesta analítica para explicar el ejercicio del poder del Estado mediante lo que él llama *formatos de representación*. ¿Qué son ellos? Son sistemas de selección de dirigentes, "el mecanismo mediante el cual se consigue que los dirigentes del Estado representen la reproducción de las posiciones económicas, políticas e ideológicas" de la clase dominante. No se trata de los modos de obtención de la representación, sino del contexto en el que dicha clase "logra, mediante numerosos mecanismos diferentes, que se represente la reproducción de sus posiciones" (Therborn, 1979: 220-221).

En las sociedades capitalistas, es bien sabido, el sistema de poder burgués se estatuye sobre la base del principio de concebir a los políticos como representantes de la nación. Para acceder a los cargos de gobierno, en todos los niveles de la organización político-administrativa de un país, las vías son, recuerda Therborn, las elecciones, la posición institucional (es el caso de las sucesiones dinásticas de las monarquías y de las dictaduras

¹¹ Agustín Lewit, "Rumbo posneoliberal v. restauracionismo", en *Página/12*, CABA, 2 de octubre de 2014, pp. 20-21.

¹² Publicado en <http://kaosenlared.net/ignorando-el-terrorismo-machista/> el 8 de febrero de 2016. Descargado el mismo día.

institucionales de las Fuerzas Armadas en la América Latina de las décadas de 1960 a 1980 inclusive) y las autoimposiciones mediante diferentes grados de violencia (usurpación por un dirigente o un grupo mediante el golpe de Estado). En las democracias burguesas, la vía electoral es la norma.

Therborn distingue seis principales formatos de representación: 1) la institucionalización capitalista; 2) los notables; 3) el partido burgués; 4) el estatismo; 5) el movimiento estatismo; 6) el partido del trabajo ((1979: 223-267). De todos ellos, para el análisis de la coyuntura en curso, me interesan el primero y el tercero.

El *formato de la institucionalización capitalista* es aquel en el cual los dirigentes del Estado son “reclutados de entre el personal que ocupa los aparatos económicos capitalistas, guiándose por el exclusivo criterio de las posiciones que ocupan dentro de ellos”. Se trata, como es obvio, de la “institucionalización directa de la burguesía como clase dominante”, formato que “parece ser la manera más cómoda de conseguir su representación”, pero históricamente ha sido utilizado muy poco, habiéndolo sido, sobre todo y ni siquiera en plenitud, en algunas de “las ciudades-república del temprano capitalismo mercantil”. Una de las razones de su escaso empleo radica, según el sociólogo sueco, de la constatación de la dificultad de la gran empresa capitalista -como lo demuestran experiencias realizadas en Estados Unidos- para constituirse “en guardián de los ‘intereses nacionales’” (p. 224).

El *formato del partido burgués* se constituyó cuando el previo formato de *notables* perdió eficacia al organizarse sólidamente los dominados y ya no pudo seguir siendo presentado como representación política de la nación. El formato del partido burgués ha sido y es algo así como un mal menor para la burguesía, que ha podido y puede

governar mediante un partido burgués organizado (o una colación de partidos), con gran número de afiliados de cuota, mediante funcionarios especializados y mediante políticos profesionales, formalmente elegidos [...] Un partido burgués organiza a la población en torno a la empresa y al Estado capitalista, sobre la base de diversas ideologías [...] Aunque su perspectiva puede ser más elaborada, los dirigentes de los partidos burgueses tienen, en lo esencial, la misma concepción del mundo que los principales agentes del capital: un mundo en el que el capitalismo es el sistema económico más natural, en el que no existe el antagonismo de clase [...]. Los parámetros dentro de los que actúan los políticos profesionales burgueses están definidos por un ambiente y unos elementos formativos compartidos con los propietarios y ejecutivos de las empresas capitalistas” (Therborn, 1979: 230- 231 y 235).

Este formato ha sido característico del último siglo y es todavía, más allá del debilitamiento de los partidos y su capacidad de representación, el dominante. Justamente, la crisis de los llamados partidos tradicionales -que engloba también a diferentes variantes de izquierda- ha producido el surgimiento de experiencias disímiles en cuanto a propuestas, lenguajes, organización y objetivos, de donde el variopinto escenario en el que se presentan Ciudadanos y Podemos, en España; *Movimento Cinque Stelle*, en Italia; Syriza, en Grecia, para poner unos pocos ejemplos ilustrativos. En América Latina, en la periferia dependiente del capitalismo, el panorama es diferente, más allá de algunos eventuales parecidos. Una fórmula usual es la de presentar candidatos que provienen de campos distintos de la política. La moda de utilizar anglicismos los llama *outsiders*. Ejemplos -dentro un muestrario nada escaso- son, en Italia, el cómico Giuseppe Piero Grillo, más conocido como *Beppe Grillo*; en Guatemala, el también comediante Jimmy Morales, presidente de su país desde 2015. Antes que ellos, la Argentina menemista tuvo sus exponentes exitosos: Ramón *Palito* Ortega, Carlos Reutemann, Daniel Scioli. Todos se autoexpresan o son señalados como individuos ajenos a la política -al

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

descrédito de la política y los políticos-, una de las notas distintivas de la antipolítica. Llegaron a la política y a posiciones de gobierno -no necesariamente de poder- desde los éxitos personales en el deporte, en la farándula, en los negocios, éxitos o méritos que parecen convertirlos, *ipso facto* en idóneos para gobernar.

Las burguesías latinoamericanas también han experimentado, viven todavía, las crisis de representación de los partidos tradicionales que han expresado y/o expresan sus intereses. Hoy es claro que el formato del partido burgués, especialmente en lo que atañe la gestión de gobierno “mediante políticos profesionales, formalmente elegidos”, ha dejado -o está dejando- de ser garantía de defensa de los intereses de la clase, de una clase que, a partir de las políticas del Consenso de Washington y del dominio del patrón de acumulación del capital basado en la valorización financiera, va por más, justo cuando ha llegado al punto máximo de poderío de toda su historia.

Es en ese contexto que resurge el formato originario, aquel de escasa aplicación históricamente: el formato de institucionalización capitalista, el ejercicio del poder del Estado y del gobierno mediante los propios burgueses, sean dueños de los medios de producción o gerentes, ejecutivos o CEOs, es decir, como define Therborn, “el personal que ocupa los aparatos económicos capitalistas”. Mi hipótesis es que, hoy, las burguesías latinoamericanas están lanzadas a una ofensiva de creación de formatos de institucionalización capitalista.¹³ Habrá que seguir el proceso con atención, pues es uno cargado de dificultades, en primer lugar, porque la clase, como todas, dista de ser homogénea y en su interior las relaciones suelen ser anárquicas, contradictorias (aunque no antagónicas), con intereses diferenciados, sin contar que hay que convencer a las clases subalternas de las bondades del formato. La burguesía es una clase numéricamente minoritaria, pero compensa esa debilidad cuantitativa con la formidable concentración de poder disponible, con capacidad para construir hegemonía sobre dichas clases subalternas. Pero éstas “no son de palo” y, más temprano que tarde, se harán oír. Por otra parte, el principal problema del formato no reside tanto en garantizar la representación de la clase dominante *en* ese formato, sino en cómo conseguir la continuidad *de* ese formato. Therborn (1979: 236) a propósito de los formatos de notables y de partido burgués -porque descartaba el primigenio, al que veía sin viabilidad en el último cuarto del siglo XX-, pero casi cuarenta años después puede ser reiterado, porque lo que entonces se consideraba inviable, hoy aparece como una *posibilidad* concreta.

Los burgueses, los gerentes, directores y demás cuadros ejecutivos de las empresas capitalistas (incluyendo en ellas a los bancos y financieras) no han llegado y/o intentan llegar a gobernar mediante el control directo del Estado para ocuparse de los intereses u negocios del Estado, sino para consolidar intereses y hacer negocios con el Estado, mediante el Estado. De allí que, rasgo este sí novedoso, sean menos proclives, al menos inicialmente, a un menor desguace del Estado respecto de sus predecesores de los años noventa del siglo pasado. Por cierto, tienen experticia en ello, adquirida incluso antes de tomar el poder sin intermediarios, especialmente los pertenecientes o vinculados a empresas contratistas del Estado.

La reaparición del formato originario de ejercicio del poder por la burguesía es, básicamente, un fenómeno del siglo XXI en algunos países latinoamericanos. Mauricio Macri, en Argentina, y Horacio Cartes, en Paraguay, construyeron capital político desde el éxito empresario y la dirigencia de clubes de fútbol. Antes que ellos, tan temprano como en 1989, Fernando Collor de Mello, empresario de medios de comunicación, ganó la presidencia de la República presentándose, tempranamente, como un hombre ajeno a la política. A los nombres ya indicados pueden agregarse, a guisa de ejemplos y sin agotar la nómina, Gonzalo Sánchez

¹³ La validación de la hipótesis requiere un amplio trabajo de campo que dé cuenta cabal de la pertenencia (o no) al campo empresarial de presidentes, vicepresidentes y ministros, pero también de legisladores e incluso miembros del Poder Judicial.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

de Losada y Samuel Doria Medina (Bolivia), Sebastián Piñera (Chile), Álvaro Uribe Vélez (terratiente, Colombia), Álvaro Fernando Noboa (Ecuador), Vicente Fox (México), Ricardo Martinelli y Juan Carlos Varela (Panamá)... Como los hongos después de la lluvia, brotan por todas partes.

Que en los gabinetes de Macri, en Argentina, y de Kuczynski, en Perú, por ejemplo, haya un número más que importante en puestos clave de hombres y mujeres vinculados o pertenecientes a grandes empresas, conglomerados o corporaciones industriales, comerciales, comunicacionales o, sobre todo, financieras, no constituye un dato anecdótico, ni es sólo expresión inequívoca de la relación entre poder político que ejerce el gobierno y los grandes grupos económicos: implica un cambio cualitativo en el formato de representación. Si es sólo un episodio ocasional o el punto de partida de un movimiento orgánico, es algo imposible de precisar ahora. Insisto: habrá que seguir con atención este proceso, no sólo para explicarlo desde las ciencias sociales, sino para hacer política contestataria.

Hoy se asiste a un fenómeno imposible de definir como ocasional o como comienzo de uno orgánico, toda vez que recién aparece y no ha podido desplegarse aún. Ese fenómeno es el del logro de las clases dominantes: definir una democracia *del* pueblo (en tanto éste le dio legitimidad de origen mediante el sufragio), *por* la burguesía, *para* la burguesía. Gobiernos que, incluso con el voto popular, han gobernado en favor de los intereses burgueses, no son una novedad. La novedad radical reside, precisamente en el *por*, en quienes tienen el poder y ahora ejercen el gobierno directamente, sin representantes o intermediarios.

Mediante las renovadas formas de acción de las organizaciones y las dirigencias de derechas, las burguesías están llevando adelante un proceso de construcción de hegemonía, expresión ésta en el en el más estricto sentido gramsciano de la expresión. La propuesta metodológica de Gramsci es la siguiente: "la supremacía de un grupo social se manifiesta de dos modos: como 'dominio' y como 'dirección intelectual y moral'. Un grupo social es dominante de los grupos adversarios que tiende a"

'liquidar' o a someter incluso con la fuerza armada, y es dirigente de los grupos afines y aliados. Un grupo social puede, y más bien debe, ser dirigente ya antes de conquistar el poder gubernamental (es ésta una de las condiciones principales para la misma conquista del poder); después, cuando ejerce el poder, incluso si lo tiene firmemente, deviene dominante, pero debe continuar siendo 'dirigente' (Gramsci, 1975: III, 2010-2011; itálicas mías).

En la conceptualización del poder elaborada por Gramsci, entre la coerción (el uso de la fuerza, o, al menos, la amenaza de su empleo) y el consentimiento (la dirección intelectual y moral) media un área gris ocupada por la corrupción y el fraude, a los que se apela en las situaciones en las cuales se torna difícil ejercer la función hegemónica y resulta arriesgado emplear la fuerza. Fraude y corrupción devienen, así, formas desmoralizadoras y acciones destinadas a frenar o paralizar del antagonista (o los antagonistas). La compra de los dirigentes opositores puede ser soterrada o abierta, pero en ambos casos el objetivo es el mismo: provocar el desorden y la confusión entre sus filas, trabar u ocluir su capacidad de oposición. El Brasil de estas últimas semanas lo ilustra cabalmente.

Cabe señalar una otra eventual posibilidad, que puede estar ligada o no a la anterior: la de *transformismo*, es decir, la integración de los intelectuales de las clases subalternas al proyecto político de la clase dominante para decapitar la dirección política e ideológica de los dominados y explotados.

Empero, la tarea no les resultará fácil. Es que para ejercer el gobierno directamente, la burguesía debería ser una clase homogénea, con intereses unificados. Y no lo es (como no lo es ninguna clase social). El *conflicto de intereses* entre fracciones de la burguesía es *una posibilidad*

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

que puede dificultar el proyecto. Y luego, dato no menor, está la *lucha de clases*. Pero ésta no es un disparador automático y ofrece no pocos problemas, particularmente si las clases subalternas están fragmentadas y/o carecen de una dirección política firme, definida, coherente y consecuente. No debe olvidarse que la burguesía -la derecha, si prefieren- aprende rápidamente y a menudo, si la lucha de clases se agrava, el conflicto de intereses puede ser subordinado a la defensa de los intereses de la clase como un todo, dejando las diferencias para cuando se supere la coyuntura.

Construir hegemonía no es una tarea fácil ni rápida, ni siquiera para las burguesías con todo el poder del que disponen, material, simbólico, comunicacional. Pero es aquí, en este terreno, donde la lucha por la hegemonía -que otros prefieren llamar batalla cultural- marcará el rumbo de la historia inmediata. Esa es y será una confrontación entre posiciones de derecha y posiciones de izquierda, con todos los matices que se quiera. Para las fuerzas contestatarias, la tarea es aún más difícil que para las que defienden el orden establecido, y los recursos son menores. Nunca ha sido fácil. Es necesario disponer de un acabado conocimiento del momento histórico que se vive, de la correlación de fuerzas y saber generar las opciones a definir -que no pueden estar *definidas a priori*-, tanto como no errar ni equivocarse en la viabilidad de las opciones. Como escribió alguna vez Hugo Zemelman (1989: 53), la determinación de la viabilidad de las opciones -que no es más que transformar la utopía en políticas que las construyan- conlleva una exigencia: debe disponerse de una capacidad teórica capaz de ir más allá de la enunciación de principios normativos.

Para concluir la escritura de este artículo releo algunas notas y me detengo en algunos comentarios u observaciones que hacen referencia a ciertas formas de gestionar del actual gobierno argentino, a supuestas improvisaciones y acciones de ensayo y error, a aprendizaje sobre la marcha, a ausencia de plan. Da la casualidad que, al mismo tiempo, escucho a la gran Lola Flores, *La Faraona*, cantar *Ay, pena, penita, pena*, y decir, en el estribillo, "Es un potro desbocao / que no sabe dónde va", y entonces mi preferencia por las metáforas me lleva a cambiar el subtítulo de la sección que está concluyendo, y a reflexionar sobre eso que dicen comentaristas, periodistas y analistas y siento que debo discrepar, a decir como alguna vez el antropólogo mexicano Arturo Warman, disculpen, vengo a contradecir: no están desbocados, saben lo que quieren hacer y cómo deben hacerlo. No están aprendiendo: están midiendo la resistencia que pueden ofrecer las mujeres y los hombres explotados, dominados, a sus políticas y sus objetivos. La resistencia que eventualmente pueden ofrecer aquellos que, por no pertenecer, no sólo no tienen privilegios, sino a los que también se les quieren quitar derechos fundamentales duramente conquistados en una larga historia, que no comenzó en el siglo XXI, sino mucho, mucho antes, aunque no pocos prefieren olvidarlo.

Por cierto, puedo estar equivocado, pero en tal caso no puedo dejar de compartir una petición que Charles Beard les hacía, noventa años atrás, a los politólogos norteamericanos: es necesario "arriesgarse a equivocarse en algo importante, en vez de acertar en alguna minuciosa banalidad".¹⁴

No me cuenten más cuentos

Las derechas mudaron, se metamorfosearon, cambiaron la vestimenta. Las ropas con las que se presentan las "nuevas" derechas tienen un detalle (significativo) que las diferencia de las "viejas" derechas: no portan el *pin* (el prendedor, antaño) de identificación o definición ideológicas. Los hombres de las "viejas" derechas explicitaban su ideología y se batían por ella.

¹⁴ Charles Beard, "Time, Technology, and the Creative Spirit in Political Science", *The American Political Science Review*, vol. XXI, núm. 1 (1927), pp. 1-11.

Los hombres y ahora también las mujeres de las "nuevas" dicen no tenerla, signo de hipocresía, pues claro está que la tienen. No solo rehúsan la definición y la identificación ideológicas: también rehúyen el debate de ideas. En esto son coherentes: si dicen no tener ideología, no pueden confrontar ideas. En este punto, salvo las derechas chilenas y colombianas, que nunca dejaron de asumirse como tales, las "nuevas" derechas son hipócritas, mentirosas y cobardes. Mejor dicho: lo son los sujetos que expresan tales posiciones.

En fin, aunque las llamadas "nuevas derechas" se nos presenten arregladitas como para ir de boda, en rigor recuerdan aquel viejo refrán español según el cual "aunque la mona se vista de seda, mona se queda". Su significado es claro: la condición de cada persona no se puede encubrir ni modificar con la apariencia externa, pues antes o después el engaño es advertido. No hay mejor manera, a mi juicio, de caracterizar eso que llaman "nuevas derechas".

Mal que me pese, me estoy haciendo viejo, pero, felizmente, más viejo me hago, más rebelde y contestatario me hago también. Es que he vivido tiempo más que suficiente para escuchar demasiados cuentos. Por eso coincido plenamente con León Felipe: yo no quiero cuentos, no me cuenten más cuentos.

Bibliografía

- ANSALDI, Waldo: "*Reflexiones históricas sobre la debilidad de la democracia argentina, 1880-1930*", en **Anuario**, Rosario, Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, 1986-1987, Segunda época, n° 12, pp. 391-421.
- _____ "*La trunca transición del régimen oligárquico al régimen democrático*", en **Nueva Historia Argentina**. Coordinada por Juan Suriano, Buenos Aires Editorial Sudamericana, 2000a, tomo VI, **Democracia, conflicto social y renovación de ideas**. dirigido por Ricardo Falcón, pp. 15-57.
- _____ "*Cuando los santos vienen marchando. Las derechas totalitarias en Argentina y Brasil*", en Seminario Brasil-Argentina, **A visão do outro**. Brasília, FUNAG, 2000b, pp. 559-592.
- _____ "*De santos, cruzados y conspiradores mundiales. Las derechas argentinas y brasileñas en la década del treinta*", en **Sociedad**. Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales UBA, primavera, 2003, n° 22, pp. 81-96.
- _____ "*De la vox populis, vox Deus a la vox populis, vox mercatus. La cuestión de la democracia y la democracia en cuestión*", en **Estudios** n° 31. Córdoba, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, enero-junio 2014, pp. 13-31.
- _____ "*La política, ente la pena y la canción. O la licuación de la política, un legado del neoliberalismo*", en Rosario, **Temas y Debates**. año 19, n° 29, enero-junio, 2015, pp. 13-31.
- _____ y GIORDANO, Verónica **América Latina. La construcción del orden. Tomo 1: De la colonia a la disolución de la dominación oligárquica**. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Ariel, 1ª edición ampliada, 2016.
- BARRUETA RUIZ, Gabriela C.: "*¿Para qué re-pensar América Latina?*", en Irene Sánchez Ramos y Raquel Sosa Elízaga, coordinadoras, **América Latina: los desafíos del pensamiento crítico**. México DF, Siglo XXI editores, 2004, pp. 34-49.
- BEIRED, José Luis Bendicho: *Sob a signo da nova ordem. Intelectuais autoritários no Brasil e na Argentina (1914-1945)*. São Paulo, Edições Loyola, 1999.
- BETTO, Frei: "*Cómo derechizar a un izquierdista*", 2012, en <http://www.cubadebate.cu/opinion/2012/09/22/como-derechizar-a-un-izquierdista/#.VC8GaOZd1IU>

- BOBBIO, Norberto: **Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política.** Madrid, Taurus, 1995.
- BONAZZI, Tiziano: "*Conservadurismo*", en Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino, **Diccionario de política.** México DF, Siglo XXI Editores, 8ª edición, 1994, pp. 318-323.
- BYUNG-CHUL Han: **Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder.** Barcelona, Herder, 2014.
- CERRONI, Umberto: **Política. Método, teorías, procesos, sujetos, instituciones y categorías.** México DF, Siglo XXI editores, 1992.
- CISNEROS, Isidro H.: "*Izquierda*", en Laura Baca Olamendi *et al*, compiladores, **Léxico de la política.** México DF, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Fundación Heinrich Boll, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 380-384.
- CONSTANTINO TOTO, Mario (2000): "*Derecha*", en Laura Baca Olamendi *et al*, compiladores, **Léxico de la política.** México DF, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Fundación Heinrich Boll, Fondo de Cultura Económica, pp. 152-154.
- DI TELLA, Torcuato S.; CHUMBITA, Hugo; GAJARDO, Paz y GAMBÁ, Susana: **Diccionario de ciencias sociales y políticas.** Buenos Aires, Ariel, 2004.
- GINER, Salvador: "*Clase, poder y privilegio*", en **Leviatán. Revista de hechos e ideas.** nro. 51/52, Madrid, primavera/verano, 1993, pp. 125-172.
- GRAMSCI, Antonio: **Quaderni del carcere.** edizione critica dell'Istituto Gramsci, a cura di Valentino Gerratana, Torino, Einaudi, 4 vols, 1975.
- HIRSCHMAN, Albert O.: **Retóricas de la intransigencia.** México DF, Fondo de Cultura Económica, 1991.
- McGEE DEUTSCHE, Sandra: **Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile, 1890-1939.** Buenos Aires, Editorial de Quilmes, 2005.
- MOULIAN, Tomás y TORRES DUJISIN, Isabel: **Discusión entre honorables. Triunfos, fracasos y alianzas electorales de la Derecha en Chile, 1930-2010,** Santiago de Chile, Ediciones Akhilleus y Editorial Arcis, 2ª edición, 2011.
- NISBET, Robert: **Conservadurismo.** Alianza Editorial, Madrid, 1995.
- ROMERO, José Luís: **El pensamiento político de la derecha latinoamericana.** Buenos Aires, Paidós, 1970.
- SALAZAR BENÍTEZ, Octavio: "*Derecha, izquierda y ¿centro?*", en **Leviatán. Revista de hechos e ideas.** II época, n° 85-86, Madrid, otoño/invierno, 2001, pp. 45-56.
- TAPIA, Luis: **Política salvaje.** Buenos Aires, Waldhuter Editores, 2011.
- THERBORN, Göran: **¿Cómo domina la clase dominante? Aparatos de Estado y poder estatal en el feudalismo, el capitalismo y el socialismo.** Madrid, Siglo XXI Editores, 1979.
- VOMMARO, Gabriel, MORRESI, Sergio y BELLOTI, Alejandro: **Mundo PRO. Anatomía de un partido fabricado para ganar.** Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Planeta, 2015.
- ZEMELMAN, Hugo: **De la historia a la política. La experiencia de América Latina.** México DF, Universidad de las Naciones Unidas en coedición con Siglo Veintiuno editores, 1989.
- ŽIŽEK, Slavoj: **En defensa de la intolerancia.** Madrid, Sequitur, 2001.
- _____ **Primero como tragedia, luego como farsa.** Madrid, Akal, 2011.

Conflictividad Social y Política en el capitalismo contemporáneo.
Antagonismos y resistencias (I)



número 35 (primer semestre 2017) - number 35 (first semester 2017)

Conflictividad social: categorías, concepciones y debate

Revista THEOMAI/ THEOMAI Journal

Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo / Critical Studies about Society and Development

Resistance, Class Struggle and Social Movements in Latin America: Contemporary Dynamics

Henry Veltmeyer¹

For Marxists it is a matter of principle that the development of the forces of production within the institutional framework of capitalism – capitalist development, in short – generates forces of social change that can be mobilised in one direction or the other in the form of a class struggle and social movements that embody and advance the forces of resistance. However, on the Latin American periphery of the world capitalist system, the emergence in the 1980s of

¹ Research professor at the Universidad Autónoma de Zacatecas (Doctorado en Estudios de Desarrollo), Mexico; and professor emeritus in International Development Studies at Saint Mary's University (Halifax, Canada).

what appeared to some scholars armed with a postmodern political imaginary as a new type of social movement—‘new social movements’ that were not class-based but that were expressive of a heterogeneity of a new historic subject and agency of social change—led to what was described within academe as a ‘theoretical impasse’ and the end of history understood as a history of class struggle (Schuurmann, 1993; Veltmeyer, 1997).

This theory of new social movements soon gave way to a discourse on the emergence and strengthening of what would later be viewed as a ‘civil society’ formed within the spaces vacated by a retreating state—a state that was obliged to withdraw from the development process under the rules of the neoliberal world order.² At the same time the emergence of political regimes committed to the neoliberal agenda of ‘structural reform’ in macroeconomic policy led to the formation of new sociopolitical movements that were mounted so as to mobilise the resistance of rural landless workers, peasant farmers and—in some contexts—indigenous communities. These movements led to a strengthening of the popular resistance to both the incursions of capital in the form of foreign direct investment (FDI) and multinational corporations and to the policy agenda of the governments that conformed to the Washington consensus. Given that the labour movement had been seriously weakened if not effectively destroyed by the forces of capitalist development, and that these new peasant-based movements displaced the leading role played by organised labour in an earlier period of capitalist development and class struggle, the emergence of these movements appeared to support the notion that the class struggle could no longer credibly be viewed as the dominant agency of social change, the motor force of history.

But this view has been disputed by scholars who note that although these movements were apparently community- rather than class-based, i.e. formed on the basis of a shared relationship to production, a salient feature of the new social movements that have dominated and still dominate the political landscape in the 21st century is precisely the relation of community members to production, as well as the class nature of their demands for change, i.e. their engagement with the class struggle. Even so, while rejecting or moving beyond a postmodernist conception of the new social movements these scholars (for example, Zibechi, 2012b) note that the resistance has not taken the form of a class struggle for state power.

The geoeconomics and geopolitics of capital in the new millennium led to new forms of resistance. Whereas hitherto the struggle had been primarily over land or wages, or in mobilizing the resistance against the neoliberal agenda, the resistance now assumed the form of a territorial struggle, a struggle of communities to reclaim their right of access to ‘the commons’³ as well as a struggle against the destructive impacts of extractive capitalism—

² The concept of ‘civil society’ was formulated in the 1980s in the context of a movement to democratize the state and society relation. Here civil society, in the form of nongovernmental development organizations, was conceived of as an intermediary, a partner in the project of international cooperation—‘social participation’, in development discourse (vs. ‘political participation’ in democratic discourse). In the field of international development, however, it did not enter into the discourse until the 1990s in the context of a United Nations project designed to incorporate the ‘private sector’ of profit-seeking corporations into the development process (Mitlin, 1998). In the 1980s ‘civil society’ as a separate sphere, encompassing all manner of nongovernmental or social organizations between the family and the state, was conceptualized as a ‘third sector’ (neither public nor private).

³ The concept of ‘the commons’ has various points of reference, including the notion of a territorially-defined space where community members through their collective actions can preserve the integrity of the environment and thus the sustainability of their livelihoods and way of life. More generally, the idea of the global commons relates to the notion of cultural and natural resources accessible to all members of a society, including natural materials such as air, water, and a habitable earth. A study by sociologists Laval and Dardot (2015) defines the ‘commons’ (*el común*) in similar terms as a social space where participants or inhabitants through their collective actions and autonomy can preserve the environment and the integrity of the community from the depredations of capitalism and construct their own alternative future in a sustainable fashion. This conception of ‘the commons’ resembles that of Bollier and colleagues (Bollier, 2014; Bollier & Silke, 2012; Caffentzis & Federici, 2013), who describe the ‘commons’ as a

resistance to the destruction of their livelihoods and way of life, the degradation of the environment on which their way of life depends, and the denial of their territorial and human rights (Prada Alcoreza, 2013). In their analysis of these social movement dynamics Raúl Zibechi and Anthony Bebbington among others argue that the resistance under these conditions does not take the form of a class struggle. Rather, they argue that it takes the form of localised subterranean struggles and everyday resistance (Bebbington, 2009; Bebbington & Bury, 2013; Zibechi, 2012b).

The purpose of this paper is to sort out these different interpretations of the dynamics of struggle, and to advance the argument that these contemporary social movement dynamics in fact constitute a form and a new dimension of the broader class struggle (under conditions of capitalist development in a new and changing context). This argument is advanced in the face of studies such as *El Estado ficticio al Estado real (Plurinacional)* by Humberto Echalar Flores (2015), who argues that the new dynamic forces of resistance puts to bed the Marxist theory of the class struggle as the motor force of social change as well as the relevance of class analysis of these forces of resistance. As Echalar sees and tells it the emergence of indigenous peasants on the stage of Latin American history, in the form of social movements and state power in Bolivia and Ecuador – i.e. with the formation of a plurinational (or multiethnic) state – makes clear that neither the working class nor an alliance between workers and peasants, as imagined in the 1960s and 1970s, constitute what Georg Lukacs – in his interpretation of the thinking of the early Marx – theorised as the ‘identical subject-object of history’. To paraphrase Lukacs, the indigenous communities at the base of the social movements that have emerged in the most recent phase and conditions of capitalist development in the region constitute the new identical-object of history.

We advance this argument as follows. First, we briefly reconstruct the social movement dynamics of the 1990s under conditions of the neoliberal agenda and the post-Washington consensus regarding the need to bring the state back into the development process. In this context we offer a rather different interpretation of Latin American social movements than that offered by postmodernists in their interpretation of the Zapatista movement (Burbach, 1994; Holloway, 2002). We then reconstruct the circumstances in the new millennium that gave rise to new forces of change and resistance on what could be described as the new frontier of extractive capital. Our argument is that the political dynamics of the resistance movement in this context can best be understood as a new modality of the class struggle, i.e. the ‘communities in struggle’⁴ – particularly those that are negatively impacted by the operations of extractive capital – in the agency of their social movements can be understood as a ‘new

‘template for transformation’, a ‘world beyond market and state’ (i.e. capitalism). In this paper, however, ‘the commons’ is understood and used in the way that Marx did, as an economic and social space where communities of producers and workers could access the resources needed for subsistence and to sustain their diverse economic activities. The ‘enclosure of the commons’ in this sense implies denying access of the community to the land, water and other resources needed for the subsistence of community members, including forest resources and wildlife – and in the contemporary context of extractive capitalism – subsoil resources such as minerals and metals, access to which can be conceded to multinational corporations for the purpose of exploration and extraction.

⁴ The problem with this notion of ‘communities in struggle’ – and it is a fundamental problem – is the notion of ‘community’, namely the implicit (or sometimes explicit) assumption that people in a defined geographic space share not only a territory or locality but a culture of solidarity that allows them to collect collectively in the common interest. As argued by O’Malley (2001) among others this notion often contradicts reality. In many cases communities so defined, or idealized (as sharing not only a geographic space but a culture of solidarity) do not actually exist; in actuality many of these so-called ‘communities’ are class divided and unable to collect collectively. To constitute these communities as ‘political actors’ or collective agents – as so many scholars in the postmodernist camp do – is a rather romantic and idealised notion with rather limited or dubious utility in social scientific analysis.

proletariat' and a dominant (albeit nonhegemonic) force for change in a progressive direction against both neoliberalism and capitalism.

The resistance, class struggle and social movements in an era of state-led development

In the context of the system and world order established in the wake of the Second World War the idea of 'development' (and the project of international cooperation) was constructed initially as a means of ensuring that in the process of liberating themselves from the yoke of colonialism and imperialist exploitation the so-called 'economically backward' countries on the periphery of the system would take a capitalist path towards national development. But in the aftermath of the Cuban Revolution the development project of international cooperation was rejigged and redesigned so as ensure that the 'rural poor' – the proletarian mass of rural landless workers created by the capitalist development of agriculture – would turn away from the armies of national liberation and the movements seeking revolutionary change, essentially to prevent another Cuba and to dampen any fires of revolutionary ferment in the land struggle. The project of *integrated rural development* created to this purpose was the counterpart to the social reforms instituted in the cities and urban centres so as to prevent an upheaval and the rebellion of the working class, whose demands for improved working conditions and wages were advanced in the form of a labour movement but channelled by the state in a reformist direction. By the end of the 1970s the class struggle for land to all intents and purposes was over and the revolutionary social movements that engaged this struggle were either brought to ground or defeated by a combination of two class war strategies in the class war launched by capital against labour. One of these involved the idea and project of *development*, a project of technical and financial assistance (integrated rural development) that offered the rural poor a nonconfrontational path towards social change. The other was *repression*, deployment of the state apparatus of armed force (the velvet glove of development deployed in the first instance, and the iron fist of armed force when needed).⁵

The 1980s produced an entirely different context for the capitalist development process and the social movement dynamics on the periphery of the system. First, the installation of a new world order designed to liberate the forces of economic freedom from the regulatory constraints of the development state offset not only the process of revolutionary change but the liberal social reform agenda, advancing the capitalist development process but arresting and even reversing the slow but steady gains made by the working class and the peasantry via the agency of social movements. Second, the labour movement, the negotiating and organisational capacity of which had been severely weakened by actions taken by the state in concert with capital, was effectively destroyed by the working of forces released in the capitalist development process.

The capitalist development of industry on the periphery was predicated on the exploitation of the mass of surplus rural labour generated by the advance of capital in the countryside as well as a policy of import substitution industrialization. To promote the former the development agencies of international cooperation encouraged the rural poor to abandon the countryside and seek an improvement in their social condition and their lives by taking one or both of the development pathways out of rural poverty, namely, labour and migration (World Bank, 2008). The problem here was that the institutional mechanism of this

⁵ On the dynamics of this struggle, and an analysis of development as imperialism (a soft power strategy to ensure the advance of capital and to obviate the need to resort to a hard power of military force) see Veltmeyer (2005).

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

development, the labour market, had collapsed under the weight of the forces released in the capitalist development process. The structural reforms mandated under the Washington consensus regarding the virtues of free market capitalism – an opening to the world market, privatisation of the means of production and economic enterprise, liberation of the flow of investment capital and international trade in goods and services, and deregulation of capital and product markets⁶ – had the unintended but inevitable consequence of destroying built-up forces of production in both agriculture and industry. The result: the virtual disappearance of an industrial proletariat based on the capital-labour relation, and the formation of an informal sector in which workers were forced to work ‘on their account’ rather than exchange their labour power against capital for a living wage. Needless to say, this development also further weakened the class power of organised labour and the capacity to mobilise the forces of resistance against the advance of capital in the class struggle.

The neoliberal pivot of the social movements

The 1990s once again saw a different, albeit not entirely new, context for the capitalist development process and for the resistance in the form of social movements. On the one hand the structural reforms implemented under the Washington consensus led to the rapid advance of capital and a massive inflow of investment capital – a six-fold increase in these inflows just from 1990 to 1997, and, according to an analysis made by Saxe-Fernandez & Nuñez (2001), an even more dramatic outflow of capital in the form of profit and returns on investments.⁷ On the other hand, the neoliberal ‘structural reform’ agenda, implemented by governments across the region to the purpose of facilitating these capital inflows and outflows, generated powerful new forces of resistance mobilised by a new generation of social movements rooted in the peasantry, the indigenous communities and a vast semiproletariat of rural landless workers (Petras & Veltmeyer, 2005).⁸

The 1990s have been described as the ‘golden age of imperialism’, the leading agencies and agents of the empire having paved the way for a massive invasion of both profit, market and resource-seeking capital and the unhindered operations of the bearers of this capital. However, the decade could also be described as the ‘golden age of the resistance’ in that the social movements mounted by landless rural workers, peasants and indigenous communities had effectively derailed the neoliberal agenda – to the point that by the end of the decade neoliberalism as an economic model was in decline and to all intents and purposes was dead.

The irruption of the *Zapatistas*, a social movement that has been described as the ‘first postmodern movement in history’ (Burbach, 1994) but that was no more than the rebirth of an army of national liberation brought to ground in the early 1980s, on the political stage on January 1994 was seen by many as the harbinger of a new wave of antisystemic social movements. However, the EZLN was by no means the first, nor the most dynamic movement in response to the neoliberal policy agenda. There was, of course the *Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra* (MST), a powerful social movement of ‘landless rural workers’ (semi-proletarianized peasants) that over the course of the decade occupied and managed to resettle on the land some 370,000 families on some 7.5 million hectares of land, land that they

⁶ On the policy dynamics of these ‘structural reforms’ see Petras & Veltmeyer (2001).

⁷ Saxe-Fernandez and Nuñez (2001) calculated that the expanded inflows of capital over the decade functioned as a species of syphon, to transfer to the ‘centre’ of the system up to 100 billion USD, a massive pool of capital that was undoubtedly used to advance the process of capitalist development in the centre of the system.

⁸ On the formation of this semiproletariat – which provided capital (in the words of the economist Arthur Lewis) with ‘unlimited supply of surplus labour’ – see Delgado Wise & Veltmeyer (2016).

reclaimed through means of what movement leaders describe as ‘the broader class struggle’ (Stedile, 2008).⁹ But one of the first and most powerful anti-neoliberal social movements in the region was formed by a federation of some 24 indigenous nationalities (CONAIE). In 1990 CONAIE mobilised the resistance of the indigenous communities against the neoliberal agenda of the Ecuadorian government in the form of an uprising, an uprising similar in form to an uprising ten years on that not only halted the neoliberal agenda in its tracks but resulted in the conquest of state power, albeit for only a few hours. And these three social movements (the EZLN, the MST and CONAIE) were by no means alone. Similar forces of resistance and social movements were formed in Bolivia, in the form of *los cocaleros*, an organisation of former miners and coca-producing peasants led by Evo Morales, and in Paraguay, with the agency of the *Federación Nacional Campesina*.

These social movements, all of which are class-based in terms of their demands and none of which could be described as postmodern in the sense ascribed by the theorists of the new social movements—i.e. as heterogeneous bearers of a ‘new way of doing politics’—dominated the political landscape in the Latin American countryside in the 1990s. However, this dominance—and the limits of what they were able to achieve—has to be contextualized with reference to other dimensions of an ongoing class struggle and other forces and modalities of social change. Truth be told, we can identify three different ‘ways of doing politics’ at the time—three fundamental modalities of social change. The traditional way of doing politics—to seek social change by taking state power—was to resort to the electoral mechanism of democratic politics, to contest the national and local elections. However, the social movements took and still take a different path towards social change, electing to confront and challenge the political power structure by mobilizing the forces of resistance against it—the so-called ‘revolutionary road’ towards state power vs. the ‘parliamentary road’ (Petras & Zeitlin, 1968).

The third modality of social change is associated with the development project of international cooperation.¹⁰ As in the 1960s and 1970s the architects and practitioners of this project were concerned to provide the ‘rural poor’ an alternative and less confrontational approach and pathway towards social change than that provided by the social movements. To this end, in the 1990s the World Bank, which, together with the Inter-American Development Bank (IDB), assumed leadership of this project, took action to encourage activists in the indigenous movement (CONAIE, etc.) to turn towards democratic politics and the electoral mechanism in regards to their politics and ‘development’ (small-scale community-based projects) to advance their demand for social change—for an improvement in their social condition. As a result, by mid-decade Antonio Vargas, who had been the leader of CONAIE at the time of the 1990 uprising, had been transformed into the CEO of one of the largest and well-funded NGOs in Latin America.¹¹ At the same time, some CONAIE activists and leaders

⁹ Since its inception in 1984 the MST has led more than 2,500 land occupations, settling about 370,000 families on 7.5 million hectares of land won as a result of the occupations. Through their organizing drives the MST has created and continued to push for schools, credit for agricultural production and cooperatives, and access to healthcare. Currently, there are approximately 900 encampments holding 150,000 landless families. Those camped (*asentados*), as well as those already settled, remain mobilized, ready to join the class struggle and fight for the realization of their political, social, economic, environmental and cultural rights.

¹⁰ Development can be understood in two ways, first in structural terms as a *process* (as in capitalist ‘development’ of the forces of production), and secondly in strategic terms as a ‘project’—actions taken and programs designed in function of a strategy.

¹¹ Vargas represented the indigenous nationalities in the Amazonian region of Ecuador, which had been thoroughly penetrated by the evangelical churches, and because their interests were tied more to territorial autonomy and ethnic cultural identity than the land, it was not too difficult for World Bank officials to ‘turn’ him away from the

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

had formed a political party, *Pachakutik*, that would allow the indigenous communities to contest both local elections and the national election. In practice, however, the formation of a political instrument with which to contest elections in a system of liberal democratic politics served to divide the movement and disperse the forces of resistance that CONAIE had organised and mobilised in various earlier conjunctures.

Bolivia underwent a similar development with the formation of the *Movimiento al Socialismo* (MAS), which served the social movements constructed on the base of the indigenous communities as a political instrument for contesting elections. However, Ecuador provides a model case of how to divide and demobilise a social movement by diverting resources and energy away from a strategy of social mobilization towards a strategy of contesting elections and relying on a strategy of local development—to bring about social change in their lives at the local level without confronting and challenging state power by mobilizing the forces of resistance. As for CONAIE as a social movement it was subsequently divided in three different directions, and by the end of the decade it was but a shadow of what it once was (the most powerful social movement in Latin America, able to successfully challenge state power and the government's neoliberal policy agenda).

There can be little or no doubt that the strategy of ethnodevelopment, and the politics of local development with the agency of development NGOs that were enlisted by the donors and the agencies of international cooperation to assist them in their project, was designed and tailored to the purpose of demobilising the social movements—to turn towards a nonconfrontational development project approach towards social change. There is also no doubt that a large part of the Left at the time bought into the strategy pursued by the World Bank and other agencies of international cooperation – or were unwitting accomplices (see, for example, Bebbington, Hickey & Mitlin (2008)). The thinking was as follows. The internecine divisive and sectoral politics of the traditional Left led to a widespread rejection within the popular movement of the old ways of doing politics via the agency of political parties. This rejection was encapsulated in the cry in the midst of a revolutionary struggle by *los piqueteros* in the streets of Buenos Aires – *¡Que se vayan todos!* – and the need (articulated clearly by Comandante Marcos) for a different more indigenous way of doing politics, including 'to lead by following'. In support of this quest for a new politics, parts of the Left turned away from both the social movements (support of their mobilizations) and democratic politics. This new social Left that had materialised in the form of NGO activism – mediating between donor and the communities in the belief that they were assisting the communities rather than the donors in realising their strategic goal and objectives. Even in the 1990s when CONAIE held a dominant position in social movement organizing the leadership bought into this ideology, staking out a centre-left position generally associated with the NGOs. And the same was true for Bolivia where Morales on achieving state power with the support of the social movements enlisted for his cabinet a significant number of individuals, many of them women even before his government adopted a policy of gender parity, not from the social movements but from the NGO sector.

confrontational politics of the class and land struggle towards their ethnodevelopment strategy and local micro-project development approach to 'change'. Vargas now heads PRODEPINE, an NGO that is well-financed by the World Bank with a large staff that operates in the localities and communities of the rural indigenous poor so as to build on the social capital of the poor rather than mobilize the forces of resistance.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

These three modalities of social change—electoral politics, social mobilization, local development¹²—do not always play out the same way. In Ecuador, for example, pursuit of a state-led development strategy with international cooperation and social/popular participation led to a weakening and the demobilization of what had been a powerful social movement with a notable capacity to mobilise the forces of resistance. The end result was a failure to achieve state power—to tread either the parliamentary or revolutionary road to state power. In Bolivia, however, the three modalities of social change were effectively combined in various conjunctures of a process that would lead to the ascension of Evo Morales to state power as leader of an indigenous social movement and as leader of what is described as a political movement but functions as a party—not to mobilise the resistance but to contest—in this case successfully—the elections (Webber, 2005, 2006). In effect, Morales achieved state power by using the electoral mechanism and the party apparatus, but he did so with the active support and on the social base of the social movements, both the indigenous movement and a part of the labour movement. This electoral strategy would never have worked were it not for the active mobilization of the indigenous communities and the working class brought about by the agency of what in effect was a revolutionary social movement. In fact, in stepping away from the heat of the class struggle at a crucial juncture of the revolutionary situation in pursuit of his electoral strategy Morales almost lost control of the movement and thus his election to the presidency.

Regime change and capitalist development in the new millennium

The new millennium once again provided conditions for launching a new phase of capitalist development and a corresponding change in both the relations of production and the dynamics of the class struggle. At issue here was the emergence of a progressive cycle in Latin American politics—a pink and red tide of left-leaning ‘progressive regimes’ committed to moving beyond neoliberalism (Grugel & Riggirozzi, 2012; Levitsky & Roberts, 2011; Macdonald & Ruckert, 2009). Although there is a continuing debate on this question of regime change it would appear to be the result of a number of changing conditions. One was the widespread disenchantment with and rejection of neoliberalism, which can be attributed to the activism of the social movements formed in the 1990s in the resistance against the policies pursued by the neoliberal regimes in the 1990s in a second cycle of ‘structural reforms’. Another was the formation of a new consensus on the need to bring the state back into the development process and bring about a more inclusive form of development (Infante & Sunkel, 2009). A third ‘development’ was related to changes in the world capitalist system and global economy: the ascension of China as an economic power and an associated spurt in the demand for energy and natural resources to fuel the expanding economies and ‘emerging markets’ of China and the BRICS.

One of several outcomes of these changing conditions was the emergence and formation of what some analysts conceptualised as a post-neoliberal state, with reference to the ‘inclusionary state activism’ of the ‘progressive’ (centre-left) political regimes formed in this conjuncture of the capitalist development process (Barrett, Chavez & Rodríguez, 2008). A second outcome was a heated and as yet unsettled debate regarding the pros and cons of several economic models: the *neoliberal* model promoted by the US and the guardians of the

¹² There is another modality of social change, which is to eschew electoral politics and bring together social mobilization and local development from below. This idea echoes the view advanced by Bollier (2014), Caffentzis and Federici (2013), and will be briefly discussed below.

new world order, and used by the government in Mexico, Colombia, Peru (and undoubtedly in Argentina after Macri's ascension to state power); the *neodevelopmentalist* model used until 2016 as a guide to macroeconomic development policy in Argentina, Brazil, Chile and Uruguay; the *Vivir Bien* or *Bien Vivir* model used to frame a strategy of national development and as a guide to policy by the current governments of Bolivia and Ecuador; and the model of *21st century socialism* constructed by Hugo Chávez and still pursued – albeit in conditions of a vicious class struggle – by the Maduro regime in the Bolivarian Republic of Venezuela.

Not only is the Maduro regime in crisis and beset by forces released in an ongoing class struggle but each of these development models and associated political projects in their own way are immersed in crisis (Petras & Veltmeyer, 2017). One of the conditions of this crisis is the pursuit of so many governments in the region (mostly in South America, as it happens) of an extractivist strategy of natural resource development and the export of these resources in primary commodity form (Gudynas, 2009). All of the governments mentioned above, no matter the policy regime (neoliberal or post-neoliberal), have elected to incorporate extractivism – natural resource extraction and primary commodity exports – into their national development plan, fomenting a heated theoretical and political debate, but pushing each government into a crisis.

The implementation by various governments of an extractivist model of national development – extractivism or neoextractivism, as the case might be – have not only generated conditions of a profound political crisis (and the apparent end of a progressive cycle in Latin American politics)¹³ but also an extended policy and theoretical debate on the contradictions and pitfalls of extractivism – particularly as regards its negative socioenvironmental impacts but also what economists have described as a 'resource curse' (Acosta, 2009, 2011; Auty, 1993), not to mention the Dutch disease and a propensity towards social exclusion, as well as the concentration of benefits of resource-led growth together with enormous social, economic and environment costs, the brunt of which are borne by communities contiguous to the sites of extractive operations.

In the vortex of the debates and the political conflicts that surround extractivism some peasant and indigenous movements have not only engaged the resulting political conflicts and a class struggle over access to the commons, but they have joined the theoretical and political debate regarding projects of alternative development or alternatives to development (Abya Yala, 2009).

Many of the organizations in these movements have coalesced and formed an alliance to the purpose of sharing experiences and ideas. In the case of *Via Campesina*, an international movement of 'peasants' (basically small-landowning cooperatives and family farmers committed to an anti-capitalist non-corporate model of agricultural development), as well as *Via Campesina Brazil*, a key player in *Via Campesina*, these ideas have crystallised into a vision and model of a sustainable form of agriculture based on the virtues of small-scale production for local markets and the principles of an agroecological revolution that has swept across academe – agroecology as part of a broader program of agrarian reform (Robles & Veltmeyer, 2015; *Via Campesina*, 2012; *Via Campesina-Brazil*, 2008).¹⁴ These peasant movements, together with the continental alliance of indigenous communities and social movements (ALAI), are all but united in their opposition to the corporate agribusiness model and the capitalist global

¹³ On the policy and political dynamics of this progressive cycle see Katz (2016), Gaudichaud (2012) and Petras & Veltmeyer (2017).

¹⁴ "The MST and *Via Campesina* have developed a common understanding, a common reading, of the historical evolution of capitalism in Brazil. We had four centuries of what might be called the 'agro-export model', which was inaugurated by colonial capitalism. Industrial capitalism was not really implanted until 1930 [as] a model of dependent industrialization, because it was so highly dependent on foreign capital" (Stedile, 2008).

food regime (Abya Yala, 2009).

The resistance, class struggle and social movements on the expanding frontier of extractive capital

A class struggle over access to the commons (land and natural resources) and associated conflicts have been part of Latin America for a long time, a fundamental legacy of the capitalist development process, which at the beginning involves the resistance and the struggle of communities against conditions conceptualised by David Harvey (2003) in terms of a process of 'accumulation by dispossession' – the separation of the direct producers from the land and their means of production, and a resulting 'proletarianization' (conversion of a peasantry into a proletariat and a working class of some sort or the other). In these terms the capitalist development of the forces of production in the agricultural sector, and the corresponding process of productive and social transformation, is advanced in two ways. First, by exploiting the mass – and, according to Sir Arthur Lewis, the 'unlimited supply' – of surplus rural labour generated by the transition towards capitalism. And secondly, (according to Ruy Mauro Marini)¹⁵ by means of 'superexploitation' – remunerating or 'rewarding' labour (working class and the small-landholding direct producers on the periphery of the system) below its cost of production. This is the fundamental form taken by capitalism, namely, the exploitation of labour. However, capitalism also takes another form: extractivism – the extraction of natural capital, the wealth of natural resources bound up in land – and the transfer of these resources from the periphery to the centre of the system. This is the dominant form taken by capitalism in Latin America prior to the 20th century (Girvan, 2014).

Capitalism in the form of natural resource extraction is bound up with the beginnings of the world capitalist system in the fifteenth century. However, in recent decades – with the massive inflows of 'resource-seeking' capital in the form of FDI (what we might describe as the 'new geoeconomics of capital') – there has been a pronounced shift towards extractivism as a development strategy (the second pillar of the new development model used by many governments, and, as an adjunct to this strategy, towards a '(re) primarization' of exports (Cypher, 2012).

This 'development' is reflected in the increased use of landgrabbing ('large-scale foreign investments in the acquisition of land'), commodification (via privatization of the means of production and access to natural resources such as water, concessions to explore and extract metals and minerals, violation of territorial rights and environmental degradation as mechanisms of 'accumulation by dispossession' – the accumulation of extractive capital – what some analysts have conceptualized as a new way of 'enclosing the commons' (Spronk & Webber, 2007).

Under these conditions both the resistance and the class struggle have necessarily assumed new forms, as have the social movements that can best be understood as an expression of the class struggle in the current conjuncture of capitalist development.

There is a burgeoning literature that analyzes the emergence of socioenvironmental conflicts related to the extractive sector – to the negative impacts of extractivism on both the

¹⁵ Marini (1974) was one of the few exponents of 'dependency theory' who explained the dynamics of uneven capitalist development in terms of a Marxist theory of labour exploitation. He argued that development in the centre of the world system was based on 'super-exploitation', i.e. remunerating the labour of workers and producers in peripheral social formations not at its value (exploitation) but below its value (superexploitation). He also elaborated a theory of class struggle and the resistance to the superexploitation of workers and peasants in the form and with the agency of revolutionary social movements.

environment and rural livelihoods and thus the sustainability of an indigenous culture and an entire way of life. This literature can be placed into four categories. First, there are those studies that explore the sociopolitical and cultural implications of such conflicts for development policies and processes (Tetreault, 2014; Collier & Venables, 2011).

A second set of studies stress the implications of these conflicts on state-building processes as part of shifting interrelations between social movements, corporations and states (Bebbington, 2009). And a third set of studies explores the negative socioenvironmental impacts of extractivism and the political responses of local communities directly affected by them, which is to demand respect for their territorial and human rights and the accountability of powerful state and corporate interests for undermining their sources of livelihood (Polischuk, 2016; Saguier, 2014; Tetreault, 2014). As Martinez-Alier (2003) sees it, conflicts emerge when there are asymmetric expectations and understandings concerning the economic, ecological, social, and cultural value of different resource-sensitive projects. And a fourth small group of studies have begun to explore the regional and international dimensions of extractivism and related socioenvironmental conflicts (Collier & Venables, 2011; Tetreault, 2014; Veltmeyer & Petras, 2014).

Another set of studies and approach, one used in the mainstream of development thinking and practice, focuses on how these conflicts can be managed (Collier & Venables, 2011). From this conflict resolution or resource management perspective the problems associated with the political economy of natural resource extraction are not systemic or endemic but can be 'managed', while the negative impacts and associated social and environmental costs mitigated. Resource conflict management, it is argued, is a matter of 'corporate social responsibility' and 'good governance', which includes engagement of the communities, even 'civil society', in the process of securing a 'social license' to operate (explore and extract) in addition to a government-issued concession to explore for resources and a license to operate.

In addition and in contrast to these studies, a number of scholars have begun to explore the social class dynamics of these socioenvironmental movements that have sprung up on the latest frontier of capitalist development (Veltmeyer & Petras, 2014). From this class struggle perspective, extractivism represents the emergence of a new form of rentier capitalism based on the pillage of natural resources rather than the more customary exploitation of labour. It can also be seen as a new form of imperialism, which, according to Girvan (2014: 49-61), in the historical context of the Americas has always involved pillage.

From this perspective the socioenvironmental conflicts and resource wars that have surrounded the contemporary operations of extractive capital are viewed as a new form of 'primitive accumulation' as Marx had it (to separate the direct producers from their means of production, forcing their expulsion from the land and leading to their proletarianization). Essentially, it is argued that the operations of extractive capital represent a new form of enclosing the commons – denying the indigenous and farming communities close to the mines and extractive operations of capital access to the global commons of land, water and resources, and denying any respect for the territorial rights claimed by the indigenous communities.

The mechanism of 'enclosure' in this analysis is the concession granted by the state to the corporations to explore for and extract the sub-soil resources (oil and gas, minerals and metals) from land occupied or owned by these communities or their members. Therefore, the form taken by the resistance on the new frontier of extractive capital includes rejection of the economic model used by the governments to make public policy in the area of economic development; the demand that their territorial and human rights be respected; and, above all,

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

protests against the negative impact of extractivism on both their livelihoods and the environment on which they depend.

The destruction of the livelihoods of the communities contiguous to and most directly affected by the operations of extractive capital stems not only from their negative socioenvironmental impacts, but from the contradictory practices and policies associated with resource-driven 'economic development' discussed above. These practices reflect what has been defined as the logic of 'accumulation by dispossession' (Harvey, 2003). This refers to a mode of wealth generation at the social cost of depriving people of their territorial and human rights and causing ecological destruction. Accumulation by dispossession has been characteristic of diverse and prevailing forms of capitalism where accumulation depends on expanding the boundaries of a global market via the privatization and commodification of nature, i.e. land, water, and natural resources such as sub-soil minerals, fauna and the forest. Some suggest that indigenous peoples are particularly vulnerable in this regard since they are directly dependent on nature, the rich biodiversity of rain forests, rivers and land, not only for their livelihood and material subsistence but for their social and cultural reproduction, which is to say, their very existence.

Large-scale mining, particularly in the form of open-pit mining, with the use of cyanide and mercury in the mineral extraction process is responsible for the pollution of the region's precious water reserves. This could potentially lead to the decimation of fish in rivers, health problems for people exposed to contaminated water, loss of fertile land, and shortages of clean water for human and animal consumption. Needless to say, fishing and the husbandry activities of communities located near mining sites are put at risk or are compromised.

Table 1 Socioenvironmental conflicts related to mining in Latin America, 2006-2010

Countries (selected)	Conflicts	Projects	Companies	Communities
Argentina	24	30	43	37
Bolivia	5	6	7	21
Brazil	21	21	37	34
Chile	25	28	42	34
Colombia	16	32	21	20
Ecuador	4	5	4	5
Guatemala	4	4	7	4
Mexico	13	13	17	15
Peru	26	26	42	28

Source: OCMAL (2011).

As already mentioned the communities of peasant farmers and indigenous peoples are particularly vulnerable. In the region of the Southern Andes—and the border between Chile and Argentina—large-scale mining activities have been responsible for the pollution of mountain glaciers and downstream water, such as in the case of Barrick Gold's Pascua Lama project. Mining is a particularly environment-sensitive industry that has led to conflict in connection to its negative social and ecological consequences. Throughout Latin America out

of a total of ongoing 184 resource conflicts 154 of them are mining-related (Table 1). These conflicts have affected 222 communities (179 of them in South America) and involve 247 companies (Saguier, 2014: Table 7.1. N.6).

The class struggle and social movement dynamics of the resistance

A class analysis of these socioenvironmental conflicts and associated struggles and social movements is concerned with three sets of issues, each a matter of debate. The first has to do with the social base of these social movements, establishing the social relation of community members to the system of economic production. The second concerns the matter of understanding the relationship of the communities affected by the operations of extractive capital with both the state and with the companies involved, as well as the relationship of capital to the state. A third issue, which is not explored here, concerns the political dynamics of the broader class struggle.

In regard to the first issue, the prevailing view is to see community members as a proletariat, the latest victims of the capitalist development process in which the direct producers are separated from their means of production as a mechanism of capital accumulation—‘accumulation by dispossession’, as Harvey (2003) has it. In the classical context analyzed by Marx the mechanism of accumulation—the generation of a proletariat, or a class for hire, and with it a reserve army of surplus labour—involved the enclosure of the commons needed by the communities of small-scale direct producers, or peasant farmers, to subsist. In the contemporary context analysts have established two mechanisms of dispossession: one is large-scale foreign investment in the acquisition of land, or ‘landgrabbing’ (Borras, Franco, Gomez, Kay & Spoor, 2012); the other is enclosure of the commons by means of a public policy of privatization and commodification, converting natural resources into means of production and productive resources or assets.

Extractivism in the current context has taken and is taking diverse forms, including ‘landgrabbing’¹⁶ and enclosures of the commons: large-scale foreign investments in the acquisition of land with the aim of securing access to natural resources for extraction and sale on the world market. Although it has not generated significant forces of resistance or any social movements, it has resulted in a relation and condition of conflict with the local communities who are pressured to abandon the land either by the local agents of the foreign or local investors, or by legislative or administrative fiat.

A second dimension of the class struggle on the expanding frontier of capitalism is the relation of the communities negatively impacted by the mining of minerals and metals, and by the commodification and extraction of water and other resources, to the companies in the extractive industry and to the state. The relation of the communities to these companies is one of economic exploitation and political conflict. However, their relation to the state, or the role of the state in this struggle, is a different matter and very much at issue. By a number of accounts (see, for example, the case studies in Veltmeyer & Petras, 2014), because of a coincidence of economic interest (resource rents and additional fiscal resources for the government, super-profit for the companies) the state tends to side with the companies in their

¹⁶ Landgrabbing makes reference to what the Food and Agriculture Organization of the United Nations terms ‘large-scale investments in the acquisition of land’ (FAO, 2011). This phenomenon has expanded dramatically both in Latin America and elsewhere in the context of what might be described as ‘agro-extractivism’ (Borras, Franco, Gomez, Kay & Spoor, 2012).

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

relation of conflict with the communities negatively affected by the operations of extractive capital.

A revealing example of this is Peru under President Humala who came to power in June 2011 with a promise to support local communities against the mining companies (on a platform of 'water before gold'). However, when open and violent protests erupted between the Canadian mining company Minera Afrodita and the Awajun indigenous communities in town of Bagua, the Armed Forces under his watch turned against the protesters, resulting in 33 deaths, 200 wounded and 83 detentions. This event was the last episode of a long process of protests led by the Awajun to oppose the concessions of exploration and exploitation rights to Afrodita in an area located in the Cordillera del Condor region where there has been a long-standing controversy between the government, indigenous communities, and the company (IWGIA, 2010).

The main 'actors' involved in this 'politics of resistance' against the incursions of capital in the exploitation of natural resources – and the Minera Afrodita-Awajun struggle is but one of many such struggles all across the region – are the predominantly indigenous communities that populate the areas ceded by the different governments (be they neoliberal or post-neoliberal in form) to the foreign mining companies for the exploration and exploitation of natural resources in their territorial lands. But they also include an array of civil society groups and NGOs that have been drawn into the conflict between global capital and local communities. And the forces of resistance to extractive capitalism and resource imperialism also include new social movements formed to protest against the damage caused by resource extraction to the environment, as well as against its effects on the health and livelihoods of the local population and the miners themselves, who face life-threatening working conditions and health concerns. In other words, many of these movements are mounted by those negatively affected by the impacts of resource extraction and mining operations (for example, *Red Mexicana de Afectados por la Minería* and the *Confederación Nacional de Comunidades del Perú Afectadas por la Minería* or CONACAMI).

The social classes and 'actors' who engage these forces of resistance frequently use tactics such as marches and demonstrations, road and access blockades, and other forms of direct collective action to impede mining operations. According to a forum of people, communities and groups affected by the operations of mining capital, the exploitation of the region's mineral resources in 2009 had reached levels never before experienced (FPIMCCBV, 2010). Of particular concern was the Amazon region, where abundant deposits of gold, bauxite, precious stones, manganese, uranium and other materials are coveted by the companies operating in the mining sector.

Another concern was the perceived connection between the multinational corporations in the sector and a host of foundations and NGOs with an alleged humanitarian or religious concern for the environment and the livelihoods of indigenous peoples and communities. In this connection, Eddy Gómez Abreu, president of the *Parlamento Amazónico Internacional*, declared that they had "incontrovertible evidence of these multinationals and foundations, under the cover of supposed ecological, religious or humanitarian concerns, collaborat[ing] in the effort to extract...strategic minerals," as well as espionage and illegal medical experiments on the indigenous population (Sena-Fobomade, 2011). In effect, he alleged that the mining companies regularly used foundations and other NGOs as one of their tactics to secure the consent of the local population to their projects and operations, and to manipulate them. If this is true, these foundations and the NGOs continue to serve in the tradition (and sordid history) of the European missionaries in their mission to help the indigenous population to adjust to their new world.

Conclusion

In the pre-neoliberal era, the resistance and the popular movements in Latin America were primarily concerned with demands related to the land struggle and the labour struggle for improved wages and working conditions. But in the 1990s the popular movement, with the agency of peasant-based social organizations and indigenous communities, mobilized against the state in the form of the neoliberal policies of the governing regimes. By the end of the decade, some of these movements, led by semiproletarianized indigenous peasant farmers and rural landless workers (for example in Ecuador, Chiapas, Brazil and Bolivia) had achieved one major gain in the struggle, which was to place the existing neoliberal regimes on the defensive and provoke a legitimization crisis regarding the economic model used by most governments to make public policy.

By the turn into the twenty-first century this model (neoliberal globalisation) for all intents and purposes was dead, no longer able to serve its legitimating function or as a template for public policy. The social movements, organised by what remained of the peasantry as well as the mass of rural landless workers and the indigenous communities, had played an important role in advancing the class struggle – in creating the conditions for regime change and a new progressive cycle in Latin American politics. Thus the road to state power by the political left in the first decade of the new century was paved by the activism of the social movements in their resistance against the neoliberal policy agenda.

However, the role played by the social movements in the next and current phase of the class struggle is not so clear. On the one hand, the collective organised protests against the destructive operations of extractive capital engaged and mobilised the forces of resistance not just against the policy agenda of the governing regimes, but to some extent turned them against the operative capitalist system. Thus the so-called politics of natural resource extraction has turned out to be not merely a matter of better resource management, a post-neoliberal regulatory regime, a more socially inclusive development strategy or a new form of governance – securing the participation of local communities and stakeholders in the strategic decisions of policy makers. The opposition to, and resistance against, the neoliberal policy agenda took form not only in the search for an alternative form of (capitalist) development but as a rejection of the underlying system: ‘post-development’, one might argue (Gudynas, 2017).¹⁷ On the other hand, the new social movements formed in recent decades on the frontier of extractive capital in the Latin American countryside have not been able to engage with the broader class struggle, consigning themselves to historical irrelevance in the ongoing process of social change and transformative development.

The anti-extractivist protesters and the resistance of those negatively impacted by the destructive operations of extractive capital—as for example, in the Mexican context, the *Asamblea Nacional de Afectados Ambientales* (ANAA)—have garnered international activist (and academic) recognition as part of a global environmental justice movement (rather than as a class struggle). But, just like the officials and functionaries of the neoliberal regimes found up and down the Pacific Coast (excluding Ecuador) from Chile to Mexico, officials of the post-neoliberal regimes formed in the recent ‘progressive cycle’ of Latin American politics do not embrace these protestors and critics. Indeed, like Rafael Correa, President of a country that has gone so far as to embed the postdevelopment concept of *Buen Vivir* in the Constitution, in a

¹⁷ Post-development, as Gudynas understands it—i.e. with reference to the indigenous concept of *Vivir Bien* (Bolivia) or *Buen vivir* (Ecuador): to live in social solidarity and harmony with nature – is anti-systemic (constructed within a ‘non-capitalist paradigm’) but as opposed to socialism and any form of ‘structuralism’ as it is to capitalism.

coincidence of economic interest with Global Capital has branded the leaders of the socio-environmental (anti-extractive) movements as criminals and terrorists who are prepared to put the environment ahead of the country's poor and its development.¹⁸ Dismissing or criminalising these anti-extractivist social movement activists and their supporters in the international and NGO community – or, in the case of Álvaro García Linera, Bolivia's Vice-President, viewing them as stooges of US imperialism or outside interests – the agents and officials of the regimes formed in what remains of the 'progressive cycle' have denounced them as provocateurs or environmental terrorists (FIDH, 2015).¹⁹ Thus the politics of resistance against natural resource extraction, and the social movements formed in this resistance, resolves into a particular dimension of the broader class struggle – combatting the workings of capitalism and mobilizing the forces of resistance located in the indigenous communities of semi-proletarianized peasant farmers.

This is one conclusion that can be drawn from our review of social movement dynamics in the current context – that these socioenvironmental movements are in the vanguard of the resistance. But another conclusion is that these movements do not fundamentally challenge the power structure, the ruling class or the underlying system. As argued by Raul Zibechi (2012b), and other theorists of the new social movements formed on the frontier of extractive capital, these movements are not anti-systemic; the social and political struggles that they convey tend to be episodic and localised, and are not revolutionary in any way. They are disconnected from the main arena of the class struggle, which revolves around the capital-labour relation and the politics of regime change. With the exception of Bolivia, where it could be argued that the indigenous social movements played a crucial role in Evo Morales' ascent to state power, the social movements in the current context of Latin American politics are not positioned, nor have the power, to challenge the guardians of the dominant capitalist system. For this we have to await the resurgence of the labour movement and a much-needed reconstruction of the political Left.

References

- ABYA YALA: "*Diálogo de Alternativas y Alianzas de los Movimientos Indígenas, Campesinos y Sociales del Abya Yal*", **Minga Informativa de Movimientos Sociales**. La Paz, Number 26, 2009.
- ACOSTA, A.: **La maldición de la abundancia**. Quito, Comité Ecuménico de Proyectos CEP / Ediciones Abya-Yala, 2009.
- _____. "*Extractivismo y neoextractivismo: dos caras de la misma maldición*", in M. LANG and D. MOKRAMI (eds.), **Mas allá del desarrollo**. Quito, Abya Yala, 2011.
- ANDINA - Prensa Presidencia Peru: "*Presidente Correa plantea abordar problema de 'radicales antimineros'*," 30 November 2012. Available at: <https://noalamina.org/latinoamerica/ecuador/item/10265-presidente-correa-plantea-abordar-problema-de-radicales-antimineros>

¹⁸ In 2012 President Correa appealed for support from his fellow presidents in Peru and Colombia in dealing with 'radical environmentalists' in their opposition to the development of the 'buena minería' (needed for the country to 'escape poverty'). The solution, Correa emphasized, is not to oppose mining per se but bad mining: 'we can't be beggars sitting on a sack of gold'. (Andina, 2012)

¹⁹ The opposition of the most 'progressive' postneoliberal regimes in the region, namely Bolivia and Ecuador, to the forces of resistance on the extractive frontier is a function of the regimes' dependence on extractive capital, a dependence that has led these regimes to side with capital (the multinational corporations in the extractive sector) in their relation of conflict with the communities that are negatively impacted by their extractive operations.

- AUTY, R.M.: **Sustaining Development in Mineral Economies: The Resource Curse Thesis**. London, Routledge, 1993.
- BARRETT, P.S., D. CHAVEZ and C.A. RODRÍGUEZ GARAVITO, eds: **The New Latin American Left: Utopia Reborn**. London, Pluto Press, 2008.
- BEBBINGTON, A.: *"The New Extraction: Rewriting the Political Ecology of the Andes?"* **NACLA Report on the Americas**. Volume 42, Number 5, 2009, pp. 12-21.
- _____ and J. BURY, eds.: **Subterranean Struggles: New dynamics of mining, oil and gas in Latin America**. Austin, University of Texas Press, 2013.
- _____ S. HICKEY and D. C. MITLIN, eds. **Can NGOs Make a Difference: The Challenge of Development Alternatives**. London: Zed Books, 2008.
- BOLLIER, David: *"The Commons as a Template for Transformation"*, **Great Transformation Initiative**. April 2014. <http://www.greattransition.org/publication/the-commons-as-a-template-for-transformation>.
- _____ and Helfrich SILKE: **The Wealth of the Commons: A World Beyond Market and State**. Amherst MA, Levelers Press, 2012.
- BORRAS Jr., S., J. FRANCO, S. GOMEZ, C. KAY and M. SPOOR: *"Land Grabbing in Latin America and the Caribbean"*, **Journal of Peasant Studies**. Volume 39, Numbers 3-4, 2012, pp. 845-872.
- BURBACH, Roger: *"Roots of the Postmodern Rebellion in Chiapas"*, **New Left Review**. Issue 1, Number 205, 1994.
- CAFFENTZIS, G. and S. FEDERICI: *"Commons Against and Beyond Capitalism"*, **Upping the Anti**. Number 15, September 2013, pp. 83-97.
- COLLIER, P. and A. J. VENABLES: **Plundered Nations? Successes and Failures in Natural Resource Extraction**. London, Palgrave Macmillan, 2011.
- CYPHER, James: *"Neoextraccionismo y Primarización: ¿la subida y decadencia de los términos del intercambio en América del Sur?"* Presentation at the International Seminar 'Como Sembrar el Desarrollo in América Latina', UNAM – IIE. México DF, October 2012, pp. 29-31.
- DELGADO WISE, R. and H. VELTMEYER: **Agrarian Transformation, Migration and Development**. Halifax, Fernwood Publications, 2016.
- ECHALAR FLORES, Humberto: **El Estado ficticio al Estado real (Plurinacional)**. Cochabamba, Editorial Kipus, 2015.
- FAO—Food and Agricultural organization of the United Nations: **Land Tenure and International Investments in Agriculture**. FAO, Rome, 2011.
- FIDH - Federación Internacional de Derechos Humanos: **Criminalización de la protesta social frente a proyectos extractivos en Ecuador**. 2015, www.fidh.org.
- FPIMCCBV - Foro de los Pueblos indígenas, minería, cambio climático and buen vivir: **Suscribe Declaración**. Lima, Servicios en Comunicación Intercultural Servindi, Noviembre 23, 2010.
- GAUDICHAUD, F.: *"El volcán latinoamericano. Izquierdas, movimientos sociales y neoliberalismo en América Latina"*, **Otramérica**. 2012. <http://blogs.otramerica.com/editorial>.
- GIRVAN, Norman: *"Extractive Imperialism in Historical Perspective"*, in J. PETRAS and H. VELTMEYER, eds. **Extractive Imperialism in the Americas**. Leiden, Brill Books, 2014, pp. 49-61.
- GRUGEL, Jean and Pia RIGGIROZZI: *"Post Neoliberalism: Rebuilding and Reclaiming the State in Latin America"*, **Development and Change**. Volume 43, Number 1, 2012.
- GUDYNAS, Eduardo: *"Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo. Contextos y demandas bajo el progresismo sudamericano actual"*, in **Extractivismo, Política y Sociedad**. Quito:

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

- CLAES/CAAP, 2009, pp. 187-225. Available from: <http://extractivismo.com/documentos/capitulos/Gudynas>
ExtractivismoSociedadDesarrollo09.pdf.
- _____ “Postextractivismo y alternativas al desarrollo desde la sociedad civil”, en **Alternativas al capitalismo. Colonialismo del Siglo XXI**. Quito, Ediciones Abya Yala, 2013, pp. 189-224.
- _____ “Extractivism: Tendencies and Consequences” in **Rethinking Latin American Development: Other Worlds Are Possible**. Edited by Ronaldo MUNCK & Raúl Delgado WISE, London, Routledge, 2017.
- HARVEY, David: **The New Imperialism**. Oxford, Oxford University Press, 2003.
- HOLLOWAY, John: **Change the Word Without Taking Power: The Meaning of Revolution Today**. London, Pluto Press, 2002.
- INFANTE, R.B. and O. SUNKEL: “Chile: Hacia un desarrollo inclusivo”, **Revista CEPAL**. Volume 10, Number 97, 2009, pp. 135-154.
- IWGIA—International Work Group for Indigenous Affairs: **The Indigenous World 2010**. Copenhagen. Available from: http://www.iwgia.org/iwgia_files_publications_files/0001_I_2010_EB.pdf.
- KATZ, Claudio: “Is South America’s ‘Progressive Cycle’ At an End? Neo-Developmentalist Attempts and Socialist Projects”, **The Bullet**. E-Bulletin Number 1229, March 4, 2016.
- LAVAL, C. and P. DARDOT: **Común: Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI**. Gedisa, 2015.
- LEVITSKY, Steven and Kenneth ROBERTS, eds. **The Resurgence of the Latin American Left**. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2011.
- MACDONALD, L. and A. RUCKERT: **Post-Neoliberalism in the Americas**. Basingstoke UK, Palgrave Macmillan, 2009.
- MARINI, Ruy Mauro: **Subdesarrollo y revolución**. México, Siglo XXI Editores, 5th edn., 1974.
- _____ **Dialéctica de la dependencia**. Buenos Aires and Bogotá, CLACSO/Siglo del Hombre Editores, 2008 [1973]. http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/se/2010083009_1927/04dialectica2.pdf.
- MARTINEZ-ALIER, J.: **The Environmentalism of the Poor: A Study of Ecological Conflicts and Valuation**. London, Edward Elgar Publishing, 2003.
- MITLIN, Diane: “The NGO Sector and its Role in Strengthening Civil Society and Securing Good Governance”, in A. BERNARD, H. HELMICH and P. LEHNING, eds., **Civil Society and International Development**. Paris: OECD Development Centre, 1998.
- OCMAL—Observatorio de Conflictos Mineros de América Latina: **Mapa de conflictos mineros, proyectos y empresas mineras en América Latina**. [consulted January 28, 2011]. Available from: http://mapa.conflictosmineros.net/ocmal_db.
- O’MALLEY, Anthony: “Community vs. Class,” in H. VELTMEYER and A. O’MALLEY, eds. **Transcending Neoliberalism: Community-Based Development in Latin America**. West Hartford Conn, Kumarian Press, 2001.
- PETRAS, James and Henry VELTMEYER: **Globalization Unmasked: Imperialism in the 21st Century**. London and Halifax, ZED Press and Fernwood Publishing, 2001.
- _____ and Henry VELTMEYER: **Movimientos sociales y poder estatal**. Buenos Aires: Editorial Lumen, 2005.
- _____ and Henry VELTMEYER: **The Class Struggle in Latin America: Contemporary Dynamics**. London, Routledge, 2017.
- _____ and Maurice ZEITLIN: **Latin America: Reform or Revolution?** Robbinsdale, MINN, Fawcett Publications, 1968.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

- POLISCHUK, S.: "Massacres of the extractivist industry: poisoning and criminalisation of our towns and indigenous peoples", **The Dawn**. Enero 5, 2016. <http://www.thedawn-news.org/2016/01/05/massacres-of-the-extractivist-industry-poisoning-and-criminalisation-of-our-towns-and-indigenous-peoples>.
- PRADA ALCOREZA, Raúl: "Misería de la geopolítica: Crítica a la geopolítica extractivista", **América Latina en Movimiento**. Octubre 18, 2012. <http://www.alainet.org/es/active/58901>.
- _____. "Buen Vivir as a Model for State and Economy", in M. Lang and D. Mokrani, **Beyond Development: Alternative Visions from Latin America**. Amsterdam: Transnational Institute, 2013, pp. 145-58.
- ROBLES, Wilder and Henry VELTMEYER: **The Politics of Agrarian Reform in Brazil: The Landless Rural Workers Movement**. Basingstoke UK and New York, Palgrave Macmillan, 2015.
- SAGUIER, M.: "Minería para el desarrollo integral en la estrategia de UASUR", Presentation to the Conference ISA/FLACSO, Buenos Aires, July 23-2, 2014.
- SAXE-FERNÁNDEZ, J. and O. NUÑEZ: "Globalización e Imperialismo: La Transferencia De Excedentes De América Latina", in SAXE-FERNÁNDEZ et al. **Globalización, Imperialismo y Clase Social**, Buenos Aires/México, Editorial Lumen, 2001.
- SCHUURMANN, Frans: **Beyond the Impasse: New Directions in Development Theory**. London, Zed Books, 1993.
- SENA-FOBOMADE: "Se intensifica el extractivismo minero en América Latina", **Foro Boliviano sobre Medio Ambiente y Desarrollo**. 03-02, 2005 < <http://fobomade.org.bo/art-1109>>.
- SPRONK, Susan and Jefferey WEBBER: "Struggles against Accumulation by Dispossession in Bolivia: The Political Economy of Natural Resource Contention", **Latin American Perspectives**. Volume 34, Number 2, March 2007, pp.31-47.
- STEDILE, João Pedro: "The Class Struggles in Brazil: The Perspective of the MST", **Socialist Register**. Volume 44, 2008, pp. 193-216.
- TETREAULT, Darcy: "Mexico: The Political Ecology of Mining", in H. VELTMEYER and J. PETRAS, eds. **The New Extractivism**. London, Zed Books, 2014, pp. 172-91.
- VELTMEYER, Henry: "New Social Movements in Latin America: the Dynamics of Class and Identity", **The Journal of Peasant Studies**. volume 25, Number 1, October 1997.
- _____. "Development and Globalization as Imperialism", **Canadian Journal of Development Studies**. Volume XXVI, Number 1, 2005, pp. 89-106.
- _____. and James PETRAS: **The New Extractivism**. London, Zed Books, 2014.
- VIA CAMPESINA: "Agrarian Reform in the 21st Century: Building a New Vision, Redefining Strategies, and Celebrating Victories", **Press Release**. July 19, 2012.
- VIA CAMPESINA-BRAZIL: "Por qué nos movilizamos?" **ALAI-América Latina en Movimiento, Asamblea Popular**. Junio 10, 2008. [<http://alainet.org/active/24605&langes>]
- WEBBER, Jefferey: "Left-Indigenous Struggles in Bolivia: Searching for Revolutionary Democracy", **Monthly Review**. Volume 57, number 4, September 2005.
- _____. "Evismo: Reform? Revolution? Counter-Revolution?" **International Viewpoint**. October 2006. IV382 – October <http://www.internationalviewpoint.org>.
- WORLD BANK: **World Development Report 2008: Agriculture for Development**. New York, Oxford University Press, 2008.
- ZIBECHI, Raúl: "La nueva geopolítica del capital. ALAI, América Latina en Movimiento", **Le Monde Diplomatique Colombia**. April 19, 2012a. Available from:

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

<http://www.alainet.org/es/active/54196>.

_____ **Territories in Resistance: A Cartography of Latin American Social Movements.**
Oakland CA, AK Press, 2012b.

Conflictividad Social y Política en el capitalismo contemporáneo.
Antagonismos y resistencias (I)



número 35 (primer semestre 2017) - number 35 (first semester 2017)

Conflictividad social: categorías, concepciones y debate

Revista THEOMAI / THEOMAI Journal
Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo / Critical Studies about Society and Development

Class Politics as the Unity of Theory and Practice and the Criticism of Epistemology

Siyaves Azeri¹

The position of practice in Marx's method

In the "Theses on Feuerbach" Marx identifies the defect of former materialism as its disregard for praxis: metaphysical materialism conceives the objective world in abstraction from human activity and the historically specific form of its actualization. From the outset, Marx emphasizes that the objective social world we encounter is the product of objective human corporeal and intellectual activity; in other words, objectivity is human activity objectivized. Marx does not aim at casting doubt on the existence of the objective world and the objectivity of human knowledge of the world; "nature" is the necessary condition of human action, that is, the necessity of human activity is due to her confrontation with a world "independent" of

¹Associate Professor of Philosophy. Affiliation: Thesis Twelve: Mardin Value-form Circle.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

herself; objectivity, however, is the transformation of that nature into a determinate moment of human activity in the form of the inorganic extension of human's existence.

A being which does not have its nature outside itself is not a *natural* being, and plays no part in the system of nature. A being which has no object outside itself is not an objective being. A being which is not itself an object for some third being has no being for its *object*; i.e., it is not objectively related. Its being is not objective. (Marx, 1975: 337)

The transformation of material nature and creation of commodities (in the general sense of the term, commodities as useful things or as use-values), rather than destroying the objectivity and independence of material nature proves the objectivity of human labour and human activity in general and its dependence on objective independence of material nature. Objectivity of nature is the precondition and the source of objectivity of human labour and consciousness. Consciousness is external; the unity of consciousness and nature, the subject-object unity is attainable only externally as the unity *in* nature. Because a human is a material thing and an external entity, its activity can take an objective form; it can be effective and can transform and produce nature. Similarly, the source of the truth and reality of human thinking, the source of the truth of, say, natural laws that she "discovers", is this externality, or her objective being. Were she not an external, objective being, were she a mere internality, a sort of consciousness in opposition to the external (be it conceived of as her ideas, perception, impressions or as an objective world of ideas independent of her) she would not have affected nature and she would not have any window opened onto nature. The semblance of interiority in contrast to exteriority, the real semblance of subject-object dichotomy is the product of a mode of production where things appear not as inter-related processes but as self-contained fetish-like entities with a life of their own.

Therefore, despite the idealist attribution of objectivity and absoluteness to the spirit, had the self-consciousness or the spirit been the absolute in the idealist sense, it would have no such objectivity and would fall short in realizing itself in nature owing to its lacking an objective nature. The absoluteness of the self-consciousness is nothing but absolute emptiness: a void similar to the absolute emptiness and lack of vitality of capital. The Spirit is the reflection of the emergence of value, from the void at the heart of capital, which posits itself as the absolute presence and the use-value as a moment of its own non-being (Arthur, 2004: 153-4); as Marx puts it, "A non-objective being is a *non-being*" (1975: 337).

Marx's concept of nature is historical in contradistinction to all other approaches. Since nature, for Marx, is the primary source of all instruments and objects of labour, from the outset it is considered in relation to human activity. Disregarding human activity and its role in manipulating the social nature, mechanical materialism recapitulates the idealist attitude that considers abstract thinking as the only genuine activity and the estranged entities of this activity, such as the state, the law, and religion as "thought entities" or "pure, abstract philosophical thinking" (Marx, 1975: 331). Hence, Marx states,

Feuerbach wants sensuous objects, really distinct from conceptual objects, but he does not conceive human activity itself as *objective* activity. In *Das Wesen des Christenthums*, he therefore regards the theoretical attitude as the only genuinely human attitude, while practice is conceived and defined only in its dirty-Jewish form of appearance. Hence he does not grasp the significance of "revolutionary", of practical-critical, activity. (Marx, 1976: 3, emphasis original)

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

Marx's rejection of idealism is not an abstract rejection similar to that of Feuerbach's. He does not simply invert the relation between object and subject. He does not replace the Subject with Man. Human, in Feuerbach's philosophy, is still the unhistorical, abstract being that is identical to its own nature. So is the extra-human existence. Marx accepts the "idealist" thesis that the world exists through the mediation of Subject. He, however, brings this thought to its true essence: The subject is neither the Spirit, nor the Ego, nor the transcendental Subject; it is neither the Man. The subject, as the creator of reality is the socio-historical human, the active human. Extra-human reality is a function of human's productive activity. It is the inorganic extension of human's historically determinate social organization. As Schmidt notes,

Marx described extra-human reality which is both independent of men and mediated, or, at least, capable of being mediated by them by using the following synonymous terms: 'material', 'nature', 'stuff of nature', 'natural thing', 'earth', 'objective moments of labour's existence', 'objective' or 'material; conditions (*sachlich*) of labour'. Since men constitute a component of this reality the concept of 'nature' is identical with the 'whole of reality' in the Marxist view. This concept of nature as a whole of reality did not result in an ultimate *Weltanschauung* or a dogmatic metaphysics but simply circumscribed the horizon of thought within which the new materialism moved. (1971: 29)

Humans perceive in nature what they experience in their social existence and their mode of activity (production and practice). Nature for Marx appears only through social labour. Even time and space are social in their origin. Time is the time of activity; it is the regular succession of human activities (Azeri, 2013: 1107). So is the case with the thesis that motion is matter's form of existence. Materialism accepts that, say, laws of motion of external bodies are independent from consciousness. However, this "in-itself" is relevant only if it is made in to a "for-us", in other words, as far as nature is drawn into the web of human's social practice. Even the motion of stars is meaningful to the extent that it functions within the web of social practice. Such functionality is not a pragmatic matter; the "in-itself" does not have an existence independent from the "for-us"; it is identified as the "in-itself" only as a determinate moment of the "for-us". Just as the concept is not simply a lens through which the allegedly "neutral" reality is conceived but is an organ of objectification of social human activity and of changing and constituting it as this historically specific social reality, the "for-us" functionality does not simply stand over the "in-itself" and coexists with it peacefully but constitutes it. It is not the case that the first one perceives the forest and then, say, she identifies it as a source of firewood; rather, the forest is perceived because one looks for firewood—the two are inseparable moments related by human activity as their middle term. It is in this sense that the whole reality is the reality of human social activity in the world.

The reality of thinking

Marx has not written on method as much as he has critically analyzed a vast spectrum of phenomena with a unique critical methodology—materialist dialectics. Philosophically speaking, Marx stands between Kant and Hegel. Like Hegel he refuses to make epistemological reflections before the concrete content of knowledge is investigated; he criticizes the duality between the form and the content, essence and appearance etc. Yet, contrary to Hegel he does not intend a speculative identity of subject and object. As Murray puts it,

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

Marx is more interested in breaking down the dualism of being and consciousness, base and superstructure, than in simply inverting idealism, and that historical materialism is not a science of history. Rather, it is a propaedeutic to actual historical work, a polemic against an idealism that turns history into a parade of thoughts and thinkers, while dehistoricizing practical, material life. (1988: 3)

Marx links logics of practical, material life, such as the logic of commodity exchange to logics of schools of thought such as utilitarianism and the logic of early modern natural science. Marx considers Hegel a crude empiricist not because the latter refers to empirical data; not even solely because Hegel does not seem to be aware that conceiving of the factual itself is conceptual; rather, the core of Marx's unease with Hegel is the latter's separating the content and the form, the concept and the fact as if one is a vase and the other the liquid that fills it up. In this, Hegelian mediation looks mechanical and externally attainable only, whereas mediation, in Marx's approach, is immanent; it works from within; it signifies the contradictions within a system and synthesis through mediation as forming a higher level contradiction.

The identity between the subject and object, between the essence and the appearance is one that is attainable only through the mediation of social human activity. Hence, Marx states,

The question whether objective truth can be attributed to human thinking is not a question of theory but is a *practical* question. Man must prove the truth, i.e., the reality and power, the this-worldliness of his thinking in practice. The dispute over the reality or non-reality of thinking which isolates itself from practice is a purely scholastic question. (1976: 3, emphasis original)

Marx's suggested model is not a method of verification, falsification, or corroboration of thought and theories against facts. Such a model is the replica of the aforementioned dualisms Marx intends to criticize. Furthermore, such models suffer an insurmountable incoherence: a comparison of any kind between thought and reality or between theory and fact requires the knowledge of both reality or fact and thought or theory – a god-like third position; otherwise, making a comparison becomes impossible. However, if such knowledge is available, then theorizing or thinking and therefore the comparison becomes redundant as either thinking or theory will not add anything to our already existing knowledge. Marx's method, to the contrary, emphasizes the reality of thinking, its outwardness as a historically specific social activity *not about* but *on* the object and thus its objectivity. Thinking happens in the world and not in the head or brain or the mind. The scholastic consideration of thinking in isolation from practice is thus mistaken as it is a perverted reflection of the relation between thinking and reality.

Therefore, Marx appreciates achievements of Hegel's philosophy for emphasizing the role of the active subject while criticizing it for its inevitable positivism and apologetic stance before religion, the law, and the state. The positive side of Hegel's philosophy is that he conceives of self-creation of human as a process; he conceives objectification as loss of object or as alienation. In this, Hegel sees the relation between human's self-creative activity and labour: Yet, one might add that his one-sided emphasis on and his identification of objectification with a historically-determinate form of this objectification as alienation deprives itself of the critical potential it has. Hegel ontologizes this determinateness, meaning that he

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

reduces the historically-specific to a general abstraction; this in turn explains the speculative makeup of his philosophical stance. As Murray aptly puts it,

Marx repeats the language of “thing” (Ding), which complements etymologically Marx’s criticism of Hegel and the logic of value. Marx reads Hegel as reducing objectivity to thinghood: to the mere externalized product of self-consciousness, of abstract thinking. Marx believes that such a product is no actual object at all. Value follows the same logic. Here the products of labor are reduced to values, to mere congelations of undifferentiated human labor (abstract labor). Marx labels this crystallized abstract labor a “ghostly objectivity”. (1988: 48)

The problem of the reality of thinking is also related to concepts and conceptual thinking and to the problem of the “concrete” in Marx’s method. Marx defines the “concrete” as the unity of diverse aspects. The concreteness of thinking is its success in reconstructing the real essential bonds between diverse phenomena and revealing the identity in the difference, i.e., the concreteness of thinking is to bring phenomena under the concept where the latter does not signify an enumeration of common features of diverse phenomena but a reconstruction of their common phylogenetic root. True concepts reveal the essence of things. They are not abstractions made from sense-experience (sense-data). They appear in human consciousness at spiritual-theoretical culture level. Such concepts mature and crystallize in human intellect gradually. They are not self-obvious and if intellect does not develop within cultural-theoretical context, they will be absent. That concepts develop and do not come to be in their completeness and entirety implies that they are instruments of action; concepts are not mere reflections or ideal mirror-images of phenomena that are produced by abstracting (peeling off) impurities of the phenomena and which reside in the head of the knowing-acting subject. Rather, they are tools of active grasping and thus of manipulating and changing reality.

Concepts, revealing the essence of the real and of the object and as tools of cognitive activity, thus facilitate accessing the essence of the real and acting upon that essence and uncover the necessary connections among aspects of diverse objectivity. As Ilyenkov formulates it,

The concrete in thinking also appears, according to Marx’s definition, in the form of combination (synthesis) of numerous definitions. A logically coherent system of definitions is precisely that ‘natural’ form in which concrete truth is realized in thought. Each of definitions forming part of the system naturally reflects only a part, a fragment, an element, an aspect of the concrete reality – and that is why it is abstract if it is taken by itself, separately from other definitions. (1982: 37)

Concepts are the instrument of idealization of the real and thus of achieving the real identity between the subject of activity and the object through socially determined practice. “Ideality, according to Marx, is nothing else but the form of social-human activity represented in the thing, reflecting objective reality; or, conversely, the form of human activity, which reflects objective reality, represented as a thing, as an object” (Ilyenkov, 2012: 176).

The relation between human and nature, as well as the relation among human beings, together with their forms of activity (their consciousness, will, imagination, and forms of thinking) inevitably bear the mark of the peculiar socio-historical relations (of production) within which humans perform their activity. “It is not ideality that is an ‘aspect’, or ‘form of

manifestation' of the sphere of consciousness-will but, on the contrary, the consciously-wilful character of human mentality is a form of manifestation, an 'aspect' or mental manifestation of the ideal (i.e., socio-historically generated) plane of relationships between man and nature" (Ilyenkov, 2012: 190-91). In contrast to fetishism (in the form of, say, idolatry), ideality or the ideal represents a form of mediation between human and the social reality (including "nature") which is peculiar to the capitalist society, on the one hand, and which is rooted in previous forms of human activity and yet, is not reducible to neither, meaning that it can be separated from the conditions of its formation and be projected, although critically, onto the future forms of societies. The form of appearance of the ideal and ideality is concept and conceptuality.

The form of knowledge and the form of activity

Knowing is the outward activity of manipulating the social world – the only world before us. Genuine knowledge is the revealing of the essence of this world of appearances. As Bonefeld puts it, "There is only one world, and that is the world of appearance. This world has to be deciphered to reveal its social constitution in social relations" (2009: 125). To reveal the essence is to ideally reconstruct those social relations or the human core of this socially constituted reality. Marx views science as a matter of getting to the logic of things themselves. These logics are not *a priori* and thus are not formalistic; rather, they are historically determined and historically attainable. As Murray puts it, Marx does not aim at an inversion of idealism and constituting historical materialism as a science of history; rather he is interested in revealing the human essence of historical and scientific "progress" meaning that he aims at "a propaedeutic to actual historical work, a polemic against an idealism that turns history into a parade of thoughts and thinkers, while dehistoricizing practical, material life" (Murray, 1988: 3).

The Marxian conceptualization of cognitive activity is drastically different than the age-old rationalist-empiricist conceptualization. The latter is based on "observation-learn"; whereas, the former is rooted in "activity-change". The rationalist-empiricist asserts the object of science as trans-historically given, immutable and atomic fact; the subject of cognitive observation, on the other hand, is a neutral, pure spirit whose cognitive activity is motivated by her natural curiosity. Hegel draws attention to this activity-based nature of knowledge in contrast to the empiricist formulation of observation-based knowledge when mockingly criticizing the rationalist-empiricist dictum stating that

Even the animals ... show themselves to be most profoundly initiated into [wisdom]; for they do not just stand idly in front of sensuous things as if these possessed intrinsic being, but, despairing of their reality, and completely assured of their nothingness, they fall to without ceremony and eat them up. (2004: 65)

A particular object is only a moment in the negative movement of the formation of the concept. Attributing truth, certainty and reality to the object of the sense is to fetishize it as an absolute – as something that is absolutely in-itself. However, as stated above, the in-itself, although precedes the for-itself or the for-us, is logically preceded by the for-itself and can only be realized as moment of the for-us. Object is the history of the object; it is the genesis of objectivity; it is the continuous negation of "these" and "those" through objectivized activity; the truth of the pudding is in the eating.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

For the materialist dialectician the quest for knowledge is the socio-historically determined activity of manipulation of the world and is not separable from the historically-specific *social* needs and the form of relations of production. Thus, criticizing Feuerbach's contemplative materialism Marx states,

Feuerbach speaks in particular of the perception of natural science; he mentions secrets which are disclosed only to the eyes of the physicist and chemist; but where would natural science be without industry and commerce? Even this "pure" natural science is provided with an aim, as with its material, only through trade and industry, through the sensuous activity of men. (Marx & Engels, 1976: 40)

Thus, for Marx, the so-called natural and social sciences form a unity; Marx criticizes the views that assume such a distinction for being ideological in the sense of being blind to the historical determination of these modes of activity. There is no world other than the world of human activity; humans productive activity, her sensuous labour and creation, is "the foundation of the *whole* sensuous world *as it now exists*" (Marx & Engels, 1976: 40, emphases added). Thus the natural and the cultural are united in the historically determinate human activity. Hence, states Marx,

We know only a single science, the science of history. One can look at history from two sides and divide it into the history of nature and the history of men. The two sides are, however, inseparable; the history of nature and the history of men are dependent on each other so long as men exist. (Marx & Engels, 1976: 28)

According to Marx, the distinguishing characteristic of human beings, when compared to other animals, is the production of the means of their own subsistence, through production of which they indirectly produce their material lives. "This mode of production ... is a definite form of activity of these individuals, a definite form of expressing their life" (Marx & Engels, 1976: 31), the form of existence of which "coincides ... both with *what* they produce and with *how* they produce" (Marx & Engels, 1976: 31-2). The same goes for human consciousness and ideas that are interwoven with the material life and are expressed in "the language of real life" (Marx & Engels 1976, 36). At the initial stages of the phylogenesis and ontogenesis of consciousness, ideas and mental products appears as an immediate counterpart to material activity. Although at later stages such immediacy might disappear, mental and ideational production will never happen in a void independent of the specific form of social human activity. Even when the products of consciousness and the consciousness itself appear not as historically specific products but as entities with a life of their own, this semblance of independence is rooted in the historically specific mode of human activity and production. "If in all ideology men and their relations appear upside-down as in a *camera obscura*, this phenomenon arises just as much from their historical life-process as the inversion of objects on the retina does from their life-process" (Marx & Engels, 1976: 36). Hence follows the question concerning the reason of the emergence of such a semblance; as Hegel puts, "the essence has to appear"; the question, however, is, why does the essence appear in this specific form?

Forms of thinking and knowing as objective activities cannot be independent from forms of human activity in general and forms of production, as the height of human activity, in particular. Thus Marx states that "the ideas of the ruling class are in every epoch the ruling ideas, i.e., the class which is the ruling *material* force is at the same time its ruling *intellectual*

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

force" (Marx & Engels, 1976: 59, emphases original). The dominance of the ideas of the ruling class is not a "super-structural" phenomenon that in one way or another "reflects" the "sub-structural" social relations of production. Rather, the dominance of ruling ideas is due to the *form* of their production, which in turn is inseparable from the means of their production. "The class which has the means of material production at its disposal, consequently also controls the means mental production" (Marx & Engels, 1976: 59). Marx defines the ruling ideas as the "ideal" reconstruction of the dominant material relations. The ruling class members do also think; they have consciousness and they produce ideas concerning the social world of appearances of which their consciousness is a constituent. Furthermore, as is the case with material (physical) production, where to the extent that the workers as the negative image of capital participate in production of commodities and value and thus contribute to the self-valorizing movement of capital, in mental production, too, individuals that are not physically part of the ruling class do contribute to the production and constitution of ruling ideas, their own consciousness and knowledge as social relations. The division of labour both within the ruling class and within society as whole between the "theoreticians" and "practitioners", on the one hand, and between the "heads" and the "hands", on the other, is a showcase of the production of consciousness and knowledge as a social relation under the capitalist relations of production. A peculiar consequence of such a division is the continuous constitution of the "illusion" that the head and the hand are discrete each of which has an independent existence of their own – an illusion that is also produced in the form of age-old dualities such as subject-object, mind-body, and essence-appearance. In other words, the division between head and hand is a reality that is expressed in a perverted form; to the extent that it is referred to as a reality in and by itself, it is not grasped in its actuality; to the extent that its human essence is grasped, that is, it is grasped in its actuality as a social relation that is to be produced and constituted constantly, it loses the semblance of its transhistorical existence and is conceived of in terms of historically specific forms of human activity – its history and actuality is understood in terrestrial terms, just as the history, say, of religion, should be critically conceived of not in theological terms but in material terms. As in the case of knowledge, this semblance appears in the form of the human capability to produce "pure" knowledge with means other than the body. Kant's questions concerning the possibility of pure metaphysics and pure mathematics are perverted reflections of this perverted reality, so is Hegel's depiction of history as the history of the self-alienation and unfolding of the Spirit. As Marx states,

Once the ruling ideas have been separated from the ruling individuals and, above all, from the relations which result from a given stage of the mode of production, and in this way the conclusion has been reached that history is always under the sway of ideas, it is very easy to abstract from these various ideas "the Idea", the thought, etc. as the dominance force in history, and thus to consider all these separate ideas and concepts as "forms of self-determination" of the Concept developing in history... Hegel himself confesses at the end of the *Geschichtsphilosophie* that he "has considered the progress of *the concept* only" and has represented in history the "true *theodicy*" (p. 446). (Marx & Engels, 1976: 61)

The same is valid concerning other social products such as identity, nation, ethnicity, and religion. Marx's emphasis on the fact that ideas and consciousness are historical products in need of continuous constitution signifies an important feature of such products. Similar to every product, the capitalist relations of production as well as consciousness are in need of

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

continuous production and reconstitution. It is not the case that consciousness is historically formed once and for all; it should be continuously constituted. For instance, “nation” not only is a “historical” product of the social relations of production that acquires a semblance of an independent life of its own, but it should be continuously constituted by nationalism which is a specific political movement of a particular class.

A critical study of mental products in general and of scientific knowledge in particular inevitably acquires a criticism of the *form of production* of such products. A critique of epistemology is not a critical-normative study of the content of scientific claims; it is neither the logical reconstruction of scientific propositions (as logical positivists and neo-positivists assumed in one way or another) nor is an attempt to unify scientific knowledge in the form of a “dialectical” totality. As Ilyenkov & Korovikov state,

Marx and Engels showed that the basic task of natural science, and science as such, studying the socio-historical order, confronting them in the 19th century, is the task of collecting the totality of the finest results achieved in the 2000 year development of philosophy, which amounts to the demand to think correctly, grammatically, in the theoretical analysis of phenomena. Marx provides an exemplar of the constructive application of philosophy to particular branches of concrete knowledge, in particular to political economy.

And this is the best proof of the proposition that positive knowledge is itself able to reach, and is obliged to reach, that very final essence of the object of research, beneath, above and beyond which there is nothing to find for the reason that there is nothing more. (2016: 28)

What distinguishes different economic epochs is *not what* is produced but *is how* and *by which* instruments. What is important is the *form* of production and the instruments of labour deployed in the production process are an aspect of this form (Marx, 1993: 286). A critique of scientific knowledge in the shape of a critique of the content of scientific propositions will be as unrewarding as a critique of political economy that aims at discovering the essence of value through a chemical analysis of gold or the material bearer of value. Just as a critique of political economy aims at revealing the specific form of the mode of production and its forms of appearances, a critique of epistemology should aim at revealing the particular form of scientific production and the form of appearance of its products.

Capitalist division of labour and “pure” knowledge

A specificity of modern scientific knowledge is its conceptual structure: scientific theories appear in form of well-structured conceptual machines, that is, modern science deploys conceptual machines (theories) as a new genre of organs of action and cognition – named conceptual cognitive organs (Azeri, 2013). The conceptual structure of scientific knowledge, on the one hand, contributes to the idea that scientific knowledge is attainable through non-corporeal means, as is in particular in the case of theoretical sciences where scientific truth is seemingly attainable by armchair thinking and applying purely mathematical models. On the other hand, it apparently verifies the claim to the universal truth of modern scientific knowledge – what is attained in a laboratory is universally true both in time and space. The former contributes to the illusion that theoretical knowledge in general and scientific knowledge in particular is a set of propositions, the latter to the idea that scientifically –

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

attained truth has a transhistorical form and thus scientific knowledge is socially and politically neutral (in the mainstream philosophy of science tradition, even in “anti-positivism” of Kuhn, Lakatos, and Feyerabend social and political factors are considered “external” to the process of scientific knowledge production even if a role may be attributed to them).

The “pure” mental (non-corporeal) appearance of scientific knowledge is itself a mode of appearance of the capitalist division of labour that posits large masses of workers as proletarians and a smaller number as capitalists or the “leaders”. Production process is at the outset individual and thus the producer is under her own command. Yet, with the division of labour and in particular with the capitalist division of labour she comes under the command of others. With the development of capitalist production the division between head and hand amounts into the transformation of the product from the mere produce of an individual labourer into a social product. So does change the concept of productivity; it becomes more extensive. For a worker to be productive is not necessary to put her hand to the object; “it is sufficient for her to be an organ of the collective labourer, and to perform any of its subordinate functions” (Marx, 1993: 643-4).

The concept of productive labour will also become “narrower”. Capitalist production is not a mere production of commodities but it is the process of production of surplus-value. It is also the only truly *social* form of production as it organizes the whole productive forces of society around the goal of production of value and surplus-value. To be considered productive, therefore, the worker should produce surplus-value. “The only worker who is productive is one who produces surplus-value for the capitalist, or in other words contributes towards the self-valorization of capital” (Marx, 1993: 644). Even a school teacher can be productive if she works to enrich the owner of the school. This narrowing of the concept of productive labour pertains to the historically-specific form of the relations of production. Marx states,

The concept of a productive worker therefore implies not merely a relation between the activity of work and its useful effect, between the worker and the product of his work, but also a specifically social relation of production, a relation with a historical origin which stamps the worker as capital’s direct means of valorization. To be a productive worker is therefore not a piece of luck, but a misfortune. (1993: 644)

The value producing labour, which is the source of value and surplus-value is not labour in general as a transhistorical human activity, but is the specific capitalist form of labour, that is, abstract labour. Value is determined by the average expenditure of labour time which is socially necessary for the production of a particular commodity as the carrier of the value. Commodities “can no longer be distinguished, but are all together reduced to the same kind of labour, human labour in the abstract... As crystals of this social substance, which is common to them all, they are values—commodity values [*Warenwerte*]” (Marx, 1993: 128). Abstract labour is not “abstract” in the sense of being incorporeal as Sohn-Rethel (1978) and later Hartstock (2004) assume; abstract labour is not identical to mental activity, say, to thinking. It is the mode and form of human activity under the capitalist relations of production that has the sole aim of production of value and exertion of surplus-value from labour, which amounts to the formation of society as an organism that has been separated into “head” and “hand”; thus, scientific knowledge-production is abstract not because it produces knowledge “with means other than manual labour” but because it deploys a historically specific form of labour, that is, capitalist labour, which reproduces the process of value-production as it puts

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

scientific knowledge in the form of a “natural force” (Marx, 1993: 927-28) at the service of capital. Furthermore, knowledge as the end-product of scientific activity assumes an abstract form after the image of value; it appears as universal (Azeri, 2016) and separated from the totality of human activity –just as value seems as if it subsists by itself and is the sole force behind all production that valorizes itself, scientific knowledge appears as if it is just the outcome of coherently formed propositional systems independent of the totality of social human activity and once produced should be “applied”, “verified”, “falsified”, or “corroborated” against facts.

The social division of labour between the head and the hand, that is, between the capitalist as the owner of the means of production and the worker as the owner of the special value-producing commodity, that is, labour-power, is intensified with the deployment of machines and the process of the scientification of production. Machine is the materialization of the capitalist relations of production. Capital is the soul of the machine; hence machine looks as if it has a life of its own; as if it is alive. As the materialization of capital-relation it is the instrument or the organ of capital in order to subsume labour. Furthermore, machine replaces the worker and throws many of them onto the streets; it appropriates their lives and turns them into human trash. Thus, Marx states,

The struggle between the capitalist and the wage-labourer starts with the existence of the capital-relation itself... But only since the introduction of machinery has the worker fought against the instrument of labour itself, capital’s material mode of existence. He is in revolt against this particular form of the means of production because it is the material foundation of the capitalist mode of production. (1993: 553-4)

The machine takes over the worker by subsuming him to time; by making him the carcass of time: The world of machine is the temporal word of temporary inconveniences for the working people. The temporary effect of the machine on the lives of workers is in fact permanent (Marx, 1993: 558).

Machine is a revolutionary tool of production; it is not merely a complex of simpler tools that were deployed in pre-capitalist modes of production; furthermore, and contrary to the views of those such as John Stuart Mill, it is not a tool to lighten the burden of work for the worker. As Marx states, “The machine is a means for producing surplus-value” (1993: 492). Machine is a capitalist means of production and not a complicated tool. With the introduction of machines, the process of production acquires an objective form meaning that the relation between the worker and the tool differs; while in pre-capitalist modes of production and even in the capitalist mode of production in the manufacture era it is the worker who employs the tool, in the large-scale industry that marks the emergence of the specifically capitalist mode of production the relation is inverted and the producer is deployed by the tool.

In manufacture, it is the workers who, either singly or in groups, must carry on each particular process with their manual implements. The worker has been appropriated by the process; but the process had previously to be adapted to the worker. This subjective principle of the division of labour no longer exists in production by machinery. Here the total process is examined objectively, viewed in and for itself, and analysed into its constitutive phases. (Marx, 1993: 501)

Considering scientific theories as conceptual machines, one can conclude that science, thus, is subsumed to capital in a hybrid way: it assumes the objective form that is brought into

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

production process by the use of machinery. Science, then, turns into a quasi-independent field of production of knowledge. Science is the means of manipulating the social world of appearances, that is, it is the means of human being's metabolic relation with social nature. As production in each era acquires a specific form, human forms of manipulating nature also undergo changes. In capitalist mode of production, social nature is conceived of as the source of raw material necessary for the production of value and exertion of surplus-value. The scientification of the process of production, i.e., the vast deployment of machinery in the capitalist process of production signifies the subsumption of science to capital in the form of a natural force. This explains why machines function not as means to ease the work or to reduce the labour time, but as means of exertion of a larger amount of surplus from labour. So be the case, science and its actualization in the form of technology are not neutral products that can be simply put in use in a post-capitalist society. The society of future, if humans manage to overcome the capitalist barbarity and continue to exist, will definitely assume a radically different form of relation with social environment. Just as machine as the tool-proper of the capitalist mode of production is different than a mere tool, the means-proper of production of the post-capitalist mode of production will inevitably assume a radically different form than their capitalist predecessors. These tools, similar to every human product, will not appear out of nothing; they will appear before an already existing social material, just as, say, thoughts can only be produced against an already existing social thought-material. A critique of epistemology, therefore, is not a romanticist rejection of science and a call for a return to "nature"; rather, it is the endeavour for identifying the inner contradictions within the process of knowledge production that facilitate an immanent criticism that would amount to transforming science to a force at the service of humanity.

In place of conclusion

The process of knowledge production is not a purely theoretical internal process; it is at the service of life. That knowledge has a self-sufficient existence independent of humans is the expression of human's alienation. Under the capitalist relations of production, "life" becomes a reflection of the self-valorization movement of capital. Just as Hegel's Geist is a perverted image of capital as substance-subject of capitalist society, the image of knowledge that depicts it as independent from human practice and as an entity growing by itself, is a perverted image of the self-moving Concept. This in turn reveals the class character of scientific knowledge production which is reflected in the process of scientification of production. The use of machinery in production has a humanizing effect on the labour process (Schmidt, 1971: 146), as well as a degrading one. On the one hand, machines for the first time provide the means for drastically reducing labour time, while, on the other hand, under the rule of capital, they become means of more intensive and extensive exploitation of workers. Class conflict exists within science, just as it exists not alongside every human being but within every individual who produces surplus-value (Gunn, 1978: 18)—as mere producers of surplus-value, all producers are negative personifications of capital and the process of production is a reflection of its self-valorization movement; so is the case with science as a natural force at the service of capital.

Humans do not simply "reflect" reality in their consciousness but do act in reality; the reality "reflected" in human consciousness is the reality reflecting human practice. Furthermore, the reality that is "reflected" in human consciousness is mediated by human activity and is the product of human activity: reality is the unity of subject and object through

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

human practice. As Schmidt puts it, "By being transferred into industry, nature is annulled. As Hegel wrote in the *Phenomenology*, nature's 'being-in-itself descends to the level of empty appearance as a reality opposed to the active consciousness'" (1971: 115).

Human's confrontation with reality does not stop at the level of confrontation with the immediate existence. Rather, it goes beyond this limit through industrial (production) appropriation of nature. Similarly, human knowledge does not stop at the level of "concrete" sensuousness but leaps onto the conceptual level which is deeper and is in fact more concrete than the seemingly colourful realm of sensuousness which is in fact more abstract due to lack of determinations. Marx's materialism is directed toward its own supersession. If humans not only see theoretically through the laws ruling their lives but also gain control over these laws in practice, then they would be freed from the 'natural-historical' materialism they have been fallen victim to. The so-called "super-structural" or ideational products too are the products of human activity and a specific form of labour that is organized historically-specifically. What is to be overcome is the separation between head and hand which is the form of appearance of the separation of the immediate producers from the means of production, i.e. bourgeois property relations, which is the legal form of existence of the capitalist relations of production.

From the outset human's confrontation with nature is mediated by its labour and by the means of this labour – be it merely its hands and feet. The knowing of nature therefore is mediated by the forms of appropriation of nature so that nature assumes a form of existence that corresponds to its human manipulation. Moreover, every human form of appropriation of nature is meaningful, that is, it is bound to have a definite meaning; it is loaded by meaning. Yet, under the capitalist relations of production such knowing assumes an independent form as if knowledge is something to be *found* in nature. Knowledge assumes a totally abstract form in two senses: it is produced with the use of abstract means and becomes conceptual; and it appears as totally independent from human: just as under the capitalist relations of production labour is deprived of its own nature and is converted into a purely subjective force of labour that confronts its own product as an alienated value existing for itself, the knowing subject confronts its own product as a thing for itself.

Therefore, a critique of epistemology is a critique of the form of epistemological activity, namely, of scientific knowledge production; it is inevitably a critique from the perspective of practice; in other words, it is a practical materialist critique and hence it assumes a political form. As a political action, therefore, it is bound to class relations; it is actualized from within a class horizon and necessarily appears in the form of class politics – the practical materialist criticism of epistemology in its totality, which in turn is a specific form of appearance of the communist criticism of the totality of capitalist society. As Schmidt aptly puts it, "Knowledge, by revivifying the human historical processes which have been submerged in the established facts, proves that reality is produced by men and hence can be changed by them: practice, as the most important concept of knowledge, changes into concept of political action" (1971: 196). Hence follows class politics as the unity of theory and practice, that is, as the practical materialist criticism of the social world of appearances.

Bibliography

ARTHUR, Christopher: **The New Dialectics and Marx's Capital**. Leiden & Boston, Brill, 2004.
 AZERI, Siyaves: "Value and Production of Knowledge: How Science is Subsumed to Capital?" in **Critique: Journal of Socialist Theory**. Volume 44, number 1-2, 2016, pp. 103-128.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

- _____ "Conceptual Cognitive Organs: Toward an Historical-Materialist Theory of Scientific Knowledge" in **Philosophia: Philosophical Quarterly of Israel**. 2013, Volume 41, number 4, pp. 1095-1123.
- BONEFELD, Werner: "Emancipatory Praxis and Conceptuality in Adorno" in **Negativity and Revolution: Adorno and Political Activism**. (J. HOLLOWAY, F. MATAMOROS, S. TISCHLER eds.), London, Pluto Press, 2009, pp. 122-147.
- GUNN, Richard: "Notes on Class" in **Common Sense**. number 2, 1987, pp. 15-25.
- HARTSTOCK, Nancy: "The Feminist Standpoint: Developing the Ground for a Specifically Feminist Historical Materialism" in **Discovering Reality: Feminist Perspectives on Epistemology, Metaphysics, Methodology, and Philosophy of Science**. (S. HARDING & M. HINTIKKA, eds.). New York, Kluwer Academic Publishers, 2004, pp. 283-310.
- HEGEL, George Wilhelm Fredrich: **Phenomenology of Spirit**. (A. V. MILLER, tr.), New York, Oxford University Press, 2004.
- ILYENKOV, Evald: **The Dialectics of the Abstract and the Concrete in Marx's Capital**. (Sergei SYROVATKIN, tr.), Moscow, Progress publishers, 1982.
- _____ "Dialectics of the Ideal" in **Historical Materialism**. Volume 20, number 2, 2012, pp. 149-193.
- _____ & KOROVIKOV, Valentin: "Theses on the Question of the Interrelation of Philosophy and Knowledge of Nature and Society in the Process of their Historical Development" (D. BAKHURST, trans.) in **Punks versus Zombies: Evald Ilyenkov and the Battle for Soviet Philosophy**. Paper presented at the Max Planck Institute für Wissenschafts-Geschichte, Berlin, Germany, 2016, pp. 25-30.
- MARX, Karl: "Economic and Philosophical Manuscripts of 1844" in **MECW**. Vol. 3, Moscow, Progress Publishers, 1975, pp. 229-346.
- _____ "Theses on Feuerbach" in **MECW**. Vol. 5, Moscow, Progress, 1976, pp. 3-5.
- _____ **Capital: A Critique of Political Economy**. Vol. 1 (B. FOWKES, tr.), Middlesex, Penguin Books, 1992.
- _____ & ENGELS, Fredrick: "The German Ideology" in **MECW**. Vol. 5, Moscow, Progress Publishers, 1976, pp. 19-539.
- MURRAY, Patrick: **Marx's Theory of Scientific Knowledge**. Atlantic Highlands, NJ: Humanities Press International, 1988.
- SCHMIDT, Alfred: **The Concept of Nature in Marx**. London, NLB, 1971.
- SOHN-RETHEL, Alfred: **Intellectual and Manual Labour: A Critique of Epistemology**. (M. SOHN-RETHEL, tr.), London, The Macmillan Press, 1978.

Conflictividad Social y Política en el capitalismo contemporáneo.
Antagonismos y resistencias (I)



número 35 (primer semestre 2017) - number 35 (first semester 2017)

Conflictividad social: categorías, concepciones y debate

Revista THEOMAI / THEOMAI Journal

Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo / Critical Studies about Society and Development

La clase mutilada.

Un debate con las visiones reduccionistas de la clase obrera y su concepción de los movimientos de masas

Marina Kabat¹ y Julia Egan²

Introducción

Desde los años setenta, distintas corrientes teóricas han buscado definir sujetos sociales ubicados, a su juicio, por fuera de la clase obrera pero dentro de los sectores populares. Muchas

¹ CONICET/INDEAL FFyL- UBA, Argentina.

² CONICET/CEICS - UBA, Argentina.

de estas corrientes han tenido su origen en Latinoamérica o en otras regiones periféricas. Es el caso de la noción de masa marginal, promovida por sociólogos argentinos; la noción de “sectores populares”, concebida en principio por la historiografía hindú; y la teorización respecto a sectores informales, que tiene su origen en un informe de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) sobre África. En forma más reciente, Marcel Van der Linden promueve un entendimiento del mundo del trabajo como una esfera mucho más amplia que la de los miembros de la clase obrera, fundado en lo que él presenta como una historia global del trabajo, con una mirada no centrada en el mundo occidental, sino integradora de las realidades sociales del tercer mundo (Linden y Lucassen, 1999). En la medida que las transformaciones económicas y el creciente desempleo terminan por afectar también a los países centrales, de igual modo aparecen teorías similares que buscan identificar sectores por fuera de la clase obrera tradicional en el marco de la sociedad europea o norteamericana, tal el caso de la noción de precariado.

En este artículo analizamos la trayectoria conceptual de estas teorías y cuestionamos lo que todas ellas comparten: una concepción reduccionista de la clase obrera que les impide comprender que aquellos grupos que señalen como externos a la clase, en realidad pertenecen a la misma. Como consecuencia, la clase obrera que estas teorías imaginan aparece como un sujeto al que le han amputado la mayoría de sus miembros (jóvenes, migrantes, mujeres, trabajadores rurales, desocupados u ocupados no formalmente registrados), dejando solo la figura convencional del obrero manufacturero de la época de posguerra. Contraponemos esta visión con el -a nuestro juicio más rico y abarcador- análisis de la clase obrera desplegado por Marx y Engels.

Por último, examinamos cómo estos desplazamientos teóricos obstruyen la comprensión de la dinámica de luchas contemporáneas e, incluso, inciden en forma negativa en la orientación práctica de las mismas. Es nuestra tesis que la ciencia social debiera poder mostrar la esencia unitaria de la clase obrera frente a las manifestaciones de sus distintas diferencias superficiales. Por el contrario, las teorías analizadas reifican estas diferencias, hasta considerarlas demarcatorias de un sujeto distinto y opuesto a la clase obrera y se tornan así en un obstáculo epistemológico a la unidad de acción de la clase obrera. En ese sentido, consideramos que uno de los aspectos en los que las luchas contemporáneas se diferencian de las luchas del proceso revolucionario de la década del sesenta y setenta es la forma en que los intelectuales las han conceptualizado. Esta conceptualización ha tenido profundas consecuencias para el desarrollo de esas mismas luchas, por lo que resulta relevante su estudio.

La ortodoxia de los antiortodoxos

Los cuestionamientos formulados a la noción de clase social en las últimas décadas, en particular al concepto de clase obrera, son muy numerosos. Sin embargo, todos comparten una visión limitada de lo que la clase obrera es. Esta concepción tiene como rasgo principal su carácter ahistórico. Por lo general, se asume una definición de clase obrera asociada al obrero occidental de la segunda posguerra: el trabajador industrial de empleo permanente con condiciones laborales reguladas en términos jurídicos. Pero parece desconocerse que estas pautas no han sido las predominantes en la historia del capitalismo, sino que fueron el resultado de la luchas de clases. Una población mermada por la guerra que exige mayores derechos laborales en un contexto de avance del comunismo a nivel mundial dio como resultado condiciones laborales más favorables. Al modificarse este contexto, la burguesía atacó estas condiciones: cambio tecnológico e incorporación de nuevos contingentes obreros

por la vía de la relocalización permitieron recrear una sobrepoblación relativa³ suficientemente numerosa como para modificar las relaciones de fuerza entre las clases. Este proceso se vio favorecido también por la derrota política de la clase obrera en los años setenta, que en América Latina fue seguido por la instauración de regímenes dictatoriales. Esta derrota de la clase obrera fue lo suficientemente profunda como para afectar no solo a sus organizaciones y condiciones materiales, sino también para operar en el plano ideológico. En este sentido, se observa un retroceso del marxismo y un avance del posmodernismo, incluido el pasaje de intelectuales de una posición a otra.

Tras la derrota política de los setenta, era previsible un retroceso de la conciencia obrera y un menor grado de autoidentificación de los miembros de la clase obrera como pertenecientes a la misma, así como la emergencia de identidades alternativas promovidas desde instituciones estatales o patronales. Los autores posmodernos se apuraron a interpretar estos cambios en las percepciones de los individuos como transformaciones estructurales de los grupos sociales. En este marco, criterios subjetivos de la pertenencia de clase redujeron el universo de la clase obrera a los sectores proletarios conscientes de tal adscripción. Otro elemento común a estas visiones es un enfoque individualista: mientras que el marxismo entiende la explotación como una relación entre clases (es el conjunto de la burguesía quien explota al conjunto de la clase obrera) enfoques alternativos en boga tienden a partir del individuo y definen su pertenencia a la clase obrera en función de si este sujeto individual es explotado o no por un burgués. Desde este punto de partida metodológico entienden a personas que pertenecen a diferentes fracciones de la sobrepoblación relativa como personas externas a la clase obrera. En síntesis, ausencia de perspectiva histórica, subjetivismo e individualismo metodológico son los rasgos de las teorías que en forma total o parcial amputan a la clase obrera.

Desocupados, excluidos, informales, precarios

Si bien el desempleo es una realidad cotidiana para el obrero desde los inicios del capitalismo, quienes tienen como única referencia histórica la etapa de posguerra con su tendencia al pleno empleo tienden a considerar los niveles actuales de desocupación como inauditos. En este marco se desarrollaron las teorías de la "exclusión" en Europa, así como las teorías de la marginalidad en América Latina.

La teoría de la exclusión social de la cual Robert Castel es un referente destacado cobra impulso en los noventa. Castel diagnostica una crisis de la sociedad salarial y da forma a un modelo teórico con tres tipos de cohesión social: integración, vulnerabilidad y exclusión. La primera correspondería a una situación de empleo estable y abundancia de soportes relacionales, mientras que la segunda estaría caracterizada por su ausencia. En la zona de la vulnerabilidad ambas variables son precarias (Castel, 2009). Esta visión presenta un análisis de relaciones entre individuos y no entre clases, lo que lo lleva a considerar que los supernumerarios no serían explotados. Por lo tanto, los desocupados no formarían parte de la clase obrera. De igual modo, Rosanvallon sostiene que los "excluidos" no forman en absoluto una clase objetiva porque carecen de una posición en el proceso de producción (Rosanvallon, 2007).

³ Entendemos por sobrepoblación relativa a la fracción de la clase obrera que no se puede emplear en forma productiva, es decir en condiciones medias de productividad. Desarrollamos con más extensión este concepto marxista en Kabat, 2014b.

Los estudios sobre el problema de la sobrepoblación relativa en Argentina empezaron a extenderse a partir de la década del sesenta, en un contexto de incremento del desempleo y expansión de las villas miseria. Esta población que habitaba los márgenes sociales fue el objeto de estudio de concepciones culturalistas que asociaban el problema a un momento coyuntural dentro del proceso de modernización (Germani, 1980). En oposición a estas interpretaciones, surge el “Proyecto de la Marginalidad”, de matriz marxista.⁴ Sus integrantes partían de la concepción marxista de sobrepoblación relativa y procuraron examinar su desarrollo en los países dependientes en la fase monopolista del capital, asumiendo que, en esa fase, no toda la sobrepoblación relativa integraría el ejército industrial de reserva. Esta porción excedentaria no cumpliría ninguna función para el capital, ni siquiera las funciones habitualmente asignadas a la sobrepoblación relativa, como la de ejercer presión en favor de la caída de los salarios. Tampoco consideraban plausible la reinserción productiva de estas capas marginales. Los defensores de esta tesis identifican tres tipos de marginalidad. El primero, campesinos que combinan agricultura de subsistencia con trabajo asalariado. Consideran que el capitalismo, lejos de avanzar sobre esta forma de producción de subsistencia la recrea al emplearla como un motor para la acumulación. El segundo tipo de marginalidad se refiere a los migrantes urbanos que se insertan en “ocupaciones refugio”, en tanto no lograrían una venta estable de su fuerza de trabajo. El tercero, remite a la fuerza de trabajo previamente integrada que queda cesante en forma permanente o solo accede a empleos intermitentes, o en ocupaciones que subutilizarían su nivel previo de capacitación.

Posteriormente, José Nun reelabora el concepto y realiza una distinción entre el ejército industrial de reserva y la masa marginal, que refuerza la diferenciación entre ambas (Nun, 1969; 1999; 2003). Sobre esta base, Laclau considera que Marx recortó del universo de los pobres un sector acotado, el proletariado, al que le asignaría un rol histórico fundamental. Por eso enfatiza la existencia en los textos de Marx del binomio clase obrera/lumpen proletariado. Según él, Marx incorporaría a este último grupo a todos aquellos sectores bajos de la sociedad que no tienen una inserción clara en el proceso productivo.⁵

El debate del proyecto de marginalidad dejó como saldo un elevado número de estudios teóricos, no acompañados con la deseable investigación empírica. El desarrollo de la sobrepoblación relativa a niveles superiores a los requeridos por el capital para cumplir con su función de ejército industrial de reserva, es un evento plausible en términos teóricos, pero que debe constarse en forma empírica en cada caso específico. Una dificultad que aquí se presenta es que es necesario que estos estudios superen la mera fotografía sociológica y que puedan caracterizar el movimiento de esta población en el mediano plazo. En este punto, un revés para los defensores de la tesis de masa marginal proviene de los estudios de Marshall. En los ochenta, la autora critica a la concepción desarrollada por Nun a partir de una investigación empírica, en la que demuestra que fracciones obreras que el equipo de Nun consideraba pertenecientes a la masa marginal eran reabsorbidas por el mercado de trabajo en

⁴ El equipo de investigación, asentado en primer lugar en el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES-CEPAL) y del Centro para el Desarrollo Económico y Social de América (DESAL), y luego en el Instituto Torcuato Di Tella, estaba conformado por Nun, Murmis, Portantiero, Laclau y Balbé, entre otros.

⁵ Según Laclau, mientras era posible argüir que los desocupados formaban parte del ejército industrial de reserva, podía mantener que los mismos seguían cumpliendo algún tipo de función dentro del sistema productivo. Pero, si como sostiene Nun, existe una capa de la sobrepoblación relativa que no cumple la función de ejército industrial de reserva, ésta sería un otro no contemplado y arbitrariamente marginado por la teoría marxista (Laclau, 2005). Un mayor desarrollo de este punto puede verse en Kabat, 2014a.

épocas de expansión (Marshall, 1981). Es decir, lo que en el corto plazo se caracterizó como masa marginal, no lo era cuando se contemplaba el mediano plazo.

Una noción alternativa a la de masa marginal es la de informalidad, que comienza a difundirse en los años setenta.

El informe sobre Kenya (OIT, 1972) advirtió la escasa presencia de trabajadores asalariados y de empresarios, distinguiendo varios sectores de actividades económicas (en las calles, pequeños talleres domiciliarios con trabajadores familiares no remunerados, artesanos por cuenta propia y pequeños comercios sin obreros que no cumplimentaban con las normativas reglamentarias). Sobre la base de estas conclusiones, la OIT difunde su concepción del sector informal urbano. Según Neffa (1985), esta noción pone su eje en los trabajadores pobres “que no son vistos como marginales sino que forman parte del aparato productivo y cumplen ciertas funciones”. Los informales serían concebidos como el producto del capitalismo periférico. Para sobrevivir se desempeñarían de manera precaria en micro-empresarios o generarían autoempleo. Para la OIT el sector informal estaría compuesto por “los ocupados en empresas pequeñas no modernas, los independientes con exclusión de los profesionales universitarios, trabajadores por cuenta propia, patrones y empleados de pequeños establecimientos y los que desarrollan tareas (remuneradas) en el servicio doméstico” (Programa Regional del Empleo para América Latina y el Caribe - PREALC, 1976).

En el marco de la 90ª Conferencia Internacional del Trabajo de 2002, la OIT suplantó el concepto de “sector informal” por el de “economía informal”. Tokman (2004) señala que la “nueva definición de la OIT implica que al universo acotado por la concepción anterior de sector informal, que incluye a los trabajadores y propietarios de microempresas, servicio doméstico y trabajadores por cuenta propia, hay que sumar los trabajadores sin protección, independientemente de si están en grandes, medianas o pequeñas empresas, para obtener lo que se ha llamado la economía informal”.

En América Latina, la vertiente estructuralista o “neo marxista”, desarrollada por Castells, Portes y Benton, considera a la informalidad como una característica necesaria del capitalismo para hacer posible la reducción de costos laborales (Portes y Benton, 1987; Castells, Portes y Benton, 1989; Portes, 1995). Las actividades propias del sector informal serían legítimas, pero se desarrollarían de manera ilegal (trabajo no registrado, en negro, empleo precario). A su vez, las unidades económicas informales no serían totalmente autónomas, sino que se articularían de manera subordinada con las actividades formales del sector moderno. Desde esta perspectiva, los trabajadores por cuenta propia serían, en realidad, empleados encubiertos de las empresas que proporcionan las mercancías.⁶ No obstante, los autores advierten que los trabajadores de la economía informal no quedarían integrados al sector moderno, con lo cual serían “desocupados encubiertos” o “disfrazados”. Castells y Portes (1989) hablan de una “economía informal” y no de “trabajadores informales” puesto que, según sostienen, no sería una condición individual sino un proceso de generación de ingresos no regulado por las instituciones.⁷

Asociado, pero diferenciado al concepto de informalidad, aparece el de precariedad. La OIT reconoce su carácter multifacético, aunque enumera una serie de elementos comunes a todo trabajo precario. En primer lugar, el trabajo precario sería un “medio utilizado por los empleadores para trasladar riesgos y responsabilidades a los trabajadores” (Oficina de

⁶ Neffa advierte como ejemplo el caso de los cartoneros. Neffa, op. cit.

⁷ Esta vertiente “estructuralista” cobró importancia en las décadas del ochenta y noventa sobre todo en Brasil a partir de la escuela de Campinas. Sobre este punto, pueden verse los aportes de Dedecca y Baltar, (1998) y Dedecca, (1998).

Actividades para los Trabajadores, 2011: 5). En segundo lugar, presentaría diferente cobertura legal y distintos niveles de incertidumbre respecto de la situación laboral (casos de contratos por tiempo determinado o contratos de temporada). Tercero, no mostraría una total claridad respecto de la figura del empleador (casos de tercerización, falsos autónomos). Por último, existiría un acceso limitado o nulo por parte de los trabajadores a los derechos sindicales. Esta posición ya se encontraba en el estudio de Neffa (op. cit.), quien también distingue entre precario legal e ilegal. Según este autor, sería posible la existencia de trabajo precario dentro del conjunto de trabajadores registrados, ya que pone el eje en la estabilidad del trabajo. Así, un trabajador registrado contratado por tiempo determinado sería un trabajador precario sin violar ningún tipo de ley.

Guy Standing (2013) considera que los trabajadores precarios constituyen una clase e intenta escribir su historia. No solo toma una concepción errónea del concepto de clase, ya que no parte de las relaciones sociales de producción, sino que además se basa en una serie de preconceptos muy difundidos entre aquellos que critican el concepto de clase obrera. Lo diferencia del “viejo” corazón del proletariado (dependiente del trabajo de masas y del salario, no propietarios de medios de producción y con trabajo estable), el “salariado” (básicamente empleados estatales), trabajadores independientes con altos salarios, los desempleados y el lumpen proletariado. Standing sostiene que la caída en el precariado no obedece a situaciones individuales sino estructurales. El precariado sería una clase distinta de la clase obrera porque tendría relaciones de producción y de distribución específicas, que se contraponen con la situación de proletarización, a la que entiende como la adaptación a un empleo estable y asalariado. Un primer problema consiste en esta asociación. La pertenencia de clase responde a la posición que los individuos ocupan en la producción en términos de propiedad de los medios de producción. En este sentido, un segundo problema es que el autor entiende relaciones de producción como sinónimo de condiciones de trabajo. En relación con esto, lo distintivo del precariado sería que está conformado por personas con un nivel educativo superior al que exigiría su trabajo, a la vez que este presenta condiciones de inseguridad, inestabilidad o es fluctuante. En cuanto a las relaciones de distribución, el precariado recibiría casi todos sus ingresos exclusivamente del salario, no gozaría de beneficios no salariales de empresa ni de los regulados por el Estado. Además, tendría menos derechos civiles, sociales, culturales, políticos y económicos. Sin embargo, todo esto no se contradice con una posible pertenencia a la clase obrera.

Aun tomando su definición de relaciones de producción, un elevado nivel educativo no se contradice con un empleo que requiera menores calificaciones. Standing no comprende que la fuerza de trabajo está sometida a las reglas del mercado que afectan a otras mercancías. Los jóvenes calificados que se emplean en tareas que demandan menos conocimiento tienen una mercancía que no pueden realizar en el mercado. Esto se debe al proceso de descalificación del trabajo ya reseñado por Marx y Harry Braverman (1984).⁸ A la vez, el carácter inestable, inseguro y fluctuante también fue señalado por Marx como una característica propia de la capa estancada de la sobrepoblación relativa.

Standing afirma que el precariado presenta relaciones de distribución desfavorables respecto del proletariado. El problema aquí, que muestra de una falta más general, es la ausencia de la historia como elemento de análisis. El autor toma como clase obrera solo a los obreros de un determinado momento histórico (los de los altos salarios, empleo estable, que reciben un salario indirecto del Estado y las empresas), cuando las relaciones de fuerza eran más favorables a la clase y se conquistaron derechos. Es decir, un momento en el que se logró

⁸ La forma en que operan estas tendencias en el mundo contemporáneo y su efecto sobre el sector servicios puede verse en Sartelli y Kabat, 2014.

imponer un límite a la explotación y se elevó el valor de la fuerza de trabajo. Si tomásemos las definiciones de Standing, ni siquiera los obreros descriptos por Marx en *El capital* podrían formar parte del proletariado.

Las condiciones laborales del precariado, sus ingresos y su relación con el Estado, los distinguiría del proletariado, que Standing define como los obreros manuales, con empleo estable y que gozan de los beneficios de la ciudadanía y del salario indirecto, que contaban con una formación asociada al oficio. Estas características darían al precariado una conciencia específica, asociada a la pérdida y la relativa privación. Por lo tanto, para el autor, enmarcar a estos dos grupos (junto a otros) dentro de la clase obrera enmascara distintas realidades materiales y por lo tanto distintos intereses. Se trataría de una clase en formación que estaría compuesta por tres grupos: aquellos que vienen de experiencias familiares proletarias, pero que se encuentran ya fuera de ellas; los migrantes y minorías étnicas, que han empeorado sus condiciones de trabajo y de vida; trabajadores altamente calificados, que han frustrado su expectativa de progreso en base a la educación. Esta última es, según Standing, la capa más progresiva. Aquí pueden distinguirse claramente dos grupos: las primeras dos fracciones, proletarias, cuyas condiciones de trabajo y de vida se han degradado; la tercer fracción, que más preocupa a Standing, pequeña burguesía en vías de proletarización, cuyos deseos de ascenso social se ven frustrados.

Es proletario quien carece de medios de producción y de vida y, por ende, se ve forzado a vender su fuerza de trabajo para subsistir. Ciertas calificaciones en el pasado podían funcionar como medio de vida al permitir el ejercicio independiente de profesiones liberales. Hoy el proceso de concentración y centralización operado también en el sector de servicios hace que esas mismas calificaciones dejen de funcionar como un medio de vida y, por lo tanto, no pueden emplearse como base de un desarrollo pequeño burgués. En muchos casos tampoco logran valorizarse en el mercado laboral y el joven obrero que aspiraba a tener un desarrollo pequeño burgués debe conformarse con una ocupación obrera poco calificada. Standing cree que este es el sector más progresivo de lo que él denomina precariado. Muchas de las particularidades que le atribuye en realidad son rémoras del origen pequeño burgués de esta fracción de reciente proletarización y no un rasgo inmanente a su supuesta original condición de clase.

Ligada de alguna manera a las teorías de la “informalidad” pero más volcada hacia el análisis histórico se encuentra la propuesta de la “historia global del trabajo” que intenta responder a una supuesta crisis de la historia del trabajo.⁹ Marcel van der Linden, principal promotor de esta corriente, señala que un síntoma de esta crisis sería el fracaso de las teorías marxistas y weberianas al explicar las situaciones presentes en el tercer mundo (Linden y Lucassen, 1999). La Historia Global del Trabajo buscaría superar esta deficiencia por la vía de construir una historia no eurocéntrica ni nacionalista que no extrapole a otros períodos y lugares categorías creadas para Europa en un período histórico determinado. El período de análisis de esta línea de investigación se retrotrae mucho más temprano que la revolución industrial. De hecho, no se brinda una definición precisa del límite histórico en el cual la Historia Global del Trabajo tendría su origen.

El enfoque de la Historia Global del Trabajo se construye en clara discusión con el marxismo. Sin embargo, no se trata de un debate honesto porque las posiciones y escritos del marxismo son o bien desconocidas, o bien tergiversadas deliberadamente. Marcel van der Linden sostiene que la teoría de Marx se construyó exclusivamente sobre el caso clásico de

⁹A nivel internacional, varios autores han desarrollado esta línea de investigación sobre la crisis de la historia del trabajo y han brindado diferentes soluciones a la misma, por ejemplo: Carroll Moody y Kessler-Harris, 1989; Burgmann, 1991; Van der Linden, 1993; Frances y Scates, 1993; Welskopp, 1999; Irving, 1994.

Inglaterra, en particular, la ciudad de Manchester a fines del siglo XIX. Desde su perspectiva, Marx no se habría preocupado por los obreros en posiciones de clase menos definidas, tales como los trabajadores por cuenta propia o formas de trabajo serviles. No obstante, la lectura de *El capital* muestra un análisis mucho más complejo que atiende a los diversos procesos de proletarización y que analiza una multitud de situaciones transicionales.¹⁰ Sus afirmaciones sobre la supuesta negación u omisión en el análisis marxista de los cuentapropistas y otros sectores que no se corresponden con el asalariado típico, muestran que desconocen el desarrollo conceptual de Marx y Engels de la sobrepoblación relativa, así como los estudios actuales fundados en dicha categoría. La mayoría de estos últimos estudios se concentran en zonas geográficas o tipos de trabajos que, según Van der Linden, no son contemplados por la perspectiva marxista.¹¹

La supuesta propuesta superadora de Van der Linden se limita a clasificar las formas de trabajo en dos diadas: pagas o impagas, por una parte; y, por otra parte, autónomas y heterónomas. Según Van der Linden, los estudios tradicionales del trabajo y la clase obrera se han concentrado en las formas de trabajo pagas y heterónomas, puesto que la mayoría de los estudios se habría concentrado en el trabajo asalariado, pese a representar solo una porción geográfica y temporal limitada de la historia del trabajo. Van der Linden considera, además, que las formas que no responden al trabajo asalariado clásico no son necesariamente resabios del precapitalismo y que, por el contrario, son reintroducidas en la modernidad, creciendo en ciertas zonas geográficas, aunque no brinda evidencia de ello. En nuestra opinión, lo más preocupante de la Historia Global del Trabajo es la tendencia a deshistorizar los procesos sociales. Tendencia que aparece tanto por la vía de diluir la importancia de cambios históricos trascendentes como la revolución industrial o la emergencia del capitalismo, como por la mirada superficial del denominado tercer mundo que aparece muchas veces visto como un espacio refractario a toda transformación.

Esta misma tendencia a la deshistorización de las diferencias entre las clases explotadas en los distintos modos de producción se observa en los estudios de lo que se ha denominado “nueva esclavitud”. La nueva esclavitud no implicaría la propiedad de una persona por otra ni estaría asociada al empleo de individuos de una raza determinada. Por el contrario, se trataría de una relación entre individuos donde existe explotación económica, duras condiciones laborales y control de una persona por otra mediante alguna forma de violencia o coerción (Bales y Robbins, 2001; Bales y Soodalter, 2009; Bales, 2012). Como los autores no diferencian entre formas de coacción económica y extraeconómica, desde este marco teórico se torna difícil distinguir entre la existencia de un trabajador con malas condiciones laborales y un esclavo. En forma implícita definen como trabajador al obrero registrado en blanco con derechos laborales y sindicales instituidos en la segunda posguerra. Los obreros que no responden a esos parámetros son equiparados a esclavos. Como consecuencia, dado que el arquetipo de trabajador asalariado libre que ellos proponen solo predomina en un muy acotado plazo de tiempo, concluyen por considerar la historia humana, incluso en el último siglo, como la historia de la esclavitud.¹²

¹⁰ Al estudiar la sobrepoblación relativa, Marx exhibe un lúcido análisis del universo que Van der Linden llama cuentapropismo. Por su parte, en los *Grundrisse*, obra que Van der Linden no cita, Marx examina relaciones de producción previas al capitalismo. Véase Marx, 1989.

¹¹ Arn, 1995; Arn, 1996; Darity, 1983; Hart, 1973; Humphries, 1983; Kuumba, 1999; Li, 2010; Lynch, Groves & Lizotte, 1994; McIntyre, 2011; McIntyre & Nast, 2011; Neilson, 2007; Neilson, 2009; Neilson & Stubbs, 2011; Young, 1982; Kabat, 2014b.

¹² Realizamos un análisis más detallado de estos autores en Kabat, De Salvo y Egan, op. cit.

De esta manera la noción de clase obrera está sometida a un movimiento de pinzas. Por una parte se la recorta, amputando de sí fracciones de la clase obrera bajo la idea de que desocupados, trabajadores informales o precarios no forman parte de la clase obrera. El universo "obrero" así recortado queda diluido en un universo laboral donde otras formas de relaciones serían si no predominantes, al menos igualmente importante.

Asociado a estas caracterizaciones de los trabajadores como no obreros aparecen otros objetivos y métodos de lucha propuestos. Si los trabajadores son considerados esclavos, la respuesta es su liberación o su huida. Los trabajadores del mundo retratados por Van der Linden deberían procurar su autonomía, por ende las mutuales y cooperativas son presentadas como forma de lucha por excelencia, hasta ahora supuestamente desestimada por aproximaciones marxistas que priorizaban los sindicatos y los partidos y sus formas de luchas correspondientes. Por su parte, Castel considera improbable la lucha de los excluidos:

Están atomizados, no pueden albergar otra esperanza que la de ocupar un lugar un poco menos malo en la sociedad actual, y son socialmente inútiles. Es por lo tanto improbable, a pesar de los esfuerzos de grupos militantes minoritarios como el Sindicato de Desempleados, que este conjunto heterogéneo de situaciones señalizadas pueda dar origen a un movimiento social autónomo (Castel, 1997: 446).

Y plantea como horizonte el reparto del trabajo productivo, los ingresos primarios y los ingresos socializados. Pero este reparto no lo piensa bajo la consigna progresiva de reducción de la jornada laboral con mantenimiento de los salarios, sino que entiende esta medida como un "reparto de sacrificios" (Castel, 1997: 463).

Por su parte, Standing cree que el precariado debiera perseguir el salario universal y una representación fuerte de los trabajadores, que se exprese en nuevas formas de asociación colectiva. A la vez, resalta que un punto fuerte del precariado es que rechaza "todas las viejas ideologías políticas predominantes" (Standing, 2014: 15). Este aspecto y su progresividad se expresaría en que mientras el proletario promedio, como sus representantes, aspiraron a establecer el trabajo asalariado a tiempo completo, el miembro promedio del precariado aspira a conseguir un conjunto de actividades laborales enriquecedoras. Es decir, no se trata de conseguir, al menos en el plano sindical, un límite a las condiciones de explotación, sino de trascender en el plano moral.

Sin embargo, estas perspectivas se dan de bruces con la realidad: las cooperativas bajo el capitalismo no son necesariamente el mundo de la autonomía para los obreros (Kabat, 2011). Las manifestaciones de obreros costureros junto a sus patrones en contra del cierre de sus talleres, mostrando carteles con las consigna "no somos esclavos", pone en cuestión las previsiones de los teóricos de la moderna esclavitud (Kabat, Desalvo y Egan, en prensa). Por su parte, las movilizaciones, ocupaciones de edificios y huelgas que vienen desarrollando los becarios del CONICET -que bien podrían encuadrarse en el concepto de precariado de Standing- desmienten sus previsiones en relación con la actuación política del sector: se reclaman derechos laborales tradicionales mediante los métodos típicos del movimiento obrero y en activa confluencia con el mismo a partir de la participación en huelgas y manifestaciones más amplias del sector educativo y científico. Además, muchos de los activistas y referentes de esta lucha adhieren a partidos o ideologías que según Standing los jóvenes del precariado descartarían por viejas o tradicionales.

La clase obrera y los movimientos de masas¹³

Así como la dimensión de la clase obrera, y su existencia misma, son cuestionadas por quienes defienden algunas de estas conceptualizaciones que hemos analizado arriba, su accionar es también negado por muchos autores que teorizan sobre los “movimientos sociales.” Bajo distintas justificaciones teóricas, se ha argumentado que los movimientos de masas no debían ser analizados en términos de clases sociales.¹⁴ Por su influencia sobre parte de estos movimientos y por su particular trayectoria nos detendremos en la fundamentación articulada por Laclau.

En sus primeros trabajos, Laclau define al pueblo y la clase como los dos polos constitutivos del discurso político. Pero, para Laclau, las clases solo existen como fuerzas hegemónicas en tanto logran articular las interpelaciones populares a su propio discurso. Laclau considera que la clase media está en expansión y que, por lo tanto, era necesario que los partidos obreros incluyeran progresivamente cada vez más demandas democráticas populares, capaces de interpelar a esos sectores medios. Por eso, para Laclau, el populismo no es una expresión de atraso, sino que es el momento en el cual el poder articulador de esa clase se impone hegemónicamente sobre el resto de la sociedad. Hasta este momento, Laclau sostiene la existencia de una dialéctica entre pueblo y clases: las clases no pueden afirmar su hegemonía sin articular el pueblo a su discurso, y la forma de hacerlo será el populismo.

Laclau plantea la necesidad de la clase obrera de constituirse en clase hegemónica por la vía de articular demandas más amplias mediante movimientos populares, pero esa hegemonía no aparece en su pensamiento como el resultado de una disputa, sino más bien que se lograría a través de la incorporación de las consignas de otras fracciones de clase dentro del programa obrero. Ante esto, cabe la pregunta: ¿la inclusión de demandas de cuño pequeño burgués permite de por sí el desarrollo de la hegemonía obrera, o resulta en el movimiento contrario, a saber, la dirección pequeño burguesa o burguesa de movimientos de base obrera? En la medida en que Laclau mantenía en esta etapa la necesidad de radicalizar esas demandas democrático populares hasta tornarlas intolerables al sistema, se mantiene aún una ambigüedad en este punto.

Pero unas décadas después, en *La razón populista*, Laclau ya no reconoce la existencia de clases sociales ni les asigna valor alguno en la construcción política. La clase deja de ser el principio articulador de los discursos y debe, por ello, ser remplazada por mecanismos del orden lingüístico o psicológico. Naturalmente, este cambio en su visión de la estructura social y la negación de la existencia de clases sociales conduce a Laclau a un enfrentamiento directo con el marxismo. Esta teoría no solo le resulta inútil, sino autoritaria. Como señalamos, tomando la noción de “masa marginal” de Nun, Laclau cree que la clase obrera sería un actor meramente sectorial, mientras que el pueblo sería un sujeto superador históricamente negado por el marxismo – que incluirá estas “masas marginales”. Para el viejo Laclau, la economía ya no posee ningún tipo de jerarquía frente a otros niveles de la vida social y no determina, entonces, quiénes pueden ser los sujetos históricos portadores del cambio social. Una línea de argumentación secundaria, claramente un síntoma del contexto de derrota política en el cual Laclau piensa los problemas, es que cree que la resistencia a la venta de la fuerza de trabajo es algo que puede o no surgir y que, por lo tanto, el antagonismo no es inherente a las relaciones de producción (Laclau, op. cit.: 188). Evidentemente, esto está escrito en un contexto de pasividad política de la clase obrera que puede hacer creer a Laclau en la posibilidad de la

¹³ Referimos aquí a movimientos de masas para usar un concepto libre de las connotaciones teóricas asociadas a la noción de “movimientos sociales”.

¹⁴ Ver, por ejemplo, Offe, 1992; Touraine, 1987; Touraine, 2006; De Sousa Santos, 2001.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

inexistencia –más allá de una breve coyuntura en términos históricos– de conflictos abiertos entre capital y trabajo. Laclau insiste: no hay puntos de ruptura que puedan establecerse a priori. Pero, contradictoriamente, cree poder asegurar que serán los marginales, los fuera de sistema, el lumpen proletariado, quienes irrumpen en los discursos políticos. A su juicio, el capital globalizado generaría una miríada de puntos de ruptura. Por ello, aboga por una política radical que debiera fundarse en la búsqueda de la confluencia de todos estos sectores.

A su vez, para Laclau, no hay luchas más importantes que otras; todas son inmanentemente políticas per se. En los sesenta, el énfasis en las políticas populares democráticas se justificaba por el supuesto peso creciente de los sectores medios. Ahora, se pretende justificar lo mismo bajo la idea de que la globalización generará demandas cada vez más numerosas y heterogéneas. Aun así, la preocupación por los sectores medios no desaparece. Las manifestaciones concretas a las que alude como parte de la respuesta al capitalismo globalizado son protagonizadas por sectores de pequeña burguesía en vías de proletarianización. Caracterización que es, por supuesto, ajena a Laclau, quien intenta abstraerse de la pertenencia de clase de los sujetos políticos.

Laclau parte a nivel metodológico de una perspectiva individualista. El primer eslabón de su construcción son las demandas (que pueden ser individuales). A su juicio, en sí mismas todas las demandas son iguales. Ninguna es más progresiva, radical o reaccionaria que otra. Lo que transforma a una demanda democrática en una demanda popular es, en primer lugar, su no resolución/asimilación por el sistema y su posterior incorporación a una cadena equivalencial de demandas igualmente insatisfechas por el régimen.

Los grupos sociales se conforman a partir de la articulación de demandas en lo que él llama *cadena equivalencial*. Pero así como las demandas en sí mismas no tienen un contenido per se progresivo, tampoco estas equivalencias de demandas y grupos sociales conformados en base a ellas tienen una identidad definida. Los grupos sociales se conformarían en torno a conjuntos de demandas que no tienen por qué tener nada que las una a priori. Si cada demanda en sí misma no tiene una identidad precisa, no son conservadoras ni radicales en sí, no existe una base objetiva sobre la cual se conforme el conglomerado de demandas. Esta unidad tiene que conformarse desde afuera a partir de su nominación (ídem: 151). En principio, las demandas no tienen entre sí nada más en común que el no haber sido satisfechas: “las demandas no comparten nada positivo, solo el hecho de que todas ellas permanecen insatisfechas” (ídem: 125).

Cuando dos demandas aparecen dentro de un mismo discurso esto no se debe a ningún factor estructural. Si los individuos llegaran en algún caso, a considerar la existencia de otro tipo de relación entre sus diferentes demandas y crear algún tipo de identidad común en torno a ella esto sería un mero espejismo:

trabajadores que viven en un determinado barrio, que trabajan en empleos comparables, que tienen un acceso similar a bienes de consumo, cultura, recreación, etcétera, pueden tener la *ilusión* de que a pesar de la heterogeneidad de sus demandas en varias esferas, todas ellas son demandas del mismo grupo, y que existe un vínculo natural o esencial entre ellas (ídem: 286. Las cursivas son nuestras).

De esta manera, para Laclau, la conciencia de clase se muestra como una falsa conciencia.¹⁵ Los individuos y sus demandas no tienen nada en común, por eso los colectivos sociales requieren de un líder populista que en su discurso articule las demandas construyendo un sujeto social donde solo había individuos y demandas dispersas e insatisfechas.¹⁶

La lucha de clase al interior de los movimientos de masas

Si se abandona por un lado el prejuicio de que los movimientos de masas no pueden entenderse a partir de un análisis de las clases sociales y, por otro, la caricatura de clase obrera que representa como proletario solo al trabajador industrial que responde al arquetipo occidental de la segunda posguerra, podrá entenderse que la clase obrera es el núcleo de los denominados movimientos sociales. En algunos casos llegan a constituir su componente excluyente, tal el caso del movimiento de desocupados. En otros casos estos movimientos expresan una confluencia o alianza de distintas clases y fracciones de clase, donde la clase obrera juega un rol central. Tal es el caso de los denominados movimientos campesinos. En los mismos confluye un vasto número de obreros (eso son los campesinos *sin* tierras, o aquellos que teniendo tierras las utilizan solo como medio de vivienda obteniendo sus ingresos fundamentalmente de su venta de fuerza de trabajo en relaciones asalariadas temporales o permanentes) con sectores de pequeña burguesía y, en menor medida, de burguesía.¹⁷ Lo mismo ocurre en movimientos vinculados a comunidades migrantes (como las protestas contra el cierre de talleres de confección del año 2006) y aquellos vinculados con demandas de género (el movimiento gestado bajo la consigna *Ni una menos*, por ejemplo).

Bajo la conceptualización de movimientos de masas o movimientos populares los autores marxistas han abordado estos fenómenos. Tanto Mao, Marx o Gramsci han indicado la necesidad de que la clase obrera luche por hegemonizar y dirigir estos movimientos frente a las otras clases que pudieran participar de los mismos.

Por ejemplo, Gramsci emplea la noción de sectores subalternos como un concepto que reemplaza a la clase obrera. No concibe los grupos subalternos como una masa homogénea sino como una alianza política entre clases subalternas. Por ello, en forma explícita, Gramsci señala las disputas hegemónicas que están todo el tiempo presentes dentro de estos grupos subalternos (Gramsci, 2000: 189). Un análisis similar realizan Lenin y Mao.

Mao alude, al igual que Lenin, a los conflictos de clase en el seno del pueblo. Particularmente, señala tres ejes de enfrentamiento: entre la clase obrera y los campesinos, entre la clase obrera y los intelectuales y entre la clase obrera y la burguesía nacional. A lo que se suman las contradicciones al interior de cada una de estas clases (Tse-Tung, 1957).¹⁸ Es decir, en este sentido Mao no se aparta ni de Marx ni de Lenin quienes habían sostenido esta concepción. Lejos de ser el pueblo una anatema dentro de la teoría marxista, a la cual el maoísmo escaparía, la noción de pueblo como alianza de clases oprimidas es una constante en

¹⁵ Los grupos se fundan en articulación de demandas que carecen de una unidad sistémica a priori, de ahí que plantee que el momento de unidad de los sujetos se da en el nivel nominal, no conceptual (sectorial), por ello mismo, los límites entre las demandas que incluyen y excluyen una cadena equivalencial son borrosos (Laclau, 2005: 151).

¹⁶ Un mayor desarrollo en relación a la defensa que Laclau hace de los populismos en general y del peronismo, en particular, puede verse en Kabat, 2014a.

¹⁷ Sobre este punto ver, Kabat, Desalvo y Egan, op. cit.; Sartelli y Kabat, 2017; Muñoz, 2016.

¹⁸ Discurso pronunciado por el camarada Mao Tse-tung en la XI Sesión (Ampliada) de la Conferencia Suprema de Estado. Fue publicado el 19 de junio de 1957 en *Diario del Pueblo*, después de que el autor revisó el texto transcrito de las actas y le hizo algunas adiciones.

los principales referentes del marxismo y el análisis de Mao, en este sentido, no se aparta del marco teórico marxista-leninista. El marxismo recurre a la noción de pueblo para expresar la alianza de distintas clases oprimidas y recalca el desarrollo de la lucha de clases en el seno del pueblo y la necesidad de que la clase obrera dirija esa alianza bajo un programa revolucionario.

De igual modo, Lenin habla de pueblo, pero como sustituto de la noción de clase. En todo momento aclara que el pueblo tiene distintos componentes (el proletariado y el campesinado, principalmente, pero también los pobres o capas semiproletarias de la ciudad, artesanos, etc.).¹⁹ También plantea que Marx unifica en la categoría de pueblo dos elementos, pero no creyendo en la “unidad” del pueblo, sino mostrando la lucha de clases dentro de su seno (Lenin, 1969: 126).²⁰ Por eso, alerta a no desestimar la importancia de las capas populares, pero a buscar la organización independiente del proletariado debido al carácter pequeño burgués y los intereses democráticos de gran parte de esa masa.

En el seno de los movimientos de masa se desarrolla en forma cotidiana una lucha por su programa y su dirección. Los teóricos de los “movimientos sociales” contribuyen al desarrollo de esa lucha. Al negar la existencia de las clases o su utilidad para el estudio de estos movimientos, favorecen que las fracciones pequeño burguesas hegemonicen los reclamos, presentando sus problemas y sus soluciones como las más convenientes al conjunto del arco popular movilizado. Es el caso de los movimientos de inmigrantes dirigidos por la burguesía paisana, que logra colocar como eje del movimiento las demandas de leyes laborales específicas para el sector que flexibilicen las pautas nacionales, es un claro ejemplo.

Los teóricos de los movimientos sociales también contribuyen en la disputa interna al defender cómo el máximo logro de los movimientos sociales es la existencia de criterios y prácticas organizativas diferentes de los de los partidos y sindicatos (Svampa y Pereyra, 2003). En ese sentido, estos teóricos se pronuncian a favor de los métodos impulsados por las orientaciones más cercanas a la pequeña burguesía debilitando otras opciones. Es llamativo que muchas veces se cite a Rosa Luxemburgo un referente de esta concepción (Gambina, Loureiro, Campione y Rajlan, 2005; Loureiro, 2008). Es cierto que ella estudió las acciones que las masas desarrollaron en forma independiente del partido y los sindicatos durante el proceso de la revolución rusa de 1905. Pero no deducía de esto que dichas organizaciones fueran prescindibles, sino que existía una dialéctica entre estos elementos de organización y la acción espontánea de la clase. No es necesario esperar a que las organizaciones estén desarrolladas a la perfección para poder actuar; en determinadas coyunturas la acción espontánea puede preceder a la organización y acelerarla (Luxemburgo, 2015). De esto surge que la acción desarrollada sin organizaciones no debe interpretarse como el certificado de muerte de los “viejos organismos” de la clase obrera, sino que puede actuar como el caldo de cultivo para su futuro desarrollo.

¹⁹ Solo en el tomo 8 p. 296 aparecería una definición distinta donde el pueblo es definido como capas pequeño burguesas sin incluir en él al proletariado: “el pueblo, es decir toda la masa de la pequeño burguesía y de los campesinos”, pero este fragmento aparece como marginal respecto al conjunto de citas que refieren al pueblo incluyendo al proletariado. Lenin, Vladimir, *Obras completas*, Cártago. Tomo 10, pp. 253-254, 336 y 365. Lo mismo ocurre en el tomo II, pp. 249 y 250 (allí además señala que en el devenir político el proletariado se va aliando y movilizándose a sectores cada vez más revolucionarios del pueblo) y en el tomo 9, p. 50. En el tomo 8, p. 284 y en el tomo 27, pp. 257-9, es la única vez que no se aclara el contenido de la palabra pueblo, pero esto se explica porque se habla de apelaciones que el capital hace al pueblo.

²⁰ Ídem T. 9, p. 126.

Conclusiones

Una particularidad de muchos de los movimientos de masas actuales es que el pensamiento dominante los atribuye a capas populares externas a la clase obrera, cuando en realidad son nutridos por fracciones de esta misma clase. Esto es posible porque la clase obrera se encuentra sumamente fragmentada. Por otra parte, en el terreno ideológico no ha podido remontar todavía las consecuencias de la derrota del proceso político de la década del setenta. En este sentido, se dificulta la toma de consciencia de clase en un contexto político social que reniega hasta de la existencia de dicho sujeto social. Otro factor que ralentiza la toma de consciencia obrera es la reciente proletarización de muchos de los sectores movilizados. Algunos de ellos transitaron desde la pequeña burguesía sin escalas a la fracción sobrante para el capital de la clase obrera. Tanto lo reciente de su proletarización como el hecho de no haber pasado por la fracción en activo de la clase obrera, sino haber pasado en forma directa a integrar su reserva, vuelven más difícil un auto reconocimiento como parte de la clase obrera. Empeora el cuadro el hecho de que la mayoría de los intelectuales que estudian el fenómeno nieguen la condición obrera de estos sujetos e identifiquen como lo más valioso de su aporte político las pautas de acción más cercanas a su antigua inscripción de clase, como las orientaciones reformista-democráticas o los métodos horizontalistas-autonomistas.

Los movimientos de masas siempre han albergado en su seno enfrentamientos sociales por su hegemonía, que se desplegaron también en el terreno teórico. Lenin y Mao se atrevieron a plantear la necesidad de hegemonía proletaria en el marco de movimientos populares donde la clase obrera era minoritaria. Hoy una clase obrera mayoritaria, pero fragmentada, es mutilada por un pensamiento social que le niega el reconocimiento de todas sus fracciones y la convoca a seguir los métodos y el programa de la pequeña burguesía. A algunas de sus capas más sumergidas se les adjudica una entidad propia y un programa de miseria (algunas horas de trabajo merced a su reparto o trabajo inestable, pero creativo y enriquecedor). La clase que puede conseguirlo todo, es desmembrada y se le ofrecen como utopías lejanas, migajas de la riqueza social que ella misma produce. Superar esta situación exige la reconstrucción de la unidad de la clase obrera y el análisis crítico de las elaboraciones teóricas que, en forma consciente o inconsciente, atentan contra ese desarrollo.

Bibliografía

ARN, Jack: *“Pathway to the periphery: Urbanization, creation of a relative surplus population, and political outcomes in Manila, Philippines”* in **Urban Anthropology and Studies of Cultural Systems and World Economic Development**. USA, The Institute, Inc., 1995, pp. 189-228.

_____ *“Third world urbanization and the creation of a relative surplus population: A history of Accra, Ghana to 1980”*, in **Review Fernand Braudel Center**. New York, Binghamton University, 1996. pp. 413-443.

BALES, Kevin: **Disposable People: New Slavery in the Global Economy**. Berkeley, University of California Press, 2012.

_____ ROBBINS, Peter: *“No one shall be held in slavery or servitude: a critical analysis of international slavery conventions”*, en **Human Rights Review**. San Francisco, San Francisco Estate University, 2001. Volúmen 2, número 2, pp. 18-45.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

- _____**SOODALTER, Ron: The Slave Next Door: Human Trafficking and Slavery in America Today.** Berkeley, University of California Press, 2010.
- BRAVERMAN, Harry: **Trabajo y capital monopolista. La degradación del trabajo en el siglo XX.** México, Editorial Nuestro Tiempo, 1984.
- BURGMANN, Verity: "*The Strange Death of Labour History*", in **Bede Nairn and Labor History.** Sydney, Pluto Press, 1991, pp. 69-81.
- CARROLL MOODY, J.; KESSLER-HARRIS, A. (Edit.): **Perspectives on American Labor History - The Problems of Synthesis.** DeKalb, IL, Northern Illinois University Press, 1989.
- CASTEL, Robert: "*De la exclusión como estado a la vulnerabilidad como proceso*", en **Revista Archipiélago.** Madrid, Editorial Archipiélago, 1995. Número 21, pp. 27-36.
- _____**La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado.** Buenos Aires, Ed. Paidós, 1997.
- _____*"La protección social en una sociedad de semejantes"* en **Revista CS.** Cali, Colombia, Universidad ICESI, 2001. Número 1, pp. 13-40.
- DARITY, William: "*The managerial class and surplus population*", in **Society.** USA, 1983. No. 21, vol 1, pp. 54-62.
- DEDECCA, Claudio Salvadori: "*O desemprego e o seu diagnóstico no Brasil hoje*", en: **Revista de Economía Política.** São Paulo, Editora 34, 1998. Volumen 18, número 1 (69), pp. 69-119.
- _____**BALTAR, Paulo Eduardo de A.: "Mercado de trabalho e informalidade nos anos 90",** en **Estudos Econômicos.** São Paulo, Universidade de São Paulo, 1998. Vol. 27.
- DE SOUSA SANTOS, Boaventura. "*Los nuevos movimientos sociales*" en revista **Osal.** Buenos Aires, CLACSO, 2001. Nro. 5, pp. 177-188.
- FRANCES, Rae y SCATES, Bruce: "*Is Labour History Dead?*" en **Australian Historical Studies.** Routledge, 1993. Nro. 100, pp. 470-481.
- GAMBINA, Julio; RAJLAN, Beatriz; CAMPIONE, Daniel: "*Rosa Luxemburgo: un debate sobre el socialismo con 100 años de experiencia*" en GAMBINA, Julio et al.: **Pensamiento por el socialismo. América Latina en el siglo XXI.** Buenos Aires, FISyP, 2005.
- GERMANI, Gino: **El concepto de marginalidad.** Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1980.
- GRAMSCI, Antonio. **Cuadernos de la cárcel.** México, Editorial Era, 2000. Volumen 6.
- HART, Keith: "*Informal income opportunities and urban government in Ghana*", in **Journal of Modern African Studies.** Cambridge, Cambridge University Press, 1973. No. 11.
- HUMPHRIES, Jane: "*The 'Emancipation' of women in the 1970s and 1980s: From the latent to the floating*", in **Capital & Class.** Nottingham University, UK, 1983. No.7, vol. 2, pp. 6-28.
- IRVING, Terry (Edit.): **Challenges to Labour History.** Sydney, University of New South Wales Press, 1994.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

- KABAT, Marina: "Argentinian Worker-Taken Factories: Trajectories of Workers' control under the economic crisis" en AZZELLINI, D. y NESS, I.: **Ours to master and to own. Workers' control from the commune to the present.** Chicago, Haymarket Books, 2011.
- _____ "En el nombre del pueblo. Populismo, socialismo y peronismo en la obra de Ernesto Laclau", en **Razón y Revolución.** Buenos Aires, Ediciones ryr, 2014a. Número 26.
- _____ "From structural breakage to political reintegration of the working class: relative surplus population layers in Argentina and their involvement in the piquetero movement", en **Capital and Class.** David Bailey Editor, University of Birmingham, UK, 2014b. Vol 38, Issue 2.
- _____ DESALVO, Agustina; EGAN, Julia: "The Tip of the Iceberg Media Coverage of "Slave Labor" in Argentina" in **Latinamerican Perspectives.** en prensa.
- KUUMBA, M. B.: "A cross-cultural race/class/gender critique of contemporary population policy: The impact of globalization", in **Sociological Forum,** Springer Netherlands, 1999. No. 3, vol. 14, pp. 447-463.
- LI, Tania: "To make live or let die? Rural dispossession and the protection of surplus populations", in **Antipode.** Antipode Foundation Ltd, 2010. No. 41, sup. 1, pp. 66-93.
- LYNCH, Michael, J., GROVES, W. B., & LIZOTTE, A.: "The rate of surplus value and crime. A theoretical and empirical examination of Marxian economic theory and criminology", in **Crime, Law and Social Change.** Springer Netherlands, 1994. No. 21, Is. 1, pp. 15-48.
- LACLAU, Ernesto. **La razón populista.** Buenos Aires y México, FCE, 2005.
- LENIN, Vladimir: **Obras completas.** Buenos Aires, Cartago, 1969. Tomos 2, 8, 9 y 10.
- LOUREIRO, Isabel: "Rosa Luxemburg e os movimentos sociais contemporâneos: o caso do MST", **Crítica Marxista,** São Paulo, Ed. Revan, 2008. Vol. 1, nro. 26, pp. 105-116.
- LUXEMBURGO, Rosa: **Espontaneidad y acción. Debates sobre la huelga de masas, la revolución y el partido (con textos de Vandervelde, Lenin, Lukács, Stalin y Trotsky).** Buenos Aires, Ediciones ryr, 2015.
- MARSHALL, Adriana: **El mercado de trabajo en el capitalismo periférico. El caso de Argentina.** México, Cuadernos del Pispal-El Colegio de México, 1981.
- MARX, Karl: **Elementos fundamentales para la crítica de la economía política [Grundrisse] 1857-1858.** Madrid, Siglo XXI Editores, 1989.
- MCINTYRE, Michael: "Race, surplus population and the Marxist theory of imperialism", in **Antipode.** Antipode Foundation Ltd, 2011. No. 43, is. 5.
- _____ & NAST, H. J.: "Bio (necro) polis: Marx, Surplus Populations, and the Spatial Dialectics of Reproduction and 'Race'", in **Antipode.** Antipode Foundation Ltd, 2011. No. 43, is. 5.
- MUÑOZ, Roberto: "Organizaciones campesinas en la provincia de Chaco, Argentina. Una aproximación a su composición social a partir de sus acciones de protesta: el caso de la unión campesina de chaco (UCC), 2002-2011" en **E-I@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, 2016.** Vol. 14, nro. 55, pp. 23-43.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

- NEFFA, Julio César: *"Reflexiones acerca del empleo precario"*, **Anales de la Asociación Argentina de Economía Política**. XX Reunión Anual, Mendoza, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Cuyo, 1985.
- NEILSON, David: *"Formal and real subordination and the contemporary proletariat: Re-coupling Marxist class theory and labour-process analysis"*, in **Capital & Class**. David Bailey Editor, University of Birmingham, UK, 2007. No. 91.
- _____ *"Sobrepoblación y la teoría marxista de clase"*, en **Razón y Revolución**. n° 19, Buenos Aires, 2009.
- _____ and THOMAS Stubbs: *"Theory and empirical application Relative surplus population and uneven development in the neoliberal era"*, in: **Capital & Class**. David Bailey Editor, University of Birmingham, UK, 2011. No. 35.
- NUN, José: *"Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal"*, en **Revista Latinoamericana de Sociología**. Buenos Aires, 1969. Vol. V, nro. 2.
- _____ *"El futuro del empleo y la tesis de la masa marginal"*, en **Desarrollo Económico - Revista de Ciencias Sociales**. Buenos Aires, IDES, 1999. Vol. 38, nro.152, pp. 985-1004.
- _____ **Marginalidad y exclusión social**. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- OFFE, Claus: *"Los nuevos movimientos sociales cuestionan los límites de la política institucional"*, en **Partidos políticos y nuevos movimientos sociales**. Madrid, Editorial Sistema, 1992.
- TOURAINÉ, Alain: *"Los movimientos sociales: ¿objeto particular, o problema central del análisis sociológico?"* en **El regreso del actor**. Buenos Aires, EUDEBA, 1987.
- _____ *"Los movimientos sociales"* en **Revista colombiana de sociología**. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2006. Vol. 3, número 27, pp. 255-278.
- OFICINA DE ACTIVIDADES PARA LOS TRABAJADORES: **Políticas y Regulaciones Para Luchar Contra el Empleo Precario**. Suiza, Organización Internacional del Trabajo, 2011.
- ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO: **Employment, incomes and equality. A strategy for increasing productive employment in Kenya**. Ginebra, Organización Internacional del Trabajo, 1972.
- PORTES, Alejandro: **En torno a la informalidad: Ensayos sobre teoría y medición de la economía no regulada**. México, M.A. Porrúa, FLACSO, 1995.
- _____ BENTON, Lauren: *"Desarrollo industrial y absorción laboral: una reinterpretación"*, en **Revista de Estudios Sociológicos**. México, El Colegio de México, enero-abril de 1987. Vol. 5, nro. 13.
- _____ CASTELLS, Manuel; BENTON, Lauren (eds.) **The Informal Economy: Studies in Advanced and Less Developed Countries**. Baltimore, John Hopkins University Press, 1989.
- PREALC: **El problema del empleo en América Latina. Situación, perspectivas y políticas**. Santiago, Ed. PREALC, 1976.

- ROSANVALLON, Pierre: **La nueva cuestión social. Repensar el estado providencia**. Buenos Aires, Ed. Manantial, 2007.
- SARTELLI, Eduardo; KABAT, Marina: *"Where did Braverman go wrong? A Marxist response to the politician critiques"*, **Cadernos EBAPE.BR**. Rio de Janeiro, Fundação Getulio Vargas, Escola Brasileira de Administração Pública e de Empresas, 2014. Vol. 12, n. 4, pp. 829 a 850. Disponible en <https://goo.gl/dWJ9lp>.
- _____ y KABAT, Marina: *"Peasants, migrants and self-employed workers: the masks that veil class affiliation in Latin America: The Argentine case"* en Michael WAYNE y Deirdre O'NEILL: **Considering Class: Theory, Culture and Media in the 21st Century**. Londres, Brill, 2017.
- STANDING, Guy: **El precariado. Una nueva clase social**. Barcelona, Pasado y Presente, 2013.
- _____ *"Por qué el precariado no es un «concepto espurio»"*. Revista **Sociología del Trabajo**. Madrid, Siglo XXI editores, 2014. Número 82. Disponible en <https://goo.gl/Y7IRRe>.
- SVAMPA, Maristella; PEREYRA, Sebastián: **Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras**. Buenos Aires, Biblos, 2003.
- TOKMAN, Víctor: **Una voz en el camino. Empleo y equidad en América Latina: 40 años de Búsqueda**. Santiago, FCE, 2004.
- TSE-TUNG, Mao: *"On the correct handling of contradictions among the people"*, en **Selected works**. Peking, Foreign Languages Press, (1957) 1965. Vol. V.
- VAN DER LINDEN, Marcel (Edit.): **The End of Labour History?** Cambridge, Cambridge University Press, 1993.
- _____ LUCASSEN, Jan: **Prolegomena for a Global Labour History**. Amsterdam, IISH, 1999.
- WELSKOPP, Thomas: *"Von der verhinderten Heldengeschichte des Proletariats zur vergleichenden Sozialgeschichte der Arbeiterschaft"* in: **Zeitschrift für Sozialgeschichte**. 1999 des 20. und 21. Jahrhunderts, (3/1993), S. 34-53.
- YOUNG, Kate: *"The creation of a relative surplus population: a case study from Mexico"*, in **Women and Development: Sexual Division of Labor in Rural Societies**. New York, Praeger, 1982, pp. 149-177.

Conflictividad Social y Política en el capitalismo contemporáneo.
Antagonismos y resistencias (I)



número 35 (primer semestre 2017) - number 35 (first semester 2017)

Conflictividad social: categorías, concepciones y debate

Revista THEOMAI/ THEOMAI Journal

Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo / Critical Studies about Society and Development

Institutions, movements and local development. Participatory processes in the neo-liberal society

Alfredo Alietti¹

1. Introduction

Between the end of the XX century and the beginning of the XXI, participation has reasserted its vital role in relation to the willingness and ability to plan in terms of local, national and transnational policies.

The rediscovery of decentralization as a key factor of government choices on the one hand, and the redefinition of the role of experts as nonexclusive actors of social progress on the other recalls the mass movements of the '70s and '80s, which aimed at extending direct democracy and strengthening the role of citizenship. The advance of neo-liberalism and globalization have gradually weakened the intense democratic activity of that season, upsetting the system of relationships that ruled the production environment, and outlining a

¹ Dipartimento di Studi Umanistici - Laboratorio di Studi Urbani, Università di Ferrara, Italy.

different scale of values within society, mostly oriented towards individualism and consumption.

The social movements that took their turns one after another in the last decades, particularly in western societies, have suffered the negative effects of neoliberal policies, with the consequent weakening of their ability to rise against increasing inequalities and exclusion processes. In his in-depth analysis of the metamorphosis of the social question, Robert Castel explains the expression “negative individualism” as the result of a privatization process of the risks of exclusion and vulnerability, along with the reduction of aggregation and political mobilization opportunities (Castel, 1995: 2004)². At the same time, the downgrading of representation demonstrated by the underrating of the political system contributed to generating a major crisis of the historic democratic order, defined by Balibar as “de-democratization” (Balibar, 2012). Within this *frame* of redefinition of the political, social and economic landscape, characterized by less aggregation and a clearer idea of governments’ inefficiencies, a new paradigm of public action comes out, focused on the rediscovery of the thaumaturgic virtues of participation.

To that effect, an important step forward is the introduction of the concept of “governance”³, which emphasizes the role and function of local intermediary parties (*stakeholders*), able to overcome the standstill situation and to promote citizens’ involvement, on grounds of the complexity and proximity of the emerging issues. These actors, who can be referred to under the articulated and confused label of “civil society”, are identified as “low threshold” representatives of particular interests. This change in western democracies from a vertical government perspective (*government*) to a horizontal perspective (*governance*) defines the new trends of public agencies, becoming the *sine qua non* criterion for more effective and efficient actions.

During the 80's, this change in participation also occurred to a large extent within the main international organizations: the World Bank, the International Monetary Fund (IMF) and the European Union programs regarding a variety of institutional actions, related to urban regeneration, welfare redefinition, reconstruction of socio-economic policies, sustainability policies, struggle against mechanisms of exclusion.

As a result of this democratic line of thought, a wealth of neologisms have come out in succession: “people-centred development”, “state-society synergy”, “participatory democracy”, “grassroots development” are just a few among the most used and best known (Penderis, 2012). More specifically, during the 90's, some analysts promoted heated debates on the institutionalization of participation by those supranational agencies (Hickey, Mohan, 2004; Williams, 2006)⁴. In particular, they underlined the implicit relationship between the consensual rhetoric on participatory practices and neo-liberal interests (Penderis, 2012).

The institutionalization of participation as an example of *democratic renewal* (Sanderson, 1999) has sparked off an intense debate over the most proper ways to preserve a dynamic balance among the fight against poverty, widening of citizenship rights and economic growth, while taking into account the “information and project resources of the policies beneficiaries” (Balducci, 1995).

In particular, the numerous supranational and national programs adopted show in fact that the participatory mechanism can be activated without a careful consideration of the fact

² The famous sentence attributed to Margaret Thatcher “there is no such thing as society” is a very clear example of the change of the neoliberal paradigm.

³ About the concept of governance, see Le Galés (2002).

⁴ In 2001, the World Bank’s “World Development Report 2001/1: Attacking Poverty” puts forward a vast project called “The Voices of the Poor” aiming at representing the visions of the poor directly within the development policies (World Bank, 2001).

that it will fit into a pre-determined structure of inequalities and power that can determine its positive or negative outcomes. As Pizzorno points out, each person brings, at least potentially, into their participation experience the differentiation and inequality factor of their position within the private interests system (Pizzorno, 1993: 89).

This analysis highlights a sort of de-politicization of collective actions that creates a common ground for political actors in general and the community to act according to the principles of the new power configuration (Alietti, 2005). As a consequence, the merely political and conflictual process that could arise from the confrontation of preferences and choices is labelled as the remaining of ideological differences, a disturbing element if not one that causes divisions (Hogget, 1997; Stevens, Bur, Young, 1999; Cleaver, 1999). According to some experts, this is a limited review of de-politicization. For instance they underline that participatory development does not involve any pre-determined *outcomes*, and this may generate unintentional effects, such as opposition spaces and situations that create the opportunities for a re-politicization (Williams, 2006: 565). Unforeseen tensions are undeniable, and they deeply modify the procedures and goals that were initially assumed, however, the main purpose remains unchanged, i.e. the delegitimization of conflict as a means of empowerment, that can be replaced by the acceptance of participation.

Furthermore, the neo-communitarist principle of this strategy, with its exaltation of the role of civil society and of the supremacy of social cohesion, properly reflects one of the strategies of the dominant global neo-liberalism (Jessop, 2002)⁵. Ignoring this problematization involves the risk of a rhetoric that does not lead to any institutional and political practice of re-distribution of the decision-making power, for the purpose of the actual exercise of democracy. Power, its specific nature and its different facets and levels (international, national and local) essentially appear to be hidden (Cooke, Khotari, 2001).

In the wake of Gramsci's well known categorization, there is a hint that the participatory paradigm as such may be the ground for a cultural hegemony, meant to preserve the status quo, rather than becoming a concrete opportunity to claim and support the demands of new civil, social and political rights. Other issues which need careful consideration arise. Firstly, the combination of hyper-localism and technicism of participatory projects. The local scale can rightfully be seen as the main scope of intervention, nevertheless whenever the impacts of socio-economic macro policies are disregarded, as well as the impacts of weak public institutions reducing the political chances of emancipation, this *rescaling* turns into hyper-localism (Alietti, 2005).⁶ Secondly, the definition of the technical and operational aspects of such instrument, which is by its very nature guarantor of neutrality, is often a challenge. As a consequence, foreshadowing this "participation technology" ideally and operatively reflects a depoliticization strategy. In other words, there is a tendency to treat participation as the working project's technical method, rather than a political *empowerment* methodology (Hickey, Mohan, 2005: 242).

The problem, which will be discussed in the following paragraph, is to develop participatory mechanisms that are not just a sum of factors, but rather a multiplication, the results of which feed a real transformation process. We will try to understand whether a re-definition of institutional and public practices may include in fact, not only in words, the value and expression of social and political participation, beyond the specific features of the intervention. The purpose of this work is to theorize a different institutionalization process of participation, which may contribute to support and guarantee the bottom-up individual and

⁵ For a detailed analysis of the bond between participation and neo-liberalism, on Jessop' model, see Moini (2012).

⁶ On the debate about the scale of interventions and local dimension see Moini (2012).

collective mobilization capabilities, recognizing their specific nature and more general input into outlining the alternatives and effects of neo-liberal socio-economic macro policies.

2. Participation criteria and levels

The first step to be taken is defining what we mean by participation. As stated by Ceri (1999), a reflection on this term reveals a lack of conceptual clarity, due to its widespread use in social sciences and in politics⁷.

The distinctive historic, social and cultural features within which it occurs and its possibilities of application to a wide range of areas involving collective action call for a proper theoretical approach, in order to reflect its multidimensionality. When talking about participation, we risk muddling up the different levels of social reality we refer to, in other words we risk failing to analyze the whole of specific features that determine the meaning we want to assign to the term. Echoing Ceri's analysis (1999), from a sociological perspective, the dimensions of social participation are so many and such that associating rather diverse phenomena just *on the basic idea that participation equals sharing the same experience with someone else* is not enough.

What makes a difference between action models based on a specific shared experience (such as the cooperative, solidaristic and/or ritualistic action) from a proper participatory model is that the latter is capable of envisaging and actuating a change in socio-political conditions, upon which the asymmetry of power relations is based (Ceri, 1999), and of creating a wider space where priorities, strategies and decisions can be shared or negotiated, taking into account different interests and visions of the world.

Under this perspective, participation acquires a clear "political" meaning, emphasizing its social ground, coordination and attitude to shift the balance of power, using different tools from those typical of representative democracy or participation into politics in the strict sense of the word. The question now is the possibility and feasibility (and to which extent) of the key objectives in the new asset of social and development policies. The efforts made to address this question, have helped analyze the different levels of participation, metaphorically represented by the rungs of a ladder, the bottom which being a non-participatory situation and the top the actual involvement. The first ladder proposal was made by the American planner Arnstein in 1969 and counted eight levels, starting from non-participation levels (therapy and manipulation), going through some merely formal levels of involvement, up to *empowerment* which included citizen control, delegated power and partnership.

Delegated power affects the participants' potential to exercise veto rights, assuming a real authority over any decisions, a necessary pre-condition for the next *step* towards the direct control of citizens on all the different stages of the project (idea, plan, direction) (Donzelot, Epstein, 2006). In her general considerations about the ladder, the author focuses on possible roadblocks posed by powerholders as a resistance measure against power redistribution (racism, paternalism) and, on the "have-nots" side, limited socioeconomic infrastructure and knowledge-base (see Penderis, 2012). Arnstein's participation ladder has long been a reference point in the debate on participatory practices. More recently, after criticizing its excessive simplicity and failure to discuss the possible spheres of influence and *decision-making* areas in which citizens could be involved, other authors have suggested a different, wider and more complex kind of ladder (Burns, Hambleton and Hoggett, 1994)

⁷ In social sciences it is not unusual to encounter other similarly foggy concepts. Ironically one of these is the concept of community, widely used, often going along with the topic of participation, and equally ambiguous.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

Burns, Hambleton and Hoggett's proposal is based on the same premises as Arnstein's regarding the different distances between one rung of the ladder and the other, and also regarding the ideal-typical reality of the model being considered. Beyond wider rungs and the relations between spheres of influence and decision-making arenas, the real difference is a better characterization of the control dimension, which becomes the determining variable of participation quality. As a way to broaden the levels of the new ladder, the participatory model is considered a value in itself whenever control over strategies of choice and over the process is entirely given to the stakeholders.

Despite very different ways of categorization and involvement levels, both theories aim at considering the assumption and/or sharing of power as the core element of participation's efficacy. Besides the scale pattern, the different participatory models are described by Cornwall and Jewkes (1995), as three main types:

- *consultative* which is the most widespread model, in which people are only consulted by experts before any intervention takes place;
- *collaborative* in which people and experts work together on a certain project, conceived, built and controlled by the latter ones;
- *collegiate*, a situation of real participation, in which experts and people, groups and communities work together using their different skills in a process of mutual learning and the involved individuals have a wide control over processes and decisions.

One last example is the participation model proposed by the International Association for Public Participation (IAP2, 2007), encompassing five different levels: *inform*, *consult* and *involve*, which appear to be just superficial descriptions; and *collaborate* and *empower*, which on the contrary represent control methods, with more proactive roles in the definition of priorities and choices (Penderis, 2012).

Even in these last two cases, direct control over the whole process is the main discrimination element, determining a real involvement of citizens, groups or communities. Our study so far suggests that all possible forms of participation are weak if they don't aim at the *empowerment* strategy, achievable with a significant shift of the balance of power in favour of the relevant stakeholders (individuals and communities). This dimension becomes unavoidable and, as mentioned before, the weakness of most theories related to the participatory model is due to a lack of a thorough analysis of power and the institutional mechanisms that could hypothetically redistribute and share it (Atkinson, 1999; Atkinson, Cope, 1997; Stevens, Bur, Young, 1999). According to this observation, understanding participation requires a pre-understanding of power relations between authority and its different "social groups" (or "social classes") and *literature on community involvement is often not particularly thoughtful about this aspect, and would rather hide behind anodyne concepts like empowerment* (Atkinson, Cope, 1997, p. 206).

The assumptions underpinning the concept of *empowerment* are undoubtedly rather questionable, firstly because such a vague concept actually hides often contrasting interests (McArthur, 1995), secondly because of its multiple meanings and fields of application. There are also further problems that can cause the inspiratory principles to be perceived in a negative way, including: lack of trust in the institutions and in the political and government system; past experiences in which consultation did not bring the expected changes; difficulties in participating related to lack of time; lack of correct and extensive information; insufficient organization skills of groups; social and economic marginality. Essentially, the political, social, economic and cultural features can or can not underpin involvement and, in some particular contexts, the key variable is the historic heritage of political mobilization and aggregation of interests of a particular local community (Collins, 1997). Following this reasoning, some critical

analyses of projects in the field of urban regeneration local policies have highlighted the risk that participation produces perverse effects, such as the failure of certain objectives or the lack of citizens' recognition of the efficacy of participatory practices. This may increase the danger of *dis-empowerment* through a stronger feeling of scepticism in the relationship with institutions and among different groups, the growth of opportunistic behaviours and, as a consequence, the chance of a status quo reproduction (Foley, Martin, 2000; Jones, 2003). As a consequence, we cannot take for granted the association of participation (as described in this work) and the activation of *empowerment* processes. It is therefore essential to clearly define where (context), who (reference unit) and what (objectives) makes up the framework in which they are applied. From our point of view, beyond more or less reliable theoretical considerations, in the promotion of participation due regard should be given to which conditions are and/or can be there to favour a different access perspective to the power to adjust the forms and contents of participation, and the power to choose amongst possible negotiated and legitimized options.

These elements, as well as the above mentioned evaluation scales, place two sets of limits. The first one relates to the extension and intention of participation demands and the perennial problem of "measuring" both in a proper way. In fact, there are no suitable tools to evaluate such a complex system, involving different players with different interests, interacting with each other, plus the impact of contextual variables. Moreover, if a project is to be focused on participation, it should be medium-long term, therefore the conditions linked to the implementation of a possible local action can modify the strategies, alliances and relationships among groups and also the goals that no longer reflect the needs and expectations previously defined. As a consequence, it is rather complex to define objective, universally suitable indicators on the actual involvement of all represented social categories, on the increase of willingness to participate and on the acquisition of necessary skills to change the status quo. The second limit is that the ruling and promotional role of institutions in supporting citizen-oriented spaces and practices is not duly investigated. As has been highlighted, the different institutional contexts in which participation takes place, and the imperatives (or obstacles) related to participation that they produce should be considered as part of the studies on participatory development (Williams, 2006: 566; see also Cleaver, 2001)⁸. Our introduction highlights that criticisms against the institutionalization of participation in supranational organizations show an ambiguous dynamic, often acting from the top with an assertive and prescriptive approach (*top-down*). As a consequence, the idea of rethinking and redesigning institutions from the bottom (*bottom-up*) is not taken into due consideration as an occasion to change locally the mechanisms that reproduce the same power inequalities and asymmetries. This does not mean denying the explicit and implicit difficulties around the current participatory paradigm and its institutionalization. It rather means highlighting the importance to create and/or innovate the institutional spheres as a precondition to make sure that their work is based on an open "problematic logic", capable of recognizing the differences and accepting social demands even when expressed in a conflicting manner.

3. The role of institutions and the participatory paradigm

What do we mean when we evoke institutions? The sociological thought with its tradition has described institutions as the entrenchment of practices and routines producing and

⁸ On this topic, relevant for the purpose of intrinsic quality of participatory development see Blackburn, Hollands (1998).

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

reproducing over time constraints and possibilities for collective and individual action⁹. Based on this line of thinking, we can say that institutions are common assets, as they are distinguished by non-exclusion and by the possibility of being available to everyone.

For the purpose of the logic proposed here, by public institutions we mean those usually identified with the state and its administrative forms, in their local manifestations (Donolo, 1997), therefore the debate will focus on a specific social and historical form of institutionalization.

The prefiguration of the public dimension is instrumental to the hypothesis, referred to above, of a correlation between the community's actual participation and the planning and implementation of "good" public institutions.

Following Donolo's analysis, the *institutional building* consists of two main levels: the aggregation of preferences chosen among competing alternatives and the negotiation among the conflicting interests expressed by the social actors (Donolo, 1997: 41). This building shows the connotation of exchange, decision and goal sharing reflecting the ideal of active participation, responsible for a multitude of players.

Resuming the discussion on the relationship between *agency* and *structure*¹⁰, we can imagine the institution to represent the architecture, or structured space, within which the grammar of citizens' action is outlined, as a limit and/or opportunity. Obviously, since the power to influence the preferences and interests of those groups with the larger number of symbolic and material resources is an issue that keeps re-emerging, we are talking about a conservative grammar rather than "generative" of chances for the redistribution of power. As thoroughly discussed, in certain contexts characterized by the privatization of collective interests, institutions are weak and unable to play an efficient regulatory-legislative role, an expression of rational choices agreed upon by the citizenship as a whole¹¹. Another significant element is the capability of institutions to learn, as (according to Donolo) they make it possible to conceive new and more appropriate subject thematizations in the social and political process, they cooperate in the *problem setting* with their own organizational cognitive and legislative resources, they offer better chances to solve the emerging problems, they take rights, endowments and public assets reproduction more seriously and they put their own citizens into a social environment marked by more responsibility and proper behaviours (Donolo, 1997: 213).

Logically, the more institutions are open to grant spaces and participation occasions, the more likely it is that a co-learning dynamic between institutions and stakeholders becomes more important and stronger. On this subject, it may be useful to represent by means of a double entry table the outcome, in terms of democratic systems, of the crossing between opening and closure of the participating arena and the public institutional arena (see table below).

Table 1 - Models of democratic arenas

		Participatory arena	
Public institutional arena		Open	Closed

⁹ On institutions and the institutionalization process in the field of sociological tradition, see Berger, Luckmann's founding essay (1966); for a debate focused on "public" institutions to which we will repeatedly refer to, see Donolo (1997).

¹⁰ On this point, see Giddens' recursive model (1990).

¹¹ Corruption and private forms of public assets weaken and delegitimize the public institutions; in that respect, without going too far, Italy is a paradigmatic case.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

	Open	A	B
	Closed	C	D

Such a schematization, despite being simpler than reality from a cognitive perspective, can help understand the operative importance of the role and function of public agencies/institutions in configuring participation.

The crossing actually shows four ideal-typical democracy models: in situation A we achieve the ideal of direct democracy, within which learning is reciprocal and actively participating citizens take part in a dialectic with the institution, which supports their expression and welcomes their demands as resources and not as obstacles. Situation B represents a mode in which institutional openness faces an established social apathy. This situation offers the ground to understand those cases in which the institutional actor puts forward a progressive project but is hindered in its objectives by a conservative society, dominated by culturally established hierarchies tending to exclude certain individuals (such as the caste system). Situation C is the classic representation of society's emerging demand through conflict and mobilization, that does not find an immediate response within the institutional arena and that can bring about the stiffness of the actors, or a gradual recognition that can change the boundaries of representation and citizenship. A relevant example of this, with some obvious differences, can be the time when collective movements played a central role, described at the beginning of this work. Lastly, D is an example of the lack of democratic systems in favour of authoritarian forces that deny and repress dialogue.

A further step in this direction is the next table (table 4), within which the openness and/or closure are represented by means of the participation scale mentioned above and the possibility to think of institutionalization as the space where action can take place.

Table 2 - Participation scale and participation spaces

Non participation	Tokenism	Citizen power
Placation ↓	Consultation ↓ ↓ Engagement	Transformation ↓
↑ ↑ Manipulation Information	↑ Involvement	↑ ↑ Self-mobilization Empowerment
Closed space	Invite space	Inclusive space
<i>Power over</i>	<i>Power over</i>	<i>Power to</i>

(Source: Penderis, 2012)

In the first panel, non-participation precludes the direct involvement of citizens, groups and individuals; consequently the institutional space is closed and keeps the balance of power unchanged.

In the second panel, the situation changes (however slightly): institutions are expected to invite the stakeholders to play a consultative role in an institutionally defined planning stage, in a perspective of consensus and legitimization. Vice versa, in the third panel, space

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

opens up and becomes “inclusive”, putting in place the conditions for the transformation of reality, supporting mobilization and redistributing the decision-making powers of citizens and subordinate individuals.

When describing an evident positive dialectic between “good institutions” and “good participation” it is important not to over-simplify reality. Many research papers carried out in different countries in the North and the South of the world clearly show diverse situations determining, promoting and stating different integration models between open public arenas and marginalized communities, not always leading to positive outcomes (see Cornwall, Cohelo, 2007). The idea of transferability of the so-called *best practices* from one context to the other should therefore be rejected, without a critical analysis of the presence/lack of institutional agencies, their quality level and the ability of citizens to get organized and to mobilize for their own rights.

Participation as a public and collective action model always starts from scratch, regardless of its codification through field experience, meaning that its achievement will definitely need a thoughtful and careful scrutiny of citizenship spaces, offered both from the side of institutions and from the side of the involved social categories.

However, it is rather difficult to theorize that the fight against exclusion and *dis-empowerment* can be pursued without creating and redesigning public institutions, prepared to be flexible, *responsive* and *accountable* in front of the community, groups and movements. The latter too will have to aim at a change of their own structures, which tend to preserve unequal relationships and current hierarchies, making use of an available, inclusive political and action space.

The priority of setting up and implementing inclusive programs and policies is not only to achieve specific goals through a bottom-up strategy, but also to change the relationship between public actors and social actors, to make new institutional participatory practices capable of strengthening the political and claiming features (and/or spaces). In other words, any possible conflict is recognized for its legitimacy and opportunities to offer a different perspective of choices and priorities.

Conclusions

The extensive exchange of ideas on the participatory turn in neo-liberal strategies for the “management of exclusion” (governance) processes and growing inequalities brings about many doubts on its efficacy. For example, on the social, economic and cultural level in the south of the world, a large number of endogenous and exogenous variables generates backwardness.

The idea that participatory practices, implemented by NGOs’ operators and experts, or by the above mentioned international organizations co-responsible of the widespread poverty situation, can generate an actual reversal of the trend in the current division of labour is faulty¹². The effort to intervene on survival conditions of certain local communities, for example access to drinking water, is still the ultimate and compulsory goal in the field of aids. Emergency proves to be a destabilizing factor within the plans to implement participation actions, in the terms described so far. In these cases, the idea is not to contribute to the

¹² This does not take into consideration the emerging, or active long-term, conflicts in the South of the world, most often tacitly and/or explicitly supported by those governments that call for the participation of the excluded in the international settings. A thoughtful reflection on this evident contradiction would be appropriate.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

empowerment of the so-called “earth’s rejects”, but to contribute, even slightly, to the reduction of poverty’s devastating effects.

Quoting Isaiah Berlin’s well-known distinction, it is appropriate to act both on negative liberty (“liberty from” privations), and on positive liberty, i.e. the “liberty to” play my own citizen’s role and to express my individuality (Berlin, 1989). Inevitably, the two liberties overlap: where there is a lack of tangible assets, it is easy to notice an absolute lack of citizenship and democracy.

As a consequence, most studies on participation refer to specific contexts in which conditions of marginality offer the possibilities of association, mobilization, and claim of rights.

Once again, to implement a plan for the direct involvement of a community it is necessary to assess the particular environment, and to understand whether the plan is feasible in respect of the principle of redistribution of the power to act and decide.

As noted, participating is not just a suitable verb for a rhetoric of good intentions. The work that needs to be done, wherever it can be accomplished, to promote such an approach is articulated on different levels and must necessarily face the difficulties of each one. As underlined, it is not enough to adopt a technical rationality and apply it without any distinction to prefigure a sort of actual change in the order of inequalities and to extend the boundaries of citizenship. Such a vision basically complies with the ethnocentricity of the western world that finds answers to problems through expert knowledge, an approach about which many doubts have been raised within western democracies¹³. It is right to remark participation’s tyranny and its new role within the European welfare state and international institutions intervention criteria, however the issue is still open to interpretations and analyses.

Does participatory practice still represent a significant operational mode despite its weaknesses and the obstacles it faces? Can the contrasting outcomes of local development projects and social policies alone prove its inefficacy in transforming the structural conditions of exploitation and exclusion? In order to recognize, or at least adequately treat the importance and scope of the connected problems, the answers to these questions are not univocal.

It is obvious that participation, especially when bound from above, proves to be inadequate in respect of its potentially emancipatory, political and conflictual nature, however it must not be forgotten that strategy reversals can take place, opening the debate on the established order (see Foucault, 1991). Essentially, it has to be taken into account that active resistances may develop, deeply changing the operational and decision-making prerequisites on the one side, while mobilizing in favour of the denied citizens’ rights and spaces on the other.

The overview given so far does not comply with neo-institutionalism’s theoretical assumptions, thus a sort of institutional absolutism appears, which is nevertheless important to understand organizational and social dynamics in general¹⁴. Analyses show that the regulatory and legislative criteria of institutions are determined by exchanges, mutual learning, adjusting and innovation. In the case of public institutions, these assumptions are fundamental to pursue governmental inclusive and open instruments. Even more so in situations where local institutions show their dark side or are absent. Basing an intervention on participation increases its efficacy if it goes along with the institutional building of new political practices, new spaces for the negotiation of interests, new chances of co-learning (Cornwall, Coehlo, 2007). Going back to some of the observations made above, the

¹³ On the role of experts and of the technical-scientific knowledge in public controversies, see Pellizzoni (2012). Also see Beck’s reflections on risk society (2000).

¹⁴ For an introduction to this theory including empirical examples, see Powell, Di Maggio (2000).

unpredictability of participated planning can be dealt with and managed within government institutions characterized by the openness to change. This ideal configuration, although marked by obstacles in its application to the real world, brings about trust in the system, which is a necessary precondition for cooperation and transformation actions (Roninger, 1992). Finally, it could be argued that the establishment, at a local level of this democratic approach, affects the neo-liberal macro policies, strengthening the goals of participated development programs and spreading a plausible and viable alternative example even further.

Bibliography

- ALIETTI, Alfredo: *“La retorica della partecipazione”*, in A. AGUSTONI, a cura di, **Comunità, ambiente e identità locali**. Franco Angeli, Milano, 2005, pp. 187-202.
- ARNSTEIN, Sherry R.: *“A Ladder of Citizen Participation”*, **Journal of American Institute Planners**. 1969, vol. 35, pp. 216-224.
- ATKINSON, Rob: *“Discourse of Partnership and Empowerment in Contemporary British Urban Regeneration”*, in **Urban Studies**. 1999, 36 (1), pp. 59-72.
- _____, COPE, Steven: *“Community Participation and Urban Regeneration in Britain”*, in P. HOGGET (ed.), **Contested Communities**. The Policy Press, Bristol, 1997.
- BALDUCCI, Alessandro: *“Progettazione partecipata tra tradizione e innovazione”*, **Urbanistica**. 1995, n. 103, pp. 113-116.
- BALIBAR, Etienne: **Cittadinanza**. Bollati Boringhieri, Torino, 2012.
- BAUMAN, Zygmunt: **Le sfide dell’etica**. Feltrinelli, Milano, 1996.
- BERGER, Peter L., LUCKMANN, Thomas: **La realtà come costruzione sociale**. Il Mulino, Bologna, 1966.
- BECK, Ulriche: **La società del rischio**. Carocci, Roma, 2000.
- BERLIN, Isaiah: **Due concetti di libertà**. Feltrinelli, Milano, 1989.
- BLACKBURN, James and HOLLAND, John (eds): **Who Changes? Institutionalizing Participation in Development**. Intermediate Technology Publications, London, 1998.
- BURNS, Danny, HAMBLETON, Robin and HOGGET, Paul: **The politics of decentralisation: revitalising local democracy**. Basingstoke, MacMillan, 1994.
- CASTEL, Robert: **Le metamorphoses de la questione sociale**. Fayard, Paris, 1995.
- _____, **L’insicurezza sociale**. Einaudi, Torino, 2004.
- CERI, Paolo: *“Partecipazione Sociale”*, **Enciclopedia delle Scienze Sociali**. Treccani, Roma, 1999.
- CLEAVER, Frances: *“Paradoxes of Participation: Questioning Participatory Approaches to Development”*, in **Journal of International Development**. 1999, 11, pp. 597-612.
- _____, *“Institution, Agency and The Limitations of Participatory Approaches to Development”*, in B. COOKE, U. KHOTARI (eds.), **Participation: The New Tyranny?** Zed Books, London, pp. 36-55, 2001.
- COLLINS, Chik: *“The Dialogics of Community: Language and Identity in a Housing Scheme in West of Scotland”*, in Paul Hogget (ed.), **Contested Communities**. The Policy Press, Bristol, 1997.
- COOKE, Bill and KHOTARI, Uma (eds.): **Participation: The New Tyranny?** Zed Books, London, 2001
- CORNWALL, Andrea: **Making Spaces, Changing Places: Situating Participation in Development**. Institute of Development Studies Working Paper 170, 2002.

- _____. COELHO, Vera S. (eds.): **Spaces for Change? The Politics of Participation in New Democratic Arena**. Zed Books, London, 2007.
- _____. JEWKES, R.: "What is The Participatory Research?", in **Social Science and Medicine**. 1995, 7, pp. 1667-1676.
- DONOLO, Carlo: **L'intelligenza delle istituzioni**. Feltrinelli, Milano, 1997.
- DONZELOT, Jacques, EPSTEIN, Robert: "Se la partecipazione è una scala di otto gradini", in **Animazione Sociale**. 2006, n. 12, pp. 49-62.
- FOLEY, Paul and MARTIN Steve: "A New Deal for the Community? Public Participation in Regeneration and Local Service Delivery", **Policy & Politics**. 2000, vol. 28, n. 4, pp. 479-491.
- FOUCAULT, Michel: "Governmentality", in G. BURCHELL, C. GORDON, P. MILLER, eds, **The Foucault Effects: Studies in Governmentality**. University of Chicago Press, Chicago, 1991.
- GIDDENS, Anthony: **La costituzione della società**. Edizioni di Comunità, 1990.
- HICKEY, Sam, MOHAN, Giley: "Relocating Participation within Radical Politics of Development", in **Development and Change**. 2005, 36 (2), 237-262.
- HOGGET, Paul (ed.): **Contested Communities**, The Policy Press, Bristol, 1997.
- IAP2: **Spectrum of Public Participation**. International Association for Public Participation, Thornton, Co., 2007.
- JESSOP, Bob: "Liberalism, Neoliberalism and Urban Governance: A State-Theoretical Perspective", in T. BRENNER, N. THEODORE, eds., **Space of Neoliberalism, Urban Restructuring in North America and Western Europe**. Blackwell, Oxford, pp. 105-125, 2002.
- JONES, Peris S.: "Urban Regeneration's Poisoned Chalice: Is There an Impasse in (Community) Participation-Based Policy?", in **Urban Studies**. 3, 2003, pp. 581-601.
- LE GALÈS, Patrick: **European cities, social conflicts and governance**. Oxford University Press, Oxford, 2002.
- LYONS, Michal, SMUTS, Carin and STEPHNES, Anthea: "Participation. Empowerment and Sustainability: (How) Do the Links Work?", in **Urban Studies**. 2001, 38 (8), pp. 1233-1251.
- MOINI Giulio: **Teoria critica della partecipazione. Un approccio sociologico**. Franco Angeli, Milano, 2012.
- PELLIZZONI, Luigi (a cura di): **Conflitti Ambientali. Esperti, politica e istituzioni nelle controversie ecologiche**. Il Mulino, Bologna, 2011.
- PENDERIS, Sharon: "Theorizing Participation: From Tyranny to Emancipation", **The Journal of Africa and Asian Local Government Studies**. 2012, 1 (3), pp. 1-25.
- PIZZORNO, Alessandro: **Le radici della politica assoluta**. Feltrinelli, Milano, 1993.
- POWELL, Walter, DI MAGGIO, Paul (a cura di): **Il neoistituzionalismo nell'analisi organizzativa**. Edizioni di Comunità, Torino, 2000.
- RONINGER, Luis: **La fiducia nelle società modern**. Rubettino, Messina, 1992.
- SANDERSON, Ian: "Participation and Democratic Renewal: from Instrumental to Communicative Rationality?", in **Policy and Politics**. 1999, 27 (3), pp. 325-341.
- SEN, Amyrta: **La libertà individuale come impegno sociale**. Laterza, Roma-Bari, 1997.
- STEVEN, Alex, BUR, Anne-Marie and YOUNG, Lucy: "Partial, Unequal and Conflictual: Problems in Using Participation for Social Inclusion in Europe", in **Journal of Social Work**. 1999, vol. 6, n. 2, pp. 2-9.
- WILLIAMS, Glyn: "Evaluating Participatory Development: Tyranny, Power and (Re)Politicisation", in **Third World Quarterly**. 2006, 25, 3, pp. 557-578.
- WORLD BANK: **World Development Report 2000/1: Attacking Poverty**. Oxford University Press, New York, 2001.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

Conflictividad Social y Política en el capitalismo contemporáneo.
Antagonismos y resistencias (I)



número 35 (primer semestre 2017) - number 35 (first semester 2017)

Conflictividad social: categorías, concepciones y debate

Revista THEOMAI / THEOMAI Journal
Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo / Critical Studies about Society and Development

Reading Neoliberalism as a Social Movement from Above¹

Laurence Cox² and Alf Gunvald Nilsen³

In this article we explore the relationship between Marxist theory and social movements, in particular how this relationship works in the specific historical period that we call the twilight of neoliberalism.

Canonical social movement theory operates with a deeply reductive conceptualisation of social movements as a particular institutional level of an essentially fixed political order,

¹ This article develops arguments made in Cox and Nilsen, 2014. It draws on three pieces published on *Progress in Political Economy*, available at <http://ppesydney.net/thinking-marxism-and-social-movements/>, <http://ppesydney.net/neoliberalism-as-a-social-movement-from-above/> and <http://ppesydney.net/a-global-social-movement-wave/>. We are grateful to the editor, Adam Morton, for permission to reuse this material.

² Senior Lecturer, Department of Sociology, National University of Ireland Maynooth.

³ Associate Professor, Department of Global Development Studies and Planning, University of Agder, Norway.

separate and different from political parties, trade unions, and revolutionary transformations. Such theories also have a limited capacity to say anything of strategic substance about the struggles of the day (Barker and Cox, 2011). By contrast, Marxism should have great potential as a movement-relevant theory (Bevington and Dixon, 2005): it is, after all, a body of theory that has been developed from and in dialogue with the struggles of social movements that have been central to the making of the modern world. Paradoxically, however, Marxist writing lacks a theory specifically oriented towards explaining the emergence, character, and development of social movements (Barker et. al., 2013).

We have sought to address these concerns by drawing on a wide range of scholarship within the Marxist tradition to formulate an understanding of movements that departs fundamentally from the central assumptions of the established canon within social movement theory. Our point of departure is Marx's conception of human nature as defined by praxis – the conscious deployment of practical capacities to satisfy needs – and the consequent understanding of social structures and historical processes as originating in conflicts over how praxis is to be organised and structured. From this starting point, we read movements as simultaneously constituted by and constitutive of praxis, and thus at the very heart of the making and unmaking of the structures and processes that underpin *both* social order *and* social change.

We thus attempt to formulate a theoretical approach that speaks to the knowledge interests of activists involved in building oppositional political projects capable of bringing about progressive social change. In doing so, we seek to reclaim Marxism as “movement theory” (Cox, 2014) – that is, the kind of knowledge produced by activists as they confront difficult questions about the nature of the issues they mobilise around, the opposition that they face from above, the relations that connect their own struggles with others, and how to achieve the kind of changes that they want to see. This does not posit Marxism as the *only* theory which can speak to activist knowledge interests; it attempts to demonstrate what can be done with one of the many forms of “frozen” movement theory within critical sociological inquiry. Others too – from feminism and postcolonialism to queer theory and critical race theory – deserve exploration in terms of their implicit movement theories.

I. A Marxist theory of social movements

Conventional social movement studies, under the twin pressures of US positivism and EU funding processes, has become deeply ahistorical, taking the existence of “social movements” as a fixed institutional level (implicitly of political systems) as a given and then seeking to relate this to other spheres understood as fundamentally separate. In periods like the present, where we see solidarity economy in Greece⁴ transform into policy struggle at the European level, Spanish autonomists convert themselves into a political party⁵ and Irish working-class communities challenge state power⁶, this perspective is intellectually feeble and politically unhelpful. Instead we take seriously movements' intention of *moving*, becoming other than they currently are – which represents a challenge for positivist research but is a long-standing historical experience which Marxism, among other theories, reflects on. More widely still, a key Marxist concern is the historical question of how to account for the existence of particular

⁴ <https://www.theguardian.com/world/2015/jan/23/greece-solidarity-movement-cooperatives-syriza>

⁵ <https://www.opendemocracy.net/can-europe-make-it/cristina-flesher-fominaya/%E2%80%9Cspain-is-different%E2%80%9D-podemos-and-15m>

⁶ <http://anarchism.pageabode.com/andrewnflood/origins-development-water-charges-ireland>

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

fields or institutional spheres in their current form, the relationships and conflicts between them and the processes which reshape these historically – and locally-specific arrangements.

We start from a broad reflection on praxis – the material, collective, skilled and hence also developmental ways in which human beings meet their needs and make their worlds – in particular an exploration of its conflictual aspects. We look firstly at those forms of collective agency which are by definition the most widespread and effective in normal periods, what we call “social movements from above”. More specifically, forms of collective human agency that can draw on central positions of *power* (particularly within the state), a key role in *economic* direction (particularly in the organisation of paid and unpaid work) and high *cultural* prestige quite naturally draw on these resources, are shaped by these relationships, and are connected to specific social interests. This is the broad field – of alliances between elite groups around particular projects for the direction of society as a whole, and of the consent or coercion of various subaltern groups – that Gramsci (1971) discusses under the term hegemony.

Other forms of collective agency – “social movements from below” – do not have the same kinds of resources available to them and are shaped by this, in historically specific ways: the agency of the *powerless*, the exploited and the culturally stigmatized quite naturally operates differently, although in a wide variety of historically specific ways. One key aspect shaping such movements is how far they are the object of attempted *coercion* by hegemonic forces or how far such forces seek their *consent* by selectively meeting the needs involved, attempting a subordinate incorporation of their organisations, etc.

These are not historically-fixed relationships: any given hegemonic alliance is built on the collapse of a previous one, following a period of organic crisis in which the earlier mode of hegemony has become unsustainable. Such crises often see substantial challenges to earlier arrangements from both above and below, seeking to reorganise power, wealth and culture in their own interests under a new hegemonic alliance. The fields which emerge, and their particular character, can be understood as representing truce lines from previous struggles. In normal periods conflict within these fields takes a lower-level character, not seeking to transform or abolish the fields; crises are precisely those moments in which significant social forces effectively place particular institutional and structural arrangements in question, whether from above or below.

Because of the conflicts through which such arrangements are arrived at, any homogenising account of a given social formation is at best partial. The different “worlds of welfare capitalism”, “paths to neoliberalism”, “cleavage structures”, “movement landscapes” etc. are the local outcomes of struggles which are partly contingent. We need to see both the broad (in fact global) social relationships which structure the big picture, and the concrete way in which these relationships intersect in different times and places, producing different outcomes and allowing local actors to respond to their particular situation within the wider context. This is a political analysis, paying particular attention to how the specific shapes of the social world are the outcome and object of power struggles, but also recognising the contingency and agency involved and hence the potential for things to be otherwise.

Turning to social movements from below, we define these in ways that do not simply eternalise the specific institutional arrangements of a given time or place (as when Cold War social movement theory assumes a categorical distinction between low-level resistance, popular culture, labour struggles, community organising, religion and ethnicity, political parties, and revolutionary periods). We start from the given social relationships within which people find themselves and to which they respond in trying to meet their needs; these responses can become patterned as *local rationalities*. When (as often) such rationalities find

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

themselves in conflict with structures of social power, representing opposing interests and holding cultural authority, they can articulate themselves as what Williams (1989: 249) calls *militant particularisms*. At times such particularisms can come to recognise themselves in one another and develop into *campaigns* around a particular issue or a particular set of interests. Infrequently, but dramatically, such campaigns may come together around a *social movement project*, a substantial challenge to hegemony around a different vision of how society should be structured. At times, such projects can provoke *organic crises* as they disrupt hegemonic alliances.

This perspective is developmental (rather than assuming that a given “movement”, or movements as such, are permanently fixed in a particular form) and organised in terms of potential. It is not that the process *must* move from one step to another – most do not, and movements from above often seek to roll this process back, to demobilise. But it is crucial analytically, in any longer perspective, and politically, to recognise that where movements *currently* are is not always the limit of what is *possible*. Writing about Irish movements in 2014, we could articulate the *potential* for a new wave of movements developing outside existing institutions, but the massive water charges struggle had not yet taken place. Here a sociology defined by naturalising current institutional contexts serves us poorly.

II. Neoliberalism as a social movement from above

We now turn to exploring how different phases of capitalist development derive their distinct political economies from cycles of struggle between movements from above and below in the context of systematic crises. Our goal is a politically enabling reading of accumulation strategies and state forms as contested and contingent, rather than systematic givens. Elsewhere (Cox and Nilsen, 2014) we have outlined a long view of how capitalism has been shaped by such cycles of struggle; here we focus on neoliberalism as a social movement from above, currently in a crisis which we refer to as its twilight period.

The neoliberal project originates in the collapse of the state-centred form of capitalist development that was hegemonic across the North-South axis from the post-war years until the early 1970s, and which was shaped in very fundamental ways by reforms that had been won by the social movements of working classes and colonised peoples in the first half of the twentieth century. This unravelling took the form of a crisis that was simultaneously economic and political: the economies of the global North stagnated while those of the global South witnessed the accumulation of vast debts, and elites across the North-South axis were confronted by new waves of labour militancy and radical popular movements that destabilised their hegemonic positions. In our analysis, neoliberalism is best understood as a collective response to this situation, predicated on restoring the power of capital over labour by reversing many of the victories won by movements from below, and in doing so disembedding capitalist accumulation from the institutionalised regulations that had circumscribed commodification in the post-war years.

How do we understand this response in terms of collective agency from above? Firstly, the emergence of what Jones (2012) refers to as “the intellectual infrastructure of neoliberalism” is of crucial importance. This process, initiated in the interwar period, revolved around the building of a transatlantic network of think-tanks that created and synthesized a neoliberal policy agenda as an alternative to the postwar Keynesian orthodoxy. The making and operations of this network – including the Mont Pelerin Society, the American Enterprise Institute, and the Centre for Policy Studies – were in turn closely linked to a second key

process, the rise of a significant fraction of corporate capital that sought to break with the regulatory regimes of postwar capitalism and their grounding in the nation state. During the 1960s and 1970s, this fraction – which we refer to as transnational capital – became increasingly organised and increasingly systematic in its advocacy of neoliberal policy prescriptions. Thirdly, the political breakthrough of the neoliberal project in the global North⁷ was ensured by the construction of links between think-tanks, transnational capital and forces in British and North American politics that promulgated new policy regimes fusing sociocultural conservatism with a market-oriented critique of Keynesian economics.

While the breakthrough of the neoliberal project in the global North was heralded by Reagan and Thatcher's electoral victories, its global extension was achieved through the response of international financial institutions such as the World Bank and the IMF to the outbreak of a crippling debt crisis in the global South⁸ in the early 1980s. Expressing how neoliberal ideas had come to define these institutions' policy agenda, the crisis was met with Structural Adjustment Programmes that enforced thoroughgoing restructuring through financial austerity and economic liberalisation. This process, however, was not one in which Northern institutions simply imposed a policy agenda on Southern states. It was equally driven by the agency of elite groups in the global South who sought to break with the state-led developmentalism that had prevailed across Asia, Africa and Latin America since the post-war years. Indeed, the authoritarian regimes installed in Chile and Argentina in the 1970s provided a vital arena for dress rehearsals foreshadowing the neoliberal turn that followed in subsequent decades⁹.

The 1990s witnessed some key changes in the form of the neoliberal project, as the New Right gave way to New Labour and "poverty reduction" came to substitute for structural adjustment, in a turn which emphasized technocratic institution-building to secure the long-term consolidation of the project's key achievement – the disembedding of the market¹⁰ and the restoration of the power of capital over labour.

The political economy of neoliberalism

If we take a step back and consider neoliberalism as a whole, these achievements are inscribed in its political economy. In terms of economic restructuring, the neoliberal project was oriented towards restoring profitability for corporate capital, achieved by breaking the power of organised capital and reversing the processes of decommodification that characterised state-centred capitalism (in various ways and degrees) after 1945. The power of organised labour was undermined through the construction of a new geography of production: the large-scale relocation of manufacturing from North to South enabled capital both to break free from the compromises that had been struck with working-class movements in the post-war era, and to benefit from massive pools of cheap labour in Asia and Latin America in particular. Decommodification has been reversed through a range of practices that Harvey (2009) calls "accumulation by dispossession" – basically, the conversion of public goods and services, elements of the social wage, and common property resources into capital through state-orchestrated processes of privatisation and financialisation.

⁷http://www.newleftproject.org/index.php/site/article_comments/a_short_history_of_neoliberalism_and_how_we_can_fix_it

⁸<http://roarmag.org/2012/08/mexican-greek-debt-crisis-neoliberalism/>

⁹<http://www.counterpunch.org/2014/12/05/chiles-neoliberal-flip-flop/>

¹⁰<http://www.onthecommons.org/why-karl-polanyi-still-matters>

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

Judged in terms of its ability to restore profitability, the neoliberal project has been a success: in contrast to 1970s stagnation, the neoliberal decades have witnessed profits at 60 to 75 per cent of the record levels of the 1950s and 1960s. However, the restoration of profits went hand in hand with an ever-growing gap between productivity and wages. As production has been reorganised in the North and the exploitation of cheap labour in the South has increased, the wealth created by the global working classes has accrued largely to capital. The manifestation of this lop-sided trajectory can be found in the staggering inequality that characterises the world economy: according to recent estimates¹¹, the richest 1 per cent of the world's population will control more than 50 per cent of global wealth by 2016. In the OECD countries, inequalities increased steadily between 1978 and 2007¹², a trend exacerbated by economic crisis over the following years. And in the emerging markets in the global South – such as India, China, and South Africa – economic growth has coincided with dramatic increases in inequality between ascendant elites and the mass of the population (UNDP, 2013).

As a movement from above, the neoliberal project has been concerned with first seizing and then transforming the state in some very important respects. This is evident in how the modus operandi of the state has involved both facilitating the disembedding of accumulation across space and governing social insecurity through workfare and punitive containment. The disembedding of accumulation is propelled by the introduction of policies geared towards securing property rights, liberalising national investment regimes, granting access to transnational capital, imposing fiscal restraint, and creating flexible labour markets. Significantly, much of this activity is closely related through imposition of binding constraints on macro-economic policy-making through agreements administered by international financial institutions and transnational inter-governmental bodies.

The new forms of social insecurity thrown up by neoliberal restructuring are increasingly governed through workfare regimes seeking to regulate an ever-growing population of unemployed and underemployed in relation to precarious labour markets by making access to benefits and assistance conditional upon participation in work-enforcing programmes. While workfare can be understood as a way of imposing market discipline on individual bodies and everyday routines, the increasing orientation towards social control is also visible in the growing scope and intensity of punishment¹³. This is most pronounced in the US, where the racial and social profile of a prison population that has grown by some 450 per cent since the early 1980s mirrors – as Ruth Wilson Gilmore (2007) shows in her seminal study *Golden Gulag* – that of the country's working or workless poor. Punitive containment has also made inroads in Europe via transnational policy networks, and is particularly evident in the aggressive policing of the border zones between North and South – most brutally in the current refugee crisis. In the global South, the trend is manifest in the increasingly militarised policing of the urban environments that house the region's vast informal working classes.

The current crisis

It was the same accumulation strategies that were central to the restoration of class power authored by the neoliberal project which fomented the collapse in world financial markets, and the subsequent debt crises and recessions for which austerity is touted as a solution.

¹¹ <http://www.oxfam.org/en/research/wealth-having-it-all-and-wanting-more>

¹² <http://www.oxfam.org/en/research/wealth-having-it-all-and-wanting-more>

¹³ <https://www.opendemocracy.net/5050/1o%C3%AFc-waquant/punitive-regulation-of-poverty-in-neoliberal-age>

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

The current crisis – both in its economic origins and its social consequences – has done much to erode the legitimacy of a central ideological trope of the neoliberal project: the claim that individuals who act as entrepreneurial financial subjects will maximise their well-being through prudent marketplace investments. This has eroded support for neoliberalism, especially perhaps among middle classes who banked on promises of material benefits and social mobility (Foster, 2008). In this context, the widespread application of austerity is not necessarily a sign of strength on the part of economic and political elites. Rather, it signals that movements from below encounter elites who have little flexibility, and thus prefer coercion to making concessions in return for consent.

Alongside this is the entwining of the crisis of neoliberalism with the unravelling of US hegemony in the world-system (Wallerstein, 2003). This encompasses not only the waning of North American economic supremacy since the 1970s, but also the erosion of support for the War on Terror, the new-found capacity of Latin American states to distance themselves from US tutelage, and the difficulty in recruiting support for military interventions in Georgia, Syria or Ukraine, showing clear tendencies towards the weakening of Washington's geopolitical clout.

This is the twilight of neoliberalism: a moment when political and economic elites are incapable of solving fundamental contradictions through new hegemonic projects. This is also the terrain upon which movements from below mobilise to make their own history after the twilight of neoliberalism fades to black. Elites are no longer able to rule as they have been accustomed, and ordinary people are no longer willing to go on being governed as they have been. So how can we understand the current situation?

III. A global movement wave

Since the turn of the millennium we have seen a global wave of movements from below, with most continuity in Latin America and western Europe. South America in particular saw the breakdown of the US' historical regional hegemony and of neoliberal orthodoxy, with a complex range of relationships between states and popular movements indicating that there is more than one possible way forward. In Europe, this continuity runs from the "movement of movements" around the turn of the millennium through the largest global protests ever on February 15, 2003 (where western Europe was the numerical centre of gravity), into anti-austerity resistance from the onset of the financial crisis, the indignad@s and Occupy of the early 2010s and on to today. As in Latin America, there is substantial movement continuity (Flesher Fominaya, 2015), but less political impact.

Elsewhere the two highpoints of popular mobilisation (centred around the years 2000 and 2011) observable in Europe are more sharply separated, as in the US and Australia where post-9/11 repression brought about a clear break in the movement (Humphrys, 2013), or in the Arab world where large-scale mobilisation primarily refers to the second of these peaks, but with some development from the earlier movement against the US' war in Iraq. Finally, India and China have long-standing and large-scale social movements but relatively fragmented and isolated, less able to come together around a social movement project. This "uneven and combined development of social movement mobilisation" mirrors previous historical experience. Organic crises are felt most sharply in regions where hegemony is most problematic and where movements can develop most fully. Thus the current European manifestation of the crisis is worth a closer look.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

Understanding the European crisis

In (primarily western) Europe we have experienced a long stalemate where popular mobilisations on a scale that in other decades might have constituted an irresistible force have met the immovable object of neoliberal policy. Yet, also unlike previous experiences, the massive challenge to state power and legitimacy made by such mobilisations has *not* been effectively repressed; despite the shootings of protestors at Gothenburg and the killing of Carlo Giuliani in Genoa in 2001, western European states cannot muster sufficient consent for lethal repression (Cox, 2014b).

This is another manifestation of the crisis of neoliberal hegemony – as is the immense difficulty experienced by those elites who are aware of the crisis in articulating a different way forward, seen over the long tug-of-war between the EU and Greece. Underlying the tensions within EU institutions between the hardline approach and voices of doubt was declining popular and elite support for neoliberalism. Like previous accumulation strategies, neoliberalism has a limited shelf-life, given not least by the declining returns to participants in the hegemonic alliance – and thus their increasing tendency to weigh up the costs of exit as against those of continued loyalty. Under these circumstances, elites understandably attempt to ride out the crisis without rearrangements that might change these calculations for participants, producing a “fierce but brittle” hegemony. This crisis is most clearly manifested on the periphery (Iceland, Greece, Spain, Portugal and Ireland), taking right-wing nationalist forms in some core and Eastern countries (UK, Germany, Poland, Hungary): however there are significant exceptions, such as *Nuit Debout* in France.

Keeping austerity going

As has been widely noted, the intra-EU conflict officially represented as between nation-states is better understood as a conflict *within* those countries; orthodox neoliberal governments are determined to avoid anything which might boost support for local anti-austerity movements, even if it might benefit their own economies in strictly policy terms. The Greeks could not be seen to win the confrontation with the EU – lest others get ideas.

There is also, however, a question of the direction of the EU as a whole, particularly visible in the first days after the Greek election. In this context, hardliners took the perspective of a purely technical, financial logic in which there is no alternative to the continued operation of institutional arrangements that enshrine neoliberalism as a mode of rule – not simply individual bailout arrangements, but packages like the Six Pack and the Fiscal Compact which apply to all or most member states.

Doubting voices, at times represented by France, were more concerned about the conditions for continuing consent to EU policy, both in the socio-economic sense in which (for example) Barroso commented in 2013 that Europe is approaching the [limits of political sustainability of austerity policies](#)¹⁴ and in the more narrowly political sense in which legitimate rule has increasingly been suspended, not only through EU-wide agreements and Troika bailout conditions, but also through the re-running of referenda, the installation of technical governments, the corruption of governments elected on anti-austerity mandates and Portugal’s “soft coup”.

¹⁴ <http://www.spiegel.de/international/europe/barroso-says-austerity-in-europe-has-reached-its-limits-a-896019.html>

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

It is not clear that this particular circle can be squared: if Europeans (and not only Spanish and Irish) believed that alternatives to austerity politics might win, this could have unleashed a tidal wave of popular radicalism far beyond the moderate demands of the Greek negotiating position. Conversely, the failure to make concessions (Schäuble's insistence that the results of elections do not matter) risks a substantial erosion of consent in a Europe whose elites increasingly lack popular support. The solidarity call for support for Greece from leading German and Austrian trade unionists¹⁵ highlighted this. As we wrote in mid-2015, "if popular political agency is dormant in much of Europe (resigned to the continuation of things as they are or unwilling to step outside of existing arrangements), this cannot be taken for granted as the proponents of a purely technical neoliberalism imposed by institutional force would like." The Brexit debate and the rise of AfD underline this in particularly destructive ways.

European movements from below

It is important, however, to keep our attention on the vast iceberg of popular movements, not simply on the party elements that poke above the surface of the water. If Gramsci imagined the political party as a Modern Prince, for many present-day commentators it is a Prince Charming, an easy solution to complex problems that can be arrived at within a safely-bounded perspective. The Latin American experience has not been so simple: if we have seen a series of left governments propelled into power by popular movements, some implementing quite dramatic changes, the relationships between governing parties and movements have been complex, with issues of clientelism and co-option as well as outright repression alongside more positive experiences of radical states nurturing popular decision-making capacity.

In fact, it is not the party situation that aligns Greece (where Syriza has a long and relatively "classical" left genealogy) with Spain (where Podemos is a recent creation from a historically anti-institutional left milieu) and Ireland (where electoral contenders include three Trotskyist organisations, Sinn Féin dabbling in left populism, an ex-Labour Party formation and various independent leftists). It is that these manifestations within the political system reflect a significant breakdown of neoliberal hegemony within society and a massive movement upsurge.

In Ireland, after several years of traditionalist and ineffectual resistance to austerity measures, the collapse of the Trotskyist-led campaign against household charges opened a space for direct resistance to the installation of water meters in working-class estates with long histories of community activism (see also the struggle for public water in Italy¹⁶). This movement spread like wildfire to traditionally conservative parts of the country, provoking a crisis of state power: in the effective prevention of metering in many areas, the removal of installed meters, a non-payment campaign including well over half the population, some of the largest protests in living memory, the defection of several unions from Labour Party hegemony and the recent near-failure to form any government because of the issue.

Party politics struggles to contain or represent such movements – not least because the neoliberal movement from above sought to enshrine its power by removing so much of what matters for popular movements from the sphere of democratic decision-making.

¹⁵ <http://links.org.au/node/4280>

¹⁶ <http://ppesydney.net/the-struggle-for-public-water-in-italy/>

Going beyond the limits

Efforts are being made at national and EU level to bring movements together around resistance to austerity. The kinds of forces gathered around things like Blockupy, Altersummit or DiEM25 can hardly be seen as a social movement project in our terms, but they do rest on fifteen years of a European “movement of movements”, close collaboration in other fields such as climate justice and anti-war activism, and a widespread realisation that the issues at stake are pan-European. The *potential* for something broader is there, and how far movements from below can respond to this and recognise themselves in each other and against neo-liberalism will be determining for Europe’s future direction. In particular, the question is whether the crisis of democratic legitimacy on Europe’s southern and western fringe – ongoing since the Icelandic saucepan revolution of 2008 (Júlíusson and Helgason, 2013) – can find a resonance with deeper tensions inside core European states.

How does this regional crisis relate to the global picture? As noted above global waves of movement mobilisation are always deeply uneven: the hegemonic strength of a particular accumulation strategy, and popular capacity to develop a wider social movement project combining a broad movement alliance with a challenge to that accumulation strategy, vary dramatically between different regions as well as within them, and cannot neatly be read off from structural indicators.

In our view, whether neoliberalism is ending is not the main question now. Such hegemonic projects have always had relatively short shelf-lives of a few decades, induced by their declining ability to meet the interests of the key members of the alliances underpinning them. The real question is how much damage neoliberalism will do in its prolonged death agonies; and, even more importantly, what (or more sociologically, who) will replace it and how.

References

- BARKER, C. and COX, L.: **What have the Romans ever done for us?** Helsinki, 2001.
 _____ et al.: “Marxism and social movements”. In: BARKER, C. et al. (Hg.), **Marxism and Social Movements**. Amsterdam, 2013, pp. 1-37.
- BEVINGTON, D. and DIXON, C.: “Movement-relevant theory”. In **Social Movement Studies**. Jg. 3, Heft 3, 2005, pp. 185-208.
- COX, L.: “Movements making knowledge”. In **Sociology**. Jg. 48, Heft 5, 2014a, pp. 954-971.
 _____ “Changing the world without getting shot”. In LAKITSCH, M. (Hg.), **Political Power Reconsidered**. Vienna / Berlin, 2014b, pp. 103-126.
- _____ and NILSEN, A.G.: **We Make Our Own History**. London, 2014.
- FLESHER FOMINAYA, C.: “Debunking spontaneity”. In **Social Movement Studies**. Jg. 14, Heft 2, 2015, pp. 142-163.
- FOSTER, J.B.: “The financialization of capital and the crisis”. In **Monthly Review**. Jg. 59, Heft 11, 2008.
- GILMORE, R.W.: **Golden Gulag**. Berkeley, 2007.
- GRAMSCI, A.: **Selections from Prison Notebooks**. London. 1971.
- HARVEY, D.: “The ‘new’ imperialism”. In **Socialist Register**. Jg. 40, 2009, pp. 63-87.
- JONES, D.S.: **Masters of the Universe**. Princeton, 2012.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

- JÚLÍUSSON, Á.D. and HELGASON, M.S.: "*The roots of the Sautepan Revolution in Iceland*". In BARKER, C. et al (Hg.), **Marxism and Social Movements**. Amsterdam, 2013, pp. 189-202.
- HUMPHRYS, E.: "*Organic intellectuals in the Australian global justice movement*". In BARKER, C. et al (Hg.), **Marxism and Social Movements**. Amsterdam, 2013, pp. 357-376.
- UNDP: **Humanity Divided**. NY, 2013.
- WALLERSTEIN, I.: "*US weakness and the struggle for hegemony*". In **Monthly Review**. Jg. 55, Heft 3, 2003.
- WILLIAMS, R.: **Resources of Hope**. London, 1989.

Conflictividad Social y Política en el capitalismo contemporáneo.
Antagonismos y resistencias (I)



número 35 (primer semestre 2017) - number 35 (first semester 2017)

Conflictividad social: categorías, concepciones y debate

Revista THEOMAI / THEOMAI Journal

Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo / Critical Studies about Society and Development

La contribution du néozapatisme mexicain au développement de la pensée critique contemporaine¹

Carlos Antonio Aguirre Rojas²

Je voudrais, comme la majorité des collègues qui m'ont précédé dans l'usage de la parole dans ce Séminaire, commencer par remercier les compagnons néozapatistes pour l'invitation à participer à cet événement, qu'ils ont appelé aussi un «semencier» d'idées. Mais je ne voudrais pas que ceci soit une simple affirmation rituelle ou déclarative, mais bien plutôt un remerciement réellement profond et à la fois fondé. Et je commence en disant cela, car d'une certaine manière je concevrais que toute ma présentation est le fondement de ce remerciement,

¹ Ce texte est la version corrigée de l'exposé présenté lors du Séminaire 'El pensamiento crítico frente a la hidra capitalista' organisé par les compagnons néozapatistes à Oventik et à San Cristóbal de Las Casas, entre le 3 et le 9 mai 2015.

² Chercheur dans l'Instituto de Investigaciones Sociales de l'Universidad Nacional Autónoma de México, et Directeur de la revue *Contrahistorias. Pensamiento Crítico y Contracultura*.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

ou l'effort de lui donner un sens mieux fondé. Lorsque je finirai mon exposé, vous comprendrez ce à quoi je fais référence.

Le thème que j'ai choisi pour ma présentation, car les compagnons en nous invitant nous ont donné la liberté absolue de définir notre thème, est celui de ce qu'a été et ce qu'est la *contribution* que le mouvement néozapatiste a apportée, pendant déjà vingt ans, au développement et à l'approfondissement de la pensée critique actuelle. Ceci est le thème que je souhaite aborder, bien que je sois conscient qu'il s'agit d'un thème immense et complexe, de sorte que je me limiterai à aborder seulement quatre exemples et quelques pistes, mais en sachant clairement que la liste de ceux-ci pourrait facilement se démultiplier.

Pour commencer, la première question que nous devons nous poser est : qu'entendons-nous par pensée critique ? Et pour y apporter une réponse, je vous dirais d'abord que je crois qu'aujourd'hui, en ces débuts chronologiques du XXI^{ème} siècle, la pensée de Marx est probablement beaucoup plus d'actualité qu'à l'époque même de Marx; et ceci malgré, par exemple, certains théologiens de la libération qui aujourd'hui veulent se déguiser en marxistes. Il y a quelques années, ici même où nous sommes aujourd'hui, l'un de ces théologiens de la libération vint offenser les compagnons néozapatistes et nous tous, en disant que les peuples d'Amérique latine étaient des peuples primitifs et attardés. Le jour d'après, le Sous-Commandant Insurgé Marcos répondit comme il le méritait, bien que ceci n'empêche pas que ce théologien continue d'essayer de se déguiser en marxiste pour chercher à recycler, sans succès, sa théologie aujourd'hui caduque et dépassée de la libération.³ Ainsi, bien que ce soit au grand regret de ces théologiens de la libération, le marxisme de Marx est aujourd'hui toujours plus d'actualité que jamais.

De plus, malgré certains vieux anti-léninistes qui se sentent grands pour critiquer Lénine, sans le comprendre et en le sortant de son contexte, et sans comprendre que Lénine est l'un des marxistes les plus créatifs, intelligents et importants de tout le XX^{ème} siècle, et malgré toutes les variantes de la pensée postcoloniale, ou décoloniale, dont je considère qu'elles ne comprennent rien non plus, et qu'elles sont de la camelote idéologique de très mauvaise qualité, très en-dessous de l'analyse extrêmement fine de Frantz Fanon, par exemple, qui s'il nous a expliqué ce qu'était le colonialisme moderne depuis un point de vue marxiste et critique, et aussi contre toutes les postures postmodernes qui ont déjà été mentionnées et critiquées ici -postures irrationnellement relativistes, qui affirment qu'il n'y a pas de vérités historiques, et que tous les points de vue sont également valables et comparables-, contre toutes ces positions et ces groupes cités, je crois que le marxisme original de Marx est aujourd'hui plus d'actualité que jamais. Et à ses côtés, l'est aussi le marxisme des marxistes réellement *critiques* du XX^{ème} siècle, comme celui de Lénine, celui d'Antonio Gramsci et celui de Rosa Luxembourg, celui de l'École de Francfort ou encore celui de Mao Zedong, et plus récemment le marxisme d'Edward Palmer Thompson, celui de Bolívar Echeverría, ou celui d'Immanuel Wallerstein, pour ne mentionner que quelques-uns des plus connus et diffusés.

À partir de cette vitalité toujours en cours du marxisme de Marx, je crois également que la manière dont Marx lui-même définit la pensée critique continue d'être également valable; car Marx écrit un ouvrage riche et fondamental qui est *Le Capital. Critique de l'économie politique*, où il nous explique que la pensée critique consiste en le fait de partir de l'apparence capitaliste, en prenant les catégories bourgeoises qui reflètent cette apparence capitaliste immédiate, toujours mystifiée et trompeuse, pour alors démonter ses mécanismes

³ À ce sujet, vous pouvez écouter les enregistrements audio du *Primer Coloquio Internacional In Memoriam Andrés Aubry*, du 15 décembre 2007 l'après-midi, et du 16 décembre 2007 au matin, sur le site 'Enlace Zapatista', <http://www.ezln.org.mx>.

d'occultation et de déformation de la réalité, en montrant ses lacunes, ses tromperies, ses mensonges, ses insuffisances et ses biais, pour -à partir de cette déconstruction ou démontage-, accéder à l'essence profonde de cette réalité capitaliste; et, une fois réalisé ce processus de démontage et d'accès à l'essence des choses, procéder ensuite à la construction d'une nouvelle vision, authentiquement critique, rigoureuse, scientifique de cette même réalité analysée.⁴

Je reprendrai plus loin cette définition marxiste de ce qu'est le fait de penser de manière critique, définition toujours valable et fondamentale, pour me demander ce que les compagnons néozapatistes lui apportent. Ainsi, pour pouvoir aujourd'hui penser de manière critique, nous devons donc récupérer la riche pensée de Marx, qui continue d'être, comme l'a affirmé un jour Jean-Paul Sartre, l'horizon indépassable de toute réflexion critique contemporaine possible;⁵ bien que nous devons également récupérer la pensée de tous les marxistes critiques postérieurs à Marx que nous avons cités précédemment.

De plus, je crois qu'il serait aussi fondamental de récupérer les apports principaux de ces penseurs critiques du XX^{ème} siècle qui, bien qu'ils n'aient pas été marxistes, ou bien qu'en certaines occasions ils se déclarent ouvertement étrangers au marxisme, ont été capables de penser à contrecourant de la pensée bourgeoise dominante, et à partir d'horizons authentiquement critiques et questionneurs de l'idéologie régnante. Et ce n'est pas un hasard si, lorsque nous étudions les biographies intellectuelles et les itinéraires spirituels de ces penseurs, nous découvrons parfois qu'ils ont bien été marxistes dans leur jeunesse, ou qu'ils dialoguèrent avec le marxisme, ou encore qu'ils ne se sont jamais assumés en tant que marxistes, plutôt à cause du marxisme vulgaire et des partis communistes avec lesquels ils ont coexisté dans leurs pays respectifs, tout au long du XX^{ème} siècle.

Ainsi, ces penseurs critiques connaissaient Marx à divers degrés, et l'incorporaient à leurs analyses, dialoguaient de manière critique avec lui ou le considéraient comme une référence importante bien que polémique pour leurs recherches. Je pense à des auteurs tels que Fernand Braudel, Michel Foucault, Norbert Elías, Mikhaïl Bakhtine ou Carlo Ginzburg, tous des auteurs que je crois que nous devons récupérer, quant à leurs apports principaux à la pensée critique, simultanément à la récupération des auteurs marxistes.

Je ne peux pas développer davantage ce point ici, mais je pense que ce que ces auteurs que j'ai mentionnés, marxistes et non marxistes, ajoutent en général à la définition marxiste de ce qu'est la pensée critique, sont surtout les différents *modes* ou *mécanismes* à travers lesquels nous pouvons mener la déconstruction, le démontage puis la reconstruction cités précédemment. En effet, c'est à cela que fait référence Walter Benjamin avec sa métaphore fantastique de 'passer la brosse à contrepoil des faits historiques', pour ainsi faire émerger les passés vaincus, de même que Fernand Braudel lorsqu'il nous propose de *décentrer* notre point d'observation habituel, et au lieu de voir la Méditerranée depuis l'Europe, comme tous le font, voir l'Europe depuis la Mer Méditerranée, ou au lieu d'analyser la consommation depuis la production, essayer plutôt d'expliquer et d'analyser la production depuis le point de vue de la consommation.⁶

Ou encore, c'est le cas de Norbert Elias lorsqu'il nous invite à dissoudre les dichotomies binaires limitées qui ont fait tant de mal à la pensée critique -selon lesquelles l'on oppose

⁴ Pour cette définition de ce qu'est la pensée critique, cf. Carlos Marx, *El Capital. Crítica de la economía política*, 8 tomes, Éd. Siglo XXI, Mexico, 1975 - 1981. De même, Bolívar Echeverría, *El discurso crítico de Marx*, Éd. Era, Mexico, 1986, et "La actualidad del discurso crítico", dans *Contrahistorias*, núm 19, Mexico, 2012, et Carlos Antonio Aguirre Rojas, *El problema del fetichismo en El Capital*, Éd. IIS-UNAM, México, 1984.

⁵ Sur ce point, cf. Jean-Paul Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*, 2 tomes, Éd. Losada, Buenos Aires, 1963.

⁶ Nous faisons référence aux textes de Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, Éd. Contrahistorias, Mexico, 2005, et de Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Éd. FCE, México, 1976, et *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV - XVIII*, Éd. Alianza editorial, Madrid, 1984.

rigidement nature contre culture, individu contre société, instinct contre civilisation, ou travail contre loisir-, pour mieux assumer des postures bien plus dialectiques de la relation complexe qu'entretiennent ces réalités mentionnées. Évoquons également Michel Foucault, qui nous propose d'éliminer l'innocence sur la neutralité supposée du savoir, et de découvrir toujours dans le développement et l'usage de ce savoir supposé, les mécanismes implicites et occultes du pouvoir; et ceci en même temps qu'il nous convie à historiciser radicalement toutes les catégories et concepts que nous utilisons, pour ne pas croire que le terme 'folie' a la même signification au XVI^{ème} siècle qu'au XVIII^{ème}, au XIX^{ème} ou au XX^{ème} siècle.⁷ Pour cela, lorsque les compagnons parlent du fait que nous avons besoin de construire des nouveaux concepts, ils ont parfaitement raison, et je crois que nous devons aussi apprendre à définir ce que signifient les vieux concepts à chaque étape et maintenant, anciens concepts qui restent encore valables et fondamentaux, tels que le concept de lutte des classes, ou celui de l'accumulation du capital, par exemple.

Quelque chose de similaire a lieu lorsqu'Immanuel Wallerstein nous expose que nous devons «impenser», et non dé-penser ni repenser, mais bien *impenser* les catégories et les concepts appris, pour révéler leurs présupposés non explicités, de même que lorsque Carlo Ginzburg revendique le procédé de l'«étrangement», ou lorsqu'Edward Palmer Thompson nous propose de revaloriser et d'adopter le point de vue de «ceux d'en bas», ou le point de vue des victimes, comme le proposait Walter Benjamin; ou encore lorsque Mikhaïl Bakhtine nous enseigne la manière de récupérer les codes de la culture populaire, ou de reconstruire et de refaire les discours dialogiques et polyphoniques, pour être capables de réinterpréter l'histoire à partir de ces mécanismes.⁸ Mais je n'approfondirai pas ces thèses, pour passer plutôt à la seconde partie de ma présentation, celle de la contribution spécifique du néozapatisme mexicain au développement de la pensée critique contemporaine.

À partir des apports et des approximations évoquées de tous ces auteurs, comment pouvons-nous situer la pensée critique qui a été développée par les compagnons néozapatistes? Mon interprétation personnelle est que la manière selon laquelle les compagnons néozapatistes ont nommé ce qu'est le fait de penser de manière critique, a été exposée à travers une métaphore merveilleuse et fondamentale, à laquelle je reviendrai plus loin, et qui est celle du fait que nous devons apprendre à 'regarder en bas et à gauche'. Mais je souligne que ce regard en bas et à gauche est quelque chose de complexe, car il implique tant le fait de regarder *vers* le bas, que le fait de regarder *depuis* le bas, deux choses qui ne sont absolument pas les mêmes, en plus du fait qu'il implique également de regarder *vers* la gauche, mais aussi de regarder *depuis* la gauche, deux choses qui à nouveau ne sont absolument pas identiques.⁹

⁷ Sur ces points, cf. Norbert Elias, *Sociología fundamental*, Éd. Gedisa, Barcelone, 1982, et Michel Foucault, *El poder, una bestia magnífica*, Éd. Siglo XXI, Buenos Aires, 2012, et *Historia de la locura en la época clásica*, Éd. FCE, Mexico, 1986.

⁸ Concernant les auteurs cités dans ce paragraphe, cf. Immanuel Wallerstein, *Impensar las ciencias sociales*, Éd. Siglo XXI, México, 1998, Carlo Ginzburg, "Extrañamiento. Prehistoria de un procedimiento literario", dans *Ojazos de madera*, Éd. Península, Barcelone, 2000, Edward Palmer Thompson, *Costumbres en común*, Éd. Crítica, Barcelone, 1995, ou Mikhaïl Bakhtine, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Éd. Alianza editorial, México, 1990, et *Problemas de la poética de Dostoievsky*, Éd. FCE, México, 1986. Également, sur plusieurs des penseurs critiques cités dans les trois derniers paragraphes, cf. Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Retratos para la historia*, Éd. Prohistoria, Rosario, 2015.

⁹ Au sujet des diverses implications de ce regard du bas et à gauche, cf. Sous-Commandant Insurgé Marcos, "Durito y una de miradas y herencias", dans *Rebeldía*, núm 37, 2005, "Las políticas y las bolsas (las nuestras y las de ellos)", dans *Crónicas Intergalácticas. Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo*, Éd. EZLN, México, 1996, et les textes "VI. Las miradas", dans *Ellos y Nosotros*, Éd. Equipo de Apoyo de la Comisión VI del

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

Pour conclure cette petite introduction, et passer aux quatre exemples que je souhaite aborder, j'aimerais avant vous rappeler à tous, bien que surtout à mes collègues qui sont les autres exposants de ce Séminaire, une vérité dont je crois qu'elle est élémentaire mais aussi importante: c'est le fait que la pensée *n'est pas* le fruit des têtes géniales des intellectuels, mais qu'elle naît de la pratique, et que par conséquent une pensée *critique* ne peut que naître d'une pratique critique. Mais ceux qui mènent cette pratique critique, comme Marx l'a posé dans le *Manifeste du Parti Communiste*, sont précisément les mouvements sociaux anticapitalistes, et aujourd'hui antisystémiques. Marx disait que son travail théorique, qu'il appelle 'communisme', et qui s'appela plus tard marxisme, n'était rien de plus que l'expression théorique' du mouvement communiste même en essor.

En suivant cette idée, nous pourrions dire que toute la pensée critique qui s'est développée dans les cent cinquante dernières années n'est pas plus que l'expression théorique de la pratique critique qu'ont développée tous les mouvements sociaux antisystémiques sur la planète, pendant cette période. Nous sommes donc tous les fils de cette pratique des mouvements, car je considère que Marx et le marxisme original sont inconcevables et ne pourraient avoir existé sans la Révolution de 1848, puis sans la riche expérience de la Commune de Paris, tandis que Lénine et toute son œuvre sont les fils de la Révolution russe, et les travaux et apports de Michel Foucault ou d'Immanuel Wallerstein ou de Bolívar Echeverría, sont clairement l'expression dans la pensée, des effets divers de la révolution culturelle mondiale de 1968, dans leurs variantes française, ou nord-américaine, ou latino-américaine. Sans les mouvements sociaux et sans les expériences révolutionnaires mentionnées, sans leur pratique critique, sans leurs apports réels, tous les auteurs et les pensées critiques géniales qu'ils ont éclairées n'existeraient pas.

En ce sens, mon opinion personnelle de ce qu'a été ce Séminaire qui est sur le point de se conclure, est qu'il s'est agi d'un *échange de savoirs* réalisé en public, c'est-à-dire un échange des compagnons néozapatistes avec nous, les invités qui livrons nos présentations et exposés. Ils l'ont organisé ainsi, et cet échange a lieu au-devant de vous tous, le public, car comme ils nous l'ont clairement présenté, et je crois que nous ne devons pas l'oublier, ce Séminaire ou Semencier d'idées n'est autre que le *lancement* d'une initiative qui devra ensuite se répliquer et se reproduire de nombreuses fois, dans tous les coins et les géographies, et en de nombreux moments et étapes ultérieurs, jusqu'à ce qu'entre tous nous élucidions les problèmes fondamentaux auxquels nous faisons aujourd'hui face, jusqu'à ce que nous approfondissions et aiguisions suffisamment la pensée critique, et que nous puissions comprendre et résoudre la façon dont il faut affronter avec succès l'hydre capitaliste.

Mais mon sentiment personnel est que, comme dans beaucoup d'échanges, il s'est aussi agi ici d'un échange assez inégal. Car nous tous, les exposants, avons donné assez peu, en incluant par exemple seulement quelque idée à moitié intéressante, ou peut-être une petite piste nouvelle, ou éventuellement seulement une idée originale, alors qu'en revanche les compagnons néozapatistes nous ont donné, tous les jours avec amplitude et générosité, un véritable puits de sagesse quotidien et profond, constant et énorme, en nous offrant toute une immense série de leçons qui demandent un réel effort d'assimilation.

C'est une expérience similaire, il me semble, à celle de la Première Rencontre des Peuples Zapatistes avec les Peuples du Monde, où beaucoup d'entre nous avons appris bien plus que dans notre lent passage par des licences, maîtrises, doctorats et universités des quatre coins du monde. Je pense qu'à nouveau, dans ces jours du Séminaire, et à partir de ce puits de savoir que les compagnons zapatistes ont partagé avec nous tous, nous pouvons accroître à

EZLN, México, 2013. De même, Carlos Antonio Aguirre Rojas, "La mirada neozapatista: mirar (hacia y desde) abajo y a la izquierda", dans *Rebeldía*, núm 68, 2010.

nouveau énormément notre masse de pensée critique. C'est pour cela que j'ai affirmé au début de ma présentation que je ne voulais pas que mes remerciements soient purement déclaratifs, puisque je remercie donc profondément les compagnons pour cette profonde sagesse critique qu'ils nous donnent maintenant dans ce Séminaire.

Je passe donc à la présentation brève de seulement quatre exemples de cette grande sagesse critique néozapatiste et des leçons qui en dérivent. Le premier fait allusion à l'importante caractérisation de ce qu'est aujourd'hui le capitalisme actuel. C'est un thème névralgique dont je rappelle que nous avons débattu lorsque nous étions étudiants, en récupérant et en comparant les différentes théories du capitalisme, et face auquel les compagnons se positionnent clairement et de manière critique, en posant leur théorie selon laquelle le monde capitaliste vit actuellement le processus de la 'quatrième guerre mondiale'.¹⁰ En ce sens, je rappelle que le Sous-Commandant Marcos, quand il analysait la situation mexicaine sous le gouvernement Zedillo, posait que lorsque les analystes sociaux cherchaient à comprendre ce qui se passait alors au Mexique, ils trouvaient une sorte de confusion absolue, où l'on ne distinguait pas clairement si Zedillo représentait ou non les intérêts du capital commercial ou du capital industriel, ou les intérêts du secteur des propriétaires terriens ou de tel ou tel groupe de pression économique ou politique, ou de certains entrepreneurs, parce qu'il agissait un jour en faveur des uns, et l'autre jour en faveur des autres, et semblait le troisième jour servir les deux.

Et cette confusion s'est poursuivie sous le gouvernement de Vicente Fox, continua sous le gouvernement génocide de Felipe Calderón, et se prolonge aujourd'hui encore sous le néfaste gouvernement d'Enrique Peña Nieto. Face à cela, en se moquant ironiquement de certaines caractérisations du capitalisme que certains collègues continuent de soutenir, le Sous-Commandant Marcos pratiquait une autre explication : il se moque de l'idée de penser le monde actuel depuis le concept de la 'globalisation', en affirmant que le mauvais côté de cette globalisation est que les globes explosent. Avec ceci, il disqualifie aussi le terme qui est son jumeau, le terme de 'mondialisation' qui n'est que la traduction française du terme de 'globalisation'. Et ils ne disent pas non plus que nous sommes face à un 'nouvel impérialisme', ni face à l' 'Empire' d'un livre duquel plus personne ne se rappelle, ni même face à l'impérialisme, mais que nous sommes bien plutôt face à une chose nouvelle et différente, qui est une espèce de 'chaos organisé' dont le trait fondamental est celui d'être une quatrième guerre mondiale, une véritable guerre d'extermination des puissants contre l'humanité entière.¹¹

Telle est l'idée zapatiste d'une quatrième guerre mondiale. Et je pense que cette caractérisation des compagnons est très similaire à la thèse d'Immanuel Wallerstein de la *crise terminale* du capitalisme, avec laquelle je suis profondément en accord, bien qu'en y ajoutant cette dimension politique de la guerre d'extermination contre l'humanité, qui est aussi fondamentale. Et c'est en raison de cette crise structurelle ou terminale du capitalisme, que toutes les tendances avant en vigueur cessent d'être en cohésion, se séparent et s'autonomisent, et se lancent dans diverses directions, ceci non seulement au Mexique ou aux États-Unis, mais aussi en France, en Allemagne et partout, ce qui explique pourquoi nous

¹⁰ À propos de cette caractérisation néozapatiste du capitalisme le plus contemporain, cf. Sous-Commandant Insurgé Marcos, "7 piezas sueltas del rompecabezas mundial", ainsi que "¿Cuáles son las características fundamentales de la IV Guerra Mundial?", tous deux sur le site Enlace Zapatista, <http://www.ezln.org.mx>.

¹¹ Pour ces critiques et moqueries, et pour les thèses néozapatistes selon lesquelles le néolibéralisme est «la théorie chaotique du chaos économique» ainsi que «la catastrophique conduite de la catastrophe», avec l'idée que «le chaos est la forme qui distingue le nouvel ordre mondial», cf. les Communiqués du Sous-Commandant Insurgé Marcos du 11 mars, du 17 juillet et du 29 septembre 1995, dans l'ouvrage *EZLN. Documentos y Comunicados*, tome 2, Éd. Era, México, 1998.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

vivons aujourd'hui le chaos total des politiques des gouvernements du monde entier, et une espèce de lutte de tous contre tous, car toutes les fractions cherchent à imposer leurs intérêts mesquins, dans cet horizon général de guerre des puissants contre les dépossédés, de cette quatrième guerre mondiale. Ainsi, cette caractérisation néozapatiste aigüe de ce qu'est le capitalisme le plus actuel est déjà quelque chose de très important, et elle suffirait pour devoir remercier infiniment les compagnons qui nous aident à penser ce contexte capitaliste planétaire dans lequel nous devons maintenant lutter.

Le deuxième exemple se réfère au thème de qui sont les *nouveaux* sujets sociaux de la révolution, du changement social radical pour lequel nous luttons tous. Et cette contribution néozapatiste pourrait permettre de réinterroger une bonne partie de toute la théorie sociologique contemporaine, et aussi de transcender les théories politiques limitées du 'choix rationnel' et autres bêtises similaires, telles que les grossières théories des mouvements sociaux, des 'opportunités sociales ou politiques', ou les théories fonctionnalistes, également, etc.

En effet, les compagnons néozapatistes découvrirent, avant même les analystes sociaux, les sociologues et les politologues contemporains, ces nouveaux sujets sociaux de la transformation radicale. À ce sujet, vous vous souvenez peut-être d'un écrit très intéressant du Sous-Commandant Insurgé Marcos où il disait: «Marcos est gay à San Francisco», avant d'ajouter qu'il était, par exemple, aussi noir en Afrique du Sud, féministe au sein d'un parti politique, mapuche dans les Andes, pacifiste en Bosnie, machiste dans le mouvement féministe, tout comme chicano à San Isidro ou palestinien en Israël, parmi plus de trente autres exemples dépeints alors.¹² Et comme les compagnons nous ont proposé que nous construisions entre tous de nouveaux concepts pour penser les réalités également nouvelles du capitalisme actuel, je pense que ce sont les différentes formes de l'*exclusion sociale* qui étaient décrites dans ce texte. De cette façon, une de nos tâches importantes est celle de théoriser et d'étudier plus attentivement ce concept de l'exclusion sociale, ainsi que ses formes spécifiques les plus contemporaines.

Et je pense que c'est l'une des multiples raisons fondamentales pour lesquelles le néozapatisme a eu l'impact planétaire profond et durable qu'il a obtenu, en s'étant constitué comme la référence inéluctable de toutes les luttes qui, dans le monde entier, combattent ces diverses formes de l'exclusion sociale, et qui dans les quatre dernières décennies se sont multipliées et accrues de manière profuse et exponentielle, justement à cause de la crise terminale du capitalisme que nous vivons maintenant. Les néozapatistes ont compris cela bien avant nous tous; car nous, les théoriciens et scientifiques sociaux, comme l'a dit Silvia Marcos au sujet des féminismes actuels du monde académique, sommes toujours en retard par rapport aux découvertes, apports et concepts des mouvements sociaux, de sorte que nous clopinons derrière le mouvement néozapatiste et, par exemple, son féminisme très avancé, sans pouvoir suivre réellement son rythme. En effet, tous les féminismes soi-disant très avancés, le féminisme de la différence, le féminisme de l'égalité, ou le féminisme attardé et caduque de "l'empowerment", ne suffisent pas pour comprendre le féminisme si complexe et si avancé des compagnes néozapatistes.

Les compagnons zapatistes se sont donc rendu compte, de façon tout-à-fait pionnière, de ce phénomène qui est le fruit de la crise structurelle du capitalisme, la *généralisation* des formes de l'exclusion sous de multiples modes, phénomène qui est clairement postérieur à la crise de 1968-1973, dates où commencent à proliférer massivement, par exemple, les protagonistes désignés par l'oxymore sympathique de 'travailleurs sans emploi' argentins. Et

¹² Ce texte est le Communiqué du Sous-Commandant Insurgé Marcos, du 28 mai 1994, dans *EZLN. Documentos y Comunicados*, tome 1, Éd. Era, México, 1998.

je souligne que ce mouvement et ce terme n'existent qu'en Argentine, et qu'il faudrait expliquer les raisons de longue durée du fait de parler de ces travailleurs sans emploi. Mais aux côtés de ces 'sans emploi', prolifèrent également en masse les 'sans terre' du Brésil, les 'sans papiers' en Europe et aux États-Unis, les 'sans citoyenneté' ou encore les 'sans visibilité' sociale aucune; et au sujet de ce dernier groupe, le compagnon Sous-Commandant Insurgé Moisés nous disait qu'avant 1994 les indigènes mexicains, et l'on pourrait y ajouter les indigènes latino-américains et ceux du monde entier aussi, n'existaient simplement *pas*, car ils étaient les sans citoyenneté, sans droits et sans visibilité aucune.

Tous ces groupes mentionnés sont les divers nouveaux 'sans', les *exclus* qui se multiplièrent exponentiellement après 1968-1973, et les premiers qui l'ont compris, l'ont décrit et l'ont exposé en termes théoriques sont les compagnons du mouvement néozapatiste. Il faut donc travailler sérieusement ce concept d'exclusion sociale, parce qu'il fait allusion à un phénomène fondamental auquel les compagnons ont très prématurément donné une expression, et sur lequel ils nous ont rapidement attiré l'attention.

En outre, il y a encore une seconde grande contribution néozapatiste autour de ce même thème des nouveaux sujets sociaux du changement radical, aujourd'hui en cours: dans un texte de janvier 2013, intitulé «La Sixième», le Sous-Commandant Marcos exposait qu'au-delà des divisions sociales que nous connaissons déjà, et que le néozapatisme a appelées les 'quatre roues du capitalisme', et au-delà de l'exclusion sociale susmentionnée, il existe encore une autre division sociale additionnelle, qui est la division entre le 'haut' et le 'bas' sociaux.¹³ De fait, il est clair que les compagnons récupèrent le travail d'autres auteurs, pour penser de manière critique le capitalisme actuel; et donc pour comprendre de façon adéquate ce qu'est l'exploitation, ils font appel à ce que Marx nous expliqua dans *Le Capital*, et pour diagnostiquer les formes de la discrimination et du mépris, ils reprennent les leçons que Walter Benjamin nous légua; ou encore, pour déchiffrer les modes actuels de la spoliation, ils partent, parmi d'autres auteurs, de la thèse de David Harvey, de même que pour analyser la répression, ils reprennent les travaux classiques de Lénine et d'Antonio Gramsci, qui sont les théoriciens politiques réellement marxistes les plus brillants.

Après, ils ont attiré notre attention, comme je l'ai déjà signalé, sur le phénomène récent de l'exclusion sociale massive, généralisée dans les dernières décennies, et sur laquelle je n'insiste pas davantage. Mais le Sous-Commandant Marcos va ajouter à tout cela, dans le texte de «La Sixième», une autre thèse suggestive et défiante, en nous disant qu'au-delà de ces divisions qui dérivent des quatre roues qui font marcher le capitalisme, et de l'exclusion sociale qu'il reproduit massivement ces derniers temps, il y a encore une autre division sociale qui fait que ce n'est pas la même chose d'être, par exemple, une femme du haut qu'une femme du bas, ou un indigène du haut, un cacique qui se vend, que d'être un indigène du bas. Avec cette thèse, le néozapatisme nous propose une riche idée qui nous permet d'enrichir et de complexifier l'analyse traditionnelle de la lutte des classes, à laquelle nous ne devons naturellement pas renoncer, mais que nous pouvons bien sophistiquer pour affronter les défis actuels, en introduisant cette catégorisation qui n'est ni horizontale, ni verticale, puisqu'elle n'est ni de strates, ni de classes, ni de lutte des classes, mais bien plutôt transversale, car la différence entre le haut et le bas sociaux traverse précisément à un tel point les secteurs, qui en termes de classes sociales peuvent être en haut et ceux qui peuvent être en bas, au sein de ces structures classistes horizontales.

¹³ Voir cette distinction dans le texte du Sous-Commandant Insurgé Marcos, "La Sexta", dans *Ellos y Nosotros*, Éd. Equipo de Apoyo de la Comisión VI del EZLN, México, 2013. Et au sujet de certaines de ses implications politiques importantes, par exemple pour caractériser la nouvelle étape, actuelle, du néozapatisme, cf. Carlos Antonio Aguirre Rojas, "La nueva etapa del neozapatismo mexicano", dans *Contrahistorias*, núm. 21, 2013.

Pour ma part, je soutiens l'hypothèse selon laquelle les compagnons désignent, avec cette proposition du haut et du bas sociaux, ce que Michel Foucault théorisa dans ses théories et concepts sur le pouvoir, les pouvoirs, les micro-pouvoirs et les contrepouvoirs; car le haut social semble se définir par la possession ou la détention de toute une série de privilèges, positions et statuts, qui dérivent toujours des différentes formes du pouvoir, qu'il soit symbolique, économique, militaire, religieux, matériel, savoir-pouvoir, politique, social ou culturel, etc., tandis que le bas social se définit, en revanche, par la dépossession ou carence de ces mêmes formes des pouvoirs que nous avons évoqués. Mais il m'est impossible de développer ici plus amplement ce problème.¹⁴

Et nous sommes ici face à une situation un peu compliquée, et même tragique: car lorsque le Sous-Commandant Marcos expose cette thèse suggestive, qui est une idée brillante et une nouvelle catégorisation des sujets sociaux, en plus d'être une piste créative de recherche pour comprendre la société capitaliste la plus actuelle, et les nouveaux sujets sociaux de la protestation anticapitaliste et antisystémique, il affirme qu'il ne va pas l'approfondir davantage là, et qu'il le fera peut-être en une autre occasion postérieure. Le Sous-Commandant Insurgé Marcos dit cela en janvier 2013, mais il mourut ensuite, de sorte que nous devons maintenant demander au Sous-Commandant Insurgé Galeano, pour voir si le Sous-Commandant Marcos laissa quelque écrit plus ample sur ce thème; et si ce n'est pas le cas, nous pourrions peut-être encourager le Sous-Commandant Galeano lui-même s'il souhaite développer plus amplement ce problème. Et s'il ne le souhaite pas, nous devons alors demander au Sous-Commandant Insurgé Moisés s'il peut nous soutenir pour approfondir cette question. Et si rien de tout cela n'aboutit, alors nous pourrions tous nous réunir, et ensemble 'faire bloc' face au problème pour voir si entre tous nous le résolvons.

Je vais plutôt énoncer le troisième exemple, car il est très large et complexe, et parce qu'ici certains compagnons l'ont déjà évoqué antérieurement: les compagnons néozapatistes sont aussi en train de nous aider à penser comment dont nous devons nous positionner maintenant politiquement face au pouvoir et face aux micro-pouvoirs, ce pour quoi ils redéfinissent les concepts de la démocratie, de l'État, de la politique et le concept même du pouvoir. Sur ces points, je signalerai qu'ici certains collègues ont dit que les compagnons zapatistes luttent pour la démocratie participative, ce qui selon moi est une énorme erreur absolue. Je me trompe peut-être, mais je ne crois pas que les compagnons néozapatistes aient jamais utilisé ce terme de démocratie participative, qui est plutôt un concept trompeur et politiquement correct, des gouvernements socio-démocrates limités latino-américains dits 'progressistes'.

Ce que les compagnons pratiquent, défendent et revendiquent est la démocratie *directe* et *d'assemblée*, qui selon ce qu'eux-mêmes expliquent dans leurs divers Communiqués, depuis les années 1994 et 1995, est la même chose que ce qui correspond au concept *original* de démocratie, qui dérive de *demos*, peuple, et *cratos*, gouvernement, c'est-à-dire le gouvernement du peuple, ou *l'autogouvernement populaire*, qui a bien existé dans les communautés grecques antiques, avant que celles-ci ne se divisent en classes sociales. La démocratie réelle et stricte de la Grèce antique, théorisée par Aristote, s'est ensuite pervertie et vidée de son contenu pour donner place aux formes dégradées et limitées de la démocratie délégative, représentative, supplantatrice et mensongère, qui n'est absolument plus une vraie démocratie. La démocratie

¹⁴ Sur ce point, il est utile de consulter les textes de Michel Foucault, *El poder, una bestia magnífica*, déjà cité, *Vigilar y castigar*, Éd. Siglo XXI, México, 1976, *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, Éd. Alianza editorial, Madrid, 2012, *Las redes del poder*, Éd. Prometeo Libros, Buenos Aires, 2014, et *La société punitive*, Éd. EHESS - Gallimard - Le Seuil, Paris, 2013. Voir également Carlos Antonio Aguirre Rojas, "Generando el contrapoder desde abajo y a la izquierda", dans *Contrahistorias*, núm. 8, 2007.

devrait correspondre à son concept strict, et c'est celle que les compagnons pratiquent bien à travers leurs assemblées et le principe intelligent du 'commander en obéissant'.

Mais ils nous ont aussi donné une autre définition de ce qu'est le gouvernement, et dans cette lignée, de ce que doit être un 'bon gouvernement'. Le Sous-Commandant Insurgé Moisés, nous rappelait ces jours la vérité fondamentale, que nous ne comprenons pas non plus totalement, ou que nous n'assumons pas dans nos analyses, selon laquelle l'administration n'est pas la même chose que le gouvernement, et le gouvernement n'est pas la même chose que l'État, de même que l'État et la politique sont différents, tandis que divergent aussi la politique et le pouvoir. Pour cela, les compagnons n'ont jamais proposé l'idée, trop simple et limitée, selon laquelle ils veulent 'changer le monde sans prendre le pouvoir', mais ils postulent plutôt que leur objectif est celui de 'révolutionner le pouvoir depuis le bas', une idée qui est beaucoup plus complexe,¹⁵ et qui implique tant de révolutionner depuis le bas les grandes structures massives et centralisées du pouvoir, comme celle du pouvoir politique qui s'incarne en l'État, bien qu'ils soient différents, que de subvertir également tous les micro-pouvoirs, toutes ces structures et relations de pouvoir qui s'infiltrèrent et se manifestent par exemple dans les relations de couple ou dans la famille, dans la relation entre maître et élève, dans les hiérarchies des relations dans les hôpitaux, à l'école ou à l'usine entre le contremaître et les ouvriers.

De cette façon, selon les compagnons zapatistes, tant que nous ne subvertissons pas depuis le bas *toutes* les relations de pouvoir, nous pourrions changer toutes les administrations que nous voulons, les partis ou les gouvernements quels qu'ils soient, et nous pouvons aussi prétendre que nous construisons les gouvernements tout 'progressistes' que l'on souhaite, sans que nous ne réussissions réellement à éliminer le capitalisme et à construire 'un monde nouveau où beaucoup de mondes soient possibles'. En effet, comme l'a dit le Sous-Commandant Marcos, l'État ne peut jamais être notre ami, car l'État n'est pas neutre et est bien plutôt, et sera toujours, notre ennemi. De plus, l'État est comme un estomac, de sorte qu'il déglutit tout ce qui arrive à lui, et quand il le déglutit la seule chose qu'il produit est ce que produisent comme résultat tous les estomacs. Pour cette raison, l'expérience réitérée d'avant et confirmée dans les temps actuels est celle du fait que, sans exception, tous ceux qui arrivent au pouvoir, tout dévoués qu'ils aient été auparavant et bien qu'ils aient été par exemple des dirigeants ouvriers tout au long de leur vie, qui fondèrent des partis et des syndicats, et qui furent en prison, tel Lula lui-même, eux tous finissent par renier leurs principes de gauche et faire dans les faits le contraire de ce qu'ils prêchèrent avant. C'est pour cela qu'il est fondamental de révolutionner le pouvoir depuis le bas et de transformer radicalement tous les micro-pouvoirs sociaux.

Le quatrième et dernier exemple fait référence à la manière selon laquelle les compagnons zapatistes nomment la pensée critique, avec l'idée qu'il est nécessaire de 'regarder vers et depuis le bas, et vers et depuis la gauche'. Sans développer davantage ce point, je me limiterai à énoncer brièvement ses implications principales. Je crois que regarder *depuis* le bas signifie regarder les choses, comme disait Walter Benjamin, depuis le point de vue des victimes, c'est-à-dire essayer de regarder comme regardent les opprimés eux-mêmes, qui sont ceux qui souffrent dans leur chair jour après jour l'exploitation, l'exclusion, le fait de faire partie du bas, et tout ce que nous avons déjà dit plus haut; tandis que regarder *vers* le bas

¹⁵ Entre de nombreuses autres références que nous pourrions donner sur ce point essentiel, mentionnons seulement, Sous-Commandant Insurgé Marcos, "Invitación al Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo", mai 1996, dans *EZLN. Documentos y Comunicados*, tome 3, Éd. Era, México, 1997, et "Unas palabras sobre nuestro pensamiento", dans *Crónicas Intergalácticas. Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo*, Éd. EZLN, México, 1996.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

signifierait regarder en nous concentrant sur les problèmes et les questions centrales et vitales qui affectent ce bas social, ce vaste monde des exclus, des oubliés et des réprimés.

Comme vous le voyez, ce n'est absolument pas la même chose de regarder vers le bas que de regarder depuis le bas. Ensuite, regarder *vers* la gauche signifie nous concentrer toujours sur les contradictions des processus, pour ne pas voir le joli côté lisse de l'histoire et de la réalité, mais comme disait Benjamin, au contraire, passer la main à rebours des faits et voir leur côté râpeux et désagréable, ce qu'Hegel appelait le 'mauvais côté' de l'histoire, les contradictions fondamentales. Enfin, regarder *depuis* la gauche signifie regarder dans une logique toujours émancipatoire, c'est-à-dire regarder en cherchant les issues authentiquement anticapitalistes et antisystémiques qui nous permettent de sortir du labyrinthe capitaliste, ce qui, comme l'expliqua Raúl Zibechi, n'est absolument pas facile, car l'hydre se reproduit en se déguisant en gouvernement 'progressiste', et vole nos discours et nos hymnes, et jusque notre manière de parler et d'agir.

Je pourrais, en plus des quatre exemples déjà proposés, reprendre bien d'autres exemples, qui nous montrent l'immense richesse et l'énorme contribution du néozapatisme mexicain à la pensée critique plus contemporaine: par exemple, sa redéfinition complexe du concept d'autonomie, qui dépasse les visions limitées de ce thème des juristes, politologues, sociologues ou anthropologues contemporains, ou son exposé totalement nouveau des concepts de résistance et de rébellion, que le Sous-Commandant Insurgé Moisés nous a expliqués ces jours-ci, et qui renouvellent complètement nos vieux débats sur réforme ou révolution. Car heureusement, les neozapatistes, ils mettent tout sens dessus dessous. Ou encore sa riche proposition de ce que doit être aujourd'hui le nouveau mode d'organisation des mouvements sociaux, à partir duquel nous devons tous nous organiser, depuis les niveaux les plus micros aux niveaux les plus macros, sans homogénéisation et sans hégématisation, ce qui rend possible le fait de rendre aux bases leur caractère de protagoniste central, et de relativiser énormément le rôle des dirigeants, en plus de préserver et de cultiver l'horizontalisme et l'égalité; et également, sa généreuse ouverture et tolérance, symbolisée dans sa consigne de lutte pour 'un monde où beaucoup de mondes soient possibles', et qui s'est matérialisée aussi dans ce Séminaire, où les invités proviennent des positions, formations, idéologies et horizons les plus divers.

Mais citons aussi son féminisme intelligent, ou sa richissime proposition pédagogique, ses leçons critiques d'économie politique, récupérées dans ce Séminaire par le compagnon Sous-Commandant Insurgé Moisés, sa contribution à la redéfinition totale du concept de culture, ou sa posture face à l'art depuis une perspective très proche de celle de Walter Benjamin, qui est celle de développer le processus de la *mort de l'art*, postulée par Benjamin dans son texte *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*; et aussi leurs apports originaux sur le thème des *médias*, où le premier texte public du Sous-Commandant Insurgé Galeano, d'août 2014, représenta une contribution fondamentale, aux côtés d'un très large etcetera qui pourrait se poursuivre.

Je vais finir avec deux idées conclusives, une qui est difficile mais porteuse d'espoir, et l'autre assez optimiste. La première est une conclusion douloureuse, mais aussi importante, et à la fois porteuse d'espoir: j'ai eu ces jours l'occasion de cohabiter un peu avec les compagnons pères d'Ayotzinapa, avec Doña Berta et Don Tomás, et avec deux jeunes normalistes de la même école normale d'Ayotzinapa qui vinrent à ce Séminaire. Je peux voir à partir de cette brève relation et des plaisanteries et discussions que nous avons pu avoir sur des choses très quotidiennes, et aussi de ce qu'ils m'ont raconté de leur vécu au sein de leur propre mouvement, que ce sont de bonnes personnes, nobles, très affectueuses et respectables, comme le sont par ailleurs l'immense majorité du peuple du Mexique, et les classes subalternes de

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

toute l'Amérique latine, et ceux du bas du monde entier. Ils ne méritaient pas, et ne méritent pas ce qu'ils sont en train de vivre, bien qu'il est clair qu'ils sont la pointe de l'iceberg d'une tragédie plus ample et d'une situation nationale douloureuse et compliquée. Mais en même temps, Doña Berta et Don Tomás, et les jeunes normalistes, qui sont des personnes très bonnes et nobles, sont aussi des personnes très rebelles, qui ne vont réellement pas se rendre, ni se vendre, et ne vont pas se laisser coopter, parce qu'ils vont lutter jusqu'à la fin. Ainsi, ma première conclusion est qu'il nous en manque toujours 43, ou peut-être 46 ou 47. Ceci, en outre, comme nous le rappellent toujours les compagnons, est aussi connecté au fait qu'il 'manque toujours ce qu'il manque'.

Ma seconde idée conclusive, ou conclusion, est assez optimiste, et elle se fonde sur une thèse que Marx exposa: lorsque Marx écrit un petit texte qui se nomme *Travail salarié et capital*, il affirme que sans travail salarié il ne peut y avoir de capital, et que sans capital il ne peut y avoir non plus de travail *salarié*, car ces deux catégories sont corrélatives et se présupposent mutuellement. Mais il ajoute, immédiatement, que tandis que le capital ne pourrait exister si le travail salarié, ou même le travail en général, n'existait pas, le travail en général peut, en revanche, bien exister et a existé sans l'existence du capital. Car le capital vit seulement de l'exploitation du travail, en le convertissant ainsi précisément en travail salarié; mais, dit Marx quant au travail en général, que lui arriverait-il si nous éliminons le capital? Et il répond que ce travail salarié, sans le capital, au lieu d'être salarié, deviendrait travail libre, et nous serions tous heureux et très contents.

Et cette idée importante selon laquelle le capital ne peut survivre sans le travail, mais le travail peut en revanche bien survivre tranquillement, joyeux et heureux, sans le capital, peut être facilement étendue à d'autres espaces et relations, en comprenant ainsi que sans dominés il ne peut y avoir de dominants, mais qu'en revanche sans dominants, nous, les dominés, serions simplement libres et heureux. Sans soumis, il ne peut y avoir de pouvoirs ni de micro-pouvoirs, ni l'existence des multiples hiérarchies, mais sans hiérarchies ni pouvoirs ni micro-pouvoirs, nous qui sommes aujourd'hui soumis vivrions en revanche heureux et contents.

Selon cette profonde idée de Marx, nous sommes indispensables à moyen ou long terme, car s'ils nous tuent tous, le jeu est simplement terminé, alors qu'eux, ceux qui nous gênent, répriment, torturent, méprisent, excluent et se moquent de nous, parce que nous sommes d'en bas, eux, sans nous, ne peuvent exister. De cette façon, au risque d'être considéré comme trop optimiste, et je le suis sans doute, je pense que si nous partons de cette profonde thèse de Marx, il n'y a pas de doute que nous allons gagner.

Mais je veux ajouter autre chose: à la lumière de ce Séminaire, mais surtout à la lumière de ce que les compagnons néozapatistes nous ont enseigné depuis déjà vingt ans, et à partir de ces immenses leçons qui nous permettent de redéfinir ce que sont aujourd'hui le capitalisme, les nouveaux sujets sociaux, l'autonomie, et le large etcetera déjà cité, ainsi qu'à partir de ce puits de sagesse qu'ils nous ont prodigué et offert pendant ces jours du Séminaire, je crois honnêtement qu'en plus du fait que nous allons sans aucun doute gagner à l'avenir, nous avons déjà gagné maintenant, aujourd'hui même, car comme l'a dit un jour le Sous-Commandant Insurgé Marcos, même si nous perdons, nous gagnons.

Et même si nous perdons, nous gagnons, parce qu'avoir déjà réussi à connaître et à s'abreuver de cette construction fantastique de l'autonomie que les compagnons réalisent jour après jour, et avoir pu s'abreuver de toutes leurs connaissances et de leur sagesse que nous cherchons, lentement et en clopinant, à étudier, analyser, examiner, exposer et élucider, avoir réussi la relance offensive de tous les mouvements sociaux dans tout le Mexique, avoir fait renaître tout le mouvement indigène à l'échelle latino-américaine, en le mettant également à

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

l'offensive, avoir rendu l'espoir au monde après la chute du Mur de Berlin, et aussi organiser ce Séminaire ou semencier critique sur 'La pensée critique face à l'hydre capitaliste', nous donnent des espoirs renouvelés sur le fait que nous allons pouvoir vaincre très bientôt cette hydre capitaliste. En raison de tout ceci et de bien plus, il n'y a pas de doute que même si nous perdons, nous avons déjà gagné. Merci beaucoup!

Conflictividad Social y Política en el capitalismo contemporáneo.
Antagonismos y resistencias (I)



número 35 (primer semestre 2017) - number 35 (first semester 2017)

Conflictividad social: categorías, concepciones y debate

Revista THEOMAI / THEOMAI Journal

Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo / Critical Studies about Society and Development

**Hacia un nuevo horizonte emancipatorio:
contribuciones del zapatismo a la teoría y práctica revolucionarias**

Raúl Delgado Wise¹ y Aída Martínez Olivares²

No se puede destruir a la hidra si nuestro accionar político y ético cuenta con los mismos principios que la hidra ha impuesto desde que la dominación es dominación... Para acabar con su fuerza es necesario crear un mundo en el que no pueda reproducirse.

Sergio Rodríguez Lascano

¹ Director Unidad Académica de Estudios del Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas, México.

² Unidad Académica de Filosofía, Universidad Autónoma de Zacatecas, México.

Desde múltiples aristas, a través de su teoría y práctica, el movimiento zapatista se ha convertido en un faro de inspiración para el pensamiento crítico a nivel planetario. Frente a la feroz embestida en contra de la humanidad que representa la profunda crisis por la que atraviesa el sistema mundo en la actualidad, resulta esencial comprender las características fundamentales del capitalismo contemporáneo y vislumbrar los caminos para avanzar hacia un horizonte emancipatorio. Esta necesidad se vuelve particularmente imperiosa ante la profundidad y severidad de la crisis actual —de dimensiones civilizatorias y concebida como terminal por algunos analistas— y el rotundo fracaso del llamado socialismo real para trascender las vicisitudes de una sociedad dividida en clases.

Como se desprende del análisis de Marx sobre la Comuna de París (Marx, 1968 [1871]), las transformaciones revolucionarias no son algo que se pueda derivar exclusivamente de la reflexión teórica: se nutren fundamentalmente de las experiencias de los movimientos populares y de la sistematización de las mismas en un proceso dialéctico de aprendizaje. En este sentido, lo que este trabajo se propone es reflexionar acerca de dos aportes fundamentales del zapatismo al pensamiento crítico y la lucha revolucionaria: por un lado, su visión del poder, encarnada en una concepción nueva y radical de la resistencia y la rebeldía frente al capitalismo y, por otro lado, su mirada en torno a la necesidad de reencauzar el desarrollo de las fuerzas productivas hacia lo que podríamos concebir, siguiendo a Bolívar Echeverría (2011), como una modernidad alternativa. Ambos aportes representan una bocanada de aire fresco para el avance de los movimientos antisistémicos³ tanto en América Latina como en otras latitudes, en la brega por construir un poder popular, enfrentar al Estado burgués y construir un orden social alternativo, i.e. *un mundo en el que quepan muchos mundos*.

Para nuestros fines analíticos el trabajo se organiza en cinco apartados. En el primero se aportan algunos elementos esenciales para desentrañar la naturaleza del contexto en el que se despliega el capitalismo contemporáneo. En el segundo se ofrece una visión histórica y una caracterización de los nuevos movimientos sociales antisistémicos en América Latina, con particular énfasis en la génesis y rasgos fundamentales del movimiento zapatista. El tercer apartado aborda aspectos clave de la visión zapatista del poder, enfatizando sus aportes respecto de concepciones previas de la lucha revolucionaria. El cuarto hace referencia a la tentativa zapatista de avanzar hacia un otro desarrollo de las fuerzas productivas. Finalmente, a manera de conclusión, se hace una breve reflexión acerca de las contribuciones y los desafíos que el legado zapatista plantea para el avance hacia un horizonte emancipatorio.

El contexto capitalista contemporáneo

Partiendo de la doble metáfora zapatista de la *hidra* —bestia de múltiples cabezas de la mitología griega a la que no se le puede combatir simplemente con cortar sus cabezas, pues las regenera— para referir a la naturaleza compleja y destructiva, aunque no inmortal, del capitalismo, y de la *tormenta* para aludir a la crisis contemporánea, este apartado se propone

³ El carácter anti-sistémico de los movimientos alude a su orientación claramente anticapitalista, por cuanto se propone "...genuinamente destruir a este sistema mundial capitalista y reemplazarlo por un sistema social diferente, muy otro que el capitalista" (Aguirre Rojas, 2010: 10).

desentrañar cinco cabezas de la *hidra* capitalista que están en la base del capitalismo neoliberal y la crisis de dimensiones civilizatorias que le es inherente.

Un primer rasgo omnipresente en el capitalismo contemporáneo es el hecho de que, como en ninguna otra época de su larga historia, el capital monopolista se ha convertido en el factor dominante de la economía política internacional, a grado tal de que Samir Amin se refiere a la época actual como la de los *monopolios generalizados* (Amin, 2013). Mediante mega-fusiones y alianzas estratégicas, esta fracción del capital ha alcanzado niveles de concentración y centralización sin precedentes. En efecto, “Las mayores compañías del mundo (aquellas con más de \$1000 millones [de dólares estadounidenses] en ventas anuales) ... dan cuenta de aproximadamente el 60 por ciento del ingreso, 65 por ciento de la capitalización de mercado, y 75 por ciento de las ganancias [mundiales]” (McKinsey Global Institute, 2015: 21). No se trata, empero, de un simple cambio cuantitativo, sino de una profunda transformación cualitativa en las formas de organización y dominio del capital monopolista basadas en la financiarización, el saqueo de recursos naturales de los países periféricos y las ventajas comparativas derivadas del arbitraje laboral global, es decir, la persistencia de significativos diferenciales salariales entre países y regiones.

Se trata, en esencia, de una reestructuración del capital monopolista a escala planetaria, la cual ha dotado al imperialismo contemporáneo de un nuevo rostro (Suwandi y Foster, 2016) que se caracteriza, entre otras cosas, por la regeneración en algunos casos y el brote, en otros, de cinco cabezas de la *hidra* capitalista:

Primera cabeza: La *financiarización* referida al ascenso y predominio del capital financiero sobre otras fracciones del capital (Bello, 2005). Ante la falta de inversiones redituables en la esfera productiva por la crisis de sobreproducción detonada a fines de la década de 1970, el capital comienza a trasladarse hacia la especulación financiera (Brenner, 2002). Asimismo, con la presión a la baja que se ejerce sobre los salarios reales mediante el arbitraje laboral global, se desencadena una explosión de deudas encabezada por el sector financiero, lo cual posibilita que la producción encuentre canales, aun sean endebles e insustentables, de realización. Se produce así la financiarización de la clase capitalista, del capital industrial y de las ganancias corporativas, la cual da lugar a una explosión de capital ficticio, es decir, de títulos financiero sin contraparte en la producción material (Foster, 2010). Esto significa una mutación del ciclo del capital D-M-D' por D-D', cuyo “...significado profundo... tiene que ver con lo que se conoce como fetichización del dinero, lo que permite que D-D' sea la base de un nuevo tipo de acumulación D'-A' (donde A' significa acumulación incrementada no productiva” (Rodríguez Lascano, 2016: 39).

Segunda cabeza: La configuración de *redes globales de capital monopolista* generadas a partir de una estrategia de reestructuración encabezada por las grandes corporaciones multinacionales que, mediante operaciones de *outsourcing* y cadenas de subcontratación, extienden partes de sus procesos productivos, comerciales, financieros y de servicios a los países periféricos en busca de mano de obra barata (Delgado Wise y Martín, 2015). Un claro ejemplo de esa estrategia son las plataformas de exportación que operan como economías de enclave en los países periféricos.

Este giro hacia cadenas globales de valor ha sido espectacular: “Las 100 mayores corporaciones globales han desplazado su producción hacia sus filiales extranjeras [principalmente en el Sur], donde ahora se localizan cerca del 60% del total de sus bienes y empleados y más de 60% de sus ventas a nivel global” (UNCTAD, 2010). Se trata, en el fondo, de un “nuevo ‘nomadismo’ surgido al interior del sistema de producción global, en el que

la selección de localidades se determina en buena parte a partir de dónde es más barata la mano de obra” (Foster et. al., 2011a: 18). En esta perspectiva, cabe destacar que: i) al menos 40% del comercio mundial se asocia a operaciones de *outsourcing*, incluyendo subcontrataciones y comercio intra-firma entre filiales de una misma compañía (Andreff, 2009) y ii) se estima que en la periferia capitalista hay 85 millones de trabajadores directamente empleados en más de 3,500 zonas de procesamiento para la exportación ubicadas en 130 países (McKinsey Global Institute, 2012).

La estrategia de reestructuración en cuestión ha modificado la geografía global de la producción a grado tal de que actualmente poco más del 70% del empleo industrial se localiza en países periféricos o emergentes (Foster et. al., 2011b).

Tercera cabeza. La *reestructuración de los sistemas de innovación* a través de la cual las grandes corporaciones con epicentro en Silicon Valley logran poner a su servicio las capacidades humanas para producir conocimiento —o *general intellect* utilizando el concepto acuñado por Marx— tanto del centro como de la periferia, reduciendo costos laborales, transfiriendo riesgos y responsabilidades y capitalizando los beneficios mediante la apropiación y concentración de patentes (Delgado Wise, 2015; Delgado Wise y Chávez, 2016; Míguez, 2013).

Lo anterior ha dado lugar a la configuración de lo que podría concebirse como un *sistema imperial de innovación* caracterizado por: a) una creciente internacionalización y fragmentación de las actividades de innovación (Chesbrough, 2002); b) la creación de ciudades científicas, como Silicon Valley en los Estados Unidos y sus satélites en países periféricos o emergentes, que operan como una suerte de maquiladoras científicas (Saxenian, 2002 y 2006); c) el desarrollo de nuevos métodos para controlar agendas de investigación por las grandes corporaciones multinacionales a partir de capital de riesgo, asociaciones empresariales y subcontrataciones en el ámbito de empresas emergentes o *start-ups*; d) la creciente participación de fuerza laboral altamente calificada proveniente de países periféricos o emergentes en las dinámicas de innovación (Battelle, 2012) y, lo más importante, e) la creación de un marco institucional *ad hoc* para la concentración y apropiación de los productos generados por el trabajo científico a través de *patentes*, conformado por la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual y la Organización Mundial de Comercio (Delgado Wise y Chávez, 2016). Todo esto ha dado lugar a una apropiación sin precedentes del conocimiento, en tanto bien común intangible, dando lugar a una desbordante expansión, concentración y apropiación privada de los productos del *general intellect*, que lejos de favorecer una ruta progresista de desarrollo de las fuerzas productivas, inaugura una fase regresiva y oscurantista en el avance y aplicación del conocimiento.

Cuarta cabeza: El *extractivismo* y el *nuevo extractivismo* (Gudynas, 2009) en alusión a la creciente apropiación y exportación de minerales, petróleo y gas de los países periféricos por las grandes corporaciones extractivas nacionales y multinacionales, a través de la sobreexplotación de recursos naturales y la consecuente expropiación de bienes comunes, exacerbando los conflictos sobre territorios y aguas (Veltmeyer, 2013). Ello ha traído consigo severas consecuencias para el medio ambiente a través de la minería a tajo o cielo abierto, el *fracking*, el gas lutitas, etc.

Dado que los ingresos de algunas de las corporaciones multinacionales más poderosas del mundo dependen de la extracción, producción y consumo de combustibles fósiles, lo más probable es que este patrón persista, ahondando aún más la crisis ecológica y sus

efectos sobre el calentamiento global y cambio climático. La nueva ola extractivista desencadenada por la reestructuración neoliberal ha empeorado la degradación ambiental, no solo al expandir la geografía de la destrucción, sino también mediante la estrategia del arbitraje ambiental regulatorio de parte del capital extractivo (Xing and Kolstad, 2002).

Quinta cabeza: El acaparamiento o control de la tierra y recursos naturales por los agrobiznes (land grabbing). Este fenómeno se asocia a cambios en los regímenes alimentarios acompañados de dinámicas de financiarización, procesos de acumulación por desposesión (que han implicado un brutal despojo a campesinos y pueblos originarios), cambios en los patrones de cultivo (monocultivo, uso de transgénicos, etc.) y daños severos e irreversibles al entorno natural, tales como pérdida de biodiversidad, destrucción de suelos, quebranto de la soberanía alimentaria, etc. (Borras et. al., 2012). En este caso, se produce también una significativa expropiación de bienes comunes, con la consecuente exacerbación de los conflictos sobre territorios y aguas.

Las cinco cabezas de la hidra referidas están asociadas a la profunda metamorfosis experimentada por el capitalismo neoliberal. Se trata, ante todo, de una embestida brutal en contra de la clase trabajadora y de los sectores populares en prácticamente todos los rincones del planeta. A esta embestida, que ha afectado despiadadamente a pueblos originarios, los zapatistas la caracterizan como la Cuarta Guerra Mundial, cuyo blanco, por sus alcances, es la humanidad entera (Subcomandante Insurgente Marcos, 2003).

Otra pieza fundamental de esta trama es la reconfiguración de la división internacional del trabajo, donde la fuerza de trabajo se convierte en la principal mercancía de intercambio entre países centrales y periféricos, dando lugar a la aparición de nuevas y extremas formas de intercambio desigual (Márquez y Delgado Wise, 2011; Emmanuel, 1972). La dinámica de creciente internacionalización de las finanzas, la producción, el comercio y los servicios propia del capitalismo neoliberal, ha venido acompañada de una creciente fragmentación de la geografía mundial y un desbordante crecimiento de las desigualdades sociales a niveles hasta hace poco inimaginables:

Actualmente, el 1% más rico de la población mundial posee más riqueza que el 99% restante de las personas del planeta. El poder y los privilegios se están utilizando para manipular el sistema económico y así ampliar la brecha, dejando sin esperanza a cientos de millones de personas pobres. (OXFAM, 2016)

Este “orden” o desorden planetario encierra profundas y peligrosas contradicciones (Harvey, 2014) que desencadenaron la crisis mundial desde la década de 1970; crisis que abrió la puerta a la implantación del neoliberalismo y de la que éste no ha logrado desembarazarse. Por el contrario, la hidra capitalista con sus nuevos rostros solo ha encontrado falsas y limitadas salidas a la crisis contemporánea y peor aún, lejos de abrir caminos hacia una fase sostenida de crecimiento de la economía mundial, a cada paso ha contribuido a profundizarla y desatar *la tormenta*. En palabras de Humberto Márquez:

La crisis que afronta el capitalismo contemporáneo representa una ruptura en el proceso de expansión capitalista promovido por los países centrales, encabezados por Estados Unidos, desde la década de los setenta. Se trata de una reestructuración fallida que ha hecho colapsar al centro mismo del sistema capitalista mundial, sobre todo a sus centros financieros e industriales más dinámicos, y que se ha transmitido

con prontitud hacia todos los sectores, circuitos y rincones del capitalismo. Sin embargo, no podemos perder de vista que la estrategia de reestructuración y expansión ha cumplido con creces su cometido principal: concentrar capital, poder y riqueza en manos de una delgada élite de capitalistas transnacionalizados y, en contrapartida, ha deteriorado de manera drástica las condiciones de vida y trabajo de la mayoría de la población. (Márquez, 2010: 67)

Asistimos, por consiguiente, a una profunda crisis multidimensional: financiera, económica, social, cultural y ecológica, que no solo ha puesto en jaque al sistema capitalista, sino que al poner en predicamento las fuentes materiales de la vida —el trabajo y la naturaleza— ha adquirido dimensiones civilizatorias. Y como bien lo advierte el Subcomandante Insurgente Galeano [antes Marcos] (2015) “Lo que nosotros, nosotras, Zapatistas miramos y escuchamos es que viene una catástrofe en todos los sentidos, una tormenta”; pero como el Congreso Nacional Indígena y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (2016) también lo avizoran “...una tormenta, además de tempestad y caos, también hace fértil la tierra de donde nace siempre un nuevo mundo...”.

Los nuevos movimientos sociales en América Latina

Desde finales del siglo XX, América Latina se ha convertido en campo fértil de lo que algunos académicos y activistas conciben como un nuevo amanecer de los movimientos antisistémicos a nivel global. Bajo una mirada histórica de *larga duración* y atendiendo a la magnitud, demandas, tácticas y estrategias, modalidades de organización, relaciones con otros actores sociales y formas de conciencia social, es posible distinguir dos cortes o giros históricos fundamentales en el devenir de los movimientos sociales bajo el capitalismo. Después de tres siglos de desarrollo del sistema capitalista, la Revolución Francesa en 1789 y la Comuna de París en 1871 se convierten en un parteaguas respecto del contexto sociocultural en el que se despliegan las luchas anticapitalistas previas, de corte esencialmente campesino, para dar paso a los movimientos obreros urbanos. Más de ciento cincuenta años después, 1968 puede considerarse como un segundo corte histórico en el devenir de los movimientos sociales anticapitalistas (Aguirre Rojas, 2015; Arrighi, Hopkins y Wallerstein, 2012). A partir de entonces, en respuesta a las nuevas condiciones impuestas por el sistema, en diversas regiones del mundo surgen movimientos más amplios y de nuevo tipo que se caracterizan, entre otras cosas, por rechazar toda forma de “vanguardismo” y pugnar por organizaciones horizontales, que buscan una interlocución con la sociedad civil y en las que participa un amplio abanico de sectores sociales desde estudiantes, hasta obreros, campesinos e indígenas.

En el marco del periodo post-68, la gama de agentes involucrados, las formas de lucha y el espectro de demandas enarboladas crecen en magnitud y diversidad. A las luchas anticapitalistas anteriores se suman demandas anti-sistémicas de índole ecologista, feminista, antirracista, pacifista, a favor de la diversidad sexual y en defensa de los derechos humanos, al tiempo que se suman

...nuevas minorías de excluidos, como los ‘sin tierra’, ‘sin trabajo’, ‘sin papeles’, ‘sin ciudadanía y sin derechos’ [...] es decir, todo un abanico complejo y multicolor de

distintos estratos y sectores subalternos que ahora se enfrentan no solo a las estructuras de la opresión y explotación capitalistas, sino también a las herencias de la opresión heredadas y recicladas que son propias de todas las anteriores sociedades de clase. (Aguirre Rojas, 2015: 48-49)

Cabe destacar que, a partir de 1994 (fecha que marca la aparición pública del movimiento zapatista), América Latina se convierte en punta de lanza de un nuevo ciclo mundial de protesta y resistencia anticapitalista que sucede al derrumbe del llamado socialismo real. Entre los movimientos más representativos de este ciclo figuran los Sin Tierra y Seringueiros en Brasil, los Indígenas ecuatorianos, los Zapatistas, los Guerreros del Agua y Cocaleros bolivianos y los Piqueteros argentinos, los cuales integran una misma familia de movimientos sociales y populares, entre cuyas características destaca su territorialidad, su autonomía radical (material y soberanía política), el impulso a la democracia directa o participativa, la reafirmación cultural e identitaria, la creación de sistemas educativos y de salud propios, la formación de sus intelectuales, la igualdad de género, la organización colectiva y horizontal del trabajo y el impulso a nuevas formas de desarrollo de las fuerzas productivas orientadas a la satisfacción de necesidades sociales y en armonía con la naturaleza (Zibechi, 2015 y 2007).

Es incuestionable la centralidad del zapatismo en este ciclo de resistencia y rebeldía antisistémica, referida por Carlos Aguirre Rojas (2015) mediante cuatro características: su universalidad, su profundidad e impacto, su permanencia y su capacidad de anticipación. Más aún, a través de la formulación de sus trece sencillas y a la vez profundas demandas: techo, tierra, trabajo, alimento, salud, educación, información, cultura, independencia, democracia, justicia, libertad y paz, los zapatistas han logrado dibujar, en sus grandes pince-ladas, la agenda general de reivindicaciones enarboladas por los movimientos antisistémicos de los últimos cuatro lustros.

La visión zapatista del poder

El desarrollo del movimiento zapatista ha estado signado por un posicionamiento crítico de cara a las estructuras de gobierno, el Estado, el poder político y, en su sentido más amplio, el poder en sus múltiples manifestaciones. Ello no significa, empero, que la postura zapatista sea la de “cambiar el mundo sin tomar el poder”; significa, por el contrario,

... revolucionarlo desde abajo, es decir [...] modificar radicalmente las condiciones generales subyacentes que generan y producen esas específicas estructuras del poder político, del Estado y del gobierno que hoy conocemos, condiciones que al transformarse completamente hagan imposible la existencia misma de las actuales formas de ejercicio del mando y de la obediencia, del monopolio de la gestión de los asuntos públicos y de su sesgado uso clasista, así como del divorcio mismo y hasta contraposición de eso político respecto de lo propiamente social. (Aguirre Rojas, 2015: 136)

Se trata, por consiguiente, de una forma muy otra de lucha política, la cual se sitúa desde y hacia abajo y a la izquierda. Este posicionamiento político implica apartarse radicalmente de la esfera político-electoral, desde donde las “izquierdas” que han llegado al poder

no han podido ni podrán despojarse del “ADN” del sistema, cuyo código genético circula por sus venas. Implica también abandonar la frustrada estrategia de tomar el poder —sea por una vía pacífica o no— y, desde allí, desde el poder conquistado, intentar, en un segundo momento, transformar y trascender las relaciones capitalistas en todos los órdenes. Lo importante para los zapatistas es mirar y situarse del lado de las víctimas (los despojados, los explotados, los oprimidos, los subalternos) para, con ellos y a partir de ellos, avanzar hacia procesos revolucionarios de transformación social basados en la democracia directa o participativa. Para tal efecto, en su teoría y práctica, el zapatismo ha adoptado siete principios que perfilan una otra lógica del poder: Obedecer y no mandar; Representar y no suplantar; Servir y no servirse; Convencer y no vencer; Bajar y no subir; Proponer y no imponer; y Construir y no destruir (Subcomandante Insurgente Marcos, 2013). Mediante estos principios se recupera y enriquece la idea de *autogobierno* instaurada por otros movimientos emancipatorios como lo fuera la Comuna de París y otras experiencias revolucionarias.

Sobre la profunda unidad entre ética y política que encarna la visión zapatista, Raúl Zibechi, en una carta dirigida al Subcomandante insurgente Marcos, señala:

La ética necesita de un lugar otro para echar raíces y florecer. Ese lugar es abajo y a la izquierda, allí donde se fue gestando otra manera de hacer política. Allí donde la palabra está anudada a la vida. Allí donde la vida es un hecho contundente y cotidiano. Esta es la otra política. Ha nacido en el subsuelo para quedarse allí, no se esmera por encontrar escaleras arriba sino que tiende puentes y barcas para llegar a otros abajos. Para construir un mundo diferente con todos los abajos. Esta política es ética, solo ella puede serlo. (Zibechi, 2013: 123)

En suma, a lo que el zapatismo nos interpela es a trascender las formas tradicionales de lucha (i.e. el vanguardismo y la vía electoral) resituándolas para generar “*contrapoderes desde y hacia abajo y a la izquierda*” que impulsen, con sus propios modos y formas, una ruta autónoma de emancipación apegándose a sus *propios calendarios y geografías*.

Otra contribución fundamental del zapatismo a las luchas revolucionarias, por cuanto nos ubica en el aquí y el ahora, es su muy otra visión de la *Resistencia y la Rebeldía*. Con el movimiento zapatista se redefine radicalmente el concepto tradicional de resistencia (pasiva y reactiva), al plantearse convertir “la lucha de resistencia en una lucha de transformación” capaz de construir desde ahora una nueva sociedad libre de toda explotación, despojo, represión y desprecio en los espacios recuperados y bajo su control. Pero no se trata solo de crear ínsulas de resistencia, sino archipiélagos (a ello invita la Sexta Declaración de la Selva Lacandona) que confronten al sistema capitalista con una perspectiva emancipadora y bajo una lógica liberadora y revolucionaria. Dicho en otras palabras, a lo que el zapatismo nos convoca es a

Construir otras relaciones sociales, por pequeñas que ellas sean al inicio. No contentarse con ver cómo florecen, sino siempre plantearte el reto de vincularte (no fusionarte) con otros que quieren hacer lo mismo, donde las relaciones de dominio no operen, donde valgas por lo que eres y no por lo que ganas, donde puedas trabajar sin que exploten tu mano de obra, donde lo que crees no te sea ajeno, que no baile frente a tus ojos sino que tú bailes alrededor de tu creación y que a partir de ahí te propongas repensar el mundo: ‘¿Quiénes somos? ¿Quiénes queremos ser? ¿Quiénes

podemos ser en el mundo?' '¿Qué hacemos para transformar el mundo porque es la única posibilidad para así poder interpretarlo? (Rodríguez Lascano, 2016: 55)

Hacia una modernidad alternativa

Trascender el modo de producción capitalista, nos advierte Marx en *El Capital* (Marx, 1975 [1866]), no solo implica transformar las relaciones sociales de producción, acabar con toda forma de explotación del hombre por el hombre; implica también la necesidad de crear un *nuevo modo técnico* de producción acorde a las nuevas relaciones sociales. Así como el capitalismo en sus primeros pasos heredó el modo técnico de producción propio del feudalismo y lo transformó conforme a sus propios principios y lógica, transitar de la prehistoria de la humanidad —en referencia a toda forma de organización social dividida en clases— a la historia, es decir, a una sociedad sin clases, significa necesariamente transitar a un modo técnico que trascienda al capitalista. Esta necesidad se vuelve aún más imperiosa en la etapa actual del capitalismo caracterizada, como lo destacamos en el primer apartado, por el dominio generalizado del capital monopolista que, en su insaciable afán de lucro, torna el carácter progresista que Marx atribuía al desarrollo de las fuerzas productivas bajo el capitalismo, en su contrario: una ruta regresiva de progreso que atenta contra la naturaleza y contra la vida misma. Y ese es, precisamente, el significado que el capital confiere a la *modernidad*. Pero, como nos lo advierte Bolívar Echeverría:

La historia contemporánea, configurada en torno al destino de la modernización capitalista, parece encontrarse ante el dilema propio de una 'situación límite': o persiste en la dirección marcada por esta modernización y deja de ser un modo (aunque sea contradictorio) de afirmación de la vida, para convertirse en la simple aceptación selectiva de la muerte, o la abandona y, al dejar sin su soporte tradicional a la civilización alcanzada, lleva en cambio a la vida social en dirección a la barbarie. Desencantada de su inspiración en el "socialismo" progresista —que se puso a prueba no solo en la figura del despotismo estatal del 'mundo [imperio] socialista' sino también bajo la forma de un correctivo social a las instituciones liberales del 'mundo (imperio) occidental'—, esta historia parece haber llegado a clausurar aquello que se abrió justamente con ella: la utopía terrenal como propuesta de un mundo humano radicalmente mejor que el establecido, y realmente posible. (Echeverría, 2011: 70)

Sin embargo, como el mismo autor también lo plantea, es posible

...detectar en el campo de la teoría la posibilidad de una modernidad diferente de la que se ha impuesto hasta ahora, de una modernidad no capitalista [...] [la cual] no sería 'un proyecto inacabado'; sería, más bien, un conjunto de posibilidades exploradas y actualizadas solo desde una perspectiva y en un solo sentido, y dispuesto a lo que aborden desde otro lado y lo iluminen con una luz diferente. (Echeverría, 2011: 70)

En esta última perspectiva el zapatismo "...no busca retroceder la rueda de los días rumbo a una arcadía perdida, el nostálgico momento del origen, ni descarrilar el ferrocarril del progreso. Busca algo más definitivo y ambicioso: otro tiempo." (Villoro, 2016: 18). La educación constituye una pieza fundamental de este engranaje, al dotársele de "contenidos más realistas y verdaderos, que transmitan lo que realmente necesita el pueblo para su liberación" con miras a "fomentar y potenciar la conciencia científica y el pensamiento crítico, como armas intelectuales de la resistencia y de la lucha de los pueblos zapatistas, en pos de la creación de un mundo nuevo, muy otro que el capitalista y en el que 'quepan muchos mundos'" (Aguirre Rojas, 2008: 189).

El zapatismo es contemporáneo en la medida en que ha planteado una oposición social a lo que ya ha durado en exceso. No busca retroceder la rueda de los días rumbo a una arcadía perdida, el nostálgico momento del origen, ni descarrilar el ferrocarril del progreso. Busca algo más definitivo y ambicioso: otro tiempo. (Villoro, 2016: 18)

Más aún, en la perspectiva de dar un paso firme hacia una modernidad alternativa, en diciembre de 2016 se organizó un encuentro en San Cristóbal de las Casas, Chiapas: "Los Zapatistas y las ConCiencias por la Humanidad" tendiente a iniciar un diálogo con representantes de las "ciencias duras". En el marco de este encuentro el Subcomandante insurgente Galeano (antes Marcos) hizo el siguiente comentario:

... si los niños de hace 25-30 años nacieron en los preparativos del alzamiento y los de hace 15-20 nacen en la resistencia y la rebeldía; los de los últimos 10-15 años nacen en un proceso de autonomía ya consolidado, con nuevas características, [...] entre las que está la necesidad de la Ciencia. (Subcomandante Insurgente Galeano, 2016b)

A través de este comentario se devela, con nitidez, el sentido profundo de la iniciativa: establecer un puente entre un mundo en resistencia en el que se han incubado relaciones sociales no capitalistas, con quienes personifican los avances alcanzados por el conocimiento bajo la modernidad capitalista en la perspectiva de abrir cauces hacia una ruta alterna de desarrollo del conocimiento con vocación transformadora. Y si bien se trata apenas de un primer paso, aún incipiente, en la tentativa de transformar el modo técnico de producción capitalista y reencauzarlo hacia una *modernidad alternativa*, no por ello deja de ser una iniciativa de enorme alcance para el avance de los nuevos movimientos sociales antisistémicos, que reafirma la centralidad que en ellos tiene el zapatismo.

A manera de conclusión: reflexiones para avanzar hacia un horizonte emancipatorio

A veinte años de distancia de la aparición pública del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, el Subcomandante Insurgente Marcos, en un mensaje dirigido a los integrantes de la Sexta en el mundo,⁴ hace el siguiente balance:

...nuestro dilema no estaba entre negociar o combatir, sino entre morir o vivir... Y elegimos. Y en lugar de dedicarnos a formar guerrilleros, soldados y escuadrones, preparamos promotores de educación, de salud, y se fueron levantando las bases de la autonomía que hoy maravilla al mundo. En lugar de construir cuarteles, mejorar nuestro armamento, levantar muros y trincheras, se levantaron escuelas, se construyeron hospitales y centros de salud, mejoramos nuestras condiciones de vida. En lugar de luchar por ocupar un lugar en el Partenón de las muertes individualizadas de abajo, elegimos construir la vida [...] Y el más importante: el relevo de pensamiento: del vanguardismo revolucionario al mandar obedeciendo; de la toma del Poder de Arriba a la creación del poder de abajo; de la política profesional a la política cotidiana; de los líderes, a los pueblos; de la marginación de género, a la participación directa de las mujeres; de la burla a lo otro, a la celebración de la diferencia. (Subcomandante Insurgente Marcos, 2014)

El horizonte emancipatorio vislumbrado por los zapatistas puede resumirse en una sencilla pero elocuente utopía concreta:⁵ construir un *mundo en el que quepan muchos mundos*, sobre la cual el Subcomandante insurgente Galeano acota:

Lo que me preocupa es que esa casa, que es un mundo, no vaya a ser igual que éste. Que la casa sea mejor, más grande todavía. Que sea tan grande que en ella quepan no uno, sino muchos mundos, todos, los que ya hay, los que todavía van a nacer [...] A nosotros nos toca primero saber que esa casa es posible y necesaria. Y luego, pues bueno, lo más fácil: nos toca construirla. Y para eso necesitamos el saber, el sentir, la imaginación, necesitamos las ciencias y las artes. Necesitamos otros corazones [...] Ya llegará el día en que nos encontremos con quienes hacen las artes y las ciencias. Ese día les daremos un abrazo y, como bienvenida, les recibiremos con una sola pregunta: '¿Y tú qué?' (Subcomandante insurgente Galeano, 2016a)

Las contribuciones del zapatismo al pensamiento crítico esbozadas, i.e. su crítica de la realidad capitalista contemporánea, su muy otra visión del poder y su tentativa de avanzar hacia una modernidad alternativa, deconstruyen aspectos cruciales del fallido y mal llamado socialismo real (Sánchez Vázquez, 2008). En múltiples sentidos, representan un legado que ha venido a renovar y oxigenar con aire fresco al pensamiento crítico latinoamericano y de otras latitudes, dotándolo de un horizonte emancipatorio nuevo y de raigambre profundamente revolucionaria. Empero, como los propios zapatistas lo advierten, se trata de una experiencia única, no replicable, que si bien aporta elementos trascendentales y novedosos para el avance de los movimientos antisistémicos a nivel planetario, no deja de

⁴ Iniciativa que busca tender puentes e integrar —no asimilar— a individuos, grupos y movimiento sociales que luchen desde y hacia abajo y a la izquierda, con sus propios modos, calendarios y geografías, para construir un nuevo mundo, un *mundo donde quepan muchos mundos*.

⁵ Empleamos aquí la noción de Ernst Bloch, 2007.

plantear enormes desafíos para una efectiva integración de estos movimientos, sin homogeneizarlos ni hegemonizarlos, a fin acabar de una vez y para siempre con la hidra capitalista y hacer realidad un *mundo en el que quepan muchos mundos*.

Referencias

- ANDREFF, Wladimir: “*Outsourcing in the New Strategy of Multinational Companies: Foreign Investment, International Subcontracting and Production Relocation*”, en **Papeles de Europa**. 2009, núm. 18, pp. 5-34.
- AGUIRRE ROJAS, Carlos: **Mandar Obedeciendo. Las lecciones políticas del neozapatismo mexicano**. México, Contrahistorias. La otra mirada de Clío. 2008.
- _____. **Antimanual del Buen Rebelde. Guía de la contrapolítica para Subalternos, Anticapitalistas y Antisistémicos**. México, Contrahistorias. La otra mirada de Clío, 2015.
- ARRIGHI, Giovanni, Terence K. HOPKINS e Immanuel WALLERSTEIN: **Movimientos antisistémicos**. Akal, Madrid, 2012.
- BATTELLE: **Global R&D funding forecast. Battelle-R&D, 2013**. 2014, consultado 28 de febrero de 2017 en http://www.battelle.org/docs/tpp/2014_global_rd_funding_forecast.pdf.
- BELLO, Walden: **Dilemmas of Domination: The Unmaking of the American Empire**. Nueva York, Metropolitan Books, 2005.
- BLOCH, Ernst: **El Principio Esperanza**. Madrid, Trotta, 2007.
- BORRAS, Saturnino M. Jr., Jennifer C. FRANCO, Sergio GÓMEZ, Cristóbal KAY y Max SPOOR: “*Land grabbing in Latin America and the Caribbean*”, **The Journal of Peasant Studies**. 2012, Vol. 39, Nos. 3-4, pp. 845-872.
- BRENNER, Robert: **The Boom and the Bubble: The U.S. in the World Economy**. New York, Verso, 2002.
- CHESBROUGH, Henry: “*Open Innovation: A New Paradigm for Understanding Industrial Innovation*”, en CHESBROUGH, Henry, Wim VANHAVERBEKE y Joel WEST (eds.), **Open Innovation: Researching a New Paradigm**. Oxford: Oxford University Press, 2008, pp. 1-14.
- CONGRESO NACIONAL INDÍGENA y EJÉRCITO ZAPATISTA DE LIBERACIÓN NACIONAL: “*Desde la tempestad*”, 2016, **Enlace zapatista**. Consultado 28 de febrero de 2017 en <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2016/06/20/desde-la-tempestad/>.
- DELGADO WISE, Raúl: “*Unraveling Mexican Highly-Skilled Migration in the Context of Neoliberal Globalization*” en CASTLES, Stephen, Magdalena ARIAS CUBAS y Deyra OZKUL (eds.) **Social Transformation and Migration: National and Local Experiences in South Korea, Turkey, México and Australia**. United Kingdom, Paldgrave MacMillan, 2015, pp. 201-218.
- _____. y David MARTIN: “*The political economy of global labour arbitrage*” in Kees VAN DER PIJL (editor), **The International Political Economy of Production**. Cheltenham, Edward Elgar, 2015, pp. 59-75.
- _____. y Mónica CHÁVEZ ELORZA: “*Patentad, patentad: apuntes sobre la apropiación del trabajo científico por las grandes corporaciones multinacionales*”, **Observatorio del Desarrollo**. 2015, vol. 4, núm.

- ECHEVERRÍA, Bolívar: **Antología. Crítica de la modernidad capitalista**. La Paz, Oxfam, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2011.
- EMMANUEL, Arghiri: **El Intercambio Desigual: Ensayo sobre los antagonismos en las relaciones económicas internacionales**. México, Siglo XXI, 1972.
- FOSTER, John Bellami: "*The Financialization of the Capitalist Class: Monopoly-Finance Capital and the New Contradictory Relations of Ruling Class Power*", en Henry VELTMEYER (ed.), **Imperialism, Crisis and Class Struggle: The Enduring Verities and Contemporary Face of Capitalism**. Leiden/Boston, Brill Publishers, 2010.
- _____ Robert W. MCCHESNEY y Jamil JONNA: "*The Internationalization of Monopoly Capital*", **Monthly Review**. 2011a, vol. 63, núm. 2, pp. 3-18.
- _____ Robert W. MCCHESNEY y Jamil JONNA: "*The Global Reserve Army of Labour and the New Imperialism*", **Monthly Review**. 2011b, vol. 63, núm. 6, pp. 1-15.
- GUDYNAS, Eduardo: **Extractivismos. Ecología, economía y política de un modo de entender el desarrollo y la Naturaleza**. Bolivia, CEDIB, 2015.
- HARVEY, David: **Diecisiete Contradicciones y el Fin del Capitalismo**. Quito, IAEN-Instituto de Altos Estudios Nacionales del Ecuador, 2014.
- MÁRQUEZ, Humberto: "*La gran crisis del capitalismo neoliberal*", **Andamios**. 2010, No. 13, pp. 57-84.
- _____ y Raúl DELGADO WISE: "*Signos vitales del capitalismo neoliberal: Imperialismo, crisis y transformación social*", **Estudios Críticos del Desarrollo**. 2011, Vol. I, núm. 1, pp. 11-50.
- MARX, Karl: **La Guerra Civil en Francia**. Barcelona, Ediciones de Cultura Popular, 1968 [1871].
- _____ **El Capital**. Tomo I, vol. 2, México, Siglo XXI, 1975 [1866].
- MCKINSEY GLOBAL INSTITUTE: **The World at Work: Jobs, Pay, and Skills for 3.5 billion People**. McKinsey & Co., 2012, consultado 28 de febrero de 2017 en http://www.mc-kinsey.com/insights/employment_and_growth/the_world_at_work/19/03/2015.
- _____ **Playing to Win: The New Global Competition for Corporate Profits**. McKinsey & Co., 2015, consultado 28 de febrero de 2017 en file:///C:/Users/Raul/Downloads/MGI%20Global%20Competition_Full%20Report_Sep%202015.pdf.
- MÍGUEZ, Pablo: "*Del General Intellect a las tesis del "capitalismo cognitivo": aportes para el estudio del capitalismo del siglo XXI*", **Bajo el Volcán**. 2013, vol. 13, núm. 21, pp. 27-57.
- OXFAM: "*Una Economía para el 99%. Es hora de construir una economía más humana y justa al servicio de las personas*", Oxford, OXFAM, 2016, consultado 28 de febrero de 2017 en <http://www.oxfamMexico.org/wp-content/uploads/2017/01/bp-economy-for-99-percent-160117-es.pdf>
- RODRÍGUEZ LASCANO, Sergio: "*Apuntes sobre el pensamiento crítico vs las mutaciones de la hidra*" en varios autores, **El Pensamiento Crítico Frente a la Hidra Capitalista II**. México, EZLN, 2016, pp. 434-55.
- SAMIR, Amin: **The Implosion of Capitalism**. London, Pluto Press, 2013.
- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo: **Ética y Política**. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2008.
- SAXENIAN, Anna Lee: **Local and Global Networks of Immigrant Professionals in Silicon Valley**. San Francisco, Public Policy Institute of California, 2002.

- _____ **The New Argonauts: Regional Advantage in a Global Economy.** Boston, MA: Harvard University Press, 2006.
- SUBCOMANDANTE INSURGENTE MARCOS: “¿Cuáles son las características fundamentales de la IV Guerra Mundial?”, **Enlace Zapatista.** 2003, consultado 28 de febrero de 2017 en <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2003/02/01/cuales-son-las-caracteristicas-fundamentales-de-la-iv-guerra-mundial/>.
- _____ “Ellos y Nosotros. VII”, **Enlace Zapatista.** 2013, consultado 28 de febrero de 2017 en <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2013/02/19/ellos-y-nosotros-vii-ls-mas-pe-quens/>.
- _____ “Entre la Luz y la Sombra”, **Enlace Zapatista.** 2014, consultado 28 de febrero de 2017 en <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2014/05/25/entre-la-luz-y-la-sombra/>.
- SUBCOMANDANTE INSURGENTE GALEANO: “La Tormenta, el Centinela y el Síndrome del Vigía”, **Enlace Zapatista.** 2015, consultado 28 de febrero de 2017 en <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2015/04/01/la-tormenta-el-centinela-y-el-sindrome-del-vigia/>.
- _____ “Una casa, otros mundos”, **Enlace Zapatista.** 2016^a, consultado 28 de febrero de 2017 en <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2016/09/12/una-casa-otros-mundos/>.
- _____ “Las Artes y las Ciencias en la historia del (neo) Zapatismo”, **Enlace Zapatista.** 2016^b, consultado 28 de febrero de 2017 en <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2016/12/28/las-artes-y-las-ciencias-en-la-historia-del-neo-zapatismo/>.
- SUWANDI, Intan y John Bellamy FOSTER: “Multinational Corporations and the Globalization of Monopoly Capital. From the 1960s to the Present”, **Monthly Review.** 2016, vol. 68, no. 3.
- UNCTAD (United Nations Conference on Trade and Liberalization): **World Investment Report 2010.** Nueva York, UNCTAD, 2010.
- VELTMEYER, Henry: “The Political Economy of Natural Resource Extraction: A New Model or Extractive Imperialism?”, **Canadian Journal of Development Studies.** 2013, vol. 34, núm. 1, pp. 79-95.
- VILLORO, Juan: “La duración de la impaciencia” en varios autores, **El Pensamiento Crítico Frente a la Hidra Capitalista II.** México, EZLN, 2016, pp.15-26.
- XING, Yuquing y Charles KOLSTAD: “Do Lax Environmental Regulations Attract Foreign Investment?”, **Environmental and Resource Economics.** 2002, vol. 21, núm. 1, pp. 1-22.
- ZIBECHI, Raúl: **Autonomías y emancipaciones. América Latina en movimiento.** Lima, Programa Democracia y Transformación Global, 2007.
- _____ “Carta al Subcomandante Insurgente Marcos” en Raúl ZIBECHI y Michael HARDT, **Preservar y compartir. Bienes comunes y movimientos sociales.** Buenos Aires, Mardulce, 2013.
- _____ **Descolonizar el Pensamiento Crítico y las Rebeldías. Autonomías y Emancipaciones en la era del progresismo.** México, Bajo Tierra Ediciones, 2015.

Conflictividad Social y Política en el capitalismo contemporáneo.
Antagonismos y resistencias (I)



número 35 (primer semestre 2017) - number 35 (first semester 2017)

Conflictividad social: categorías, concepciones y debate

Revista THEOMAI/ THEOMAI Journal

Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo / Critical Studies about Society and Development

La disputa por la hegemonía civil. Sociedad y Estado en el Brasil

Lucio Oliver¹

Sociedad civil en América del Sur

Desde 2015 las movilizaciones de la derecha social y política han contribuido al desplazamiento de los gobiernos progresistas en diversos países de América del Sur. Nuevos gobiernos de la derecha han vuelto a uniformar al subcontinente. De nuevo América latina se presenta como una región de capitalismo transnacional salvaje, dirigido por políticas económicas neoliberales, guiado por una gobernabilidad autoritaria y subordinado a los grandes estados imperiales, especialmente a los Estados Unidos de América.

¿Cómo entender teóricamente la emergencia y la decisiva incidencia político cultural de los movimientos y protestas dirigidos por la nueva derecha sudamericana, sustentados en

¹ Profesor investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, de la UNAM, México. Tutor del programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos, de la UNAM.

sectores activos de las clases medias que han logrado influir en el movimiento de la sociedad popular? Sin embargo, no son el resultado normal de una inconformidad de la sociedad por problemas de baja en el crecimiento económico o la corrupción de los políticos. ¿Su peculiaridad actual es que estos movimientos han saltado los márgenes de una disputa normal de tipo ideológico político y están actuando como elemento de instrumentación de las instituciones del Estado por parte de grupos políticos ultraderechistas que estimularon en la sociedad un odio y un revanchismo sociocultural, actividad que se extralimitó de los postulados constitucionales? ¿Qué implican desde la perspectiva de una teoría de la sociedad civil contemporánea, de las luchas por la hegemonía, de la disputa por la construcción democrática y de la relación de fuerzas histórico sociales e histórico políticas, estos avatares de la confrontación ideológica?

No se trata del natural péndulo de posiciones de una sociedad civil y una sociedad política que según su propia valoración de las tendencias económicas, decide apoyar primero y luego rechazar después políticas de centro izquierda para manifestar en las calles, en los votos y en las posiciones de sus representantes parlamentarios su apoyo a nuevas orientaciones de centro derecha, que dan lugar a nuevas políticas de militarización de la seguridad pública, programas de contención de derechos políticos, económicos, sociales y culturales, políticas de límites de presupuesto público para seguridad, educación, vivienda, salud y que agreden abiertamente a amplios sectores populares y en particular a la población marginada.

La novedad de esta coyuntura es que las movilizaciones y protestas han estado acompañadas de algo más, cuyo carácter es revelador de contenidos particulares que tienden a disolver la convivencia social democrática y a la sociedad normada y regulada por leyes constitucionales: el fenómeno hace parte de la instrumentación y el deterioro de las instituciones y conquistas sociales y tiene su centro de gravedad en las expresiones abiertas de odio social, clasismo, racismo, desprecio a la participación y demandas de los jóvenes y agresión a las luchas feministas y por la diversidad. Se trata de políticas que muestran el uso comprometido y faccioso de los diversos poderes institucionales del Estado: involucran el uso provocador de los poderes del Estado: legislativo, judicial y mediático, estando a punto de incluir además lo que podríamos determinar como uso faccioso del poder electoral.

A estas alturas está claro que para entender las nuevas orientaciones de la sociedad política y la emergencia de un sector fascista activo de la sociedad civil (Sousa, 2004) hay que ver más allá de los graves problemas económicos que afectan a las economías de occidente, acentuados por la caída abrupta de las inversiones externas, la paralización de las exportaciones y el declive del crecimiento económico. La situación económica, sin duda, produce una insatisfacción de mayorías y evidencia los lados débiles de las nuevas políticas de inclusión y pacificación social basadas en la conciliación de clases de los gobiernos progresistas extractivistas y neoexportadores que no realizaron las reformas necesarias para establecer una economía pública fortalecida, mantener la ética en la política y abrir paso a la representación real de la población en los asuntos del Estado. Pero lo sustancial y notorio no es tanto la normal pérdida de legitimidad coyuntural por el declive económico de estos gobiernos, sino la acelerada e inusitada transformación político cultural de los problemas económicos en aguda crisis política e ideológica.

En la nueva situación han actuado elementos detonadores de grupos políticos que han estimulado una opinión pública de derecha intransigente como los mensajes manipuladores de los medios de comunicación globales, las directrices de los políticos de extrema derecha y han incidido en la presencia de una sociedad civil activa que se multiplicó en miles de ciudadanos que marcharon por las calles de la ciudad reclamando por la supuesta corrupción

de los gobiernos progresistas (sin importarles, aun sabiéndolo, que la verdadera corrupción estuviese en los políticos vociferantes de la derecha que azuzaban a las manifestaciones de protesta y a las movilizaciones. El caso del corrupto expresidente de la cámara de diputados de Brasil, Eduardo Cunha, director del proceso que llevó al impeachment de la presidenta Dilma Rousseff es emblemático. Hoy ese político está en la cárcel con una sentencia de 14 años y la presidente, aun cuando fue depuesta, está libre y con derechos políticos).

Lo anterior nos genera importantes interrogantes teóricos, que surgen al valorar los procesos que llevaron al vuelco a la derecha y a las movilizaciones de odio clasista, racista, misógino y antiizquierdista que lo acompañaron. ¿Son gérmenes de un real movimiento social profascista en los países de América del Sur? ¿Qué pasó con el resto de la sociedad civil que se quedó paralizada ante la algarabía de los sectores ultraderechistas? ¿Por qué ante el acoso derechista no se produjo una movilización similar de resistencia de los sectores progresistas y de izquierda? ¿Por qué la sociedad ha permitido la destrucción de los pactos constitucionales construidos desde, por lo menos, hace 30 años?

Sorprende especialmente que se haya barrido con los enunciados constitucionales y de organización política institucional, que estén imponiendo enmiendas constitucionales reaccionarias por medio de decisiones de pandillas burocráticas, contraviniendo a la organización, los valores, las concepciones del mundo y los referentes intelectuales y morales de los partidos y gobiernos progresistas que fueron moldeando a las sociedades en los últimos treinta años. También sorprende que no haya habido una reacción colectiva popular que pusiera un dique a la difusión del discurso e imaginario ultraderechista en la sociedad.

Las interrogantes nos plantean una controversia sobre cómo entendemos teóricamente a la sociedad civil, no sólo porque requerimos dar una interpretación adecuada a la putrefacción institucional y a los conflictos de élites, sino que necesitamos comprender lo que sucede con la gran masa que en su momento apoyó a los movimientos y los gobiernos de izquierda y tiempo después se tradujo en el sedimento de una sociedad civil manipulada que los detesta y denigra y, lo que es más trascendente, se orienta a destruir el acuerdo político de sociabilidad, deberes y derechos y de gobernabilidad que generaron las constituciones que rigen a los países sudamericanos. Lo más evidente, pero que no es explicativo suficiente de la situación actual, es que la sociedad civil latinoamericana contemporánea se muestra excesivamente moldeable por las circunstancias; así en un determinado momento es capaz de inclinarse a la izquierda, generar protestas, movilizaciones y movimientos sociales en pro de la pacificación y la conciliación social, va y viene, se ubica y se disuelve, interviene en la política y luego, ante un cambio relativamente menor de la situación sorprendentemente se disuelve en el día a día y apoya posiciones neofascistas de gobiernos de extrema derecha.

La disputa y las relaciones de fuerzas

Al parecer la situación reseñada lleva a una comprensión teórica distinta a la tradicional acerca de la sociedad civil: nos conduce a entenderla como un ámbito de disputa aguda relacionada con la relación de fuerzas y con la reyerta por el poder, muy distante de la perspectiva dominante hoy en las ciencias sociales posmodernas que la aprecia como un ámbito neutro en que se produce la generación progresiva de un consenso social evolutivo en torno de valores, normas, organizaciones y concepciones que maduran hasta formar un tejido ético resistente (Cohen y Arato, 2001). Por lo contrario, si la pensamos teóricamente con una perspectiva crítica vemos que la sociedad civil latinoamericana es un espacio de profundas disputas ideológicas y de poder, articuladas con la disputa por el Estado. Es parte de los conflictos entre grupos

sociales por la dirección ética, moral, intelectual, económica y territorial, de género y de propiedad en la sociedad (Gramsci, 2000, Cuaderno 19, párrafo 24). Y en ese sentido la perspectiva de Gramsci, del Estado integral (Gramsci, 2000, Cuaderno 13), resulta adecuada para abordar el estudio de lo que actualmente está sucediendo en América Latina. Remite a entender a la sociedad civil como ámbito de una intensa lucha entre distintas política de hegemonía más que como sede de una tendencia civilizadora colectiva neutra y progresiva.

En América del Sur el retorno de los grupos neoliberales autoritarios al gobierno modifica las previsiones de Evelina Dagnino sobre la disputa por la construcción democrática en América Latina y sobre su confrontación racional de proyectos político culturales distintos (Dagnino, 2006). La fascistización ideológica, la ofensiva ideológica de las fuerzas y corrientes conservadoras está provocando la activación de diversos y múltiples sentimientos de odio de grupos activos de las clases medias y altas que buscan extenderse en la sociedad: reivindican privilegios de élite y hacen parte de una ofensiva antipopular que incluye discursos y prácticas racistas contra mestizos, negros e indígenas, argumentos contra las mujeres, posiciones contra los jóvenes; discursos que promueven cínicamente políticas de desigualdad y hacen un llamado a acabar con el pensamiento crítico en todas sus expresiones. Así, el movimiento civil de la nueva derecha constituye un posicionamiento intelectual, cultural y moral contra las conquistas sociales acumuladas en los últimos treinta años. Se articula con personalidades, políticos, instituciones y movimientos que reivindican programas y políticas retrógradas y rígidas, como las de las iglesias protestantes y sectores reaccionarios católicos, grupos conservadores que estimulan marchas por una fantasiosa familia tradicional y contra el aborto y los derechos de las mujeres. Tienen el aval inmediato de instituciones que defienden ciegamente la propiedad privada monopólica de la sociedad civil como las federaciones de industrias y la orden de abogados de Brasil (OAB) y cuentan con el visto bueno de los dirigentes reaccionarios de instituciones educativas y mediáticas².

La articulación de la sociedad civil con la sociedad política: el Estado integral

Las nuevas derechas latinoamericanas entronizadas de nuevo en el gobierno por las movilizaciones de la sociedad civil y por los juegos político electorales, en tanto sociedad política no buscan ni tienen alternativa frente a los problemas estructurales del capitalismo latinoamericano, no cuentan con un proyecto de referencia nacional o popular que afirme la soberanía del Estado o de cabida y viabilidad a la compleja diversidad que exigen los movimientos sociales de todo tipo. Su acceso a los gobiernos y sus políticas autoritarias de gobernabilidad y profundización global del neoliberalismo, tienden a generar, por ello, a mediano plazo, mayores desigualdades y nuevas crisis políticas, situaciones de inestabilidad y disputas agudas y algunas veces violentas de proyectos, fuerzas políticas, territorios, poblaciones. América Latina tiene por delante una época de crisis en que no bastará el poder, las políticas y la influencia recobrada por las derechas en la sociedad y aparatos de Estado para seguir dominando. Se hará acompañar por las políticas de seguridad y las políticas criminalizadoras de medios.

Las nociones de orden y control -policíaco, político, ideológico, social- se empiezan a volver asuntos comunes en las políticas actuales de los Estados y comportan la intención de instituir desde la sociedad política y con la movilización de la sociedad civil, un nuevo Estado del orden, autoritario y neoliberal, en el cual, para sostener la nueva normalidad de mando

² En 2014 nacen los grupos que hoy convocan millones: Movimento Brasil Livre, Vem Pra Rua y Revoltados On Line. Véase el artículo de Raúl Zibechi en *La Jornada*, "La nueva derecha en Brasil", 1 de abril de 2016.

vertical, sobreexplotación, despojo de territorios y comunidades y pérdida de soberanía, utiliza a las fuerzas armadas bajo una nueva noción de seguridad pública para la cual la protesta se convierte en crimen. Las nuevas políticas de las derechas perturban el funcionamiento de las mediaciones y acentúan las crisis de representatividad de las instituciones electorales, parlamentarias, partidarias y judiciales.

Las viejas clases dirigentes de la sociedad política están sufriendo una mutación: se mutación: se transforman crecientemente en “castas políticas” que buscan reproducirse e imponerse a toda costa, bajo un programa que las convierte en vehículos de las políticas neoliberales de subordinación a la hegemonía regional estadounidense y a los procesos de transnacionalización del Estado. Tienden a ajustarse a la figura del Estado nacional de competencia que prioriza la valorización del gran capital transnacional³, con el tributo al capital financiero y a los organismos económicos mundiales dominantes. Se modifican tanto las clases políticas como las mediaciones en que actúan, con su dualidad de ser “tanto el Estado ampliado en la sociedad como la sociedad empequeñecida en el Estado”⁴. Está mermado el espacio donde lo normal es la disputa por proyectos distintos y tiende a prevalecer una tendencia históricamente regresiva del Estado: volver a ser un “consejo de administración que rige los intereses colectivos de la clase burguesa”⁵, ahora transnacional.

Las derechas hoy actuantes tienden a modificar el Estado liberal democrático del siglo XX para crear el Estado del orden autoritario neoliberal: en el régimen político operan para instituir la gobernabilidad autoritaria. No hay propuesta para la evidente crisis de representatividad de las instituciones ni se busca abrir canales para que la sociedad civil o los movimientos sociales encuentren solución para sus reivindicaciones o logren avances en la disputa de sus proyectos en democracia.

Correlativamente al vuelco a la derecha se aprecia una pérdida de derechos y libertades de la sociedad civil y un relativo cercamiento a las organizaciones democráticas y a los movimientos sociales. La resistencia no impide cierta decepción y desesperanza de los gobernados con los anteriores gobiernos progresistas, aun cuando gran parte de éstos todavía reconozcan los logros civilizatorios y nacional populares que tuvieron algunas de sus políticas. Sigue actuante todavía la protesta como medio de expresión de la resistencia: los trabajadores empobrecidos, los desempleados, los recién incluidos y ya sobreexplotados en la economía, las clases medias de pensamiento creativo y sobre todo los jóvenes de diversos sectores sociales, han buscado expresar reiteradamente su protesta en las calles. Sus convicciones son múltiples y radicales: han sido formadas a la luz del deterioro ético político de las clases políticas y de los diversos dirigentes institucionales (corrupción de dirigentes de partidos y burócratas) y hacen parte de la crítica social a los ambiguos logros de las políticas públicas-privadas neodesarrollistas de Estado, que en muchos lados resultaron en franca connivencia de los dirigentes del Estado con los protagonistas de la acumulación financiera, los ajustes fiscales regresivos, el agronegocio depredador, el rentismo de oportunidad, impulsadas por algunos gobiernos progresistas. En Brasil, por ejemplo, esa desilusión y la protesta ya se había manifestado abiertamente en las movilizaciones en que millones de jóvenes se manifestaron en junio de 2013⁶.

Las políticas de conciliación y pacificación de clases⁷ promovidas por los gobiernos

³ Hirsch, 2002.

⁴ Hegel, 2004. Marx, 1986.

⁵ Marx, Varias ediciones. Para la noción de Estado nacional de competencia véase Hirsch, 2002.

⁶ Véase el texto de Nogueira, 2009.

⁷ Véase Braga, 2016.

progresistas anteriores, no fueron entendidas cabalmente por la juventud, que aspiraba a cambios más profundos e inmediatos. Las políticas de despolitización social, la insuficiencia de las políticas sociales de inclusión y de atención público privada quizá aminoraron pero no atinaron a resolver las necesidades urgentes y estructurales de educación, salud, vivienda y empleo y de estímulo al consumo. Como en su momento argumentó Semeraro: “Se optó por la centralización y el caudillismo carismático en lugar de la organización popular y la educación para la hegemonía”.⁸

Especial disgusto generaron en los jóvenes de la izquierda la permisibilidad de los gobiernos ante las políticas de extractivismo inconsciente desregulado, de estímulo al agronegocio depredador, de capitalización permanente y unilateral del capital financiero y de manifestaciones de poder de los medios monopólicos y los sectores de justicia y policía.

La indiferencia juvenil se fue expresando en la distancia moral y política ante una concepción de “administración progresista del Estado de todos y de nadie”, que dejaba fuera las políticas de disputa de proyectos político culturales diferenciados por el Estado. Las políticas de gestión gubernamental progresista no atendieron a las necesidades de los nuevos jóvenes explotados y precarizados globales⁹: minimizaron sus requerimientos de nueva moralidad, de inserción laboral, de creación de una economía social, de nueva sociabilidad abierta y crítica, de participación, cultura y política emancipadoras. Los gobiernos pusieron a un lado las propuestas y demandas colectivas de las nuevas generaciones que habían acumulado elaboraciones conceptuales y políticas propias, que se habían forjado en los complejos movimientos sociales de la diversidad, en el afán de lucha de la juventud de los campesinos pobres y jornaleros, comunidades originarias, múltiples movimientos sociales y barriales, feminismos, y, así la sociedad política progresista se divorció de las expresiones creativas de los múltiples sectores avanzados de la nueva sociedad civil¹⁰ moderna y adicta a las nuevas formas de existencia, tecnologías cibernéticas, informáticas y de comunicación. Los gobiernos progresistas no tuvieron en general, una política abierta hacia los jóvenes en su proyecto de administración del Estado. No hubo tampoco por parte de sus fuerzas políticas un proyecto de construcción de un poder popular que arrastrara tras de sí a la juventud y a la sociedad civil y que promoviera transformaciones profundas en la economía, la sociedad, la cultura y el Estado.

También hubo desengaño e inconformidad de los movimientos sociales y políticos de izquierda por el sectarismo, la prepotencia y cerrazón con la cual en muchos casos las fuerzas dirigentes de los nuevos gobiernos dieron la espalda a la necesidad de crear una nueva sociedad política sustentada en bloques de poder amplios, incluyentes de todas las fuerzas sociales y políticas comprometidas con políticas populares y en su renuencia a generar un proceso de encuentro de los distintos sectores de la izquierda a partir de innovación en términos de democracia participativa real.

En ciertos momentos y circunstancias los distintos gobiernos progresistas diseñaron medios para mejorar la situación económico social de las masas populares a partir de abrir la participación ciudadana y la organización comunitaria social y abrieron cauces al protagonismo activo de sus países en el ámbito internacional. Sin embargo la tónica dominante no fue el abrir cauce a la vida democrática multidimensional, la ampliación hacia el bloque de izquierdas o las reformas de fondo. Tal como observa Frei Betto respecto al proyecto del

⁸ Véase Semeraro, 2016.

⁹ Véase González Casanova, 2009.

¹⁰ Expresiones de la diversidad aludida son las reivindicaciones y movimientos comunitarios, étnicos, por el derecho a la ciudad, juveniles, ecológicos, por la justicia y la paz, contra la impunidad, educativos y de maestros, de género, por la reforma política y de justicia, por la reforma agraria y de vivienda, el movimiento LGBT, etc.

Partido de los Trabajadores en Brasil:

El PT nació con el propósito de "organizar a la clase trabajadora". Llegó al poder gracias a los movimientos sociales. Pero no supo valorizar lo que le daría sustentabilidad política. No hubo estrategia para desarticular a los actuales protagonistas del golpe.

Creyó en las alianzas con los enemigos de clase. Hizo demasiadas concesiones a quien tenía por objetivo desbancar al PT y retomar el control de la máquina del Estado. Cambió la estrategia por meras conquistas electorales. Cedió el proyecto histórico por meras tácticas de acomodados en el gobierno.

El mantenerse en el poder, así fuese al costo de pactos espurios, fue más importante que alterar las estructuras arcaicas de la sociedad brasileña. Trece años de gobierno y ninguna reforma, ni la agraria, la laboral o la tributaria. Hoy, el PT es víctima de la omisión de una reforma política (Frei Betto, 2016).

Nuevas tendencias en la sociedad civil

En contraposición al actual vuelco a la derecha de los Estados latinoamericanos, a la apatía de gran parte de la juventud y a la desesperanza de los dirigentes populares, se puede observar una reactivación de la resistencia de los movimientos populares y una nueva autoorganización y protesta colectiva que podrían llevar a conformar un nuevo ciclo de actividad y resistencia de la sociedad civil autónoma, motivada por consolidar un programa de reformas estructurales avanzadas de los Estados y las instituciones de la sociedad civil, de recuperación de la participación, el debate y la lucha por la autonomía ideológica y de promoción de la unidad de la diversidad en las direcciones partidarias de oposición, así como de la posibilidad (y necesidad) de un ciclo de revisión, reconstrucción o sustitución democrática multidimensional de las fuerzas progresistas y de la izquierda, de su proyecto nacional, de sus definiciones políticas y de sus estrategias políticas.

Brasil

La derecha brasileña actuó políticamente desde la sociedad política y la sociedad civil en armonía con las movilizaciones sociales, para destituir a la presidenta de Brasil, parar la continuidad progresista y derrumbar el legado de los gobiernos de Lula da Silva y Dilma Rousseff. Estos presidentes progresistas modificaron la fisonomía del capitalismo de Brasil (del neoliberalismo) al aplicar nuevas orientaciones de regulación Estatal y decretar políticas sociales de amplitud prácticamente universal de 2003 hasta 2015¹¹. En 2003 se abrió paso un nuevo proyecto nacional de conciliación de clases y pacificación social forjado en una sociedad en resistencia y en las luchas por derechos y libertades relacionados con los enunciados de la Constitución de 1988. La extensión social de la perspectiva progresista fue resultado de una inconformidad espontánea múltiple con el neoliberalismo, aunada a la difusión de la filosofía

¹¹ Cuando Lula obtuvo la presidencia impulsó un proyecto nacional distinto del Liberalismo Social del PSDB dirigido por Fernando Henrique Cardoso (1994-2002), proyecto neoliberal que fue puesto en cuestión a raíz del desencanto de las mayorías populares que habían sido conformadas ideológicamente por las luchas de una pedagogía de la liberación y los movimientos ciudadanos por el derecho a tener derechos, aunado al descrédito de su discurso contrareformador, el afán privatizador de los bienes públicos y nacionales, la creciente subordinación a las políticas internacionales de los Estados Unidos y la crisis económica de fines de los años noventa, lo que llevó incluso a pugnas internas entre los gobernadores de los estados y la presidencia.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

de la liberación y la esperanza de los oprimidos basada en la pedagogía de Paulo Freire y en la teología de la liberación. El proyecto de Lula y del PT propuso un capitalismo de protección social, derechos sociales e igualdad ciudadana, con autonomía relativa del Estado y ampliación de su soberanía. El nuevo grupo gobernante "lulista" introdujo en el Estado un programa "social" neodesarrollista, de justicia social, el cual, aun cuando respetó la continuidad de la economía neoliberal, del dominio del capital financiero y favoreció la acumulación depredadora y extractivista del gran agronegocio capitalista, impulsó correlativamente programas y políticas de asistencialismo social, de defensa de políticas públicas populares nacionales, de proyección activa de Brasil en la integración y la dinámica democrática de la región latinoamericana y de lucha por un mundo multipolar por medio de la alianza BRICS y por la política exterior activa en los foros internacionales. Fue una propuesta de disputa electoral y administrativa del Estado que nunca pretendió alterar la relación de fuerzas sino sólo establecer un Estado capitalista para todos.

Desde el inicio del período de Lula y hasta la destitución de la presidenta Dilma, se omitió la elaboración de políticas encaminadas a lograr reformas profundas en las instituciones elitistas, en los poderes policiaco militares, en el conservadurismo autónomo del poder judicial y en el poder viciado parlamentario.¹²

El denominado "Lulismo" se procesó por medio de un cesarismo carismático que llamaba a la modernización pasiva y se basaba en la ascendencia del líder sin contemplar una lucha por reformas estructurales de fondo¹³ que pudiera encaminarse a renovar el perfil constitutivo de las instituciones del Estado, el funcionamiento de los sistemas de relación con lo público, ni a organizar y politizar a la población para un cambio social. La propia concepción de una reforma política era intrascendente: a fines del segundo periodo de Luiz Inácio Lula da Silva aludía a buscar normas que garantizaran la fidelidad partidaria y no la transformación de las instituciones ni a la politización y reforma de la sociedad civil¹⁴. Todo ello generó prestigio y crecimiento económico hasta 2013, cuando la importación china de productos brasileños se vino abajo.

En un contexto de fuerte declive del crecimiento económico, en este país se llevó a cabo en 2015/16 una ofensiva aventurera de las derechas que consiguió unir a las cabezas de los poderes económicos, políticos, judiciales, educativos, culturales y mediáticos en una política orientada a desconocer las reglas del juego institucional, violentar la constitución, aprobar un golpe de mano en el parlamento, desprestigiar y destituir de la política al conjunto de los líderes del Partido de los Trabajadores y del Partido Comunista de Brasil y desconocer los

¹² Cuyo funcionamiento como instituciones heredadas del viejo régimen militar posibilitaba el predominio de grupos conservadores y camarillas heredadas de la dictadura, electos o designados con leyes autoritarias y bajo la sujeción financiera del sistema político electoral a los financiadores privados cuyo eje es el logro de la representación a partir de elecciones individuales locales de diputados y senadores. Además de su subordinación a los grupos empresariales que los financiaron, el elemento común de la mayoría de los representantes y del funcionamiento institucional de la policía, las judicaturas y el congreso es la falta de compromiso con una ideología, un análisis de país, una concepción de Estado, una valoración de los problemas y alternativas estructurales nacionales, sino que los diputados y senadores se caracterizan, con algunas notorias excepciones, en general por una perspectiva local y empresarial particular de tipo modernizante apolítico, en el que prevalecen grandes oligarcas terratenientes, líderes locales, religiosos o empresariales. Las entidades representativas se vuelven espacios de negociación de negocios y prebendas y el funcionamiento de esos poderes se produce a partir de una concepción del orden y el progreso heredados de la historia oligárquica del Brasil.

¹³ Reformas políticas, judiciales, agrarias, institucionales, educativas o mediáticas.

¹⁴ Nogueira, 2009.

logros históricos de la lucha de la sociedad civil brasileña. La ofensiva estuvo dirigida también a cambiar el proyecto nacional del Brasil: se hizo para anular el ambiguo programa social neodesarrollista que prevaleció durante 12 años, cambiar la orientación, el programa y las políticas económicas, acabar con la conciliación de clases progresista. La arremetida buscó asimismo echar abajo valores civilizatorios relacionados con la lucha de los últimos treinta y cinco años por lo público: la democracia, el igualitarismo, el diálogo, los derechos de minorías oprimidas, los derechos laborales básicos, es decir combatió el conjunto de las instituciones sociales, culturales, políticas y sociales de la constitución de 1988, mismas que acabada la dictadura en 1988 crearon un pacto sociopolítico de convivencia social y política.

El impeachment de Dilma Rousseff, la persecución sin pruebas al expresidente Lula y a algunos de sus ministros se conjuntó con un ataque judicial, político y mediático a las expresiones políticas y culturales progresistas y de izquierdas. De ahí que, no obstante haberse procesado con una mayoría de votos en las cámaras, tanto de diputados como de senadores, se aluda acertadamente a un “golpe de Estado” parlamentario-judicial-mediático y de valores, dadas las evidencias que se dieron a conocer de una especie de pacto de interés entre los grupos parlamentarios involucrados en la corrupción. La destitución política mostró que la gran mayoría de parlamentarios y de partidos de Brasil habían hecho del parlamento un coto cerrado de negociación de intereses particulares y de provecho político personal y grupal. Por otro lado, las fuerzas políticas y sociales progresistas y de izquierda no pudieron impedir institucionalmente el juicio político contra la presidenta, ni con la resistencia de los movimientos políticos y sociales en las calles, ni con el apoyo de la opinión pública interna e internacional.

Más allá de la dinámica institucional que hizo parte del impeachment y del acceso al gobierno del vicepresidente Michel Temer, se evidenciaron aspectos fundamentales de la cultura, el sentido común y la visión del mundo de grandes segmentos de la sociedad civil¹⁵. Se hizo clara la existencia de una disputa en la sociedad que de alguna manera permanecía oculta bajo el fenómeno del “Lulismo”: en torno a la aceptación del proyecto nacional y el funcionamiento institucional, respecto de la opinión pública emitida por los medios de comunicación y en cuanto al posicionamiento y las concepciones de las agrupaciones de la sociedad civil y los movimientos sociales.

El juicio político y la sustitución de la presidenta evidenció aspectos relacionados con la relación entre la sociedad civil y el Estado, los vaivenes de una relación de fuerzas actuante, la herencia autoritaria de la cultura y la política oligárquica de Brasil y las características organizativas, políticas e ideológicas de las grandes masas populares que sustentan la diversidad sociopolítica y cultural brasileña.

La crisis de autoridad del nuevo gobierno continúa y no obstante se ha aprobado en el parlamento enmiendas constitucionales, reglas de administración y orientaciones de gobierno que sin consulta amplia ni apoyo de la sociedad transforman al Estado político en tanto proyecto nacional¹⁶ y en tanto trinchera societal. Primero fue la orden ejecutiva de imponer una “escuela

¹⁵ El análisis del carácter de la ofensiva agresiva de las derechas lo hacemos a partir de intensificar tres ejes analíticos centrales que nos permiten buscar entender algunos elementos activos en la situación cambiante en curso. Los ejes metodológicos están implícitos en la noción de Estado integral y la ecuación Estado-sociedad civil.

¹⁶ El proyecto nacional del Estado es el que establece el vínculo de relación con la acumulación y la reproducción del sistema económico prevaleciente, con el funcionamiento de los sistemas políticos y las mediaciones, abierto a obtener la legitimidad de los gobiernos y las instituciones y que tiene una política hacia la sociedad. El proyecto nacional es siempre una síntesis de las potencialidades de la reproducción de la forma productiva dominante y de

sin partido”, que anula totalmente la libertad de cátedra, luego la eliminación de la obligatoriedad de incluir las disciplinas de ciencias sociales y humanidades en la enseñanza secundaria, más tarde la enmienda constitucional que impide que durante veinte años se incremente el presupuesto para educación, salud, seguridad, vivienda y que afecta igualmente a la subida de salarios mínimos. Ahora mismo está en curso una enmienda constitucional más que modifica las relaciones laborales al eliminar la estabilidad en el empleo y aumentar los años de trabajo necesarios para la jubilación, a 65 años igual para mujeres y hombres.

El nuevo gobierno de derecha de Michel Temer se ha manifestado por nuevas relaciones de subordinación con los Estados Unidos, por desmantelar la regulación del Estado, acabar con el incremento de todo gasto público constitucional destinado a las políticas públicas, está por privatizar las empresas productivas y de servicios públicos, mantener el servicio al capital financiero con altas tasas de interés, vender parte de la economía a las inversiones extranjeras y buscar una política contraria a la colaboración regional latinoamericana y con los países del sur¹⁷.

La resistencia y la lucha por la dirección alternativa de la sociedad civil

Considerando la atmósfera prevaleciente en la sociedad civil podemos partir de un antecedente estructural: desde la década de los noventa Brasil vio surgir y expandirse a grandes mayorías explotadas y precarizadas que expresan la forma en que la globalización está cambiando las condiciones de producción y circulación mercantil capitalista en América Latina. En Brasil esas mayorías de trabajadores sin derechos estables adquirieron distintas expresiones e identidades de resistencia y lucha como movimientos de una diversidad popular creativa: campesinos, jornaleros, pequeños agricultores, afectados del campo y trabajadores sin tierra, obreros precarizados urbanos, negros, jóvenes, mujeres, jubilados, cooperativistas, asociaciones de género y de la diversidad sexual. Se conformaron movimientos nacionales por derechos de minorías que confluyeron por el derecho a otro tipo de ciudad y de sociedad. Es decir, lo estructural se tradujo en una lucha político cultural que llevó a una nueva cultura e identidad social arcoíris de lucha y propuesta. El amplísimo movimiento de la diversidad aglutinó a quienes lucharon por ampliar y afirmar las libertades democráticas y renovar las instituciones, organizaciones y núcleos socioculturales y políticos de la sociedad civil¹⁸. Durante dos décadas la orden del día en términos de una gran parte del mundo popular fue desplegarse como afirmación de una diversidad con derechos en la sociedad civil. Ahí converge el trabajo amplio de los sindicatos y centrales operarias con movimientos sociales populares urbanos y rurales de barrios formales y favelas, que, con base a la herencia de los presupuestos ideológicos de la constitución de 1988 y de la pedagogía de la liberación, asumen como propia una crítica a las ideologías oligárquico autoritarias tradicionales, y se colocan en oposición al proyecto neoliberal y a la revolución pasiva mundial instalados en los años

la emisión ideológico política de un bloque de poder que dirige el Estado y normalmente se enfrenta ante la necesidad de la aceptación internacional y de la población interna.

¹⁷ Tomado de la información de Folha de Sao Paulo, O Estado de Sao Paulo, los números de 2016 de Brasil de Fato, Correio da Cidadania, Carta Maior y las agencias de información EDITAL y ALAI América Latina.

¹⁸ Desde 2009 he conformado un grupo de trabajo amplio Brasil-México que da seguimiento a los movimientos de la sociedad civil en Brasil. La dirección de las investigaciones está a cargo de Severo Salles, Adelita Carleial y Lucio Oliver.

noventa. Ese trayecto sin embargo dejó de lado el convencimiento de las clases medias conservadoras, las organizaciones e instituciones religiosas protestantes y los medios de comunicación globales. Fue popular pero no operó como un proyecto popular para modificar la concepción dominante en la sociedad.

Sin embargo, la sociedad civil brasileña se abrió durante los últimos 13 años a una decisiva influencia de innovadores movimientos no tradicionales tales como el Movimiento de los trabajadores sin tierra, MST, el movimiento por el derecho a producir cultura en las favelas, el movimiento de los trabajadores sin techo, el movimiento barrial por el derecho a la ciudad, el movimiento feminista, el movimiento ecologista, el movimiento LGBT y el movimiento estudiantil de nivel medio superior, entre otros. Esa sociedad civil se unifica espontáneamente en un proyecto común de sociedad civil democrática y diversa y participa sin plena consciencia en las mediaciones institucionales, culturales y políticas que se generaron en la década de los noventa y continuaron en el siglo XXI, como los consejos de presupuesto participativo, los consejos de educación y salud, los consejos de seguridad alimentaria y hambre cero.

Los movimientos de la diversidad generaron las condiciones para el acceso del PT de Lula al gobierno, así como dieron un apoyo pasivo a las nuevas políticas de regulación estatal, crecimiento económico con inclusión, políticas de seguridad alimentaria y programas de asistencia denominados hambre cero; apoyaron crítica o pasivamente a los gobiernos progresistas incluso cuando se puso de manifiesto que sus gobiernos estaban adoptando políticas contrarias a los derechos de los trabajadores jubilados e incurriendo en prácticas de corrupción para viabilizar la continuidad de un sistema político electoral oligárquico, para reforzar su alianza con los empresarios del agronegocio y su conciliación con los representantes del capital financiero. Los grupos de la burocracia gobernante al fortalecer programas asistencialistas de alcance nacional y de cobertura de millones, en cambio menospreciaron y hasta ignoraron los reclamos de los movimientos sociales.

Bajo los gobiernos progresistas de Lula y Dilma la sociedad civil urbana y rural fue invadida por una ola de consumismo mercantil, por una gran influencia mediática conservadora, que estuvieron acompañadas de una burocratización de las instituciones, los sindicatos y las organizaciones de masas. Ello afectó a toda la sociedad, y políticamente sobre todo a las organizaciones políticas que adhirieron al lulismo y que vieron rebajada su participación crítica en los espacios relacionados con los espacios públicos.

Con relación a la sociedad civil los resultados a lo largo de década y media de gobiernos progresistas en Brasil fueron la mezcla de cierto reconocimiento de los movimientos de la diversidad con una continuidad neoliberal en la vida sociocultural, lo que permitió una especie de aceptación pasiva de grandes sectores sociales hacia el extractivismo depredador, generó oídos sordos a la conformación de una nueva dependencia del capitalismo, cuyo eje fue el peso dominante de la exportación de commodities, el subsidio a la acumulación privada en la industria, los energéticos, la educación, la salud, los servicios, y una concepción del Estado que lo entendió como espacio de gestión y administración regulada de y en empresas estatales, grandes empresas privadas transnacionalizadas, corporaciones financieras, y no como ámbito estratégico de disputa de proyectos. En una visión de totalidad ello generó desideologización, despolitización y pasivización de la sociedad civil y un aletargamiento de los movimientos sociales. En la última década y media los intelectuales orgánicos de los grupos sociales populares en lucha, tuvieron poca incidencia en la ideología de masas de la sociedad civil y fueron subalternizados por el predominio de la figura y conducción cesarista del presidente Lula, por su capacidad para arbitrar los intereses y resolver pragmáticamente los conflictos.

La opinión pública actual sigue subalterna a la dirección intelectual y moral de la derecha. Ello debido a que durante los períodos de Lula y Dilma se fue gestando una inconformidad reaccionaria de clases medias que participaron del boom del alto consumo de productos y servicios de lujo acompañados sin embargo por la pérdida de algunos privilegios y la merma de su protagonismo respecto de los trabajadores y las clases populares: incomodó especialmente la formalización del trabajo doméstico, los derechos populares de consumo de bienes y servicios antes de élite, etc.

Al mismo tiempo, la educación política y cultural de masas fue dejada en manos de medios de comunicación y cultura monopólicos y elitistas: La cadena mediática "O Globo Tv y Globo diario", Folha de Sao Paulo, o Estado de Sao Paulo y revistas de opinión de clases medias como Isto é y Veja.

En los 14 años de lulismo, la mayoría de la sociedad civil brasileña se permeó de una ideología banal de modernidad y conciliación de clases, basada en el consumismo y la multiculturalidad superficial, sin una concepción politizada y crítica de las relaciones regionales, nacionales y locales de poder. La excepción fueron los procesos ideológico culturales y políticos de los mismos movimientos sociales o los que irradiaba la crítica progresista promovida por la Organización Nacional de Obispos de Brasil (ONBB) que nunca dejaron de generar formación política crítica entre sus miembros y en la sociedad civil.

Los políticos e ideólogos de la derecha conservadora y de la derecha neoliberal modernizante impulsaron, por su vez, una educación mediática basada en el culto a un Brasil abstracto de potencia emergente, elitismo e individualismo y desplegaron soterradamente ya con la conformación del Movimiento "Brasil Libre", un discurso privatista, racista, antipopular, anticomunista basado en la crítica de lo público, benevolente en extremo con la memoria de la dictadura militar y promotora del antipoliticismo de la juventud¹⁹.

Auge y declive del proyecto regional y mundial de Brasil

Con el apoyo entusiasta de la derecha, el actual gobierno Temer está revirtiendo las políticas de autonomía del Estado, soberanía relativa y de proyección internacional independiente de Brasil. Además está poniendo en crisis la vinculación de Brasil con el Mercosur, la UNASUR y los países pequeños de Sudamérica; las políticas de acercamiento subordinado a los Estados Unidos están decidiéndose a espaldas de la anterior alianza BRICS, y las declaraciones de José Serra, el saliente Ministro de Relaciones Exteriores del nuevo gobierno, se propusieron privilegiar las relaciones Sur-Norte y la abertura de las empresas públicas-privadas al capital transnacional en menoscabo de las políticas Sur-Sur.

Termina con ello la política de construir un mega Estado democrático en América del Sur con eje en Brasil y con una dimensión de lucha por un mundo multipolar. Hay una ofensiva ideológica en las instituciones que retoma el culto a la ciencia y la tecnología desarrollada en los Estados capitalistas industrializados y a la formación de élites intelectuales individualistas sin responsabilidad social.

La derecha brasileña se apoderó de las instituciones estatales y está constituida en un grupo particular de poder, en una oligarquía política autoritaria y conservadora, patriarcal y corrupta, convencida de hacer parte de un proyecto capitalista transnacional y conformar un Estado privatizador neoliberal. Las formaciones políticas del PSDB y el PMDB, dominantes dentro del nuevo gobierno están procurando una afirmación en relaciones de fuerzas en que la fuerza capitalista transnacionalizada sea preponderante y se promueva la subordinación

¹⁹ Sus planteamientos están en el sitio WEB: <https://mbl.org.br>

cuasiabsoluta de los trabajadores, los pequeños productores y pequeños empresarios, con la expulsión y criminalización del pensamiento crítico y la subordinación o extinción de los partidos progresistas y de izquierda, lo cual abre una brecha a la correspondencia Estado-sociedad civil que se conformó en los últimos 35 años.

La crisis política

Esta continuará. Las políticas de la nueva-vieja derecha están propiciando el acentuamiento de la desigualdad, la exclusión, el elitismo y están de espaldas a la diversidad de la sociedad brasileña y de sus movimientos sociales. Sus políticas desconocen o menosprecian las necesidades de las masas populares globalmente explotadas y los avances civilizatorios de la sociedad civil brasileña, se oponen a las reivindicaciones de los movimientos sociales de la diversidad y no aceptan su creatividad.

En el terreno del régimen político la derecha intenta una gobernabilidad autoritaria de formas liberales y relaciones sociales cosificadas y alienadas, que dista mucho de abrir puertas para resolver la crisis política institucional.

Ese es el ambiente propicio para un nuevo ciclo de resistencias y luchas de los movimientos sociales y los sectores avanzados de la sociedad civil que forje las condiciones para la creación de un nuevo bloque de izquierda, que sea la convergencia de distintas experiencias y programas políticos, que exprese la unidad política de los movimientos de la diversidad. Si eso avanza en el contexto de la actual crisis abrirá la preparación estratégica de una lucha por el poder popular, que aproveche la experiencia de la derrota del gobierno progresista y abra paso a una opción democrática multidimensional por la hegemonía civil y la recuperación de la democracia en instituciones nuevas y reformadas que respondan a toda la sociedad.

Bibliografía

- BETTO, Frei, "*Começar de novo*", publicado en: **Correio da cidadania on line**. Brasil, 6 de septiembre de 2016.
- BRAGA, Ruy, "*Estamos colhendo, exatamente, os frutos dos 13 anos de petismo no governo federal*", **Correio da Cidadania on line**. Brasil, 16 de septiembre de 2016.
- COHEN, Jean y ARATO Andrew. **Sociedad civil y teoría política**. México, Ed. FCE, 2001.
- DAGNINO, Evelina, et. al. **La disputa por la construcción democrática en América Latina**. México, Ed. FCE, 2006.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo, "*La explotación global*", en, GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (Antología) **De la sociología del poder a la sociología de la explotación. Pensar América Latina en el Siglo XXI**. eds. CLACSO-Siglo Del Hombre, Bogotá, 2009.
- GRAMSCI, Antonio. **Cuadernos de la cárcel**. VI tomos, México, Ed. ERA, 2000.
- HEGEL, Friedrich, **Principios de la filosofía del derecho**. Argentina, Ed. Sudamericana, 2004.
- HIRSCH Joachim, **El Estado nacional de competencia**. México, Ed. UAM-X, 2002.
- MARX, Karl. **OME, Crítica de la filosofía política de Hegel**. España, Ed. Grijalbo, [1843]1986. _____ y FRIEDRICH Engels, **Manifiesto del Partido Comunista**. Varias ediciones.
- NOGUEIRA, Marco Aurelio, **As Ruas e a Democracia. Ensaio Sobre o Brasil Contemporâneo**. Brasil, Ed. Contrapunto, 2009.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

SEMERARO, Giovanni. **Apuntes sobre Brasil: "Crisis orgánica e luta de clases em Gramsci"**. material inédito circulado en la IGS Brasil en 2016.

SOUSA SANTOS DE, Boaventura, **Reinventar la democracia, reinventar el Estado**. Ecuador, Ed. Abya-yala. 2004.

ZIBECHI, Raúl "La nueva derecha en Brasil", en diario, *La Jornada*, México, 1 de abril de 2016.

Conflictividad Social y Política en el capitalismo contemporáneo.
Antagonismos y resistencias (I)



número 35 (primer semestre 2017) - number 35 (first semester 2017)

Conflictividad social: categorías, concepciones y debate

Revista THEOMAI/ THEOMAI Journal

Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo / Critical Studies about Society and Development

Acumulación de capital y lucha de clase(s) en y a través del Estado en la Argentina neodesarrollista

Mariano Féliz¹

La lucha de clases es clave para comprender la dialéctica del cambio social. En y a través del Estado opera para constituir formas particulares de reproducción social. El Estado, en su forma particular, contiene, canaliza y contribuye a constituir de esa forma el conflicto social.

En la Argentina neodesarrollista, la lucha social se conformó integrando parcialmente a los actores subordinados en formas que normalizaron y moderaron sus demandas de cambio radical. Ello ocurrió al costo de la conformación de una forma del Estado débil y contradictoria, cuya contracara es la debilidad e inestabilidad del proceso de valorización de capital. Ello en el marco de una nueva estructura social del capital, construida a través del neoliberalismo.

¹ Centro de Investigaciones Geográficas - Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (CIG-IdIHCS/UNLP-CONICET), Argentina.

En este trabajo analizamos las formas que asumen esas contradicciones y debilidades en el Estado y el capital (ambos como relación y proceso) en la Argentina contemporánea (neodesarrollista), y cómo las modalidades de la lucha de clases (en especial, de las clases populares y en sus dimensiones clasistas, de género, y ecoterritoriales) operan para construir dichas estrategias contradictorias y –en última instancia- irreductiblemente inestables.

I.

El proyecto de producción y reproducción de la sociedad argentina que se consolidó en la llamada ‘década ganada’ (iniciada –según el relato hegemónico- en 2003; Féliz, 2013), se conformó a partir de la ‘normalización conflictiva’ de las luchas sociales (de clase, género, ecoterritoriales, etc.). Esto implicó cierto reconocimiento político de las expresiones organizadas del pueblo y sus demandas, pero ello no eliminó el conflicto, sino que generó nuevas tensiones entre ellas, el Estado y el capital (Deledicque y Contartese, 2010). Esta “integración” en el Estado (en un sentido ampliado; Thwaites Rey, 1994) no implica su despolitización ya que la institucionalización no puede tener lugar sin el reconocimiento político de los proyectos alternativos y la búsqueda de autonomía de las organizaciones (Dinerstein, Deledicque y Contartese, 2010).

Las clases dominantes –y sus fracciones hegemónicas (grandes capitales transnacionales)- mostraron la capacidad de construir una nueva hegemonía social a la salida de la crisis orgánica neoliberal de 2001-2002 (Féliz, 2011). Ella se expresó, por un lado, en un patrón de reproducción macroeconómica capaz de integrar formas de producción y apropiación de plusvalía social, en y a través del Estado (Féliz, 2015). Por otra parte, en la conformación de una nueva modalidad del ‘sistema de dominación múltiple’ (Valdéz, 2002) que integra, atraviesa y supera la relación social de capital.

En un espacio de valor de orden dependiente (‘la economía’ argentina) la combinación de formas de producción de plusvalía y de formas de dominación social asumieron modalidades particulares.² Ellas remiten a las formas históricas de la lucha social y su institucionalización (parcial, conflictiva, temporal) en formas sociales diversas.

El neodesarrollo como estrategia política de producción de sociedad ocupó un lugar clave en tanto expresión de la voluntad de las fracciones hegemónicas de articular un nuevo ‘patrón de reproducción social’ (Osorio, 2014) capitalista posible en la dependencia. Esa estrategia debía intentar integrar los conflictos emergentes de la crisis neoliberal y canalizarlos productivamente para el capital con el fin de constituir un marco adecuado para la producción y circulación ampliada del capital y sus relaciones sociales constituyentes (la relación de clase, pero también la relación patriarcal, la instrumentalización de la naturaleza, el racismo, etc.).

La crisis neoliberal fue una crisis amplia producto de la incapacidad de las fracciones que emergían como dominantes para seguir ampliando su capital sobre la base de mayores niveles de productividad y una mayor apropiación del valor creado (Féliz, 2011). Esa incapacidad se expresó tanto al interior mismo del capital como fuerza productiva, cuanto en la sociedad capitalista como un todo. El neoliberalismo transformó la composición social y técnica del capital, y abrió el espacio para un cambio en la composición política de las clases (Cleaver, 1985). Este cambio se percibe tanto en las transformaciones en la estructura de la

² El ‘espacio nacional de valor’ es ese territorio de producción y apropiación de valor articulado en torno a una moneda nacional. El mismo se articula con el ‘espacio global’ y su moneda mundial a través del tipo de cambio (Astarita, 2010).

clase trabajadora (entre ramas, calificaciones, etc.) como en los cambios en la organización del trabajo muerto o capital constante. El neoliberalismo en Argentina había sido efectivo en construir una nueva clase trabajadora más flexible, más precaria, junto con una estructura social del capital más transnacionalizada, más 'moderna' y más jerárquica.

El agotamiento en el sur global de la última fase de la era neoliberal (1995-2002) y las contradicciones internas (económicas, pero también políticas, sociales) propias del proceso en Argentina, convergieron para forzar un salto al vacío. A nivel del capital como fuerza productiva, la crisis se manifiesta en la imposibilidad de acrecentar su valorización frente a diversas formas de resistencia (Cleaver, 1992); a nivel del conjunto de la sociedad del capital, se expresa a través de la incapacidad de las clases dominantes de reproducir de forma ampliada, sin grandes sobresaltos, las relaciones sociales fundamentales (Holloway, 1992) y su hegemonía social (Gramsci, 2004).

Por un lado, a pesar del avance de la precarización de las condiciones de producción, la resistencia organizativa de los trabajadorxs pudo poner límites concretos a los intentos del capital de canalizar los límites de la acumulación sobre ellos. La nueva composición política de lxs trabajadores se expresó por un lado en nuevas formas de resistencia, tanto desde el punto de vista de las organizaciones obreras como por fuera de ellas. En 1992 surge la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA) como desprendimiento de la Confederación General del Trabajo (CGT) y en 1994 nace una corriente interna a esta última, el Movimiento de los Trabajadores Argentinos (MTA) en torno al sindicato de Camioneros. En paralelo, a partir de 1993 comienza a articularse el movimiento de desocupados ('piqueteros') (Svampa y Pereyra, 2003). Por su parte, el desarrollo de las luchas ambientales, de pueblos originarios y campesinos, las luchas de los pequeños productores (urbanos y rurales), los avances del movimiento feminista, entre otras, dieron cuenta de la conformación de nuevas modalidades de articulación en el campo del pueblo, de una nueva composición política de la clase.

Estos cambios se materializaron también en un bloqueo en la forma el Estado neoliberal. Constituido como Estado mínimo, residual, represivo, fuerte, en tanto forma del capital como relación social, el Estado neoliberal en crisis resulta incapaz de canalizar políticamente las exigencias del pueblo y el capital. La convertibilidad como estrategia integral pierde eficacia, la intervención marginal y represiva del Estado se torna inútil para contener las demandas y resistencias (Félicz, 2013). El neodesarrollismo supone la constitución de otra forma de Estado que pueda contener y canalizar las demandas en la nueva composición política de las clases.

II.

En el capitalismo, las exigencias de clase se traducen a través del Estado en políticas y orientaciones específicas. La lucha de clases no se expresa en general directamente en la relación del trabajo contra el capital personificado (es decir, las empresas o empresarios) sino a través de diferentes mediaciones. No todas las demandas de las diferentes clases y sus fracciones se canalizan de la misma manera, con la misma integralidad. Por un lado, dado que el Estado es una forma del capital, procesa las demandas a través mecanismos que son -como aquel- verticalistas y burocráticos, patriarcalizados y racistas (Mészáros, 2001; Curiel y Falquet, 2005), que tienden a reproducir las relaciones de dominación múltiple. Ello se expresa en formas 'estructuralmente situadas y estratégicamente selectivas' (Jessop, 1998) de canalización estatal de las demandas. Las demandas populares tienden a ser primero negadas por el capital y el Estado (ignoradas, rechazadas, reprimidas) y sólo eventualmente satisfechas a través de formas institucionales específicas (por ejemplo, legislación laboral, Ministerio de

Trabajo). Por su parte, las demandas del capital y en particular de sus fracciones dominantes, se canalizan en espacios institucionales estatales diferentes, tales como la política macroeconómica o monetaria.

Por otra parte, el Estado no es omnipresente, omnipotente o ausente de contradicciones. Las contradicciones reales que se producen en el ámbito de la sociedad se expresan también en la forma estatal. El Estado no está 'por encima' de la sociedad sino dentro de ella (Clarke, 1992). La contradicción real entre capital y trabajo en el espacio de producción o circulación inmediata de valor es mediada no sólo por las prácticas de los actores directamente en conflicto sino también por las formas institucionales que solidifican (temporalmente) esas relaciones contradictorias. Esa relación incluye tanto al capital como al trabajo (vivo) en su modalidad como forma de trabajo activa (en tanto capital variable) pero también a la relación con el trabajo como no trabajo (es decir, como trabajo no capital, trabajo en suspenso, 'desocupado'; Dinerstein, 1999). La relación capital incluye e intenta subsumir también a otras formas de trabajo por fuera de la relación directa de explotación. Los campesinos, pueblos originarios y pequeños campesinos son sujetos de los intentos del capital de expropiarlos de sus territorios (bajo formas de 'acumulación por desposesión'; Harvey, 2005) o de sujetarlos bajo su égida. Las mujeres son también sujetas sujetadas por el capital en la forma de la subordinación en el trabajo 'reproductivo' o de 'cuidado' (de la fuerza de trabajo, de la vida familiar -Pérez Orozco, 2014- y comunitaria, o de lo "común", en palabras de Gutiérrez, 2015). Las y los migrantes, también, en tanto trabajadorxs pero también en tanto 'extranjeros' (otras/os) son pretendidos por el control capitalista (Falquet, 2014).

De esa manera, la dinámica de la valorización y acumulación de capital (es decir, la reproducción ampliada de la relación capital) se constituye no sólo en el seno del espacio de producción directo ('la fábrica') sino que también lo hace en el conjunto de las relaciones sociales fuera del mismo, en el espacio de la 'reproducción'. La idea de que la sociedad contemporánea 'es' (al menos como tendencia) la sociedad del capital (Negri, 1992) da cuenta de esa integralidad.³

La producción directa de plusvalía social en el ámbito del trabajo 'productivo' de mercancías y por tanto de creación inmediata de valor, se completa -y presupone- el denominado trabajo reproductivo, indirectamente productor de (plus)valor (Dalla Costa y James, 1972). No hay uno sin el otro. Garantizar las condiciones de producción de valor y las condiciones de reproducción de las fuentes de valor (trabajo vivo y naturaleza) es un proceso complejo y contradictorio, que articula las diferentes relaciones sociales. Esas contradicciones se expresan en la relación capital y por tanto -también- en el Estado, pero los superan.

Como señalamos, esas contradicciones del capital se expresan de manera desigual a través del Estado directamente en la forma de la política laboral y la política social. Las demandas estructuralmente situadas se canalizan a través del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (MTSS) en el primer caso mientras que en el segundo se canalizan a través del Ministerio de Desarrollo Social (MDS).⁴ Tanto la ley de contrato de trabajo como las normas

³ La sociedad capital 'es' la sociedad del capital, pero al mismo tiempo 'no lo es'. La relación antagonista que la constituye impide que la dominación del capital sobre el no-capital (trabajo vivo, mujeres, naturaleza, lxs otrxs) sea completa (Holloway, 2002). El no-capital es siempre, de alguna manera, exterioridad absoluta (Dussel, 1988) y de tal manera nunca está completamente subsumido a la relación social capital.

⁴ La creación del MDS en 1999 de cuenta de la constitución de un nuevo sujeto político que expresa la nueva composición política del trabajo. El Ministerio de Trabajo y Previsión fue creado en 1949 (en el marco de la reforma constitucional del mismo año) y es expresión de la consolidación del movimiento obrero como forma específica y fundamental de la organización de la clase obrera en Argentina.

de regulación de asociaciones profesionales (sindicatos), entre otras, operan como medios para canalizar el conflicto laboral (Féiz y Pérez, 2004). Intentan -por un lado- facilitar la gestión de la fuerza de trabajo por parte del capital y -por otro- limitar las presiones para la superexplotación laboral. Son, en definitiva, formas de mediación y co-constitución de la relación capital en el ámbito específico de la fábrica y por tal motivo dan cuenta de las contradicciones inmanentes a tal relación. Por su parte, los programas creados en el ámbito del MDS buscan contener la capacidad disruptiva de los movimientos de trabajadores desocupados y las organizaciones territoriales. Estos programas han mutado, pero en esencia han permitido durante la primera fase de la era neodesarrollista mantener la 'paz social' dentro de niveles adecuados a las necesidades de reproducción social del capital (Féiz y Pérez, 2007).

Las formas institucionales estatales que pretenden organizar conflictivamente las demandas del conjunto de la clase obrera activa dan cuenta de la incapacidad del capital de conseguir -por sí sólo- la conversión de fuerza de trabajo en capital variable (Féiz y Pérez, 2004; 2007; Artous y otros, 2016). Esas instituciones existen para contener las exigencias del trabajo frente al capital dentro de parámetros compatibles con la valorización del valor y a la vez intentar constituir una fuerza de trabajo valorizable.

En la era neodesarrollista el Estado es, paradójicamente, más débil a pesar de parecer más 'presente' (Féiz, 2017). Luego de la crisis neoliberal, el cuestionamiento del sistema político y la crisis hegemónica, forzó al Estado (como forma del capital) a ceder frente a las diferentes demandas de fracciones diversas del campo del pueblo, pero también de fracciones del capital. La necesidad de reconstruir la capacidad hegemónica de los sectores dominantes (fracciones transnacionalizadas del gran capital) desarticuló al Estado fuerte neoliberal.

En la etapa neoliberal, el Estado se había convertido -progresiva y contradictoriamente- en instrumento de esas fracciones del capital en el proceso de 'ajuste estructural'. Ese ajuste construyó un cambio radical en la mencionada estructura del capital y conformó las bases de una nueva etapa (indefinida en sus comienzos) en la reproducción social. El proyecto de reconstrucción de la hegemonía de las clases dominantes (y la reconstrucción del poder estatal como expresión medida del poder del capital sobre la sociedad) tuvo al kirchnerismo como actor político clave (Féiz, 2016).

III.

Este énfasis primigenio en la relación capital no debe confundirnos. La relación capital (-trabajo) no es unívoca, ni cerrada. Si bien en la sociedad contemporánea está estructurada en torno a la producción y reproducción ampliada del valor, esa relación social dominante se co-constituye con otras relaciones sociales igualmente importantes en la articulación de esa reproducción ampliada: tanto el patriarcado, como el racismo y la instrumentalización de la naturaleza operan como formas de opresión/explotación que son fundamentales en la forma concreta de producción del capital. Esto significa que estas otras relaciones, que son en realidad la misma, operan como fuentes de conflictos y contradicciones que hacen a la esencia la producción y reproducción social.

El patriarcado tiene un carácter meta-estable (Amorós, 1985) que pre-existiendo al capitalismo, lo alimenta. La subordinación de las mujeres a los varones se ha convertido tendencialmente en función del capital, aunque no de manera unilateral. La expansión de las relaciones capitalistas se produjo históricamente sobre la expropiación de los saberes de las mujeres, del control sobre sus cuerpos y de la naturalización de su participación social en tanto 'cuidadoras' (Federici, 2011; Cielo y Vega, 2015; Dalla Costa y James, 1972).

En el capitalismo la reproducción generacional de los trabajadores y la regeneración cotidiana de su capacidad de trabajo se han convertido en un 'trabajo de mujeres', si bien mistificado, por su condición no-asalariada, como servicio personal e incluso como recurso natural... Pero todas las mujeres (excepto las que habían sido privatizadas por los hombres burgueses) se convirtieron en bien común, pues una vez que las actividades de las mujeres fueron definidas como no-trabajo, el trabajo femenino se convirtió en un recurso natural, disponible para todos, no menos que el aire que respiramos o el agua que bebemos (Federici, 2011: 21, 164).

La construcción social e histórica de una división 'real', lo que no quiere decir 'natural', entre producción (de valor) y reproducción/cuidado (de la fuerza de trabajo) ha sido consolidada y replicada en el tiempo en y a través del Estado. La realidad de tal separación es analítica y socio-política pero también material. Mientras en el espacio de producción prevalecen las formas mercantilizadas de organización social, en el espacio de la reproducción (en especial, 'dentro' de los hogares) predominan aún formas 'feudales' de organización (Fraad, Resnick and Wolff, 1989). La 'reproducción' es parte de la producción/reproducción ampliada de capital pues la reproducción ampliada de las relaciones sociales en el capitalismo presupone la reproducción ampliada de la separación entre producción y reproducción social. La reproducción tiene un papel clave en la (re)producción de la vida humana en tanto fuerza de trabajo potencial y por tanto en la producción activa de valor y plusvalor (Dalla Costa y James, 1972).

Esa separación socialmente constituida es -por ello- a la vez espacio de luchas en las cuales el movimiento feminista ha sido clave. En particular, a través de la era neoliberal y entrada la era de la transnacionalización del capital (en su primera etapa neodesarrollista, 2002-2015)⁵ esas luchas por y contra la imposición de la separación patriarcal de roles sociales de género han moldeado la constitución social del Estado capitalista-patriarcal.

Si en clave de 'clase' el Estado opera de manera 'estructuralmente situadas y estratégicamente selectiva', en su dimensión patriarcal ocurre algo similar. Las políticas estatales operan como medios para buscar normalizar conflictivamente las demandas de las mujeres y sujetos feminizados. La matriz patriarcal del Estado capitalista canaliza las demandas genéricas fundamentalmente en ese plano, canalizando selectivamente de esa forma las luchas colectivas de los sujetos feminizados. En particular, en la era neodesarrollista en Argentina el Estado débil neodesarrollista es abierto a normalizar conflictivamente la creciente fuerza social organizada de las mujeres y sus exigencias. La creación de espacios específicos de 'asuntos de las mujeres' (por ejemplo, los "Consejos de la Mujer y/o la Familia") son la forma más evidente, pero también las políticas de 'identidad' o 'reconocimiento' (como las llama Fraser, 1997), tales como el matrimonio igualitario (aprobado en 2010) o los cupos femeninos.⁶ Los Encuentros Nacionales de Mujeres (ENM) son la más evidente expresión del avance del proceso organizativo.

Sin embargo, los conflictos que provienen de las relaciones patriarcales de opresión se procesan también en el resto de las políticas estatales y lo hacen -inevitablemente- de forma

⁵ La era neoliberal constituye la transición entre la era multinacional del capital a su fase transnacional (Félez, 2015b). El neodesarrollismo aparece, así como la primera etapa en esta nueva era.

⁶ En Argentina la expresión institucional de las luchas de las mujeres aceleró su consolidación a partir de que la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer ganó rango constitucional en 1994 y la Convención interamericana para prevenir, sancionar y erradicar la violencia (Convención de Belém do Pará) fue ratificada en 1996 en la ley 24632.

contradictoria, radicalmente antagónica. Las políticas laborales y sociales operan en este plano explotando institucionalmente los roles genéricos socialmente instituidos (Félic y Díaz Lozano, 2016). De esa forma mientras el MTSS se ocupa en esencia de contener las demandas materiales de la clase obrera (fuerza de trabajo organizada) mayoritariamente masculina, mientras las políticas sociales son -de forma irregular- orientadas esencialmente a las mujeres en tanto organizadoras de la reproducción y el cuidado en el hogar, el territorio y la comunidad.⁷ De manera selectiva, las políticas operan sobre las mujeres empujándolas -en los hechos- sistemáticamente a roles tradicionales, a la invisibilidad del 'trabajo reproductivo' (aparentemente -pero sólo aparentemente- no productivo de capital).

La crisis orgánica del neoliberalismo forzó la necesidad de transformar una masa creciente de 'políticas de empleo' (con el plan Trabajar como paradigma) en programas masivos de transferencia de ingresos condicionadas (TIC), desde el Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados (PJJHD) hasta la reciente Asignación Universal por Hijo/a (AUH), pasando por el Plan Familias, entre otros. Esos programas canalizan plusvalía social hacia los hogares en un intento de garantizar las condiciones de reproducción material de la fuerza de trabajo, reproduciendo las condiciones de precariedad que el capitalismo dependiente en Argentina conforma en el mercado de trabajo.

Las TIC operan dentro del paradigma de universalismo básico del Banco Mundial (Molina, 2006). Mientras el Estado neodesarrollista consolida la desarticulación y fragmentación del Estado de bienestar periférico, carga sobre los hogares populares -y dentro de ellos, sobre las mujeres- la responsabilidad del cuidado de sus integrantes. Si bien la política social (de redistribución marginal del ingreso) de alguna forma reconoce a las mujeres como actores socialmente relevantes (en el sentido propuesto por Fraser, 1997), tiende a replicar las condiciones de sobre-carga de trabajo no remunerado, desvalorizado e invisibilizado.

Las luchas de los trabajadores más formalizados -fundamentalmente varones- no logran superar en general las exigencias corporativas más elementales (salarios, condiciones de trabajo, aportes previsionales) y sus demandas más radicales (reducción de la jornada, mejoras en la provisión de bienes comunes -educación, salud-, etc.) son negadas institucionalmente o desarticuladas discursivamente, desplazándolas indefinidamente. Las demandas feministas tienen dificultades para ser canalizadas en ese espacio 'masculinizado' del movimiento obrero tradicional y sólo son integradas, y conflictivamente normalizadas, en las políticas sociales, pero negándoles su potencial disruptivo.⁸ Si bien hay numerosas experiencias de organización comunitaria de la experiencia del cuidado (Díaz Lozano, 2013), prevalecen las modalidades de gestión precarizadas a través del Estado y el mercado.

Mientras la tendencia imperante es a la mercantilización de la vida y destrucción de los comunes, las condiciones del mercado de trabajo generalizan condiciones de precariedad material que impiden a la mayoría de los hogares resolver de manera mercantil sus necesidades vitales. Las familias son desarticuladas, los niños forzados a la educación institucionalizada y los ancianos obligados a institucionalizarse, mientras los adultos en edad de trabajar deben resolver sus necesidades (o intentarlo) en condiciones precarias. Los niveles

⁷ La fuerza de trabajo formalizada en Argentina es mayormente masculina, mientras que las mujeres representan una parte muy baja de la fuerza de trabajo pagada (concentradas en las ramas del servicio doméstico -no capitalista-, el comercio y el sector público) y prácticamente la totalidad de la fuerza laboral no remunerada en el espacio de la reproducción (Félic y Díaz Lozano, 2016).

⁸ Dentro mismo del movimiento obrero, las mujeres tienen aún muchas dificultades para participar activamente en las organizaciones sindicales, siendo en general relegadas a una participación marginal en las 'secretarías de mujeres' de los sindicatos.

de ingresos promedios son tan bajos que los hogares, aun invirtiendo enormes cantidades de tiempo en el trabajo mercantilizado no están en condiciones de afrontar exitosamente las tareas de cuidado.

Las demandas de clase y género convergen frente a relaciones sociales de dominación y explotación (capitalismo y patriarcado) que exigen formas de subjetividad que violentan las relaciones humanas. El capitalismo dependiente exige la creciente mercantilización de la vida, pero impone condiciones materiales de reproducción social del trabajo que la impiden. En simultáneo, demanda la ampliación de la participación social de las mujeres en el mercado de trabajo (como complemento o sustituto del trabajo tiempo completo de los varones) pero en paralelo destruye los medios de producción del cuidado de niños, adultos y ancianos.

La precarización de la provisión estatal/comunitaria y la creciente oferta mercantil de cuidado pone a los hogares obreros contra la pared, en especial en los momentos de crisis (Rodríguez Enríquez, 2007; 2015). El neodesarrollismo en su primera etapa permite crear la ilusión de que puede resolver la contradicción: frente al deterioro de la provisión común (comunitaria y pública) del cuidado, la ampliación de la oferta laboral remunerada en los hogares y la ampliación de las TIC permite la compensación mercantil, parcial y fragmentada, de aquellos. Las obras sociales o los servicios médicos privados (en reemplazo del hospital público), la educación privada (en lugar del sistema público), la reducción del tiempo libre compensada por tiempo 'en el mercado' (ej. en los *shoppings*), etc., crean la sensación de bienestar, aun si ello sobre-carga a las mujeres de trabajo pago y no pago. Esto se combina con mecanismos de sobre-endeudamiento popular que pretenden permitir el consumo de bienes de uso socialmente necesario aun en condiciones de super-explotación laboral (y por tanto, remuneraciones socialmente -relativamente- insuficientes). Ese endeudamiento compromete el tiempo de vida de las familias -en particular de las familias obreras- que ven socialmente 'embargado' su futuro (tiempo y condiciones de existencia) para evitar su empobrecimiento material.

Cuando la dinámica macroeconómica se deteriora y los límites del neodesarrollo (es decir, del capitalismo en esa particular modalidad de producción/reproducción) comienza a evidenciarse, la ilusión se desarma rápidamente. La presión sobre los ingresos de los hogares, multiplican la explotación del trabajo no remunerado de las mujeres. Al deteriorarse las posibilidades de la solución mercantil, se multiplican las estrategias individuales y colectivas a niveles comunitarios. La reducción en los ingresos familiares hace inviable la posibilidad de seguir sosteniendo la reproducción ampliada de la vida (más allá de la mera reproducción material básica) en las condiciones creadas por la propia articulación social neodesarrollista. Las relaciones sociales que organizaban la reproducción de la vida (en particular, de las relaciones sociales de cuidado a nivel familiar y comunitario) ya no existen (o persisten de manera precaria), la forma mercantil de la misma se torna crecientemente inaccesible y el Estado neodesarrollista es incapaz de compensar esa ausencia. Ese Estado aparece como 'presente' y en la etapa de crisis transicional (iniciada entre 2008 y 2011) multiplica el universalismo básico y la política de 'reconocimiento'. Ello no supone cambios cualitativos, sino que exacerba la contradicción clase-genérica. En particular, la AUH y el plan Argentina Trabaja, en especial su sub-programa Ellas Hacen, reafirman una posición subordinada y sobre-explotada para las mujeres en el trabajo productivo y reproductivo. Las mujeres son las encargadas por los programas para tomar la responsabilidad del cuidado de las y los niños.

IV.

Como analizamos, el capitalismo dependiente contemporáneo exacerba las contradicciones de

clase y género, a la vez que intenta canalizarlas en formas novedosas. Asimismo, profundiza la contradicción esencial capital - naturaleza. El neoextractivismo aparece como la formulación más reciente de la instrumentalización de la naturaleza en el marco del capitalismo (o si se quiere, una radicalización en su práctica histórica y fundante del mismo; Machado Araoz, 2016). Como explica este autor la naturaleza y el ser humano son, podríamos decir, uno y lo mismo. En tanto somos individuos humanos vivientes es imposible plantear una radical separación entre la Naturaleza y la Sociedad. La contradicción Capital - Naturaleza/Vida es una y la misma con la contradicción Capital - Trabajo (O'Connor, 2001; Tagliavini y Sabbatella, 2012); la dinámica necro-económica del capital requiere -en efecto- sacrificar la vida en pos de la producción de valor abstracto (Machado Araoz, 2016).

En la etapa reciente, neodesarrollista, las tendencias impuestas a través de la era neoliberal se consolidaron. Del mismo modo, se consolidan nuevas formas de la resistencia frente al intento de apropiación capitalista de los territorios. De la misma forma, así, operan cambios sustantivos, contradictorios, en el espacio estatal.

La nueva etapa extractivista es la faceta desarrollada y activa de los procesos de acumulación por desposesión (Harvey, 2005). Ella es la respuesta a las necesidades de crear nuevos espacios de valorización de capital en los territorios dependientes y nuevos espacios de producción de valores de uso adecuados a las demandas materiales de las potencias imperialistas. Machado Araoz (2016) señala en tal sentido "El 'vínculo orgánico'" que plantea Rosa [Luxemburgo] entre las economías industrializadas y las zonas coloniales remite directamente al descubrimiento del extractivismo como dispositivo colonial del geo-metabolismo del capital".

La instrumentalización del territorio a las exigencias del capital no es nueva, pero sí la exacerbación transnacional de la misma. El proceso de acaparamiento de tierras para fines productivos y/o especulativos supone avances -en muchos casos violentos- sobre los territorios (Constantino, 2014). Además, la misma opera a un nivel más elevado en la medida en que la ciencia se convierte cada vez más en una función del capital. El extractivismo en la periferia se multiplica sobre la base de nuevas tecnologías de producción construidas a los fines de garantizar la producción y apropiación capitalista de valores de uso y plusvalor. Las técnicas de megaminería a cielo abierto y el fracking para la extracción de hidrocarburos por un lado, y en el otro extremo, las tecnologías de producción agroindustrial en base a los organismos genéticamente modificados (OGM), el patentamiento de la vida y el uso intensivo de agrotóxicos (Lapegna, 2016). Argentina se convirtió en paradigma de la avanzada neoimperialista sobre el territorio.

Sin embargo, esa avanzada no es ni unilateral ni libre de conflictos y contradicciones. La relación capital - naturaleza es mediada por las comunidades que habitan los territorios en disputa. Pueblos originarios, poblaciones campesinas tradicionales y pequeños productores familiares son todos sujetos de una batalla desigual contra el hambre capitalista por la tierra y sus riquezas naturales y bienes comunes (Svampa y Viale, 2014; Svampa y Sola, 2010). Contra la mirada que tiende a ver estas resistencias como secundarias, por fuera de la relación capital, entendemos que al contrario son claves para entender la dinámica de producción y reproducción del capital. Si el capital debe producir y reproducir las relaciones sociales que lo constituyen, la relación de subordinación de la naturaleza a las necesidades de valorización es fundamental en esa reproducción. Esa necesidad remite tanto a la naturaleza convertida en valor capitalista, como a la misma transformada en valores de uso capitalistas. Sin la 'fijación' territorial del capital, su reproducción ampliada es imposible y por ello las luchas por el control del territorio son centrales. Por otra parte, en los países dependientes la distinción entre la producción de valor y el tipo de valores de uso producidos ha sido históricamente clave

para dar cuenta de nuestro lugar en el ciclo global del capital (Marini, 1973). Los países dependientes han sido ubicados como proveedores de alimentos y -de manera creciente- materias primas esenciales para la valorización del capital en los centros capitalistas.

La aceleración del extractivismo bajo la forma de acumulación por desposesión tiene que ver con la naturaleza estructural de la crisis del capital. La crisis civilizatoria (Chesnais, 2008) en el marco del capitalismo senil (Machado Araoz, 2016) supone que las tendencias imperialistas se multiplican (Luxemburgo, 1912). La economía mundial capitalista opera como una necro-economía de frontera (Machado Araoz, 2016) pues esa dinámica sobre los bordes del sistema (transformando la vida disponible en capital) envía “vastitas reservas de trabajo, alimento, energía y materias primas a las fauces de la acumulación global de capital” (Moore, 2013).

Es en este marco de aceleración de las tendencias más destructivas del capital que han surgido con renovado énfasis las luchas hoy llamadas ambientales, ecologistas, o ecoterritoriales (Svampa y Viale, 2014). La combinación de un movimiento acelerado hacia los límites ‘ecológicos’ del capital junto con la expropiación a escala ampliada de vastos territorios en las periferias mundiales han puesto en el centro de la escena, tal vez más que nunca, a quienes enfrentan al capital en ese terreno. En Argentina, a través de la década larga del primer neodesarrollismo los conflictos contra el extractivismo minero, con el agronegocio o contra el extractivismo urbano han puesto en cuestión las formas de acción política hasta de las fuerzas sociales a la izquierda del espectro.

V.

El neodesarrollismo como forma de producción y reproducción de la sociedad capitalista en Argentina en la primera fase de la era de la transnacionalización del capital, opera como estrategia de los sectores dominantes para intentar reconstruir y ampliar su capacidad hegemónica.⁹ Esa capacidad remite a una combinación de prácticas que permita reproducir de manera ampliada el capital, la opresión genérica y el extractivismo en un nuevo marco imperialista.

Las luchas de clase, género, y ecoterritoriales -entre otras- forzaron primero la crisis de la estrategia neoliberal. Esa crisis fue producto de la incapacidad de las fracciones en el poder social para sostener y ampliar su capacidad de apropiación de trabajo remunerado y no remunerado.

En la etapa neodesarrollista, esas fracciones lograron primero reconfigurar las relaciones sociales de poder. Primero, desvalorizando las formas del capital (en particular, del capital variable) a partir de la salida de la convertibilidad y de una nueva estrategia de acumulación (Féiz, 2011). Esa nueva estrategia se construyó sobre la base de las condiciones materiales (estructura social y técnica del capital) y subjetivas (nueva composición política del capital) conformadas a través de la era neoliberal.

A su vez, en segundo lugar, avanzando sobre un nuevo proceso de valorización y acumulación de valor (capital) apoyado sobre la super-explotación acrecentada de la fuerza de trabajo activa remunerada y no remunerada, y sobre la incorporación al empleo de la fuerza de trabajo desocupada (en particular, femenina) a un mercado de trabajo precarizado. En esa primera etapa aumenta sostenidamente la tasa de empleo remunerado, concentrándose en el

⁹ A pesar del cambio de ciclo político, no está claro aún que el neodesarrollismo como estrategia de construcción hegemónica en Argentina haya sido superada (Féiz, 2017).

caso de las mujeres el mayor incremento en las ramas servicio doméstico (no capitalista pero de muy baja remuneración y alta informalidad) y en los varones en la construcción y la industria.¹⁰ Este proceso es acompañado del desarrollo de una política laboral que fortalece la valorización positiva del empleo asalariado masculino por contraste con una política social centrada -como señalamos- en las mujeres y con niveles de beneficios cada vez más retrasados en relación a los primeros. De esta forma, la combinación de políticas estatales construye mecanismos de integración con sesgo de género en contra de las mujeres.

En tercer lugar, el neodesarrollismo se conforma sobre un proceso de valorización apoyado en la expansión de una nueva faceta extractivista, que ratifica la condición dependiente del espacio de valorización nacional en el ciclo global del capital. Esa etapa se sostiene en la expansión de la frontera sojera-agroindustrial, la frontera mega-minera, hidrocarburífera y mega-energética, y el extractivismo urbano. Tal cual analizamos y resalta, entre otras, Segato (2016), que el extractivismo va de la naturaleza a las mujeres (como forma de la naturaleza, o recurso natural; Federici, 2011). El saqueo como forma de apropiación del territorio-naturaleza y el cuerpo-territorio de las mujeres se multiplica en la nueva etapa.

En la fase 'progresiva' del nuevo ciclo, las luchas sociales múltiples permiten -en el contexto de opresión y explotación general mencionado- disputar beneficios y derechos parciales. Los antagonismos sociales son metabolizados dialécticamente, convertidos en contradicciones (Cleaver, 1992) canalizadas y contenidas conflictivamente. Si bien ello da cuenta de la capacidad de construcción hegemónica y una renovada posibilidad de acumulación exitosa de capital, la inmanencia de las relaciones sociales antagónicas, de opresión y explotación, abren el campo para un tendencial movimiento hacia su crisis.

La consolidación del proyecto neodesarrollista se produce a través de un contradictorio proceso de reabsorción de los antagonismos, pero ello no es gratuito en términos de su propia reproducción. La presión de clase sobre las condiciones de valorización directa del capital constituye el primer frente que se abre y manifiesta bajo la forma de desequilibrios macroeconómicos crecientes (Félez, 2015): inflación, apreciación cambiaria (caída en la competitividad del capital) y déficit fiscal son algunas de las primeras expresiones.

La presión social de las luchas de las mujeres se expresa también conflictivamente. Ello ocurre en las demandas por universalización de los beneficios sociales, que conducen a la creación de la AUH, en las exigencias por derechos para mujeres y sujetos feminizados, y las luchas contra el extractivismo y sus consecuencias (por ejemplo, madres contra Monsanto, en el municipio de Malvinas Argentinas, Córdoba), entre otras. Estas demandas y su modalidad de procesamiento socio-institucional ponen presión sobre las formas sociales que contribuyen a la reproducción sistémica. Tanto las demandas sobre el Estado bajo la forma de presiones sobre la fiscalidad (aumento en los gastos sociales y/o subsidios económicos) como aquellas que se expresan en conflictos abiertos contra distintos intentos de avanzar en modalidades de saqueo.

En la medida en que en la era neodesarrollista los conflictos y demandas sociales son canalizados y no neutralizados, presionan sobre las formas de la producción y reproducción sistémica. En distintos planos (de clase, género, ecoterritoriales) estos conflictos operan

¹⁰ El registro estadístico (en la Encuesta Permanente de Hogares, en Argentina) del empleo en 'servicio doméstico', de cuenta de la porción mercantilizada de una parte del trabajo de cuidado en los hogares. Señalar que el mismo es "no capitalista" busca indicar (sin cerrar el debate pero sí proponiendo una interpretación) que ese trabajo no produce directamente plusvalor, pues no produce mercancías cuya producción y venta permita apropiarse plusvalor; la creación de plusvalor está asociada al uso (y no, directamente, a la producción y venta) de la fuerza de trabajo. Esto no niega que el empleo (trabajo remunerado) en el servicio doméstico sea parte esencial de la reproducción capitalista en Argentina y por lo tanto, en ese sentido, 'trabajo capitalista'.

creando barreras crecientes a la estrategia de desarrollo.

En el caso de la Argentina reciente, la articulación de formas de resistencia con la estructura de clase y la articulación doméstica del ciclo del capital en el ciclo global, conducen progresivamente a la composición de una nueva forma de la crisis, ahora en modo de crisis transicional. En efecto, a partir del 2do lustro de la era neodesarrollista (desde 2007 aproximadamente) comienzan a converger las formas de la crisis neoliberal en el centro con la dinámica de las luchas locales y regionales. La crisis global que explotó en 2008 opera como límite al desarrollo de la acumulación de capital en la Argentina dependiente, comprimiendo la producción y apropiación de renta extraordinaria proveniente del saqueo de la naturaleza (Féiz, 2009). Esa tendencia al ajuste macroeconómico enfrenta la creciente capacidad de las fracciones asalariadas en el trabajo formal para demandar mejoras materiales. La convergencia de ambas tendencias (caída en la renta extraordinaria y creciente presiones redistributivas desde los trabajadores asalariados formalizados, mayormente masculinos) presiona las condiciones básicas de la acumulación de capital (Féiz, 2015).

Este proceso tiende a desarticular a su vez las condiciones para la construcción hegemónica, que tienden a ser desplazadas a través de la mencionada ampliación de las políticas sociales y la llamada 'ampliación de derechos', combinando la redistribución del ingreso hacia los márgenes (y marginal) con el reconocimiento (Fraser, 1997). Estas políticas buscan compensar la pérdida de capacidad integradora del proceso de valorización capitalista en la nueva etapa. Por otra parte, registran la existencia de demandas insatisfechas y capacidad de impugnación de las mujeres que conforman el movimiento feminista y son además el núcleo de los movimientos territoriales, ecologistas, etc.

La crisis de valorización de capital se articula con la crisis de cuidados y reproducción social. El estancamiento en el proceso de valorización pone en crisis las posibilidades de reproducción material mercantilizada de las familias. Durante la etapa expansiva del ciclo, los hogares habían podido expandir sus niveles de consumo y sustituir parcialmente trabajo familiar (de las mujeres mayormente) por consumo mercantil. La crisis condiciona las posibilidades de consumo popular a la vez que pretende forzar a las mujeres nuevamente a los hogares. La renovación de la demanda de cobertura social universal aparece como exigencia.¹¹ Sin embargo, la política social ampliada es básica y no compensa la desarticulación del sistema de bienes públicos y de cuidados que se consolidó en la década del neodesarrollo.

Dada la naturaleza de la crisis del neodesarrollo, su dinámica es transicional. En efecto, entendemos que -por un lado- la base de la etapa expansiva fue la generalización de la super-explotación de la fuerza de trabajo y el saqueo de las riquezas naturales. No hay una presión sistémica a la desvalorización general del capital pues no hay un salto cualitativo en la forma de acumulación. La inversión en capital fijo se limitó a complementar el aumento en el capital variable sin desplazarlo cualitativamente. Por otra parte, la crisis carga sobre el Estado débil la carga de la construcción hegemónica forzando a las fuerzas políticas en el gobierno (kirchnerismo) a intentar radicalizar la estrategia política. El resultado será el llamado "populismo de alta intensidad" (Svampa, 2015) combinado con un proceso de ajuste heterodoxo o 'sintonía fina' que se acelerarán en el último gobierno de Cristina Fernández de Kirchner (2011-2015).

De la etapa fundacional a su momento de crisis transicional, el proyecto de neodesarrollo en Argentina ha estado atravesado por la articulación de las formas de la(s)

¹¹ A modo de ejemplo, podemos citar la compañía impulsada por el Frente Popular Darío Santillán en 2009 que tenía entre sus demandas "Ingreso universal igual a la canasta básica de alimentos" (<http://argentina.indymedia.org/news/2009/04/666673.php>).

lucha(s) de clase, género y socio-ambientales. Las mismas atraviesan el desarrollo de la modalidad específica de producción de capital en el capitalismo dependiente, en y a través de formas particulares de acción estatal. El desarrollo y la crisis son -a su vez- una y lo mismo, en y a través de las luchas del pueblo.

Bibliografía

- AMORÓS, Celia: **Hacia una Crítica de la Razón Patriarcal**. Madrid, Anthropos, 1985.
- ARTOUS, Antoine, HAC, Tran Hai, SOLÍS GONZÁLEZ, José Luis y SALAMA, Pierre: **Naturaleza y forma del Estado capitalista. Análisis marxistas contemporáneos**. Ediciones Herramienta, Buenos Aires, 2016.
- ASTARITA, Rolando: **Economía política de la dependencia y el subdesarrollo. Tipo de cambio y renta agraria en la Argentina**. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2010.
- CIELO, Cristina y Cristina VEGA: *“Reproducción, mujeres y comunes. Leer a Silvia Federici desde el Ecuador actual”*, en **Nueva Sociedad**. 256, Marzo – Abril, 2015.
- CLARKE, Simon: *“Sobreacumulación, lucha de clases y el enfoque de la regulación”*, en HIRSCH, J. y otros: **Los estudios sobre el Estado y la reestructuración capitalista**. Fichas temáticas de Cuadernos del Sur, Editorial Tierra del Fuego, Buenos Aires, 1992, pp. 97-141.
- CLEAVER, Harry: **Una lectura política de El Capital**. Fondo de Cultura Económica, México, 1985.
- _____ *“Theses on secular crisis in capitalism: the insurpassability of class antagonism”*, en **Rethinking Marxism Conference**. Amherst, Massachussets, 1992.
- CONSTANTINO, María Agustina: *“Land Grabbing in Latin America: Another Natural Resource Curse?”*, en **Agrarian South: Journal of Political Economy**. 2014, 3: 17-43.
- CHESNAIS, Francoise: *“Como la crisis del 29, o más... Un nuevo contexto mundial”*, en **Revista Herramienta**, XII (39), Buenos Aires, 2008.
- CURIEL, Ochy y FALQUET, Jules (Compiladoras): **El patriarcado al desnudo. Tres feministas materialistas: Colette Guillaumin - Paola Tabet - Nicole Claude Mathieu**. Brecha Lésbica, Buenos Aires, 2005.
- DALLA COSTA, Mariarosa y James SELMA: **El poder de la mujer y la subversión de la comunidad**. Siglo XXI, México, 1972.
- DELEDICQUE, Melina y CONTARTESE, Daniel: *“Movimientos sociales en Bolivia. Las juntas vecinales de El Alto entre la institucionalidad y la rebelión”*, en **Laboratorio**. 23, 2010.
- DÍAZ LOZANO, Juliana: *“Construcción de sentidos en torno a la participación política de mujeres en los territorios y su vinculación con las políticas públicas”*, en **Actas del XVII Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación: Repensar el rol de los investigadores en un escenario comunicacional de transición**. Red de Investigadores en comunicación. Julio de 2013.
- DINERSTEIN, Ana: *“Subjetividad: Capital y la materialidad abstracta del poder (Foucault y el Marxismo abierto)”*, en BORON, A. (ed.): **Teoría y filosofía política. La Tradición Clásica y las Nuevas Fronteras**. Buenos Aires, Clacso-Eudeba, pp. 251-272, 1999.
- _____ CONTARTESE, Daniel y DELEDICQUE, L. Melina: **La ruta de los piqueteros**. Capital Intelectual, Buenos Aires, 2010.
- DONOVAN, Florencia: *“Las familias de menores ingresos son las más endeudadas”*, en **Diario La Nación**, 24 de Noviembre de 2016 (<http://www.lanacion.com.ar/1958981-las-familias-de-menores-ingresos-son-las-mas-endeudadas>)

- DUSSEL, Enrique: **Hacia un Marx desconocido. Un comentario de los Manuscritos del 61-63.** Siglo Veintiuno Editores, México, 1988.
- RODRÍGUEZ ENRÍQUEZ, Corina: **Fases económicas y trayectorias laborales. El rol de la fuerza de trabajo femenina.** CIEPP, documento de trabajo, 60, diciembre, 2007.
- FALQUET, Jules: "*Hacia un análisis feminista y dialectico de la globalización neoliberal: el peso del complejo militar-industrial sobre las 'mujeres globales'*", en **Revista Internacional de Pensamiento Político.** N°9, Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, 2014.
- FEDERICI, Silvia: **Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria.** Buenos Aires: Tinta Limón Ediciones, 2011.
- FÉLIZ, Mariano: "*¿No hay alternativa frente al ajuste? Crisis, competitividad y opciones populares en Argentina*", en **Herramienta. Revista de debate y crítica marxista.** Buenos Aires, Octubre, 42, 2009, pp. 147-160.
- _____ **Un estudio sobre la crisis en un país periférico. La economía argentina del crecimiento a la crisis, 1991-2002.** Colección Orlando Fals Borda, Editorial El Colectivo, Buenos Aires, 2011.
- _____ "*¿De la década perdida a la década ganada? Del auge y crisis del neoliberalismo al neodesarrollismo en crisis en Argentina*", en **Cuestiones de Sociología. Revista de Estudios Sociales.** 9, Número especial, Diciembre, Departamento de Sociología, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP), La Plata, 2013.
- _____ "*Limits and barriers of neodevelopmentalism: Lessons from Argentina's experience, 2003-2011*", en **Review of Radical Political Economics.** URPE, Nueva York, 47 (1), 70-89, 2015.
- _____ "*¿Qué hacer... con el desarrollo? Neodesarrollismos, buen vivir y alternativas populares*", en **Sociedad y Economía.** Universidad del Valle, Colombia, 28, 29-49, 2015b.
- _____ "*Till death do us apart? Kirchnerism, neodevelopmentalism and the struggle for hegemony in Argentina, 2003-2015*", en SCHMITT, Ingo (comp.): **The Three Worlds of Social Democracy: A Global View from the Heartlands to the Periphery.** Pluto Press, pp. 91-106, 2016.
- _____ "*Argentina 2011-2016: ¿De la crisis del neodesarrollo a su radicalización conservadora? Luchas sociales, proyectos de desarrollo y alternativas populares*", borrador en evaluación, 2017.
- _____ "*Argentina neodesarrollista y dependiente en el siglo XXI: Pensando el desarrollo capitalista periférico desde la mirada de Ruy Mauro Marini*", **Latin American Perspectives.** en prensa, 2017.
- _____ y DÍAZ LOZANO, Juliana: "*Reproducción social, neodesarrollismo y saqueo de las riquezas sociales en Argentina, 2002-2016*", en **III Encontro Internacional teoria do valor trabalho e ciências sociais.** 20 e 21 de outubro de 2016, Instituto de Ciências Sociais – ICS, Universidade de Brasília – UnB.
- _____ y PÉREZ, Pablo Ernesto: "*Conflicto de clase, salarios y productividad. Una mirada de largo plazo para la Argentina*", en Robert BOYER, Julio César NEFFA (coords.): **La economía Argentina y su crisis (1976-2001): visiones institucionalistas y regulacionistas.** Miño y Dávila / CEIL-PIETTE del CONICET / Trabajo y Sociedad / Caisse des Dépôts et Consignations de Francia, Buenos Aires, 2004.
- _____ y PÉREZ, Pablo E.: "*¿Tiempos de cambio? Contradicciones y conflictos en la política económica de la posconvertibilidad*", en BOYER, Robert y NEFFA, Julio C. (comp.): **Salidas de crisis y estrategias alternativas de desarrollo. La experiencia argentina.** Institut CDC pour la Recherche / CEIL-PIETTE/CONICET, Editorial Miño y Dávila, 1ra edición en castellano, Buenos Aires, 2007, pp. 319-352.

- FRAAD, Harriet, RESNICK, Stephen and WOLFF, Richard: *"For Every Knight in Shining Armor, There's a Castle Waiting To Be Cleaned: A Marxist-Feminist Analysis of the Household"*, **Rethinking Marxism**, 2 (4), 1989.
- FRASER, Nancy: "¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas en torno a la justicia en una época 'postsocialista'", en **Iustitia Interrupta: Reflexiones críticas desde la posición "postsocialista"**. 1997.
- GRAMSCI, Antonio: **Antología**. México, Siglo Veintiuno Editores, 2004.
- HARVEY, David: **El nuevo imperialismo: acumulación por desposesión**. CLACSO, Buenos Aires, 2005.
- HOLLOWAY, John: *"Crisis, fetichismo y composición de clase"*, en **Cuadernos del Sur**. Ed. Tierra del Fuego, pp. 87-112, 1992.
- _____ **Cambiar el mundo sin tomar el poder**. Revista Herramienta, 2da. Edición, 2002.
- JESSOP, Bob: **State power. A strategic-relational approach**. Polity Press, Cambridge, Reino Unido, 2008.
- LAPEGNA, Pablo: **Soybeans and Power: Genetically Modified Crops, Environmental Politics, and Social Movements in Argentina**. Oxford University Press, New York, 2016.
- LUXEMBURGO, Rosa: **La Acumulación del Capital**. Edicions Internacionals Sedov, 1912.
- MACHADO ARÁOZ, Horacio: *"El debate sobre el "extractivismo" en tiempos de resaca"*, en **América Latina en movimiento** (<http://www.alainet.org>), 2016.
- MÉSZÁROS, István: **Más allá del capital: hacia una teoría de la transición**. Vadell Hermanos Editores, Caracas, 2001.
- MOLINA, C. G. (ed.): **Universalismo básico. Una nueva política social para América Latina**. Editorial Planeta Mexicana, México, 2006.
- MOORE, Jason W.: *"El auge de la ecología-mundo capitalista. (I)"*. **Laberinto**. 38, 2013.
- NEGRI, Antonio: *"Interpretation of the class situation today: Methodological aspects"*, en Werner BONEFELD, Richard GUNN and Kosmas PSYCHOPEDIS (eds.): **Open Marxism**. Vol. II, Pluto Press, Londres, 1992.
- O'CONNOR, James: **Causas naturales. Ensayos de marxismo ecológico**. Siglo XXI, México, 2001.
- OSORIO, Jaime: *"La noción patrón de reproducción del capital"*, en **Cuadernos de Economía Crítica**. Sociedad de Economía Crítica, Buenos Aires, 1, 1, 17-36, 2014.
- PÉREZ OROZCO, Amaia: **Subversión feminista de la economía**. Traficantes de sueños, Madrid, 2014.
- RODRÍGUEZ ENRÍQUEZ, Corina: *"Economía feminista y economía del cuidado"*, revista **Nueva Sociedad**. N° 256, marzo-abril, 2015.
- SEGATO, Rita: **La guerra contra las mujeres**. Traficantes de sueños, Madrid, 2016.
- SVAMPA, Maristella. *"América latina: de nuevas izquierdas a populismos de alta intensidad."* en **Memoria, Revista de crítica militante**. 256, noviembre, México, 2015 (<http://revistamemoria.mx/?p=702>).
- _____ y PEREYRA, Sebastián: **Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras**. Editorial Biblos, Buenos Aires, 2003.
- _____ y SOLÁ ÁLVAREZ, M.: *"Modelo minero, resistencias sociales y estilos de desarrollo: Los marcos de la discusión en la Argentina"*, en **Ecuador Debate**. 79, 2010.
- _____ y VIALE, E.: **Maldesarrollo. La Argentina extractivismo y el despojo**. Katz Editores, Buenos Aires, 2014.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

- TAGLIAVINI, Damiano y SABBATELLA, Ignacio: *“La expansión capitalista sobre la Tierra en todas las direcciones. Aportes del Marxismo Ecológico”*, en **Theomai**. 26, segundo semestre, 2012.
- THWAITES REY, Mabel: *“La noción gramsciana de hegemonía en el convulsionado fin de siglo”*, en L. FERREYRA, E. LOGIÚDICE y M. THWAITES REY: **Gramsci mirando al sur. Sobre la hegemonía en los 90**. Kohen y Asociados, Buenos Aires, 1994.
- VALDÉS GUTIÉRREZ, Gilberto: **El sistema de dominación múltiple. Hacia un nuevo paradigma emancipatorio**. Tesis de doctorado, Fondo del Instituto de Filosofía, La Habana, 2002.

Conflictividad Social y Política en el capitalismo contemporáneo.
Antagonismos y resistencias (I)



número 35 (primer semestre 2017) - number 35 (first semester 2017)

Conflictividad social: categorías, concepciones y debate

Revista THEOMAI/ THEOMAI Journal

Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo / Critical Studies about Society and Development

Estado y régimen político en Latinoamérica contemporánea

Verónica Baudino¹

Introducción

La emergencia de los regímenes políticos latinoamericanos del siglo XXI suscitó vigorosos debates acerca de su naturaleza. Su discurso progresista, que retomaba ciertas reivindicaciones de la clase obrera, tanto en lo que se refiere a la mejora de sus condiciones de vida y trabajo como en lo simbólico, convocó a intelectuales y políticos a pensar ante qué tipo de régimen político y/o Estado se encontraban.

Las discusiones y posiciones planteadas permiten pensar en diferentes formas de acción política de la clase obrera, afines u opositoras, de acuerdo con la consideración de estos

¹ IDIHCS-CONICET, Argentina.

regímenes como favorables o no a los intereses de los trabajadores y de las naciones latinoamericanas en general.

Uno de los conceptos aplicados a los gobiernos en cuestión más debatidos es el de populismo. Tanto en su acepción negativa como positiva, en la actualidad existen críticas a varias de sus vertientes (Dussel, 2012). Por un lado, se ha difundido aquella que resalta para el caso argentino como cualidad central la demagogia, gasto estatal excesivo y personalismo de su líder, desde una visión claramente negativa, inspirada en los escritos de Gino Germani sobre los orígenes del peronismo (Germani, 1977). Continuando con el debate de los 60, se ha insistido en el carácter reaccionario de esta mirada y sus derivaciones políticas.

Por otro lado, el uso positivo del término considera promisorias las experiencias latinoamericanas. El populismo, desde dicha perspectiva, corresponde a regímenes políticos con una fuerte impronta movilizadora e integradora de la clase trabajadora en un esquema multclasista, bajo un proyecto industrializador, redistributivo y nacionalista, propio de la época de la segunda posguerra (Vilas, 2005).

Desde esta perspectiva, se han difundido objeciones a la aplicación contemporánea del término, ya que se trata de contextos históricos diferentes y, por tanto, su uso sería inadecuado.

Sumado a esto, se enfatiza la obsolescencia actual de la burguesía nacional, actor central de los populismos clásicos (Boron, 2012). Como alternativa entre quienes rechazan el uso de la categoría, porque piensan que no da cuenta de la realidad histórica que debería describir, se caracteriza a los gobiernos latinoamericanos como una opción política renovadora a la ideología neoliberal de los 90, en reacción a la crisis integral de la política (Fernández, 2006). Por último, otra gran rama que ha tomado el concepto de populismo es la que parte de los postulados elaborados por Ernesto Laclau (2012), para quien éste da cauce a los intereses populares democráticos, en el marco de la crisis de hegemonía del discurso del bloque dominante. Laclau prioriza el lugar del discurso como constitutivo y organizador de relaciones sociales mediante la producción de sentido (Aboy Carlés, 2005).

Las miradas críticas de los gobiernos latinoamericanos de siglo XXI señalan que se trató de un movimiento político ambivalente, con componentes tanto de ruptura con el modelo excluyente como de intento de restauración neoconservadora (Svampa, 2010). Asimismo, se remarca una tendencia a la reversión de los caracteres del Estado de los 90 y una repolitización de éste, aunque asentado en frágiles bases (Piva, 2011).

Un sector de la izquierda argentina ha dado cuenta del fenómeno denominándolo “bonapartismo” (Altamira, 2012; Sartelli, 2012; Castillo y Rosso, 2012). En discusión con la aplicación del concepto populismo, así como la denominación a los regímenes latinoamericanos como nacionales y populares desarrollados en Argentina, parte del marxismo optó por el término que nos proponemos analizar en el presente trabajo. En las siguientes páginas pretendemos dar cuenta de las características principales de los regímenes latinoamericanos, en tanto bonapartistas, para esta corriente político-intelectual, centrándonos en el caso argentino, sus raíces teóricas y la pertinencia del término para el análisis de la realidad política contemporánea.

Bonapartes argentinos

La tradición político-intelectual que nos convoca caracteriza al kirchenismo, en tanto bonapartismo, como “tipo de gobierno”, “régimen” e, incluso, como “alianza social”. Aunque muchas veces se utilizan de forma indistinta, cada concepto remite a formas políticas diferentes. “Tipo de gobierno” se refiere al personal político dirigente; “régimen” da cuenta

de un tipo de ordenamiento político que traza el Estado en términos más generales (democracia, dictadura, monarquía parlamentaria, etcétera) y “alianza social” supone la acción conjunta de distintos sectores de las clases en disputa, articuladas en función de un programa político específico.

Se considere gobierno, régimen o alianza, lo distintivo radica en que se trataría de uno o una de tipo “excepcional”, que modera en la contienda entre las clases sociales fundamentales en el capitalismo. Tal excepcionalidad obedece a una “situación de paridad de fuerzas entre clases antagónicas” o fracciones de la clase capitalista, producto de una crisis política que explica el rol de “árbitro” que asumiría el bonapartismo.

También se resalta como expresión del bonapartismo su “presidencialismo”: la concentración de poder en quien encarna el Poder Ejecutivo del gobierno, que se manifiesta entre otros elementos en los poderes extraordinarios que se le otorgan, en la primacía del decreto frente a la ley surgida del debate parlamentario, etcétera. Esta personalización del poder se vincula con otro rasgo saliente: la emergencia de un personal político “renovado”, que facilitaría la posibilidad de erigirse de manera relativamente autónoma sobre las clases en pugna. El carácter de “segunda línea” que tenía Néstor Kirchner al momento de ganar las elecciones constituiría su muestra.

Gobiernos, regímenes o alianzas de tipo excepcional, surgidos de una crisis, árbitro entre clases y fracciones de clase, concentración del poder en la figura presidencial, proveniente de los márgenes de la política, concesiones para todas las clases, todos rasgos de un concepto que permitiría dar cuenta de lo específico del período político kirchnerista.

El uso del concepto bonapartismo no es novedoso, sino que tiene como precedentes dentro del marxismo a Milcíades Peña y Silvio Frondizi, en su caracterización del peronismo.² Inspirado en la posición que Trotsky asumió para los países latinoamericanos, según Milcíades Peña, en un país semicolonial como la Argentina, el bonapartismo no emerge del enfrentamiento exclusivo de la lucha de clases a nivel nacional, sino de la lucha entre ella y el imperialismo, así como la lucha entre imperialismos competidores.

El régimen surgido de este golpe de Estado configuraba un gobierno bonapartista: no representaba a ninguna clase, grupo de clase o imperialismo, pero extraía su fuerza de los conflictos entre las diversas clases e imperialismos. [...] Bien entendido, tal gobierno no podía menos que servir a la clase dominante, en especial a su sector más fuerte, los estancieros, y al imperialismo dominante, el inglés. Pero el servidor estaba sentado sobre el espinazo del amo, le apretaba la nuca y, si era necesario, no le importaba frotarle la cara con su bota. (Peña, 1986: 69)

Las prósperas condiciones económicas permitían otorgar mejoras en las condiciones de vida y trabajo a la clase obrera, sin perjudicar a la burguesía. Gracias a que se trataba de trabajadores mayormente despolitizados recién llegados a las fábricas, Perón consiguió su respaldo. A juicio de Peña, lo hecho por Perón fue

abortar, canalizando por vía estatal, las demandas obreras, el ascenso combativo del proletariado argentino, que se hubiera producido probablemente al término de la guerra. [...] El bonapartismo del gobierno militar preservó, pues, al burgués, alejando a la clase obrera de la lucha autónoma, privándola de conciencia de clase, sumergiéndola en la ideología del acatamiento a la propiedad privada capitalista.

² Otros autores que adoptan o rechazan el concepto bonapartismo para caracterizar situaciones políticas en Latinoamérica: Zavaleta Mercado, 2006; Tezanos, 1995; Tamayo, 1994; Lowy, 1989 y Knight, 1986.

(Peña, 1986: 71)

Frondizi hace uso del término acuñado en *El 18 Brumario* para discutir con quienes sostienen que el peronismo es una forma de fascismo. A su entender, el peronismo no se apoyó en las “clases medias” como el fascismo, sino en las clases antagónicas, gran capital y proletariado. (Frondizi, 1955). En tanto bonapartismo, “el régimen peronista pretende elevarse por encima de las clases sociales y erigirse en árbitro del sistema”. Ante la obsolescencia de la burguesía nacional como vector del desarrollo (producto del acoso del imperialismo al que se ve sometida), el Estado debió asumir la defensa exterior y sostener los intereses del capitalismo nacional, en tanto único actor capaz de impulsar el desarrollo del capitalismo argentino. El peronismo en particular sería el programa que intentó llevar adelante estas tareas, en una suerte de tentativa de revolución democrático-burguesa.

Así, el uso del término bonapartismo goza de cierta tradición en Argentina. Ayer y hoy se ha empleado para caracterizar estados de excepcionalidad política que, por diversas razones, han tenido como especificidad un Estado-gobierno mediador entre los intereses de las clases fundamentales en el capitalismo. Quienes comparten esta mirada se han basado en las teorías elaboradas por los más influyentes y promisorios marxistas, cuyos desarrollos del problema repasaremos a continuación.

La ruta del bonapartismo

La primera referencia al término bonapartismo se encuentra en el análisis que Karl Marx realizó de la Revolución Francesa de 1848, en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (Marx, 2001). La obra abrió el camino a la utilización del término para el análisis político de diversas coyunturas. Lenin así caracterizó al gobierno de Kerensky, de febrero de 1917: un Estado en manos de una camarilla militar, que se erige sobre dos clases en pugna, en una situación de balance de fuerzas. Por un lado, la burguesía sin el suficiente poder para derrotar a los *soviet*, aún débiles para oponer resistencia. Sumado a esto, la necesidad de responder a las exigencias de campesinos y terratenientes (así sea mediante una promesa que no se cumple).

El gabinete de Kerensky es sin duda un gabinete que está dando los primeros pasos hacia el bonapartismo. Vemos el principal síntoma histórico del bonapartismo: la maniobra del poder del Estado –que cuenta con el apoyo de una camarilla militar (de los peores elementos del ejército)– entre dos clases y fuerzas hostiles que más o menos se contrapesan entre ellas.

La lucha de clases entre la burguesía y el proletariado ha alcanzado el límite, y el 20 y 21 de abril así como el 3-5 de julio, el país estuvo a un pelo de la guerra civil. La situación socio-económica ciertamente da forma a la base clásica para el bonapartismo. Y luego, esta condición es combinada con otras que son bastante afines a ella: la burguesía vocífera y delira contra los Soviets pero todavía no tiene poder para dispersarlos; mientras los Soviets, prostituidos por Tsereteli, Chernov y Cía, no tienen ahora el poder para poner una seria resistencia a la burguesía. Los terratenientes y campesinos, también, viven como en las vísperas de la guerra civil: los campesinos exigen tierra y libertad, y pueden ser contenidos sólo por un gobierno bonapartista capaz de hacer las más inescrupulosas promesas a todas las clases sin cumplir ninguna. (Lenin, 1917)

Trotsky (2014), por su parte, señala que el bonapartismo consiste en la forma

específicamente burguesa del cesarismo.³ Mientras este último explica un momento político de la sociedad esclavista, el bonapartismo se aplica a coyunturas políticas que van desde la situación en Rusia en 1917 hasta el gobierno de Cárdenas en México. El bonapartismo aparece, tal como es retomado por los intelectuales argentinos previamente analizados, como arbitraje entre clases antagónicas (“se eleva por encima de la democracia”) que han llegado a un equilibrio de fuerzas en un contexto de crisis, aunque expresa en última instancia los intereses de la burguesía.

Entendemos por bonapartismo el régimen en el cual la clase económicamente dominante, aunque cuenta con los medios necesarios para gobernar con métodos democráticos, se ve obligada a tolerar -para preservar su propiedad- la dominación incontrolada del gobierno por un aparato militar y policial, por un “salvador” coronado. Este tipo de situación se crea cuando las contradicciones de clase se vuelven particularmente agudas; el objetivo del bonapartismo es prevenir las explosiones. La sociedad burguesa pasó más de una vez por épocas así; pero eran, por así decirlo, solamente ensayos. La decadencia actual del capitalismo no sólo quitó definitivamente toda base de apoyo a la democracia; también reveló que el viejo bonapartismo resulta totalmente inadecuado; lo ha reemplazado el fascismo. Sin embargo, como puente entre la democracia y el fascismo (en 1917 en Rusia como “puente” entre la democracia y el bolchevismo), aparece un “régimen personal” que se eleva por encima de la democracia y concilia con ambos bandos, mientras, a la vez, protege los intereses de la clase dominante; basta con dar esta definición para que el término bonapartismo resulte totalmente aclarado. (Trotsky, 1937, subrayado propio)

Al referirse a los casos de los países latinoamericanos, dada su particularidad de semicolonias, el bonapartismo no se presentaría bajo su forma “pura”, sino bajo una “*sui generis*”. Aquí el “bonapartismo *sui generis*” jugaría un rol de árbitro entre las expresiones de desarrollo nacional en manos del proletariado (dada la impotencia de la burguesía nacional) y el capital imperialista. Estos bonapartismos podrían cumplir un papel regresivo o progresivo, como, según Trotsky, fue el caso de Cárdenas al nacionalizar los ferrocarriles y la industria petrolera.

En los países industrialmente atrasados, el capital extranjero juega un rol decisivo. De aquí la debilidad relativa de la burguesía “nacional” respecto del proletariado “nacional”. Esto da origen a condiciones especiales de poder estatal. El gobierno oscila entre el capital extranjero y el doméstico, entre la débil burguesía nacional y el proletariado relativamente poderoso. Esto confiere al gobierno un carácter bonapartista “sui generis”, un carácter distintivo. Se eleva, por así decir, por encima de las clases. En realidad, puede gobernar ya convirtiéndose en instrumento del capital extranjero y arrojarlo al proletariado con las cadenas de una dictadura policial o bien

³ “El cesarismo nació en una sociedad fundada sobre la esclavitud y trastornada por las luchas intestinas. El bonapartismo fue uno de los instrumentos del régimen capitalista en sus períodos críticos. El estalinismo es una de sus variedades, pero sobre las bases del Estado obrero, desgarrado por el antagonismo entre la burocracia soviética organizada y armada y las masas trabajadoras desarmadas”. [...] “El cesarismo o su forma burguesa, el bonapartismo entra en escena en la historia cuando la áspera lucha de dos adversarios parece elevar el poder sobre la nación, y asegura a los gobernantes una independencia aparente con relación a las clases; cuando en realidad no les deja más que la libertad que necesitan para defender a los privilegiados”, Trotsky, 2014.

maniobrando con el proletariado y hasta llegando a hacerle concesiones, obteniendo así la posibilidad de cierta independencia respecto de los capitalistas extranjeros. La política actual está en la segunda etapa; sus más grandes conquistas son las expropiaciones de los ferrocarriles y de las industrias petroleras.

Estas medidas permanecen enteramente dentro del dominio del capitalismo de Estado. Sin embargo, en un país semicolonial, el capitalismo de Estado se halla bajo la fuerte presión del capital extranjero privado y de sus gobiernos y no puede mantenerse sin el apoyo activo de los obreros. Por esto intenta, sin dejar que el poder real escape de sus manos, colocar sobre la organización obrera a una parte considerable de la responsabilidad por la marcha de la producción en las ramas nacionalizadas de la industria. (Trotsky, 1980, subrayado propio)

Gramsci, al igual que Trotsky, engloba los gobiernos de César, Napoleón I, Napoleón III como “cesarismos”. No alude específicamente al término bonapartismo⁴, pero presenta los mismos elementos que lo caracterizarían, en tanto plantea que el cesarismo expresa “una situación en la cual las fuerzas en lucha se equilibran de una manera catastrófica, o sea de una manera tal que la continuación de la lucha no puede menos que concluir con la destrucción recíproca” (Gramsci, 2011: 71). En esos momentos, una tercera fuerza intervendría desde el exterior, para dominar las fuerzas en disputa. En otra semejanza con Trotsky, plantea que el arbitraje entre fuerzas en equilibrio no siempre tiene igual cariz: puede existir un cesarismo progresista y uno regresivo. Se trataría de ver si prevalece el elemento de la restauración o el de la revolución:

Es progresista cuando su intervención ayuda a las fuerzas progresivas a triunfar aunque sea con ciertos compromisos y temperamentos limitativos de la victoria; es regresivo cuando su intervención ayuda a triunfar a las fuerzas regresivas, también en estos casos con ciertos compromisos y limitaciones. (Gramsci, 2011: 71)

César y Napoleón I son ejemplos de cesarismo progresivo, mientras que Napoleón III y Bismark de cesarismo regresivo. Gramsci señala, asimismo, que no necesariamente se expresa con la emergencia de una gran personalidad heroica o fuerzas militares, sino que el parlamento y los gobiernos de coalición pueden cumplir el mismo papel.

Como puede seguirse, en el recorrido de autores clásicos escogidos en este trabajo, *El 18 Brumario* es leído como un modelo para entender diversas coyunturas políticas, a partir del concepto de bonapartismo allí definido. Una vez cristalizado como concepto, bonapartismo se aplica a gobiernos o regímenes “de arbitraje”, que emergen en momentos “excepcionales” de “equilibrio” o “empate” entre clases. Dado que éste no se ajusta necesariamente a todas las situaciones políticas que pretende explicar, se formularon sucesivas hipótesis *ad hoc*: “*sui generis*”, “tardío”, entre clases opuestas, entre fracciones de clase, etcétera. Sin embargo, aquello que Marx en su *El 18 Brumario* describía del gobierno de Luis Bonaparte, ¿se trató de un régimen de excepción o se encontraba frente a otra realidad?

⁴ Marx, en su introducción a *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* afirma su “confianza” en que su escrito contribuirá a eliminar el término cesarismo (común en Alemania), en tanto remite a condiciones materiales y económicas de la lucha de clases en la antigua Roma, radicalmente distintas de las de la Francia moderna. Gramsci vuelve al uso del concepto, más allá de las especificaciones de Marx (a las que Trotsky también atendió), probablemente debido a la censura que pesaba sobre él.

Del régimen de excepción al Estado

La obra de Karl Marx que nos convoca, analiza la Revolución Francesa de 1848 a 1851, un momento de crisis agraria, industrial y financiera que golpeó a toda Europa. La crisis económica se combinaba con una crisis política contra la Restauración, un período de retroceso hacia formas políticas monárquicas, absolutistas, que habían anulado las conquistas políticas liberales.

En Francia, la esperanza de 1830 (la revolución contra la restauración que derrocó a Carlos X e instauró, bajo el reinado de Luis Felipe I de Orleans, una monarquía constitucional) se había esfumado por el desarrollo de la reacción: una monarquía que opuso su poder a todo desarrollo de libertades políticas para la oposición, reformas electoral y parlamentaria. El año 1848 expresa la solidaridad de quienes enarbolaban ideas revolucionarias liberales contra la reacción. La revolución de 1848 tiene por causa el aislamiento de la alta burguesía, conformada por la "aristocracia" financiera e industrial, totalmente identificada con el régimen, y la exclusión de derechos a todo sujeto ajeno a su clase. No obstante, eso no implica que no haya habido tensiones en el interior de esta clase, entre la aristocracia financiera y la industrial, esta última preocupada por la magnitud adquirida por la especulación.

El proletariado era, sin embargo, el que adolecía de una exclusión política total de los canales institucionales. Se trataba de una clase obrera ya plenamente conformada en términos estructurales y, sobre todo, que había adquirido conciencia de su posición social y su fuerza, situación que se expresaban en el vasto desarrollo de las corrientes socialistas y comunistas.

Así, los conflictos en 1848 se presentan como un conflicto triangular entre la gran burguesía, la pequeña burguesía (campesinos y artesanos) y la clase obrera. La revolución de febrero se dirige contra la gran burguesía, y, en junio, de ambas (gran burguesía y pequeña burguesía) contra la clase obrera. Pero, en conjunto, implica la apertura del "país legal" a toda la nación, es decir, abrir los canales institucionales a la participación política de las diferentes clases sociales (Droz, 1993).

El proceso se inicia con la abdicación del rey Luis Felipe I y la declaración de la Segunda República, en febrero de 1848. El primer momento es protagonizado por el conjunto de las expresiones políticas de las clases sociales, cada una con sus objetivos propios. Mientras la burguesía pretendía una reforma electoral que abriese el círculo de privilegiados políticos, el proletariado se lanzaba a la lucha y proclamaba la República social. La Asamblea constituyente, en tanto gobierno provisional, albergaba a las expresiones que protagonizaron las jornadas que pasaron a la historia como "La primavera de los pueblos". Pero pronto las fuerzas del orden se reagruparon contra el proletariado para cercenar su influencia, primero en la Asamblea (las expresiones políticas del proletariado desnudaban sus limitados propósitos) y luego para aplastar las insurrecciones de junio. Es que, como señala Marx, a la monarquía de Luis Felipe sólo podía suceder la república burguesa: "si en nombre del rey había dominado una parte reducida de la burguesía, ahora dominará la totalidad de la burguesía en nombre del pueblo" (Marx, 2001: 18). No había lugar para las "paparruchadas utópicas" del proletariado de París. La derrota del partido de la anarquía y la victoria del partido del orden allanó el terreno en que podía cimentarse la República burguesa, que "equivalía a despotismo ilimitado de una clase sobre otras clases" (Marx, 2001: 21).

Del aplastamiento de las expresiones socialistas en las jornadas de junio ascendió la burguesía republicana como dirigente privilegiada de la Asamblea Nacional Constituyente. Bajo su dominio se redactó la Constitución, que sancionaba el sufragio universal (restringido según un tiempo de permanencia mínimo en el punto electoral), la libertad personal, de

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

prensa, de palabra, de asociación y de reunión como derecho absoluto, limitado, claro, por el derecho de otros, y la seguridad pública, es decir, la seguridad de la burguesía. La Constitución sancionaba, asimismo, la relación entre la Asamblea y el presidente, quien sólo podía eliminarla inconstitucionalmente. Sancionaba la división de poderes y el lugar del presidente como representante general de la nación, en quien se concentra el poder del Estado.

A la par que asigna al presidente el poder efectivo, la Constitución procura asegurar a la Asamblea Nacional el poder moral. Aparte de que es imposible atribuir un poder moral mediante los artículos de una ley, la Constitución aquí vuelve a anularse a sí misma, al disponer que el presidente será elegido por todos los franceses mediante sufragio universal y directo. Mientras que los votos de Francia se dispersan entre los 750 diputados de la Asamblea Nacional, aquí se concentran, por el contrario en un *solo* individuo. Mientras que cada uno de los representantes del pueblo sólo representan a este o a aquel partido, a esta o aquella ciudad, a esta o aquella cabeza de puente o incluso a la mera necesidad de elegir a uno cualquiera que haga el número de los 750, sin parar mientes minuciosamente en la cosa ni en el nombre, *él* es el elegido de la nación, y el acto de su elección es el gran triunfo que se juega una vez cada cuatro años el pueblo soberano. La Asamblea Nacional elegida está en una relación metafísica con la nación, mientras que el presidente elegido está en una relación personal. La Asamblea Nacional representa, sin duda, en sus distintos diputados, las múltiples facetas del espíritu nacional, pero en el presidente se encarna este espíritu. El presidente posee frente a ella una especie de derecho divino, es presidente por la Gracia del Pueblo (Marx, 2001: 28).

La elección de Luis Bonaparte, que contó con el sostén del campesinado, la pequeño burguesía, el proletariado y la gran burguesía marcó el comienzo del ocaso de la burguesía republicana, que había, a fuerza de sangre, parido la república que la burguesía en su conjunto asumía como su propiedad. Bonaparte y la gran burguesía monárquica asestaron el golpe final a la burguesía republicana, forzando la disolución de la Asamblea Constituyente bajo su dominio político y abriendo paso a un nuevo período: el de la Asamblea Legislativa. Se iniciaba un momento de lucha entre las diferentes fracciones de la burguesía en el interior del partido del orden, los que se expresaban como descendientes de casas dinásticas opuestas, aunque en la escena pública ejercían su poder unificado contra las clases antagónicas.

ejercieron una dominación más ilimitada y más dura sobre las demás clases de la sociedad que la que habían ejercido nunca bajo la restauración o bajo la monarquía de Julio, como sólo era posible ejercerla bajo la forma de la república parlamentaria, pues sólo bajo esta forma podían unirse los dos grandes sectores de la burguesía francesa, y por tanto poner al orden del día la dominación de su clase en vez del régimen de un sector privilegiado de ella (Marx, 2001: 41).

Su dominio en la Asamblea impuso medidas impopulares (impuestos al vino) y reaccionarias (como la supresión de la enseñanza de la religión en la educación). A los reproches de los sectores perjudicados respondió que se trataba de ideas socialistas. Aquello que emergió como propio de las ideas contra el feudalismo, las libertades civiles y organismos del progreso amenazaban el nuevo orden social, y se volvían en su contra. La burguesía debía separar sus intereses materiales de su representación política inmediata. La fuerza del Estado en defensa de la nación debía recaer sobre ella, tanto como sobre el resto de las clases sociales.

Debían someterse como iguales a las mismas leyes para asegurar su supremacía.

Por tanto, cuando la burguesía excomulga como «socialista» lo que antes ensalzaba como «liberal», confiesa que su propio interés le ordena esquivar el peligro de su *Gobierno propio*, que para poder imponer la tranquilidad en el país tiene que imponérsela ante todo a su parlamento burgués, que para mantener intacto su poder social tiene que quebrantar su poder político; que los individuos burgueses sólo pueden seguir explotando a otras clases y disfrutando apaciblemente de la propiedad, la familia, la religión y el orden bajo la condición de que su clase sea condenada con las otras clases a la misma nulidad política; que, para salvar la bolsa, hay que renunciar a la corona, y que la espada que había de protegerla tiene que pender al mismo tiempo sobre su propia cabeza como la espada de Damocles. (Marx, 2001: 65, subrayado propio)

Luis Bonaparte, entretanto, resistido por la Asamblea debido a su avance sobre posiciones del Partido del orden (en ministerios, presupuesto, etcétera), armaba su sociedad de beneficencia, Sociedad 10 de diciembre. Ella se constituía en su base de apoyo, compuesta por el lumpen-proletariado, ya que “sólo en este encuentra reproducidos en masa los intereses que él mismo persigue” (Marx, 2001: 75). La burguesía francesa, que se rebelaba contra la dominación del proletariado, se vio obligada, pese a las luchas intestinas entre el poder de la Asamblea y el Poder Ejecutivo, a aceptar el mando de un personaje muy lejano a su paladar, sellando la autonomía del personal político respecto de la clase dominante como forma necesaria de reproducción del capital.

La burguesía hizo la apoteosis del sable y el sable manda sobre ella [...] sofocó todo movimiento de la sociedad mediante el Poder del Estado y el Poder del Estado sofoca todos los movimientos de su sociedad. [...] Bajo la monarquía absoluta, durante la primera revolución, bajo Napoleón, la burocracia no era más que el medio para preparar la dominación de clase de la burguesía. [...] Es bajo el segundo Bonaparte cuando el Estado parece haber adquirido una completa autonomía. [...] La máquina del Estado se ha consolidado ya de tal modo frente a la sociedad burguesa, que basta con que se halle a su frente el jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre, un caballero aventurero venido de afuera. (Marx, 2001: 124)

Marx entiende la autonomía del aparato estatal, legado de la monarquía absolutista, respecto de la clase dominante, en tanto maquinaria que “funciona” sola, pero que no por esto se autonomiza de la burguesía, ya que expresa sus intereses de clase.

La obra describe el movimiento en el que se conformó la República burguesa, la sanción de la Constitución, las libertades y los derechos individuales, la división entre el poder ejecutivo y el parlamentario, las disputas entre expresiones políticas de diferentes fracciones de la burguesía y los terratenientes, el lugar de la clase obrera y el campesinado. Dicho movimiento separa progresivamente a los capitalistas de su injerencia directa en los resortes del Estado, convirtiéndolos en un sujeto más de su dominio político.

La gran masa burguesa tenía inclinaciones monárquicas, no obstante, gradualmente se vio obligada a reconocer que la República parlamentaria era la única forma posible que garantizaba el dominio del capital. En ella, las separaciones de las casas monárquicas (legitimistas, expresión de terratenientes y orleanistas, representantes de aristócratas financieros e industriales) desaparecían, en la fusión que constituía el “burgués a secas”. En

el camino, primero la revolución encumbró al Poder parlamentario para luego derrotarlo y elevar al Poder ejecutivo, reduciéndolo a su más pura expresión: el poder del presidente.

Tanto Engels como Marx hablan de bonapartismo en otros textos. Engels (1866) lo hace para describir una forma de poder político que considera propia de la sociedad burguesa: “El bonapartismo es la verdadera religión de la burguesía moderna. Veo cada vez mejor que la burguesía no está hecha para reinar directamente” (Engels, 1966).

Marx, en *La guerra civil en Francia* (1891), se refiere al bonapartismo como una forma de Estado propia de la sociedad burguesa:

El bonapartismo se caracteriza en su relación con los trabajadores así como en su relación con los capitalistas en que les impide enfrentarse entre sí. Dicho de otra manera, defiende a la burguesía contra los ataques violentos de los obreros, favorece las pequeñas escaramuzas pacíficas entre las dos clases, quitándoles a unos y a otros toda especie de poder político. [...]

El bonapartismo es la forma más prostituida y la última a la vez de este poder de Estado que la sociedad burguesa naciente se había propuesto perfeccionar como el instrumento de su propia emancipación del feudalismo, y que la sociedad burguesa plenamente desarrollada finalmente transformado en un medio para sojuzgar el trabajo al capital. (Marx, 2013, subrayado propio)

Marx se está enfrentando al momento de la constitución del Estado capitalista plenamente desarrollado.⁵ La obra trata de una situación histórica concreta, en la que se despliega la forma política estatal necesaria para terminar de enterrar el feudalismo y garantizar la explotación del trabajo por el capital. Es el momento histórico en el que se produce la separación política del Estado respecto de la clase capitalista, cuando el Estado pasa a garantizar la reproducción del modo de producción capitalista en su conjunto, lo que implica reproducir los dos polos de la relación capitalista: capitalistas y obreros. Entonces, la existencia del bonapartismo como un árbitro por encima de las clases, no constituye excepcionalidad alguna, tal como está presente en la tradición marxista que hemos reseñado, sino que es la forma política general que tiene el Estado como representante del capital total de la sociedad (Baudino y Seiffer, 2015; Requena, mimeo). La condición de garante de las relaciones sociales capitalistas no surge de la extracción de clase del personal político que está en el gobierno. Ya Poulantzas, en su debate con Miliband, señalaba que en el bonapartismo se encontraban los rasgos constitutivos “del tipo capitalista de Estado” (Poulantzas, 1980).⁶ Para el autor, el bonapartismo expresa una “autonomía relativa” frente a las clases, como forma concreta del Estado capitalista y no como producto de un empate.

La escuela de la derivación (Hirsch, 1977; Altvater, 1977; Muller y Neussus, 1978 y Gestemberger, 1978) y de la reformulación (Jessop, 1990), el instrumentalismo (Miliband, 1988), el estructuralismo (Poulantzas, 1971), entre otras vertientes del marxismo, han dado sus respuestas acerca de la naturaleza del Estado en la sociedad capitalista.⁷ Por nuestra parte, entendemos que el Estado es la forma política de la reproducción del capital total de la sociedad, del capital social:

⁵ Un análisis del bonapartismo como Estado puede leerse en: Castillo, 2007.

⁶ Otra interpretación de la mirada de Poulantzas acerca del bonapartismo en Vahabzadeh, 1987.

⁷ Entre quienes no puede dejar de citarse a Pashukanis, 1976; Althusser, 1983. Para un balance de la evolución de las discusiones sobre el Estado en el marxismo ver Twaites Rey, 2007 y Tarcus, 1991.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017

La potencias directas de la acumulación de capital social necesitan encarnarse, entonces, en un sujeto que enfrente a los capitales individuales no sólo como portador de una conciencia y voluntad independiente de la de ellos, si no que tenga la potestad de imponer la suya directamente por sobre ellos. Este representante político directo del capital social es el Estado. (Iñigo Carrera, 2003: 16)

El Estado aparece como autónomo de las clases sociales (especialmente de la burguesía) porque es la forma política en que se reproduce el capital total de la sociedad, el capital en su conjunto. Garantiza la explotación de la clase obrera y, por tanto, su reproducción, así como la de la burguesía. Esta condición determina que tanto la burguesía como la clase obrera puedan tener representaciones positivas en el Estado, como los dos polos de la relación general indirecta. En tanto la relación es entre individuos libres, la clase obrera aparece como poseedora de derechos para disponer libremente de su persona y de ejercer su igualdad. Por eso, el Estado no puede si no toma una forma autónoma respecto de la burguesía y la clase obrera. Una forma que aparenta erigirse por encima de las clases sociales (Baudino y Seiffer, 2015).

La relación con la clase obrera toma el carácter de una lucha por el valor de la fuerza de trabajo (que se expresa en las disputas corporativas y políticas como expresiones de ambas clases), en la que la clase obrera pugna por vender su fuerza de trabajo por su valor, mientras que la clase capitalista pretende que se venda por debajo de éste. El Estado acude interviniendo a favor de que se garantice la reproducción de la fuerza de trabajo y así la reproducción del sistema (Marx, 2004), motivo por el cual a veces se enfrenta a los capitalistas individuales.

Es en este punto que parece haberse tomado a lo que es propio del Estado: ser la expresión política del capital como una situación excepcional, cuando se observa que el éste no responde inmediatamente a los intereses de los capitalistas individuales y beneficia en ciertos aspectos a algunos sectores de la clase obrera.

Conclusiones

En el presente trabajo buscamos poner en debate una de las caracterizaciones de los gobiernos latinoamericanos de principios del siglo XXI que han circulado por el ámbito político-intelectual. El discurso progresista de los gobiernos en cuestión, que retomaba ciertas reivindicaciones de la clase obrera, tanto en lo referente a la mejora de sus condiciones de vida y trabajo, como en lo simbólico, convocó a intelectuales y políticos a pensar ante qué tipo de régimen político y/o Estado se encontraban. Frente a las visiones de dichos regímenes como populismos (desde una perspectiva positiva o negativa), gobiernos nacionales y populares, un sector del marxismo difundió el concepto bonapartismo.

El término bonapartismo describe, aún con diferencias entre quienes lo utilizan, una situación excepcional de empate de clases, en que el poder es asumido por un personal político árbitro entre las clases obrera y capitalista, que otorga concesiones a ambas. Su utilización en Argentina puede rastrearse dentro del marxismo en Milcíades Peña y Silvio Frondizi, en su caracterización del peronismo. El gobierno liderado por Juan Domingo Perón es considerado por ambos autores como una situación de excepcionalidad política, que, por diversas razones, ha tenido como especificidad un Estado-gobierno mediador entre los intereses de las clases fundamentales en el capitalismo.

La raíz teórica tanto de los actuales intelectuales marxistas que usan el término, como sus predecesores en Argentina, se inscribe en el marxismo clásico.

El concepto bonapartismo es utilizado en primera instancia en el análisis que Karl Marx realizó de la Revolución Francesa de 1848 en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (Marx, 2001). Lenin, quien primero retomó el uso del término, denominó bonapartismo al gobierno de Kerensky, de febrero de 1917, en tanto que constituyó un Estado en manos de un grupo militar, que se posiciona por sobre dos clases en pugna en una situación de balance de fuerzas. Trotsky, por su parte, aplica el concepto a coyunturas políticas que van desde la situación en Rusia en 1917, hasta el gobierno de Cárdenas en México. El bonapartismo aparece en su obra como arbitraje entre clases antagónicas (“se eleva por encima de la democracia”), que han llegado a un equilibrio de fuerzas en un contexto de crisis, aunque expresa en última instancia los intereses de la burguesía.

Gramsci, al igual que Trotsky, engloba los gobiernos de César, Napoleón I, Napoleón III como cesarismos. Tal como aclaramos, no se refiere específicamente al término bonapartismo, pero presenta los mismos rasgos que lo caracterizarían como un equilibrio catastrófico entre las fuerzas en pugna, cuya continuación supone su destrucción recíproca.

El recorrido por la tradición en la que se inscribe el bonapartismo nos llevó a preguntarnos cuál fue el sentido que Karl Marx le dio al concepto en su obra. Aquello que observó del gobierno de Luis Bonaparte, ¿se trató de un régimen de excepción o se encontraba frente a otra realidad? A nuestro entender, la obra describe el movimiento en el que se conformó la república burguesa, la sanción de la Constitución, las libertades y derechos individuales, la división entre el poder ejecutivo y el parlamentario, las disputas entre expresiones políticas de diferentes fracciones de la burguesía y los terratenientes, el lugar de la clase obrera y el campesinado. Dicho movimiento separa progresivamente a los capitalistas de su injerencia directa en los resortes del Estado, convirtiéndolos en un sujeto más de su dominio político. Es el momento histórico en el que se produce la separación política del Estado respecto de la clase capitalista, cuando éste pasa a garantizar la reproducción del modo de producción capitalista en su conjunto, lo que implica reproducir los dos polos de la relación capitalista: capitalistas y obreros. Entonces, la existencia del bonapartismo como un árbitro por encima de la clases no constituye excepcionalidad alguna, tal como está presente en la tradición marxista que hemos reseñado, sino que es la forma política general que tiene el Estado como representante del capital total de la sociedad.

En el uso actual para caracterizar el gobierno kirchnerista se ha recortado un concepto que no parece tener en la obra original el significado pretendido. Puntualizan como lo particular de la política contemporánea el empate entre clases que debe ser campeado por un personal especial. Se le inscribe al Estado un carácter excepcional en estas situaciones políticas, que parece tener por principio que el Estado es un instrumento de la burguesía y no la expresión política del capital social. Por eso, los casos en los que se otorgan concesiones a la clase obrera son tomados como de excepción, sin tener en cuenta que la reproducción de esta clase es condición para la pervivencia de la generación de valor, y en consecuencia del sistema capitalista.

Bibliografía

ABOY CARLÉS, Gerardo. *“La democratización beligerante del populismo”*, en **VII Congreso Nacional de Ciencia Política**. Córdoba, Sociedad Argentina de Análisis Político, 2005.

- ALTAMIRA, Jorge: **El ascenso de la izquierda**. Buenos Aires, 2012.
- ALTHUSSER, Louis: **Discutir el Estado. Posiciones frente a una tesis de Louis Althusser**. Buenos Aires, Folios, 1983.
- ALTVATER, Elmar: "Estado y capitalismo. Notas sobre algunos problemas del intervencionismo estatal", en **Cuadernos políticos**. México, UNAM, 1976, no. 9.
- BORON, Atilio: "¿Una nueva era populista en América Latina?", en HOYOS VÁZQUEZ, Guillermo (comp.): **El eterno retorno del populismo en América Latina y el Caribe**. Bogotá, CLACSO, 2012.
- CASTILLO, José: "La genealogía del Estado en Marx", en Thwaites Rey, M. (comp.): **Estado y marxismo: un siglo y medio de debates**. Buenos Aires, Prometeo, 2007.
- CASTILLO, Christian y ROSSO, Fernando: "Los límites del "bonapartismo" cristinista y los desafíos de la izquierda revolucionaria", en **Fracción Trotskysmo Cuarta Internacional**. Buenos Aires, 2012.
- DROZ, Jacques: **Europa: restauración y revolución, 1815-1848**. España, Siglo XXI, 1993.
- DUSSEL, Enrique: "Cinco tesis sobre el populismo", en HOYOS VÁZQUEZ, Guillermo (comp.): **El eterno retorno del populismo en América Latina y el Caribe**. Bogotá, CLACSO, 2012.
- ENGELS, Friedrich: "Carta de Engels a Marx, 13 de abril de 1866", **Carlos Marx, Federico Engels. Correspondencia**. Buenos Aires, Cartago Editores, 1987.
- FERNÁNDEZ, Arturo: "El populismo latinoamericano: realidades y fantasmas", en **Colección**. Buenos Aires, Pontificia Universidad Católica Argentina, 2006, no 17, p. 13-34.
- FRONDIZI, Silvio: **La realidad argentina**. Buenos Aires, Praxis, 1955.
- GERMANI, Gino: **Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica**. México, Era, 1977.
- GESTEMBERGER, Heide: "Class conflict, competition and state functions", en HOLLOWAY, J. y PICCIOTTO, S. (ed): **State and capital. A marxist debate**. Londres, E. Arnold, 1978.
- GRAMSCI, Antonio: **Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno**. Buenos Aires, Nueva Visión, 2011.
- HIRSCH, Joachim: "Observaciones teóricas sobre el Estado burgués y su crisis", en POULANTZAS, Nicos (ed.): **La crisis del Estado**. Barcelona, Fontanella, 1977.
- IÑIGO CARRERA, Juan: **El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia**. Buenos Aires, Ediciones Cooperativas, 2003.
- JESSOP, Bob: **State Theory. Putting the capitalist state in its place**. Pennsylvania, Pennsylvania State University Press, 1990.
- KNIGHT, Alan: "La revolución mexicana: burguesa, nacionalista o simplemente una gran rebelión?" en **Cuadernos políticos**. México, UNAM, 1986, vol. 48, p. 5-32.
- LACLAU, Ernesto: **La razón populista**. Buenos Aires, Fondo de cultura Económica, 2012.
- LENIN, Vladimir: "El comienzo del bonapartismo", **Rabochy i Soldat**. N° 6, del 29 de julio de 1917, en www.marxist.org
- LOWY, Michael: "Transformación del populismo en América Latina", en **Utopías del sur**. Buenos Aires, 1989, Año II, N° 3.
- MARX, Karl: **18 Brumario**. Buenos Aires, CS Ediciones, 2001
- _____ **El capital**. Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

- _____ **La guerra civil en Francia.** Madrid, Fundación Federico Engels, 2013.
- MERCADO, René Zavaleta: **René Zavaleta Mercado: ensayos, testimonios y re-visiones.** México, FLACSO, 2006.
- MILIBAND, Ralph: **El estado en la sociedad capitalista.** México, Siglo XXI, 1985.
- MULLER, Wolfgang y NEUSSUS, Christel: *"The Welfare State ilusion and the contradiction between wage labour anda capital"*, HOLLOWAY, J. y PICCIOTTO, S. (ed) (1978): **State and capital. A marxist debate.** Londres, E. Arnold, 1978.
- PASHUKANIS, Evgeny: **Teoría general del derecho y marxismo.** Madrid, Labor, 1976.
- PEÑA, Milcíades: **Masas, caudillos y elites.** Buenos Aires, El Lorraine, 1986.
- PIVA, Adrián: *"Una aproximación a los cambios en la Forma de Estado en Argentina (2002-2009)"*, en **Theomai.** Quilmes, 2011, vol. 23, p. 1-23.
- POULANTZAS, Nicos: **Poder político y clases sociales en el Estado capitalista.** México, Siglo XXI, 1980.
- REQUENA, Mariano: **Sobre el bonapartismo.** mimeo.
- SARTELLI, Eduardo: **La plaza es nuestra.** Buenos Aires, Ediciones ryr, 2007.
- SVAMPA, Maristella: *"Argentina, una década después: Del «que se vayan todos» a la exacerbación de lo nacional-popular"*, en **Nueva Sociedad.** Buenos Aires, 2011, no 235, p. 17-34.
- TAMAYO, Jaime: **Los ejes constitutivos del obregonismo: populismo, jacobinismo, socialismo y bonapartismo.** México, Universidad de Guadalajara, 1994.
- TARCUS, Horacio (comp.): **Debates sobre el Estado capitalista.** Buenos Aires, Imago Mundi, 1991.
- TEZANOS, Joswe Félix: *"Populismo, corporatismo, neo-bonapartismo"*. En **Sistema Revista de Ciencias Sociales.** España, 1995, no 129, p. 11-24.
- TROTSKY, Leon: Quatrième Internationale, febrero de 1937, en ww.marxist.org
- _____ **Sobre la liberación nacional.** Bogotá, Ed. Pluma, 1980.
- _____ **La revolución traicionada.** Buenos Aires, CEIP Leon Trotsky, 2014.
- TWAITES REY, Mabel (comp): **Estado y marxismo: un siglo y medio de debates.** Buenos Aires, Prometeo, 2007.
- VAHABZADEH, Arshya.: **A Theory of Bonapartism.** ProQuest Dissertations and Theses, 1987
- VILAS, Carlos M: *"La izquierda latinoamericana y el surgimiento de regímenes nacional-populares"*. **Nueva Sociedad.** Buenos Aires, 2005, vol. 197, pp. 84-99.

Conflictividad Social y Política en el capitalismo contemporáneo.
Antagonismos y resistencias (I)



número 35 (primer semestre 2017) - number 35 (first semester 2017)

Conflictividad social: categorías, concepciones y debate

Revista THEOMAI / THEOMAI Journal

Estudios críticos sobre Sociedad y Desarrollo / Critical Studies about Society and Development

**Discutir el Estado.
Dilemas estratégicos a la luz de los procesos políticos
latinoamericanos**

Martín Cortés¹ y Andrés Tzeiman²

I. Introducción: dilemas políticos ante una reformulación estratégica

La política y la historia hacen hablar a las palabras, les brindan un significado, y a su vez, las transforman. También los principales interrogantes políticos sufren mutaciones al compás de las inflexiones de la historia. De esa manera, los conceptos que tratan de explicar a éstas últimas son a veces sometidos abruptamente a una reconfiguración. Por eso, el tiempo y el espacio resultan dos dimensiones que provocan malestar en las categorías, y al mismo tiempo, empujan a quienes se sirven de ellas a reflexionar acerca del modo de utilizarlas, de

¹ Conicet-UNGS/Centro Cultural de la Cooperación, Argentina.

² Conicet-IEALC-UBA/Centro Cultural de la Cooperación, Argentina.

“desfosilizarlas”, para convertirlas en herramientas productivas de cara al ejercicio de la crítica.

Pues bien, las contradicciones que han atravesado en los últimos quince años América Latina nos invitan a realizar una reflexión teórica, y a la vez política, sobre las formas en que hemos leído los procesos de nuestra región en los inicios del Siglo XXI. Porque creemos que las aventuras de lo político han desafiado a la teoría, y especialmente, a los conceptos que en las décadas precedentes habían protagonizado los debates sobre los procesos latinoamericanos. La democracia, el Estado, los sujetos políticos, la hegemonía, han sido interpelados como categorías centrales de la teoría política, en la perspectiva de poder dar cuenta del viraje estratégico que han afrontado las tareas de la emancipación en el nuevo siglo.

Es que si hay algo que las izquierdas habían tenido muy en claro en los años sesenta y setenta (las décadas del último ciclo de ascenso de masas en América Latina, antes de llegar al Siglo XXI), había sido precisamente el cuestionamiento de la democracia, producido en nombre de la revolución. Exceptuando el disruptivo caso de la “vía legal al socialismo” en el Chile de Salvador Allende, las izquierdas de nuestra región se caracterizaron en aquellos años por efectuar un cuestionamiento despiadado a la democracia como régimen político, definiéndola como una de las distintas formas políticas posibles de un mismo modo de dominación económico (el capitalista).

Con ese trasfondo histórico, luego de dos décadas de retrocesos para las sectores populares latinoamericanos (los años ochenta, del “decenio perdido para el desarrollo” en que se desató la crisis de la deuda, y los noventa, del ajuste estructural), el Siglo XXI irrumpe políticamente en estas latitudes bajo la forma de un enigma. Es que, por supuesto, en la medida en que la emergencia y el despliegue de los procesos políticos no piden permiso, ciertas certezas generacionales experimentan un temblor, atraviesan la incomodidad, y son sometidas a una revisión crítica. Esto no significa, desde ya, inclinarse hacia la redacción de un acta de defunción a las viejas tradiciones, menos aún apostar a que la historia retorne “a foja cero”, para tratar de descubrir por fin el nacimiento de “lo nuevo”. Implica más bien recoger la experiencia histórica, pero a la vez orientarse hacia la construcción de un pensamiento que establezca una relación *inmanente* con las contradicciones, según la forma en que éstas se desarrollan en la realidad de nuestro presente.

Entonces, aquella novedad que desde nuestro punto de vista ha establecido las coordenadas de la reflexión política sobre lo sucedido en América Latina en los últimos quince años tiene que ver con la llegada a la dirección del Estado de gobiernos en diferentes países de la región que, aún con matices y singularidades, consiguieron indistintamente tal arribo al poder a través de elecciones libres, y una vez en su ejercicio, reclamaron para sí e hicieron propia la agenda predominante en los ciclos de protesta que había puesto en jaque a los gobiernos neoliberales que los precedieron. Ciertamente, aquel elemento que diferencia notoriamente a tales procesos es la disimilitud de las formas en que en cada uno de ellos se desarrolló la traducción de la energía social cuestionadora del orden neoliberal en una alternativa de gobierno. Es indudable que, temporal y políticamente, esa expresión no se produjo en todos los casos de manera equivalente. Lo cual, lógicamente, supone consecuencias políticas de rigor, en tanto dicha traducción condensa relaciones de fuerzas. Ahora bien, más allá de esas realidades divergentes, aquel factor que unificó a todos los procesos políticos genéricamente conocidos como “posneoliberales” fue el hecho de haber logrado convertir en materia estatal, bajo una nueva dirección del Estado elegida a través de los mecanismos electorales propios de la “democracia burguesa”, la agenda de transformaciones construida en la lucha social y política anti-neoliberal.

Estas nuevas circunstancias, que según nuestro modo de ver signan los dilemas cruciales de nuestro tiempo político, siembran toda una serie de interrogantes de los que la teoría política debe hacerse cargo: ¿Qué formas de ejercicio de la política condiciona el nuevo vínculo entre energía social y estatalidad? En este marco, ¿Cómo se concibe el Estado desde una perspectiva de la emancipación? ¿De qué manera la unidad de lo popular desde lo estatal repercute en la configuración del mapa de las contradicciones entre las clases?

Todas esas preguntas, para ser francos, se nos aparecen un tanto abrumadoras. No pretendemos aquí dar una respuesta definitiva a ellas. Incluso, ponemos bajo sospecha la factibilidad de ese objetivo. Más bien, en este trabajo intentaremos esbozar algunas reflexiones teóricas a propósito de los modos de comprender al Estado (y, con ello, a categorías asociadas a él como democracia y hegemonía), considerando la experiencia producida por los procesos políticos latinoamericanos transcurridos durante los primeros quince años del Siglo XXI. En síntesis, buscaremos desarrollar una interpretación del modo en que la política y la historia reciente han hecho hablar a esos conceptos, transformando su sentido, en el seno de las contradicciones inmanentes a su tiempo histórico.

II. Estado y energía social

Como sosteníamos en el apartado anterior, aquella característica que singulariza entonces a los procesos latinoamericanos de los primeros quince años del Siglo XXI es haber traducido la energía social de la protesta anti-neoliberal en una nueva dirección del Estado. Esto supuso enormes desafíos para aquellas fuerzas sociales que desafiaron al orden vigente en la década del noventa. Pues partimos aquí de la base de que –y este es un punto central de nuestra interpretación de los procesos políticos recientes– cuando la energía social se transforma en gobierno del Estado, los cuestionamientos de aquel movimiento de la sociedad hacia el orden existente se cristalizan con opacidad en el seno de la esfera estatal. Aceptar que movimientos sociales, sindicales y/o políticos construyen una propuesta para dirigir las riendas del Estado (capitalista, vale siempre recordarlo) o para dar sustento activo a una nueva dirección del mismo (con participación o no en las instituciones estatales), implica asumir desde el minuto cero que, una vez adoptada esa posición, tales movimientos junto con sus reivindicaciones y reclamos históricos, sufren inevitablemente un proceso de transformaciones.

Aquel fenómeno de traducción no transparente hacia la esfera estatal fue graficado por el pensador greco-francés Nicos Poulantzas en su último libro, *Estado, poder y socialismo*, por medio de la diferencia entre las imágenes del *reflejo* y la *refracción*. La transformación de una relación de fuerzas (y un triunfo electoral, junto con un movimiento de masas que lo respalda, efectivamente lo es) no significa que las demandas que funcionaron como energías sociales para dar origen a esa mutación se *reflejen* como tales en el seno del Estado. Así lo entendía el propio Poulantzas:

El Estado no se reduce a la relación de fuerzas, presenta una opacidad y resistencia propias. Un cambio en la relación de fuerza entre clases tiene siempre, desde luego, sus efectos en el Estado, pero no se traduce de forma directa e inmediata: se adapta a la materialidad de sus diversos aparatos y sólo se cristaliza en el Estado bajo una forma *refractada* y diferencial según sus aparatos (Poulantzas, 2005: 157, énfasis nuestro).

Esa *adaptación refractaria* a la que se refiere Poulantzas constituye, según nuestra perspectiva, el punto de partida para la comprensión de los fenómenos que ha atravesado

América Latina en el último tiempo. Esa ha sido la clave del *desafío estratégico* al cual se han visto traccionados los movimientos populares de la región: reacomodar su acción política en función de situarse no ya *contra* el Estado, sino en una vocación por convertir el *gobierno del Estado en poder del Estado*.

Este aspecto que señalamos en el párrafo anterior es para nosotros crucial. Mas no en términos de un juicio de valor, sino como un dato de la realidad. Pues a partir del momento iniciático de los procesos, ya en su dimensión estatal -es decir, en aquel momento que marca un pasaje desde el cuestionamiento del orden neoliberal a la construcción de una nueva dirección del Estado-, los movimientos populares deben asumir la convivencia (siempre contradictoria y conflictiva, por supuesto) con dos elementos fundamentales (entre muchos otros que podríamos enumerar) que pasan a ser parte del lenguaje cotidiano de sus luchas venideras, como síntomas de aquella *refracción* a la que nos referimos más arriba. Por un lado, la dinámica en el ejercicio de la política deja de ser la misma. Esto es, la *temporalidad de la política* sufre mutaciones sustantivas que alteran radicalmente las formas hasta el momento elaboradas para la construcción cotidiana de la acción. El Estado, por su propia historia y naturaleza, impone reglas de juego, temporalidades, dinámicas y lenguajes que indefectiblemente intervienen sobre las fuerzas sociales que se involucran en la dirección estatal³. Lo cual, por supuesto, supone fuertes consecuencias políticas. Por el otro lado, el arribo a la dirección estatal de una fuerza que recoge la energía social de las luchas por la emancipación y pretende expresarlas, implica la aceptación de que las reivindicaciones desarrolladas *contra* el Estado deben afrontar un proceso de institucionalización⁴. Nuevamente, esas demandas son procesadas en *lenguaje estatal*, son traducidas, y con ello, transformadas. Que ello suceda significa reconocer que las mismas, inevitablemente, ya no son lo que eran, que han sido violentadas. En todo caso, la clave de tal procesamiento se halla en los modos en que ese cambio es llevado a cabo, es decir, en los rasgos de "lo nuevo".

En ese sentido, el pensador boliviano René Zavaleta Mercado supo brindar algunas claves interpretativas para comprender estos procesos. Zavaleta (1990) colocó un énfasis especial en la compleja relación entre Estado y sociedad civil, específicamente en lo que atañe a los países de América Latina. Recuperando de Marx y Lenin el concepto de Estado entendido como "síntesis de la sociedad civil", sostiene asimismo que dicha síntesis no se trata de un "resumen literal", sino más bien de una *síntesis calificada*. Por eso afirma:

Hay en esto una hesitación. Por un lado, la composición hegemónica se resolvería a nivel de la sociedad civil; por el otro, en los mismos llamados aparatos del Estado. El Estado no haría sino recoger lo que saliera de ello. La elaboración de la materia estatal en el plano de la sociedad civil es indiscutible pero *el Estado, hay que decirlo, es Estado en la medida en que se reserva el privilegio de dar su propio color o señal a ese mensaje* (Zavaleta, 1990: 172, énfasis nuestro).

³ Álvaro García Linera (2012) hizo de alguna manera referencia a este punto a través de su lectura acerca de la *tensión creativa* entre Estado y movimientos sociales, entendida como la contradicción entre monopolio y descentralización/democratización. Nuestras contribuciones en este trabajo son tributarias de sus reflexiones, pero quisiéramos extremar las conclusiones sobre este punto. Ya que creemos que no deben reducirse a dos polos antagónicos ideales, sino más bien al conjunto de formas de ejercitar lo político que se intervienen mutuamente, conflictivamente, desde la toma de decisiones, la utilización de recursos, hasta los modos de organización, entre tantas otras. Vale aclarar que esta tensión no es exclusiva de situaciones donde movimientos populares integran la dirección estatal o la sustentan, pero en este caso esto sí se agudiza e intensifica, pues se estrechan más los vínculos entre energía social y lenguaje estatal.

⁴ Una cristalización muy nítida de esta afirmación se halla en las reformas constitucionales llevadas a cabo en países como Bolivia, Ecuador y Venezuela, aunque desde ya con el significante "institucionalización" no hacemos solo referencia a ello, sino a todas las transformaciones en el seno de las instituciones estatales.

Ahora bien, hay un aspecto que nos interesa resaltar en el planteo de Zavaleta: el procesamiento estatal no se trata de un objetivo o una conclusión. Esa traducción implica la existencia de instituciones y sujetos que intervienen en la producción de materia estatal. En síntesis, estamos en presencia de un ejercicio activo de *la política*. Es decir, aun cuando en el seno del Estado se condensan relaciones de fuerzas en un sentido propio del lenguaje estatal, hay allí sujetos que producen política. En el Estado, como decía Zavaleta, no concluye la política, sino que ella es *calificada* con un color especial.

Ciertamente, el desenvolvimiento de la traducción estatal de las luchas anti-neoliberales fue facilitado (mas no determinado) por un factor que unificó a todos los procesos latinoamericanos: su emergencia en un contexto de *crisis* (del orden neoliberal). La crisis operó efectivamente como un “estado de disponibilidad” al cambio, como un dispositivo que “preparó” a la sociedad en su conjunto, que la puso en una situación de conmoción, abonando el terreno para el desarrollo de transformaciones en relación con lo hasta entonces existente. El centro del dilema teórico reposa, entonces, en el sentido y las implicancias de esta *traducción* a la que hacemos referencia: el giro desde el lugar de la protesta y resistencia hacia el de la gestión ¿implica necesariamente un momento de alienación de las potencias transformadoras? (esto sería: una normalización de aquello que descansaba como posibilidad al nivel de la impugnación). Este es un problema histórico y analítico (implicado en el efectivo estudio de qué ha sucedido con estos procesos), pero también un problema teórico, pues hace al modo en que se comprende el lugar, las potencialidades y los límites del Estado en los procesos de transformación política y social. Desde luego que no se trata de cuestiones disociadas entre sí, y por ello acaso este artículo intentará de algún modo abordar los dilemas teóricos a través de un recorrido por algunos análisis históricos de los procesos latinoamericanos (aunque vale aclarar, prestaremos especial atención al caso argentino, aunque intentando siempre establecer una ligazón con la deriva general de la región).

II. a. El poder del Estado, entre la reproducción y la voluntad política

Algunos textos recientes enfocan los procesos políticos posneoliberales enfatizando en lo que implicaron en materia de recomposición del poder político tras la crisis. Un caso saliente, por su rigurosidad y profundidad en materia de investigación y argumentación es el libro de Adrián Piva en torno del caso argentino, que reúne una serie de artículos que abordan distintos aspectos del proceso kirchnerista (Piva, 2015). El autor analiza el kirchnerismo como proceso de rearticulación de la dominación política, lo que implica en los hechos una canalización del conflicto, cuya particularidad es la de haberse llevado adelante por la vía de la incorporación gradual y parcial de las demandas obreras y populares, como expresión de nuevas relaciones de fuerzas⁵. Las nuevas relaciones de fuerza son justamente aquellas que quedan trazadas en la crisis del 2001, caracterizada mucho más allá de su dimensión episódica: antes que una serie de jornadas de movilización popular, se trata de un quiebre y una visibilización de la crisis de la dominación neoliberal que deja su marca en los años que siguen. Es justamente esa relación de fuerzas la que, siguiendo el argumento del autor, bloquea una salida conservadora de la

⁵ Además del libro de Piva, podrían considerarse aquí otros textos que, con matices, caracterizan al kirchnerismo como un momento de recomposición de la dominación política. Entre ellos, podemos destacar el reciente libro de Alberto Bonnet (2015). Por su parte, muchos textos arriban a conclusiones similares enfatizando en la relación entre dominación política y modelo de desarrollo, entre ellos podemos destacar el libro de Mariano Féliz y Emiliano López (2012) o el de Maristella Svampa y Enrique Viale (2014).

crisis (por la vía deflacionaria o incluso dolarizadora) y traza el camino de una recomposición que incorpora parcialmente la pléyade de demandas que estallan en 2001.

En términos generales, coincidimos con el argumento: el kirchnerismo efectivamente resultó un proceso que (fundamentalmente en sus inicios) significó la necesidad de recomponer el orden político luego de la brutal crisis ocurrida en Argentina, que había tenido su punto cúlmine en las jornadas de insubordinación popular de diciembre del año 2001. Ello implicó la declinación de una salida de la crisis con mayor ajuste y represión, para abrirse lugar un modo de sutura de la misma signado por la traducción estatal de demandas y reivindicaciones (algunas inmediatas, otras con sentido histórico) de los sectores y movimientos populares.

Sin embargo, creemos que el análisis de Piva pasa por alto, o al menos no aborda en su densidad, algunas dimensiones constitutivas del kirchnerismo, que hacen a su naturaleza específica como movimiento político. Se trata en concreto de los *efectos* que produce la vía de sutura de la crisis por medio de la incorporación de demandas y reivindicaciones populares. Esto significa tomar en consideración la trama política que sustenta tal vía de sutura, es decir, colocar como un elemento importante del análisis la *producción* de la política. En otras palabras, el ensanchamiento de los márgenes de autonomía relativa del Estado abre un espacio de productividad política, cuyos efectos pueden plasmarse no solo en una mejora de las condiciones de vida de las mayorías, sino también en la transformación de la subjetividad de los sectores populares.

Entendemos que el modo de recomposición política tuvo efectos sobre los niveles de conciencia y organización popular, que se incrementaron al compás de una experiencia política que, aun con las múltiples limitaciones que le pueden ser señaladas, pujó por develar de manera abierta contradicciones inmanentes del capitalismo argentino. Aquí vale como ejemplo la política de derechos humanos del kirchnerismo, tantas veces discutida. La derogación de las leyes de impunidad, el impulso a los juicios a los genocidas y, en general, la política que tomó el nombre de "Memoria, verdad y justicia" hunde evidentemente sus raíces en las demandas históricas de los organismos de derechos humanos, acaso los más importantes en términos de articulación de una resistencia que atravesó todo el período neoliberal de la Argentina postdictatorial. Pero esa política sintetiza varios elementos que exceden esa recuperación de las luchas que la preceden. Porque ella implicó también, efectivamente, una posibilidad de recomposición del orden, pero lo hizo de un modo muy específico: atacando el punto neurálgico del proyecto neoliberal que había sido instaurado en la Argentina, es decir, identificando a la dictadura cívico-militar de 1976-1983 como un entramado en el cual el ejercicio del genocidio y la vocación de transformación regresiva de la estructura social del país constituían dos aspectos indisolubles de un mismo proceso⁶. Esta consideración fue la que permitió golpear con precisión allí donde era más difícil, para los sectores neoliberales, defenderse, ya que los vaivenes de la política económica podían ser discutidos con más o menos argucias, pero resultaba indecible socialmente la reivindicación del ejercicio del poder político que llevó adelante la dictadura. Evidentemente hay algo de astucia política en este procedimiento –y allí se insertaría la discusión, poco importante en este artículo, en torno de las "verdaderas" intenciones de los Kirchner con este problema, de su compromiso con los derechos humanos antes de acceder a la presidencia, etc.-, y hay un resultado sustantivo en materia de ampliación de las capacidades políticas del grupo dirigente, de sus márgenes de autonomía respecto de los sectores dominantes, y también de los márgenes de acción de las organizaciones populares para profundizar sus reivindicaciones.

⁶ Para un desarrollo de este argumento sugerimos especialmente las contribuciones de Damián Pierbattisti (2015 y 2017).

De este modo, podemos afirmar que se trata efectivamente de un modo de recomposición política, pero que trae consigo un considerable ensanchamiento de las bases sociales y políticas de apoyo al gobierno, en tanto ofrece a la sociedad argentina una mirada acerca de las fracturas históricas que la constituyen, e invita a operar en ellas. Esto supuso un fuerte impacto en las militancias y en la subjetividad de buena parte del movimiento popular, que se sintió interpelado por esta iniciativa gubernamental. Y permitió también al kirchnerismo inscribirse en una historia nacional y regional que lo excede, como continuación de los proyectos nacional-populares en Argentina, y como parte de los procesos de cambio en América Latina⁷.

En este sentido, un límite del análisis de Piva puede aparecer justamente en el fundamento teórico que lo sostiene, esto es, los debates de la derivación del Estado⁸. Si bien aparecen enriquecidos y el intento por aproximarlos al análisis de políticas concretas es evidente, el libro no escapa al axioma fundamental de tales debates: el del Estado como momento de la relación del capital y, con ello, al desdibujamiento de su dimensión contradictoria en favor de su dimensión reproductiva. De este modo, se acepta la transformación del Estado al compás de la transformación de las relaciones de fuerza (aquello que permitió el 2001), al tiempo que se define taxativamente que el kirchnerismo, como proceso desplegado desde la esfera estatal, es una forma de recomposición del orden⁹. Como venimos sosteniendo, podemos compartir esta afirmación, pero señalamos también su carácter general o abstracto, pues dentro de ese “orden” que se recompone son muy diversas las posibilidades en materia de iniciativas políticas que transformen esa misma relación de fuerzas que da origen a ese orden. Esto implica comprender –como afirmaremos luego– que desde el mismo orden político es posible empujar, modificar, transformar esas relaciones de fuerza, contra lo que aparece como una expresión unidireccional (diremos “de abajo hacia arriba” en las lecturas derivacionistas). Es por esto que se nos aparece como urgente la tarea de recuperar

⁷ Aunque nuestro interés apunta claramente a los interrogantes teórico-políticos que surgen de la experiencia kirchnerista, no quisiéramos esquivar del todo la discusión acerca de qué fue el kirchnerismo en materia de política económica y de profundidad en el sentido de la transformación, aunque tampoco podemos ahondar demasiado en ello. Por el momento, basta con decir, ayudados por los más lúcidos análisis históricos de la política argentina, que se trata de un intento por reformular una alianza social de tintes desarrollistas y con políticas progresivas en materia de desarrollo del mercado interno, en la dirección de aquella contra la cual se desatan los contundentes cambios en política económica que ensaya la última dictadura. En un trazo histórico de un alcance algo mayor, acaso estemos frente a un capítulo más del célebre “péndulo” que explicara Guillermo O’Donnell (1977), claro que con singularidades propias de esta fase de la globalización neoliberal que evidentemente impusieron límites más estrechos a dicho proyecto. Aquello que parece persistir de tal caracterización del proceso argentino radica en la constitución de alianzas sociales contrapuestas, cuyo ejercicio del poder del Estado redunda en condiciones económicas, sociales y políticas muy claramente distinguibles para los sectores populares.

⁸ Los debates de la derivación son en realidad una complejidad de textos, acaso reunidos por la crítica de las tesis de la “autonomía relativa” del Estado en favor del análisis del mismo como aspecto de la relación del capital, que surgen en Alemania en la primera mitad de los años setenta y que se desarrollan en Gran Bretaña en los lustros siguientes. Para mirada panorámica de estos debates puede consultarse Bonnet (2007).

⁹ Al final del libro de Piva hay una mención sucinta a los casos de Bolivia y Venezuela, donde para el autor la mutación en las relaciones de fuerzas habría permitido, a diferencia del caso argentino, no una recomposición sino una subversión del orden. Es decir que en esos dos países habría existido un pasaje virtuoso desde la crisis neoliberal al gobierno del Estado (Piva, 2015: 241). Es posible acordar o no con dicha afirmación, pero la fuerte presencia en dicho libro del paradigma de la derivación, que asocia Estado con recomposición y reproducción del orden, requeriría todo un esfuerzo explicativo para dar cuenta de las posibilidades y características de tal traducción virtuosa, que no está presente en el libro. Aparece entonces un salto desde la teoría a la posición política sin mediaciones, que podría relacionarse con cierta tendencia, en muchos textos recientes, a medir los “grados de radicalidad” de los procesos políticos latinoamericanos a través de un rasero abstracto no siempre explicitado y sin tener demasiado en cuenta las identidades políticas y las experiencias históricas realmente existentes en cada caso. Sobre este último aspecto haremos algunas breves consideraciones al final de este texto.

las concepciones complejas del Estado, tanto interiores como exteriores a la tradición marxista o revolucionaria, pues pareciera resultar tan fructífero entender su dimensión contradictoria y su carácter de escenario de la disputa social, como su aspecto meramente reproductivo o instrumental (sin dejar por ello bajo ningún aspecto de pensar los lugares donde esta última dimensión sigue teniendo validez). La complejidad del Estado, además, no remite solamente al modo en que allí se condensan relaciones de fuerza contradictorias (plasmándose de ese modo conquistas sociales), sino también a su estructura y fisonomía: toda una fenomenología de los procesos políticos latinoamericanos podría basarse en la forma en que ellos expresaron fisuras al interior del aparato de Estado, con instancias que permitían dinamizar cambios y otras tantas que no hacían sino entorpecerlos. Incluimos aquí la diferencia crucial entre gobierno y Estado, que revela que una voluntad gubernamental de transformación es apenas el inicio de un complejo entramado político: como iniciativa de cambio, ella atraviesa espacios estatales que están lejos de la presunción de obediencia a dicha voluntad que una noción ingenua y monolítica del Estado podría suponer. E incorporamos, en un mismo sentido, a la dinámica global de los aparatos de Estado, que elude la noción de Estado como un todo racional. En su lugar, la realidad latinoamericana muestra a las instituciones estatales como capas superpuestas que provienen de diversas cristalizaciones históricas y políticas, y que, nuevamente, no necesariamente responden al poder político explícito. Quizá en todas estas dificultades que el Estado coloca ante los procesos de transformación radique lo que resta de su carácter instrumental, pero sigue siendo preciso repensar ese carácter y desligarlo de toda simpleza (dicho de otro modo, si el Estado actúa como agente de la reproducción del orden, lo hace mucho más como resultado de una compleja red de intereses y letargos que por ser una institución presuntamente “inventada” para eso).

II. b. ¿Desde arriba o desde abajo? Dilemas estratégicos en “tiempos estatales”

Vayamos a otro elemento importante a discutir en los análisis recientes de los procesos políticos latinoamericanos. Nos referimos, en consonancia con lo recién explicado (y de acuerdo con los aportes de Zavaleta más arriba desarrollados), al hecho de que la traducción estatal de demandas no es meramente un resultado o conclusión de relaciones de fuerzas. También interviene allí la *voluntad política*. Esto implica que en la dirección estatal actúan sujetos que, en el contexto de determinadas relaciones de fuerzas y marcos propios de la institucionalidad estatal, operan sobre la realidad. La experiencia kirchnerista tuvo un signo distintivo en este sentido, en la medida en que muchas de las medidas implementadas y de las batallas políticas libradas desde el seno del Estado fueron producto de una férrea voluntad presidencial. Ésta podía estar sustentada en muchos casos por un poderoso caudal organizativo de los sectores populares, que oportunamente se movilizaban a fin de respaldarla, pero también aquella voluntad e iniciativa presidencial resultaba a todas luces imprescindible para poner en movimiento esa organización popular, e incluso para, al menos parcialmente, constituirla. Entramos aquí quizá en una de las características del kirchnerismo más afines al sentido de época de los procesos latinoamericanos, esto es, la fuerte presencia de líderes y liderazgos que sintetizan las diversas aristas y heterogeneidades de los armados políticos que conducen y que, al mismo tiempo, imprimen con su iniciativa la vertiginosa dinámica política que ha sido signo distintivo de este tiempo histórico. Es justamente en torno de esta cuestión que nos parece central pensar el vínculo entre relaciones de fuerza a nivel social y transformaciones políticas.

Para pensar este problema, podemos partir nuevamente del libro de Adrián Piva, esta vez del modo en que analiza el “conflicto del campo” (desatado en el año 2008 en torno del ensayo –finalmente derrotado– del gobierno por gravar con retenciones móviles –asociadas a los precios internacionales– las exportaciones de soja, trigo y maíz), el cual implicó para el autor una posibilidad para el gobierno nacional de fortalecerse “internalizándolo en una lógica reformista de concesiones” (Piva, 2015: 120). Nuevamente, nos preguntamos si, en este caso, es la energía social de los movimientos populares la que invita a avanzar en materia política en busca de una mayor porción de la renta agraria. Posiblemente parte del movimiento popular estuviera dispuesto a librar un combate político en tal sentido, y varias manifestaciones masivas posteriores lo probaron, pero es difícil sostener que alguna forma de movilización empujara al gobierno a impulsar un conflicto que finalmente logró aglutinar de forma conjunta a distintos sectores de las clases dominantes de Argentina. Más bien, todo parece indicar que fue la voluntad política presidencial la que llegó demasiado lejos en un conflicto del cual, por otra parte, pese a la derrota, logró escapar hacia adelante, promoviendo reformas con un sentido popular y democrático. Y este último detalle no es menor, recordemos que poco después de la resolución negativa del congreso nacional, con el voto definitivo del vicepresidente de la nación en favor del sector agrario, el gobierno avanza con la reestatización de los fondos previsionales, en una medida que económicamente significaba incluso un mayor ingreso para las arcas del Estado que las mentadas retenciones móviles. De este modo, la política como estrategia se revela en su importancia *excesiva* respecto de las relaciones de fuerza que evidentemente le imponen sus marcos y posibilidades de acción. Y lo hace en un doble sentido, cuando produce un paso adelante y también cuando es víctima del enemigo. El kirchnerismo se lanzó con cierto ímpetu a la búsqueda de una porción de la renta agraria no por una presión insoportable de sus bases, sino acaso por una elección contingente que luego decidió profundizar. Pero en parte la derrota de esa iniciativa se explica porque ella se encontró, del otro lado, con una articulación de sectores dominantes (agrarios y mediáticos, y con altísima capacidad de traducción en el sistema político) que, quizá por primera vez desde el año 2003, fue capaz de presentarse como un sujeto político con un discurso que irradió exitosamente hacia sectores sociales que excedían a los “perjudicados” inmediatamente por la medida. Del mismo modo, la recuperación de los fondos de las AFJP (Administradoras de Fondos de Jubilaciones y Pensiones) también resultó una iniciativa política de las figuras del gobierno, pero quizá más exitosa en virtud de que la capacidad de irradiación de los perjudicados de este turno era considerablemente menor, por su propia configuración y porque ya a más de una década de constitución de tales fondos, su fracaso en materia de gestión de los ahorros era evidente.

Así, la conceptualización del kirchnerismo como una recomposición del poder político vía satisfacción de demandas y reivindicaciones obreras y populares, no deja de ser estrictamente cierta. Sin embargo, presenta limitaciones a la hora de explicar el proceso político como tal, ya que se estanca en una dimensión *descriptiva*, dejando de lado tanto los efectos del modo en que fue suturada la crisis, como las consecuencias políticas producidas por la voluntad que interviene en tal ejercicio de sutura. Más bien, entendemos que uno de los dilemas que debió afrontar el proceso argentino se situó en una voluntad presidencial que en algunos casos actuó por delante de las energías sociales que le dieron sustento, encontrando de ese modo verdaderos obstáculos para profundizar políticas que permitiesen superar los límites económicos a los cuales se veía crecientemente expuesta.

Aparece aquí otro interrogante central de esta época. Si los gobiernos en cuestión, posneoliberales, progresistas, populares, mantienen una evidente relación con los procesos de protesta e impugnación del neoliberalismo que los precedieron (con mayores o menores

intervalos), nos queda la pregunta por cuál es el modo en que aquella protesta y movilización social es interpretada o, como venimos diciendo, *traducida* en el ejercicio del poder del Estado. Por principio teórico, excluimos la posibilidad de la *transparencia*, y por eso aquí nos interesa especialmente establecer un contrapunto con posiciones que han juzgado esta traducción como una forma de control, domesticación o por decirlo más rápidamente, como un movimiento de alienación estatal de las energías sociales. Sobre este fondo, circularon diversos textos que han entendido a los gobiernos latinoamericanos surgidos tras la crisis del neoliberalismo como “dispositivos desarticuladores de los movimientos desde abajo”, o bien, como “una serie de proyectos progresistas que supieron controlar y monopolizar lo plebeyo”, y que de esa manera “verticalizaron la relación con los movimientos sociales” (Modonesi y Svampa, 2016)¹⁰.

Esta caracterización parte de una hipótesis muy precisa: la insubordinación plebeya encarnada por los movimientos populares que puso en crisis el orden neoliberal habría sido seguida por un proceso de desarticulación de las organizaciones y de subalternización de las mismas por parte de los gobiernos llegados a la dirección del Estado. Frente a esto, podemos reafirmar que, ciertamente, aquel cuestionamiento que logró poner en jaque al orden neoliberal no fue producido desde la arena político-institucional, sino como consecuencia del conflicto social promovido por la acción plebeya. Tal punto de partida aporta claridad a la hora de reponer históricamente la relación entre energía social y estatalidad que esbozamos en el comienzo de este apartado, a la vez que la coloca en su justa dimensión. Sin embargo, hay en esta interpretación una mirada subyacente de lo estatal que puede resultar problemática. En primer lugar, porque los autores afirman que los movimientos populares profesaron un marcado carácter anti-estatal, rechazando cualquier tipo de relación con el Estado. Luego, ya que sostienen que los gobiernos “supieron controlar y monopolizar lo plebeyo”, lo cual implicó “una lógica pragmática” según la cual “se procedió a la anexión y fagocitación de toda instancia independiente”. El “populismo”, para Modonesi y Svampa, significó la aparición de rasgos transformistas que “se caracterizaron por la incorporación/asimilación de organizaciones e intelectuales de los grupos subalternos al aparato estatal y gubernamental” (Modonesi y Svampa, 2016).

De acuerdo a lo esbozado en el inicio de este apartado, creemos que el planteo de Modonesi y Svampa quita complejidad al significado de la traducción estatal de las demandas y reivindicaciones populares, así como también pierde de vista la vocación de los propios movimientos sociales, sindicales y políticos por convertir sus luchas anti-neoliberales en materia estatal. Efectivamente las batallas contra el orden neoliberal asumieron un tono marcadamente anti-estatal. Ahora bien, aquí es preciso hurgar en las memorias que se revitalizan en todo proceso de movilización. Pues, aunque como bien afirmaba Gramsci la historia de las clases subalternas se presenta, por su propio carácter subalterno, como fragmentaria y episódica (Gramsci, 1999), no es menos cierto, también desde una perspectiva gramsciana, que toda lucha se inscribe en un entramado de luchas pasadas que se reactualizan con los dilemas del presente en el cual intervienen. No es posible la intervención en una coyuntura sin convocar a los fantasmas del pasado –también podemos remitirnos aquí al *Dieciocho Brumario* de Marx-, que en realidad son mucho más que fantasmas, son acaso una porción de la materia de la que están hechos los sujetos políticos. En este sentido, si bien los

¹⁰ Tomamos este texto de Modonesi y Svampa como un escrito paradigmático entre otros que adoptan, a grandes rasgos, la misma lectura sobre la relación que se ha establecido entre energía social y estatalidad en los procesos políticos latinoamericanos de comienzos del Siglo XXI. Entre otros textos con interpretaciones similares, que destacan el sesgo centralizador y autoritario que habrían tenido los procesos latinoamericanos, podríamos mencionar a Stefanoni (2012), Gudynas (2012) y Acosta (2016).

años noventa y sus resistencias anti-neoliberales presentaron un carácter anti-estatal posiblemente condensado en la experiencia zapatista, no debemos olvidar que la historia de los sectores populares latinoamericanos y sus luchas y reivindicaciones están íntimamente ligadas con la dimensión de lo estatal. Con esto queremos decir que esas mismas luchas no podían evadir una memoria que podríamos llamar “estado-céntrica”¹¹, forjada al calor de los llamados procesos populistas, del peronismo, de la revolución boliviana del 52, del cardenismo, etcétera. Volviendo al mencionado Zavaleta, se trató en todos esos casos, de *momentos constitutivos* de esas sociedades, en los cuales el Estado operó como centro de la interpelación de los sectores populares, marcando de manera indeleble una instancia en su constitución como sujetos políticos. Esos *momentos constitutivos* son instancias que definen la suerte de las sociedades en cuestión por largo tiempo, y por ello cada momento de crisis parece devolvernos a los grandes interrogantes que allí se desplegaron¹². Entender esta particularidad nos permitiría conjurar la tentación de leer en la aproximación de movimientos populares a gobiernos progresistas meras maniobras de cooptación. Por el contrario, bucear en las afinidades que surgen del encuentro entre modos de leer la historia nacional y sus disputas podría ayudar a desbloquear una mirada demasiado rígida y avanzar así hacia los efectivos problemas que surgen de estos acercamientos¹³.

Es sobre este fondo que podemos pensar en el interrogante acerca del vínculo entre Estado y movimientos populares que irrumpe con la llegada de los nuevos gobiernos a la dirección del Estado (algunos de ellos emanados de las propias filas de las organizaciones populares). Eso supuso la súbita aparición de dilemas hasta entonces inexistentes, pues el Estado en los años noventa se había presentado sin más como un enemigo del mundo popular. La pregunta central de la etapa es: ¿cómo encarar la relación con un gobierno que aplica medidas (sean más o menos disruptivas) demandadas durante el ciclo político precedente por el propio movimiento popular en su conjunto?

La respuesta que proponen Modonesi y Svampa apunta a encontrar en los gobiernos y en la estatalidad los gérmenes de la desmovilización, desarticulación y subalternización de los movimientos populares hasta entonces presuntamente autónomos. Habría existido un disciplinamiento de las organizaciones populares, sobre la base de una creciente concentración de poder en el Estado. No pretendemos aquí desentendernos del carácter problemático que significa la relación entre Estado y movimientos populares. Ya hemos dicho que ese vínculo supone la *imposición* de una nueva temporalidad para las organizaciones de los sectores subalternos. Pero aquello que sí nos importa subrayar es que, por un lado, desarrollar esa relación (con el gobierno y con el Estado) es una elección histórica (no compulsiva) de la cual los movimientos son parte constitutiva. En todo caso, creemos que las organizaciones sociales enfrentan en esta etapa histórica un desafío donde se pone a prueba su grado de densidad política. Un desafío distinto, pero al mismo tiempo equivalente a tantos otros que han sido propios de anteriores circunstancias de la historia. Complementariamente, entendemos que

¹¹ Sobre esto se pueden consultar algunos textos de Juan Carlos Portantiero que explican la confluencia entre auto identificación de las clases populares en cuanto tales e internalización de sus demandas en la fase estatal que inauguran los populismos (el peronismo en el caso argentino). Esta identificación explica la fuerza de la relación entre clases populares y Estado, que persiste como memoria aun cuando esa fase estatal entra en crisis (Portantiero, 1985).

¹² La figura del *momento constitutivo* refiere a la instancia donde, en palabras de Zavaleta, “las cosas comienzan a ser lo que son”, para referirse al momento en que una formación social asume una forma que será duradera, y que a la vez quedará marcada por el modo en que fue constituida. La centralidad del Estado es una característica saliente de los momentos constitutivos de las sociedades latinoamericanas (cfr. especialmente Zavaleta, 1990).

¹³ Para una lectura –crítica de la figura de la “cooptación”- sobre las aproximaciones entre kirchnerismo y movimientos sociales en los primeros años del gobierno de Néstor Kirchner, ver Cortés (2012).

ese vínculo le ha permitido a numerosas organizaciones sociales, políticas y sindicales experimentar un crecimiento cuantitativo y cualitativo, que hubiera resultado imposible sin la interacción con los gobiernos y con el Estado. Reiteramos: esto no implica desconocer que tales interacciones suponen dificultades y problemas, en algunos casos muy serios. Pero, a la vez, creemos que son parte de una nueva encrucijada histórica que las organizaciones populares se ven empujadas a atravesar.

Lo mismo podría sostenerse acerca de la concentración de poder por parte de los gobiernos a la cual hacen referencia Modonesi y Svampa. Tal es un factor inobjetable. Sin embargo, tampoco pueden eludirse los escollos que se interponen a la construcción de una alternativa de gobierno con autonomía relativa de las clases dominantes. La unificación de un bloque político que pueda consolidarse como alternativa de poder requiere de un ejercicio de concentración. Lógicamente, esto puede ser sometido a crítica. Pero también se debe contemplar el reverso de tal concentración, esto es, el ya mencionado crecimiento de los niveles de organización popular. En este punto precisamos volver a una reflexión sobre el Estado, y, con ella, sobre las formas de la iniciativa política. Y para esto necesitamos imaginar otra ecuación posible en términos de relación entre potencia del movimiento popular e iniciativa política desde el Estado. La crítica esgrimida por Modonesi y Svampa parte de la idea de que los movimientos de resistencia presentaban una radicalidad mayor que aquella desplegada ulteriormente por los gobiernos en cuestión, pues sólo sobre esa base sería posible leer a éstos como procesos de desmovilización. Frente a esto, podríamos oponer algunas consideraciones. En primer lugar, esto es desde luego imposible de probar –así como también es imposible de probar su contrario, es decir, nuestra posición–, pues descansa en una hipótesis contrafáctica (aquello que habría sucedido si los gobiernos no hubieran recortado la potencia disruptiva de las protestas que los precedieron), pero más importante que eso es señalar que esa hipótesis descansa finalmente en considerar: o bien la posibilidad de la expresión *transparente* de las luchas sociales en su traducción estatal, o bien la afirmación taxativa de que toda traducción estatal es desmovilización (que son en realidad dos modos de decir algo semejante). Es más probable, como venimos diciendo, que los autores abonen a la segunda hipótesis, y entonces habría que considerar seriamente cuál es la relación efectiva entre estos gobiernos y las protestas que los precedieron, así como los movimientos populares y la sociedad civil en general sobre la cual gobiernan. Para lo primero, habría que señalar como un detalle no menor que en casi todos los casos media un período de tiempo entre las impugnaciones al neoliberalismo y la constitución de los gobiernos posneoliberales (quizá el caso de Bolivia sea el único donde estos dos momentos son efectivamente sucesivos). Esto implica que va de suyo un reacomodamiento del sistema político y la emergencia de los gobiernos como una efectiva respuesta (estatal, refractaria, de recuperación parcial de demandas, etcétera) a aquella crisis. Yendo a la segunda cuestión, si no hay transparencia, entonces ¿qué hay? Nuestra lectura difiere aquí radicalmente de la de los autores citados, pues podría afirmarse, en línea con las consideraciones en torno de la voluntad política vertidas más arriba, que en muchos aspectos estos gobiernos establecen iniciativas políticas que no necesariamente demanda la sociedad y que, dicho de manera simple, pueden incluso estar de modo muy claro a la *izquierda* del sentir común de esa sociedad. Esto remite a un eco permanente de aquellas crisis fundacionales, pero también a una forma muy selectiva de escuchar a la sociedad. En el caso del kirchnerismo, a lo largo de sus doce años de gobierno, podrían esgrimirse una serie de desafíos e iniciativas que no solamente no constituían reclamos organizados de esa sociedad, sino que en muchas ocasiones se podía adivinar un humor social claramente menos dispuesto a esas transformaciones que el propio gobierno. Prueba de esto es el surgimiento, en Argentina pero también en buena parte de América Latina, de un fenómeno novedoso y a la vez muy

complejo: el de las multitudes movilizadas por causas reaccionarias, como hemos visto en reiteradas ocasiones en la última década en muchos países de la región¹⁴.

Esto nos reenvía en realidad a una pregunta más fundamental en torno del kirchnerismo, y con él de otros gobiernos latinoamericanos: ¿con qué poder contaban para llevar adelante las transformaciones que emprendieron? Formulamos este interrogante para alejarnos de dos caracterizaciones aparentemente contrapuestas pero también, en cierto modo, confluyentes: aquella más crítica de los gobiernos -en cierto modo, podemos leer esto en el mentado texto de Modonesi y Svampa-, que considera que fueron máquinas de acumulación y concentración de poder, con los movimientos populares como principales perjudicados y afectados por ello; y aquella otra, más interna a los procesos, que consideró que muchas de las transformaciones realizadas consolidaban nuevos esquemas de poder y tornaban la situación, al decir de parte de la militancia kirchnerista, *irreversible*, en tanto ya no habría posible vuelta atrás en los nuevos derechos conquistados. Ambas caracterizaciones encuentran su trazo común en la idea de que se trató de gobiernos con amplios márgenes de poder político e incluso podrían afirmar que se trató de gobiernos *hegemónicos*, y también esto en un doble sentido: como gobiernos que habrían conseguido un gran apoyo social y, al mismo tiempo, que habrían centralizado férreamente en sus manos y “desde arriba” la iniciativa política. Como decíamos, los múltiples modos de asedio y horadación de la legitimidad sufridos por estos gobiernos revelan un relativo éxito y, sobre todo, un fuerte apoyo social, en esas grandes movilizaciones que las derechas fueron desplegando crecientemente. En tal sentido, cabe poner en duda seriamente la consideración de que estemos frente a gobiernos con gran alcance en su poder político, ya sea para realizar transformaciones revolucionarias o para detener las pulsiones revolucionarias de la sociedad, y quizá debiéramos pensar hasta qué punto no se trató en realidad de frágiles límites a la restitución de la hegemonía neoliberal que, parece, nunca terminó de retirarse¹⁵.

No se trata entonces, solamente, de una concepción de Estado que requiere bucear más en su productividad, en tensión con su dimensión instrumental o reproductiva. Sino también de una noción de política que eluda la idea de ésta como mera “expresión” de relaciones de fuerza (cuando no de operación de *bloqueo* de las pulsiones emancipatorias de la sociedad). Así como el Estado constituyó el principal artífice de la ofensiva neoliberal bajo la sombra de una inédita represión, no es menos cierto que en otras ocasiones condensó la posibilidad de articulación de lo popular. Si no nos sirve una teoría que coloca lo progresivo y la fluidez en el nivel de la sociedad, y lo estático y entorpecedor en el plano del Estado, tampoco una teoría “expresiva” de las relaciones de fuerza, que considerara que el Estado simplemente toma registro de lo que acontece fuera de él y lo *expresa* (de modo que si existen políticas populares es porque el pueblo está triunfando en sus luchas) puede conformarnos. Antes que ello, las lecciones de la época reclaman demoler toda teoría de la política como mera *expresión* de

¹⁴ Nos referimos, entre otros ejemplos destacados que podríamos citar de este fenómeno, a: los masivos “cacerolazos” en el caso argentino ocurridos el 13 de septiembre y el 8 de noviembre de 2012; la multitudinaria movilización del 13 de marzo de 2016 en contra de Dilma Rousseff en Brasil; y la “Toma de Caracas” seguida también por “cacerolazos”, el día 1 de septiembre de 2016 en Venezuela. Estas manifestaciones tuvieron diferentes tópicos como eje central, aunque en las protestas descollaron los reclamos ante la inseguridad, la corrupción en la administración pública y el carácter “autoritario” de los gobiernos.

¹⁵ Esta afirmación abre otro aspecto de las reflexiones de este trabajo que aquí no podemos profundizar, por cuestión de espacio y porque requiere un trabajo de investigación aún pendiente. Se trata, para el caso argentino, de la relación que se ha establecido entre la “minoría intensa” que ha apoyado de manera permanente al gobierno y las fluctuaciones electorales que lo han acompañado, con importantes variantes. Creemos que en esa relación, especialmente en su volatilidad, habría que colocar la mirada para pensar la posibilidad de llamar “hegemónico” al kirchnerismo. Esto incluiría pensar tanto los elementos que hacen variar el apoyo al gobierno como la propia práctica política del gobierno hacia esos apoyos fluctuantes.

relaciones de fuerza, y colocar en su lugar un peso mayor de la política como estrategia de *producción* de relaciones de fuerza: naturalmente “desde abajo” pero también “desde arriba”. La alquimia de esta combinación es, en todo caso, la clave de la época, que remite no solamente a la astucia de un líder, sino también al plus de estrategia de ruptura que todo proceso transformador requiere y, muy especialmente, a las capacidades que brinda, aun en sus dramáticas tensiones y contradicciones, el acceso al gobierno y, con ello, a una porción del poder del Estado.

III. Reflexiones finales: América Latina, condensaciones y desplazamientos

Este trabajo, que en parte discurrió sobre el problema de la traducción del poder social en poder estatal, tiene como punto de partida una preocupación política, que es conjurada en estas páginas mediante un intento de traducirla teóricamente (la traducción, entendida como el procedimiento que cambia registros interrogándose por aquello que se gana, se pierde y se transforma en esos cambios, es entonces un método; quizá sea el método por excelencia de la teoría política). Esa preocupación está informada por la tensión que ha caracterizado en los inicios del siglo XXI latinoamericano a los diversos movimientos populares identificados con las tareas de la emancipación. Una vez que los gobiernos posneoliberales se instalan en el poder del Estado, queda el interrogante, vieja pregunta maquiaveliana, por la *duración*. Pero no solamente la duración institucional –que por cierto no es un tema menor–, sino la duración de la vocación transformadora, aun si ella misma muta necesariamente en el paso de la protesta y la resistencia a la gestión y al gobierno.

Para instaurar la posibilidad de este interrogante, hemos precisado desbrozar el camino de dos tendencias de lectura crítica de los procesos latinoamericanos que consideramos han circulado bastante en estos tiempos. Por un lado, lo que podríamos llamar la *sospecha constitutiva* de que toda forma de recomposición del poder político del Estado implica una regresión en las condiciones sociales y políticas de las clases subalternas. La sospecha, aclaremos, está por demás justificada, tanto teórica como históricamente; no es nuestro interés realizar una defensa de una presunta neutralidad del Estado, por el contrario, hemos manifestado con claridad las dificultades que éste impone a todo proyecto que pretenda ser transformador. Sin embargo, también podemos dar por probado que la ecuación Estado-sociedad civil no es equivalente a la ecuación poder-resistencia. Antes que eso, habría que poner el ojo en la estructura móvil de las tendencias reproductivas del capitalismo periférico y excluyente, que sin dudas precisa del poder del Estado, pero que también toma para sí las más diversas herramientas societales, incluso revistiéndolas de maneras o discursos liberadores si es preciso (recordemos aquí, una vez más, la capacidad de la derecha latinoamericana de ganar las calles con actos de masas, que se fue generalizando en la región en los últimos años). Por esto, frente a la sospecha no proponemos la ciega confianza en el Estado, sino en todo caso el estudio *en situación* de la ecuación social que distribuye en cada formación social y en cada contexto las alternativas de la lucha política en todos los niveles de la sociedad. Y ese estudio tiene que estar dispuesto a aceptar, también apoyado en la historia de la región, la dimensión productiva del Estado, e incluso su capacidad de sintetizar, en determinados escenarios históricos, los avances efectivos, en términos materiales y organizativos, de los sectores populares.

La segunda forma de lectura crítica, en estricta relación con la primera, es aquella que considera que el tránsito de la lucha social a la lucha política (más correcto sería decir: de la protesta y la resistencia al gobierno) entraña necesariamente la *pérdida* de vocación

transformadora. Y esto valdría tanto para analizar un movimiento o sujeto político en particular como para pensar en situaciones sociales generales (esto es, la tesis de que el momento de impugnación social del neoliberalismo en América Latina –independientemente de las organizaciones que lo protagonizaran en cada país– contiene mayor potencial transformador que el momento de gestión de los gobiernos posneoliberales). Aquí, nuevamente, no oponemos a esta tesis la idea de que siempre es necesario pasar al nivel del gobierno, aunque sí nos inclinamos por hipotetizar la necesidad de que toda forma de resistencia se plantee el problema del poder político. En cualquier caso, volvemos a reclamar una mirada detenida sobre cada proceso para pensar los dilemas que entraña este tránsito.

Es por esto también que nos animamos a sugerir que en el fondo el gran desafío intelectual de esta época es el de construir una teoría política acorde a los interrogantes que estos procesos han lanzado. Pues evidentemente muchas de las categorías con las cuales los abordamos corren el riesgo de devenir cepos normativos antes que fructíferas herramientas de análisis. Por eso también convocamos algunos trazos del pensamiento político latinoamericano y de la teoría política en general, porque nada nuevo se construye sin partir de las categorías que heredamos. En todo caso, si ponemos el énfasis en el análisis de la ecuación social específica, no es para oponer al normativismo que nos preocupa, un acentuado historicismo que bordee el relativismo. Lejos de eso, consideramos que la singularidad histórica se aborda con categorías, nunca en su pura empiria, y mucho menos en lo que ella pueda decir acerca de sí misma. Por eso la necesidad de afinar teóricamente nuestro acervo, porque sólo de ese modo podemos medirnos con una realidad por definición escurridiza si fijamos demasiado el punto de vista. Acaso la realidad latinoamericana tiene esta característica casi como invariante histórica. Pero no se trata aquí de celebrar una diversidad latinoamericana, siempre irreductible por su carácter *extraño*. Por el contrario, estamos más bien, a lo sumo, ante una acentuación de un rasgo que toda realidad presenta, al menos desde una perspectiva materialista, esto es, el *exceso* constitutivo de la política respecto de la teoría.

Cuando Louis Althusser construyó su formulación en torno del carácter siempre sobredeterminado de la contradicción capitalista, lo hizo para mostrarnos que ésta no aparece nunca de modo puro, como la mera desnudez de la lucha entre capital y trabajo, sino siempre desplazada y condensada, a la manera freudiana, en una multiplicidad de superficies irreductibles a aquella esencia última¹⁶. Quizá sea esta la lección a retomar para no esperar de los complejos procesos políticos latinoamericanos un momento de revelación última de la batalla que encarnan. En este sentido, ¿cuál es, o ha sido, el sujeto político de esta época de cambios que aún –incluso en un momento de extrema dificultad– vivimos? Precisamente, sólo parece haber *desplazamiento*: en el contexto de las protestas e insubordinaciones contra el neoliberalismo es difícil identificar clases en un sentido fuerte; al momento de pensar en los gobierno también, como hemos dicho en más de una ocasión, es insuficiente un análisis sociológico o de clase para entender su dinámica política. Antes que eso, es preciso saber leer con agudeza los distintos planos de disputa en que la región, y cada uno de los países, se vienen moviendo, con los distintos avances y retrocesos y todo lo que allí se juega. Por eso también habría que poner entre paréntesis –no para descartar sino precisamente para analizar

¹⁶ Acaso una nota no menor de este importante texto de Althusser, “Contradicción y sobredeterminación” (Althusser, 1967), es que su autor arriba a la noción de sobredeterminación a partir de la situación rusa de 1917: sería Lenin como lector de la complejidad de la coyuntura quien descubre que es la saturación de contradicciones lo que permite operar sobre la realidad, y no la presentación pura de una contradicción que nunca llega. Lo que aparece entonces como la “excepción” rusa (y, ya que estamos hablando de América Latina, vale también subrayar la importancia de la condición *periférica* de Rusia para este desarrollo teórico) es en realidad la “regla”: la revolución solo es posible como efecto de lectura de la contradicción sobredeterminada –siempre singular–, nunca como despliegue de una contradicción simple que llega a su límite.

con rigurosidad- la tentación permanente de construir escalas de radicalidad entre los diversos gobiernos y procesos, pues eso requiere necesariamente de una vara común que, si no se construye rigurosamente –es decir, teniendo en cuenta esos diversos niveles y aspectos de la disputa de la época-, se constituye como un rasero abstracto que se pasa sobre una realidad demasiado compleja.

Y para cerrar este complejo mapa, finalmente, es preciso decir algo más del contexto global y epocal en el cual nos estamos moviendo. Como decíamos al inicio, la dimensión formalmente democrática de estos procesos agrega una serie de dilemas a aquello que aquí se está planteando: estos tienen que ver con el desplazamiento del horizonte de lo posible de las hipótesis “escatológicas” que acompañaron a la izquierda latinoamericana antes de la gran crisis de los años ochenta. Si la tradición de izquierdas que se forja en América Latina en torno de la revolución cubana priorizó la idea de revolución como ruptura, es porque el fondo que la sustentaba se apoyaba en una hipótesis de quiebre y transformación *absoluta*. De un tiempo a esta parte, y seguramente más como efecto de la derrota de aquella hipótesis que en virtud de alguna forma de “aprendizaje” que en realidad no sería otra cosa que una mansa aceptación de aquella derrota, la posibilidad misma de cambios respecto de la hegemonía neoliberal en la región estuvo claramente enmarcada en un respeto de los marcos fundamentales del Estado de derecho. Lo cual colocó una dimensión de gradualidad en los cambios. Aun cuando en varios países de la región se llevaron adelante procesos de reforma constitucional que modificaron la fisonomía del Estado con una pretensión refundacional, no se trató de rupturas en el viejo sentido de la noción de revolución, tanto porque no se atacó directamente el derecho de propiedad como porque las oposiciones participaron –en minoría por causa de los resultados electorales- de dichos procesos. Por otra parte, el respeto de las formalidades democráticas comenzó, en tanto los procesos se radicalizaban, a marcar un límite *exterior*, mediante las más diversas formas de asedio, intentos de golpe y golpes efectivos.

Este complejo entramado de avances democráticos y amenazas de ruptura por parte de las fuerzas conservadoras coloca en otro lugar el mentado problema de la escatología. No tiene demasiado sentido pensar normativamente si este modo de llevar adelante las transformaciones es más o menos radical que el proyecto clásicamente rupturista que dominó los años posteriores a la revolución cubana, es en todo caso la forma de la disputa contemporánea. Vale más bien reflexionar en torno del hecho de que la vieja dicotomía entre reforma y revolución ya no parece contar con el valor cognoscitivo que supo mostrar en otros tiempos. Esto, que podría ser lamentado desde ciertas izquierdas –y de hecho constituye la base de sus críticas extensivas a todos estos “nacionalismos”-, es entonces un claro desafío teórico de este tiempo. Y nos permitimos también un recurso a una dialéctica algo rudimentaria: es evidente que todos estos procesos no implicaron, ciertamente, una ruptura del orden capitalista, a pesar de lo cual no podemos dejar de señalar que las clases dominantes han reaccionado como si en efecto se hubiera tratado de revoluciones en tal sentido. Lo cual nos habla a la vez del desplazamiento de los términos de la confrontación social, en una sucesión de retrocesos de los sectores populares desde los años ochenta, acentuados por la pérdida del gran Otro del capitalismo occidental –aun con todos sus problemas- que suponía la existencia de la Unión Soviética. Aun así, con toda esta complejidad y en este escenario de retrocesos y parciales avances, acaso la realidad latinoamericana de los últimos años deja ver que los grandes trazos de la confrontación social que implica el capitalismo como forma de vida social, siguen todavía allí.

Bibliografía

- ACOSTA, Alberto: "Aporte al debate: El extractivismo como categoría de saqueo y devastación", en *fiar*. Septiembre 2016, Volumen 9, número 2, pp. 25-33.
- ALTHUSSER, Louis: "Contradicción y sobredeterminación", en **La revolución teórica de Marx**. México, Siglo XXI, 1967.
- BONNET, Alberto: "Estado y capital. Debates sobre la derivación y la reformulación del Estado", en THWAITES REY, Mabel (comp.): **Estado y marxismo. Un siglo y medio de debates**. Buenos Aires, Prometeo, 2007.
- _____ **La insurrección como restauración. El kirchnerismo**. Buenos Aires, Prometeo, 2015.
- CORTÉS, Martín: **Luchas populares y lógica estatal: entre la autonomía y la institucionalización Estado y conflicto social en la Argentina contemporánea (2003-2007)**. Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación- Colección Tesis, 2012. <http://www.centrocultural.coop/uploads/tesis-martin-cortes.pdf>
- FÉLIZ, Mariano y LÓPEZ, Emiliano: **¿Modelo nacional-popular o nueva etapa en el desarrollo capitalista?** Buenos Aires, El Colectivo-Herramienta, 2012.
- GARCÍA LINERA, Álvaro: **Las tensiones creativas de la revolución. La quinta fase del proceso de cambio**. Buenos Aires, Ediciones Luxemburg, 2012.
- GRAMSCI, Antonio: "Cuaderno 25", en **Cuadernos de la Cárcel**. Tomo 6. México, Era, 1999.
- GUDYNAS, Eduardo: "Estado compensador y nuevos extractivismos. Las ambivalencias del progresismo sudamericano", en **Nueva Sociedad**. Buenos Aires, Enero-Febrero 2012, número 237, pp. 128-146.
- MARX, Karl: **El 18 Brumario de Luis Bonaparte**. Buenos Aires, Prometeo, 2003.
- MODONESI, Massimo y SVAMPA, Maristella: "Post-progresismo y horizontes emancipatorios en América Latina", en **Portal Digital Rebelión**. Agosto 2016. Disponible en: <<http://rebellion.org/noticia.php?id=215469>>, acceso el 30 de enero de 2016.
- O'DONNELL, Guillermo: "Estado y alianzas en la Argentina 1956-1976", en **Desarrollo económico**. Buenos Aires, IDES, marzo de 1977, vol. 16, número 64, pp. 523-554.
- PIERBATTISTI, Damián: "Apuntes sobre los rasgos estructurantes de la hegemonía neoliberal en la Argentina reciente y su crisis", en **Valor agregado**. Avellaneda, Universidad Nacional de Avellaneda, mayo de 2015, número 1, pp. 11-19.
- _____ "Alianza Cambiemos. Diciembre de 2015", en **Bordes. Revista de política, derecho y sociedad**. 2017, <http://revistabordes.com.ar/diciembre-de-2015/>
- PIVA, Adrián: **Economía y política en la Argentina kirchnerista**. Buenos Aires, Batalla de ideas, 2015.
- PORTANTIERO, Juan Carlos: "Notas sobre crisis y producción de acción hegemónica", en LABASTIDA, Jaime (comp.): **Hegemonía y alternativas políticas en América Latina**. México, Siglo XXI, 1985.
- POULANTZAS, Nikos: **Estado, poder y socialismo**. México, Siglo XXI, 2005.
- STEFANONI, Pablo: "Posneoliberalismo cuesta arriba. Los modelos de Venezuela, Bolivia y Ecuador en debate", en **Nueva Sociedad**. Buenos Aires, Mayo-junio 2012, número 239, pp. 51-64.
- SVAMPA, Maristella y VIALE, Enrique: **Maldesarrollo. La Argentina del extractivismo y del despojo**. Buenos Aires, Ediciones Katz, 2014.
- ZAVALETA, René: "El Estado en América Latina", en **El Estado en América Latina**. La Paz, Los amigos del libro, 1990.

Theomai 35

primer semestre 2017 / first semester 2017